LIBRO dot.com



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

H. G. Wells

Doce historias y un sueño

ÍNDICE

- NOTICIA SOBRE EL AUTOR
- FILMER
- LA TIENDA MÁGICA
- LA VERDAD SOBRE PYECRAFT
- EL VALLE DE LAS ARAÑAS
- MR. SKELMERSDALE EN EL PAÍS DE LAS HADAS
- EL FANTASMA INEXPERTO
- JIMMY GOGGLES, EL DIOS
- EL NUEVO ACELERADOR
- LAS VACACIONES DE MR. LEDBETTER
- EL CUERPO ROBADO
- EL TESORO DE MR. BRISHER
- EL CORAZÓN DE MISS WINCHELSEA
- EL SUEÑO DE ARMAGEDDON

NOTICIA SOBRE EL AUTOR

Herbert George Wells nació el 21 de septiembre de 1866 en Bromley, en el condado de Kent, y murió en Londres, el 13 de agosto de 1946. Aunque cultivó extensamente el periodismo, la sociología y la historia, debe su reconocimiento universal a su labor novelística, especialmente a sus obras de anticipación científica como *La máquina del tiempo, La guerra de los mundos, Los primeros hombres en la Luna, La isla del doctor Moreau,* etc.

De origen humilde, comenzó a trabajar en una pañería, hasta que consiguió una beca en la Normal School of Science de Londres. Más tarde trabajó como profesor. En aquella época padecía de tuberculosis y su peso apenas alcanzaba los cuarenta kilogramos. Su primer intento de escribir una novela fue un fracaso, debido, tal vez, a que su estilo se inspiraba demasiado en el de otros autores. En 1890 se casó con su prima Isabel, que pertenecía a su misma clase social. Fue más bien un matrimonio anodino que infeliz. Cuando tuvo una hemorragia más fuerte de lo habitual, decidió abandonar mujer y trabajo para emprender un último esfuerzo que le permitiera ser escritor y satisfacer su sueño obsesivo de encontrar la perfección sexual con la compañera ideal. Se fugó con una alumna, Amy Catherine Robbins, que se convirtió en su segunda mujer. Abandonó la imitación e inmediatamente pasó a engrosar las filas de los periodistas y escritores de éxito. En 1895, *La máquina del tiempo* tuvo un éxito resonante, al que se unió *La guerra*

de los mundos en *1898*. Entonces pudo abandonar el periodismo y dedicarse de lleno a la literatura y a fomentar sus relaciones con mujeres ilustres, como Amber Reeves, Elizabeth von Arnim, Moura Budberg, y sobre todo, Rebecca West, pues Wells persiguió durante toda su vida la felicidad, que es la más humilde de las ambiciones. En 1901 entró a formar parte de la Fabian Society, una sociedad de socialistas utópicos en la que desarrolló una gran actividad divulgando sus ideas progresistas sobre el amor libre, los derechos humanos, la teoría científica, etc. Fue también un firme defensor de la Liga de Naciones y se preocupó por temas de política internacional, llegándose a entrevistar con Stalin y Roosevelt para encontrar una solución a la peligrosa división entre capitalismo y socialismo. Entre sus obras de carácter social destacan: *Una Utopía Moderna* (1905), *Historia del Mundo* (1920), *y La Ciencia de la Vida* (1929-30), con Julian Huxley, etc. En todas ellas Wells se esforzó por alertar a los lectores sobre los peligros que acechaban en el mundo tecnológico que nacía a principios de nuestro siglo.

De su vasta producción, se siguen leyendo con placer sus colecciones de relatos cortos, como *El caso Plattner* (1897), *Cuentos del Espacio y el Tiempo* (1899), *y Doce Historias y un Sueño* (1906). En esta última el lector encontrará una perfecta muestra del arte narrativo de su autor, con una diversidad de asuntos que van desde lo cómico hasta el terror, pasando por la anticipación científica.

FILMER

En verdad, el dominio de la navegación aérea se debe al esfuerzo de miles de hombres: éste sugiere una idea y aquel otro realiza un experimento, hasta que, finalmente, sólo fue necesario un potente esfuerzo intelectual para concluir la empresa. Pero la inexorable injusticia del sentir popular ha decidido que de todos esos miles de hombres, sólo uno, y en este caso un hombre que nunca voló, fuera elegido como el inventor, del mismo modo que decidió honrar a Watt como descubridor del vapor y a Stephenson de la locomotora. Y, seguramente, de todos estos nombres reverenciados, ninguno lo ha sido de forma tan grotesca y trágica como el del pobre Filmer, la tímida e intelectual criatura que resolvió el problema que había sumido en la perplejidad y en el temor a tantas generaciones, el hombre que apretó el botón que ha modificado la paz y la guerra, y casi todas las condiciones de la felicidad y vida humanas. El repetido prodigio de la pequeñez del científico que se enfrenta a la grandeza de su ciencia jamás ha encontrado una ejemplificación tan asombrosa. Gran parte de los datos referentes a Filmer permanecen en una profunda oscuridad, y así han de quedar -los Filmer no atraen a los Boswell-, pero los hechos esenciales y la escena final son suficientemente claros, *y* existen cartas, notas *y* alusiones casuales que nos ayudan a ensamblar las diferentes piezas del rompecabezas final. Y esta es la historia que se obtiene, juntando una pieza con otra, sobre la vida y muerte de Filmer.

La primera huella auténtica de Filmer en las páginas de la historia es un documento en el cual solicita ser admitido como estudiante de física becado en los laboratorios del gobierno, en South Kensington, y con tal propósito se describe a sí mismo como hijo de un «zapatero de batalla» («remendón» en lenguaje vulgar) de Dover, y elabora además una lista de las diferentes investigaciones que prueban su elevada capacidad para la química y las matemáticas. Con cierta falta de dignidad, pretende incrementar dichas

dotes valiéndose de una declaración de pobreza y de las desventajas consecuentes a dicha situación y se refiere al laboratorio como la «meta» de sus ambiciones, una revelación involuntaria que refuerza su pretensión de consagrarse exclusivamente a las ciencias exactas. El documento está anotado de una manera que muestra que Filmer consiguió esta codiciada oportunidad, pero hasta hace muy poco no se habían encontrado rastros de sus éxitos en la institución del gobierno.

Ahora, sin embargo, ha quedado demostrado que a pesar de su celo declarado por la investigación, Filmer, antes de haber cumplido un año de beca, fue tentado por la posibilidad de un pequeño incremento en sus ingresos inmediatos, de manera que abandonó el laboratorio y se convirtió en uno de los calculadores de *nueve peniques hora* empleados por un célebre Profesor para ayudarle en la dirección de sus vastas investigaciones en el terreno de la física solar, investigaciones que todavía son motivo de asombro para los astrónomos. Después, por espacio de siete años, a excepción de las listas de aprobados de la Universidad de Londres, en las cuales se le ve trepar lentamente hasta una doble licenciatura de primera clase en matemáticas y química, no hay evidencia de cómo pasaba Filmer su vida. Nadie sabe cómo o dónde vivió, aunque parece muy probable que se mantuviera dando clases mientras proseguía los estudios necesarios para su graduación. Y después, cosa realmente extraña, aparece mencionado en la correspondencia de Arthur Hicks, el poeta.

«¿Recuerdas a Filmer? -escribe Hicks a su amigo Vance-. Pues bien, no ha cambiado lo más mínimo; la misma forma hostil de hablar entre dientes y la misma barba repugnante -¿cómo *puede* ingeniárselas un hombre para dar siempre la impresión de que lleva tres días sin afeitarse?-, y todavía conserva esa especie de aire furtivo de estar ocupado en asuntos secretos cuando uno se lo encuentra; incluso su chaqueta y su cuello raído no muestran señales del paso de los años. Estaba escribiendo en la biblioteca y yo me senté a su lado en nombre de la caridad divina, tras lo cual me insultó deliberadamente mientras tapaba sus anotaciones. Al parecer, tiene en sus manos algún brillante descubrimiento y sospecha que yo -¡con un libro de poemas editado en Bodley!- pretendo robárselo. Ha cosechado notables honores en la Universidad -me los enumeró precipitadamente, con una especie de estúpido entusiasmo, como si temiera que yo pudiera interrumpirle antes de haberme mencionado todos- y me habló largo y tendido sobre la obtención de su doctorado en ciencias, de la misma forma que uno podría hablar de subir a un coche. Y luego, con un insidioso tono comparativo, me preguntó por lo que yo estaba haciendo mientras su brazo se extendía nerviosamente -un verdadero brazo protector- sobre el papel que escondía la preciosa idea, su única idea prometedora.

-Poesía -dijo-, poesía. ¿Y qué pretende enseñar con eso, Hicks?

El pobre hombre es un embrión de catedrático de provincias, y yo doy gracias a Dios con devoción por haberme obsequiado con una preciosa indolencia, sin la cual podría haber seguido el camino hacia el doctorado en ciencias y la destrucción...»

Me atrevo a pensar que esta curiosa viñeta atrapa a Filmer en el momento o en momentos cercanos al nacimiento de su descubrimiento.

Hicks se equivocaba al pronosticar a Filmer una cátedra de provincias. La siguiente instantánea nos lo muestra disertando acerca de «la goma y sus sustitutos» en la Sociedad de Artes -había llegado a director de una importante fábrica de productos plásticos-, y ahora se sabe que en aquel tiempo era miembro de la Sociedad Aeronáutica, aunque no aportó nada en las discusiones de dicha corporación, pues prefería, sin duda, madurar su

gran idea sin ayudas externas. Y a los dos años de aquella ponencia en la Sociedad de Artes se dedicó a sacar apresuradamente cierto número de patentes y a proclamar de forma muy poco seria la conclusión de las investigaciones divergentes que harían posible su máquina voladora. La primera declaración definitiva apareció en un mediocre vespertino, a través de la agencia de un individuo que se alojaba en la misma casa que Filmer. Esta precipitación final, después de una larga y laboriosa paciencia para mantener el secreto, parece haber sido debida a un pánico innecesario, pues Bootle, el célebre charlatán científico americano, había hecho una declaración que Filmer interpretó erróneamente como una anticipación de su idea.

Ahora bien, ¿en qué consistía exactamente la idea de Filmer? En realidad era una idea muy simple. Antes de él, las búsquedas de los aeronáuticos habían seguido dos líneas divergentes: por una parte se habían construido globos -grandes aparatos más ligeros que el aire, de fácil ascenso y de descenso relativamente seguro, pero que flotaban impotentemente a merced de cualquier brisa que los impulsara-; y, por otra, se habían desarrollado máquinas voladoras que sólo volaban en teoría -vastas estructuras planas más pesadas que el aire, impulsadas y mantenidas por pesados motores, y la mayoría de ellas se hacían pedazos al primer descenso-. Pero, dejando a un lado el hecho de que el inevitable desplome final las hacía imposibles, el peso de las máquinas voladoras ofrecía al menos una teórica ventaja: podrían navegar por el aire en sentido contrario al viento, una condición necesaria si la navegación aérea había de tener algún valor práctico. El mérito particular de Filmer consistió en descubrir la manera de que las ventajas opuestas, y hasta entonces incompatibles, del globo y la pesada máquina voladora pudieran ser combinadas en un único aparato, que sería, a voluntad, más pesado o más ligero que el aire. Las vejigas contráctiles de los peces y las cavidades neumáticas de los pájaros le brindaron los primeros ejemplos. Inventó un sistema de globos contráctiles y absolutamente cerrados que, al dilatarse, podrían elevar los actuales aparatos voladores con facilidad, y, al contraerse por medio de una complicada «musculatura» que Filmer había entretejido a su alrededor, quedarían casi completamente replegados en el interior del armazón; la estructura que sostenía estos globos fue construida con tubos huecos y rígidos que expulsaban el aire automáticamente por medio de un ingenioso dispositivo a medida que el aparato descendía, y que permanecían vacíos tanto tiempo como deseara el aeronauta. A diferencia de los aeroplanos precedentes, esta máquina no tenía alas o hélices, y el único motor que requería era el potente y compacto dispositivo, imprescindible para contraer los globos. Se dio cuenta de que un aparato como el que había inventado podría elevarse con la estructura vacía de aire y los globos dilatados a una altura considerable; y luego, podría contraer los globos y dejar que el aire penetrara en la estructura de tubos, de modo que al ajustar sus pesos se deslizara por el aire en la dirección deseada. A medida que descendiera, el aparato acumularía velocidad y, al mismo tiempo, perdería peso, y el impulso acumulado por el rápido descenso podría ser utilizado por medio de un desplazamiento de pesos para remontarse de nuevo gracias a la expansión de los globos. Esta concepción, que permanecía todavía dentro de los límites de la concepción básica de toda máquina voladora factible, necesitaba, sin embargo, un enorme despliegue de trabajos para coordinar los detalles, antes de que pudiera ser realizada definitivamente, y Filmer -como solía decir a los numerosos reporteros que se apiñaban a su alrededor en el apogeo de su fama- había llevado a cabo estos trabajos «generosa e incondicionalmente.» Encontró una dificultad especial en el tejido elástico del globo contráctil. Comprendió

que necesitaba un nuevo material, y para el descubrimiento y manufactura de este nuevo material, tuvo que realizar -como jamás dejó de recalcar a los reporteros- «un trabajo mucho más arduo que el que realicé para llegar a la conclusión definitiva de lo que parece ser mi mayor descubrimiento.»

Pero no vaya a creerse que estas entrevistas sucedieron inmediatamente después de que Filmer proclamara su invento. Transcurrieron cerca de cinco años, durante los cuales continuó tímidamente en la fábrica de goma -parece haber dependido por completo de estos pequeños ingresos desde que inició su investigación-, haciendo infructuosos intentos para convencer a un público bastante indiferente de que él *había* inventado realmente lo que había inventado. Dedicó la mayor parte de su tiempo libre a redactar cartas para la prensa diaria y científica, explicando con precisión el incuestionable resultado de sus investigaciones y demandando ayuda financiera. Esto último habría sido suficiente para suprimir sus cartas. Invirtió los días festivos de los que podía disponer en insatisfactorias entrevistas con los porteros de los principales periódicos de Londres -estaba muy poco dotado para inspirar confianza a los conserjes-, y se sabe con absoluta seguridad que intentó convencer al Ministerio de la Guerra para que patrocinara su invento. En dicho Ministerio se conserva todavía una carta confidencial del general Volleyfire al conde de Frogs.

«El tipo en cuestión es un chiflado, y un pelota de la más baja categoría», dice el general con su típico estilo militar, populachero *y* sensato, *y* de este modo dio a los japoneses la oportunidad de asegurarse -tal y como hicieron posteriormente- la primacía en este aspecto de la guerra, primacía que, para mayor desventura nuestra, conservan todavía.

Y entonces, gracias a un golpe de suerte, se descubrió que la membrana que había ideado Filmer para su globo contráctil era de gran utilidad para las válvulas de un nuevo motor de gasolina y consiguió los fondos necesarios para construir un modelo experimental de su máquina voladora. Renunció a su empleo en la fábrica de goma, dejó de escribir cartas, y, con esa especie de misterio que parece haber sido una característica inseparable de todos sus procedimientos, se puso a trabajar en el aparato. Todo parece indicar que dirigió la fabricación de sus diferentes elementos y que reunió la mayor parte de los mismos en su habitación de Shoreditch, pero el montaje final se llevo a cabo en Dymchurch, en el condado de Kent. No construyó el aparato con las dimensiones necesarias para transportar a un hombre, pero hizo un uso de lo más ingenioso de lo que en aquel entonces se llamaban ondas Marconi para controlar el vuelo. La primera incursión aérea de esta nueva máquina voladora se efectuó sobre unos campos de los alrededores de Burford Bridge, cerca de Hythe, en Kent, y Filmer siguió y controló el vuelo desde un triciclo de motor diseñado para tal efecto.

Considerando todas las circunstancias, el vuelo tuvo un éxito asombroso. El aparato fue transportado en una carreta de Dymchurch a Burford Bridge, donde se elevó a una altura cercana a los trescientos pies; desde allí descendió hasta las proximidades de Dymchurch, detuvo su descenso, se remontó de nuevo, describió un círculo y, finalmente, cayó sin daños considerables en un campo situado detrás de la posada de Burford Bridge. En el descenso sucedió algo muy curioso. Filmer abandonó su triciclo, trepó por el dique intermedio, avanzó unos veinte metros hacia su triunfo, extendió los brazos con gesticulaciones extrañas y se desplomó sin conocimiento. Más tarde, todos pudieron recordar la palidez de sus facciones y las muestras de extrema agitación que habían

observado durante el desarrollo de la prueba, cosa que, de no haber ocurrido el incidente, habrían olvidado. Después, en la posada, Filmer tuvo un arrebato indescriptible de llanto histérico.

En total no hubo más de veinte testigos del suceso, y la mayor parte eran hombres sin educación. El médico de New Romney vio el ascenso, pero no el descenso, pues su caballo se asustó con el aparato eléctrico del triciclo de Filmer y le ocasionó una terrible caída. Dos miembros de la policía de Kent contemplaron de forma extraoficial la aventura desde una carreta. Un tendero que estaba visitando la región en busca de pedidos y dos señoritas en bicicleta parecen completar la lista de personas instruidas. También se encontraban presentes dos informadores; uno representaba a un diario de Folkestone, y el otro no era más que un reportero de cuarta categoría, un periodista de «simposio», cuyos gastos, Filmer, ansioso de una publicidad adecuada-y ahora por fin se daba cuenta de cuál era la forma más adecuada de conseguir esa publicidad-, había pagado. Era uno de esos escritores que pueden darle un tono convincente de irrealidad a los sucesos más verosímiles, y su semicómico relato del acontecimiento apareció en el suplemento de un diario popular. Pero, por fortuna para Filmer, los métodos coloquiales de este individuo eran más convincentes. Fue a ofrecer alguna aburrida crónica adicional sobre el tema a Banghurst, propietario del *New Papery* uno de los hombres mejor dotados *y* menos escrupulosos del periodismo londinense; y Banghurst se aprovechó inmediatamente de la situación. El reportero desaparece de la narración, sin duda muy dudosamente remunerado, y Banghurst, el propio Banghurst -papada, traje de sarga gris, abdomen, voz, gestos y demás-, aparece en Dymchurch siguiendo los consejos de su larga e inigualable nariz periodística. Con una sola mirada había adivinado todo el asunto, lo que era en ese momento y lo que podría llegar a ser.

El caso es que con su intervención, las investigaciones de Filmer, mantenidas en secreto tanto tiempo, alcanzaron la fama. Instantáneamente y de la forma más espléndida se convirtió en un *Boom.* Cuando uno revuelve los archivos de los periódicos del año 1907, comprueba con incredulidad lo repentino *y* delirante que debió de ser el *boom* en aquellos días. Los periódicos de julio no saben nada sobre navegación aérea, ni ven nada en la navegación aérea, manifestando con tan elocuente silencio que los hombres jamás querrían, podrían, o deberían volar. En agosto, la navegación aérea y los paracaídas, y las tácticas aéreas y el gobierno japonés, y Filmer y de nuevo la navegación aérea, sustituyen a la guerra de Yunnan y las minas de oro de la alta Groenlandia en las primeras páginas. Y Banghurst había dado diez mil libras esterlinas, y, un poco más tarde, cinco mil libras más, y había consagrado sus ilustres y espléndidos -aunque estériles hasta entonces- laboratorios privados y una cantidad de acres de los terrenos cercanos a su residencia privada en las colinas de Surrey a la conclusión enérgica y fulminante -estilo Banghurst- de una máquina voladora practicable del tamaño apropiado. Entretanto, a la vista de las multitudes privilegiadas que se agolpaban en el jardín amurallado de la residencia urbana de Banghurst en Fulham, Filmer era exhibido en recepciones semanales al aire libre, en las que ponía a prueba las cualidades de su modelo. Con un coste inicial enorme, pero con beneficio final, el *New Paper* ofreció a sus lectores un precioso documento fotográfico de la primera de estas funciones.

En este punto, la correspondencia entre Arthur Hicks y su amigo Vance, viene de nuevo en nuestra ayuda.

«Vi a Filmer en el esplendor de su gloria -escribe con el preciso toque de envidia

acorde con su situación de poeta pasado de moda-. El tipo aparece peinado *y* afeitado, *y* vestido a la moda de una Real Institución de Conferenciantes de Sobremesa, con el último grito en levitas y botines de charol, y, en general, su comportamiento oscila entre el de un grave *y* solitario hombre de ciencia *y* el de un asustado y tímido patoso cruelmente expuesto al ridículo. No hay el más leve toque de color en la piel de su rostro; su cabeza sobresale hacia delante y esos extraños y pequeños ojos de color ámbar espían furtivamente a su alrededor para preservar su fama. Sus ropas están perfectamente cortadas y, sin embargo, le sientan como si las hubiese comprado de confección. Todavía habla mascullando entre dientes, pero se percibe confusamente que dice cosas en tono agresivo, y retrocede instintivamente hasta las últimas filas de los grupos en cuanto Banghurst desaparece durante un minuto, y cuando pasea por los prados de Banghurst se observa que está un tanto sofocado y que se mueve nerviosamente, apretando sus blancas y débiles manos. Se encuentra en un estado de tensión, de horrible tensión. Y es el más Famoso Inventor de este siglo o de cualquier otro siglo... ¡El más Famoso Inventor de este siglo o de cualquier otro siglo! Lo que más choca de él es que no da la impresión de haberse esperado jamás, y en ningún caso, nada parecido a esto. Banghurst está en todas partes, el enérgico Maestro de Ceremonias con su pequeña gran presa, y yo juraría que nos tendrá a todos en sus tierras antes de que Filmer finalice su ingenio. Ayer había cazado al primer ministro, y Filmer-¡bendita sea su alma!- no parecía especialmente inflado, para ser una ocasión tan importante. ¡Imagínatelo! ¡Filmer! ¡Nuestro oscuro y plebeyo Filmer! ¡La Gloria de la Ciencia Británica! Las duquesas se apiñan a su alrededor; las hermosas y atrevidas damas de la nobleza -por cierto, ¿has notado lo perspicaces que se han vuelto las grandes damas?- le dicen con sus hermosas y claras voces:

» -Oh, Mr. Filmer, ¿cómo ha sido capaz de inventar esto?

» Los hombres vulgares, que viven al margen de las cosas, están demasiado aislados para responder ingeniosamente. Uno se imagina una respuesta al modo de una *interview:*

» -Trabajando duramente y sin descanso, Madame, y, tal vez... no lo sé... tal vez, gracias a cierta capacidad personal.»

Hasta aquí el testimonio de Hicks. El suplemento fotográfico del *New Paper* está en perfecta armonía con la descripción. En una de las imágenes, la máquina desciende hacia el río y, debajo de ella, a través de un claro entre los olmos, aparece el campanario de la iglesia de Fulham; en otra, Filmer está sentado ante sus baterías de control, y los hombres poderosos y las mujeres hermosas de la tierra permanecen de pie a su alrededor, con Banghurst al fondo, que muestra un aire modesto, pero decidido. La instantánea del grupo es extraordinariamente oportuna. Tapando gran parte de Banghurst, y mirando hacia Filmer con expresión triste y especulativa, aparece Lady Mary Elkinghorn, todavía hermosa, a pesar de su aire de escándalo y de sus treinta y ocho años, y, además, la única persona que no parece estar pendiente de la cámara que está a punto de retratarlos.

Hasta aquí hemos dado muchos detalles superficiales de la historia de Filmer, pero, al fin y al cabo, son sólo detalles superficiales. En cuanto a lo que interesa realmente del caso, uno se encuentra sumido necesariamente en la oscuridad. ¿Cómo se sentía Filmer en aquella época? ¿Cuál era la intensidad de cierto sentimiento desagradable que se alojaba en el interior de su nueva y elegante levita? Aparecía en los periódicos de medio penique, en los de penique, en los de seis peniques y publicaciones similares algo más caras, y era reconocido en el mundo entero como «el más Famoso Inventor de este siglo o

de cualquier otro siglo». Había inventado una máquina voladora factible y, día tras día, la construcción de un modelo de dimensiones apropiadas se llevaba a cabo en las colinas de Surrey. Y cuando estuviera terminado, se esperaba, como consecuencia clara e inevitable de haberlo inventado *y* realizado -*y* desde luego, a todo el mundo le parecía indudable y no había el menor resquicio para la duda en este vaticinio universal-, que el propio Filmer se subiría a bordo con orgullo y entusiasmo, se remontaría con ella por los aires y volaría.

Pero ahora sabemos con absoluta certeza que el simple orgullo y el entusiasmo para afrontar una acción desemejante naturaleza, no estaban en armonía con la constitución particular de Filmer. En aquel entonces no se le ocurrió a nadie, pero lo cierto es que así era.

Ahora podemos suponer con entera confianza que la idea de volar debió de originar en su espíritu una constante zozobra durante el día, y, por una carta que envió a su médico quejándose de un insomnio persistente, tenemos una sólida razón para suponer que la zozobra dominó también sus noches. Al fin y al cabo, la idea de revolotear en el vacío a mil pies de altura, tenía que parecerle a Filmer abominablemente angustiosa, incómoda y peligrosa.

Ya desde el principio, por la época en que fue proclamado el más Famoso Inventor de este siglo o de cualquier otro siglo, debió de haberle atormentado la visión de acometer una empresa semejante, y con un vacío inmenso bajo sus pies. Es posible que alguna vez, en su juventud, hubiera sentido vértigo desde una gran altura, o sufrido una caída excesivamente desafortunada; o, quizá, el hábito de dormir en una mala postura hubiera desembocado en la desagradable pesadilla de la caída en el vacío, que todo el mundo conoce, infundiéndole ese horror. De lo que no cabe la menor sombra de duda ahora es de la intensidad de ese horror.

Aparentemente, en los primeros tiempos de su investigación jamás se había planteado la obligación de volar; la máquina había sido su meta, pero ahora las cosas habían sobrepasado los límites de su meta y, particularmente, aquella vertiginosa ascensión por los aires. Era un Inventor y había Inventado. Pero no era un Aeronauta, y sólo ahora empezaba a darse cuenta con claridad de que todo el mundo esperaba que volara. Y sin embargo, por más que la idea ocupara constantemente su imaginación, no dio ninguna muestra de ello hasta el último momento. Entretanto, iba de un lado a otro en los espléndidos laboratorios de Banghurst; era entrevistado y celebrado, vestía a la moda, comía suculentos manjares y vivía en un piso elegante, pegándose un atracón de tan espléndida, inmoderada y saludable Fama y Exito, como jamás un hombre, muerto de hambre durante tantos años como él había estado, habría soñado pegarse.

Las reuniones semanales de Fulham cesaron al cabo de un tiempo. Cierto día, el modelo se había negado por unos momentos a obedecer los controles de Filmer, o tal vez éste se distrajera a causa de las bendiciones de un arzobispo. El caso es que, de repente, en el preciso instante en que el arzobispo se embarcaba en una cita latina, como si fuera un arzobispo de novela, el aparato hundió el morro en el aire y fue a caer en la carretera de Fulham, a tres yardas del caballo de un ómnibus. Durante cosa de un segundo se mantuvo en suspenso, asombrando a los presentes con su asombroso comportamiento. Luego se desplomó, estalló en pedazos, y el caballo del ómnibus fue asesinado accidentalmente.

Filmer se perdió el final de la bendición arzobispal. Se levantó y se quedó mirando cómo su invento caía fuera del alcance de su mirada. Sus largas y pálidas manos

permanecían aferradas a su inútil aparato. El arzobispo siguió el recorrido de la mirada de Filmer por el cielo con una aprensión impropia de un arzobispo.

Después, el estallido, los pitos y el escándalo, mitigaron la tensión de Filmer.

¡Dios mío! -susurró, y se sentó.

Casi todos los demás miraban sorprendidos hacia el cielo para ver por dónde había desaparecido la máquina; algunos corrían hacia la casa.

La construcción de la máquina grande se aceleró después de este accidente. Filmer dirigía la construcción, siempre con cierta lentitud y ademanes muy cuidados, siempre con una preocupación creciente en su espíritu. Las precauciones que tomó respecto a la resistencia y seguridad del modelo fueron prodigiosas. A la menor señal de duda detenía todos los trabajos hasta que la pieza fuera reemplazada. Wilkinson, su ayudante principal, echaba pestes cada vez que se producían estas interrupciones, la mayor parte de las cuales, insistía, eran innecesarias. Banghurst ensalzaba la paciente exactitud de Filmer en el *New Paper* -aunque le injuriaba implacablemente cuando estaba con su mujer- y MacAndrew, el segundo ayudante, acreditaba la sabiduría de Filmer.

-No queremos que se produzca un *fiasco* -decía-. Filmer es extremadamente prudente.

Y siempre que se presentaba una oportunidad, Filmer explicaba con total precisión a Wilkinson y a MacAndrew cómo tenía que ser controlado y manejado cada componente de la máquina voladora, de manera que estuvieran realmente tan capacitados, o más, para conducirla a través de los cielos cuando llegara el momento.

Ahora pienso que si Filmer, ante esta comedia, hubiera sido capaz de determinar exactamente cuáles eran sus sentimientos y adoptar una línea de conducta definida respecto al tema de su ascensión, podría haber eludido esa penosa prueba con facilidad. Si hubiera tenido esto claro, podría haber hecho un sinfín de cosas. Seguramente habría encontrado sin dificultad un especialista que certificara que tenía el corazón débil, o alguna afección gástrica o pulmonar, para impedir el vuelo -y esta es precisamente la actitud que no adoptó, lo cual no deja de asombrarme-; o podría, si hubiera sido un hombre de más carácter, haber declarado simple y llanamente que no tenía intención de hacer tal cosa. Aunque el terror estaba constantemente presente en su espíritu, el hecho es que no se planteaba con claridad y precisión el problema. Supongo que durante todo aquel periodo no dejó de decirse que, cuando llegara el momento, se encontraría a la altura de las circunstancias. Era como un hombre paralizado por una grave enfermedad, que dice estar un poco indispuesto, pero que espera sentirse mejor al cabo de un rato. Entretanto, retrasaba la terminación de la máquina *y* dejaba que arraigara *y* creciera a su alrededor la presunción de que él iba a tripularla. Incluso aceptó elogios anticipados por su valor. Y, dejando a un lado sus aprensiones secretas, no cabe duda de que todas las alabanzas, distinciones y aclamaciones que recibió le parecieron una droga deliciosa y embriagadora.

Lady Mary Elkinghorn consiguió que las cosas se le complicaran un poco más.

El origen de *aquello* fue tema de inagotables especulaciones para Hicks. Es probable que al principio ella se mostrara un tanto «amable» con Filmer, haciendo gala de esa imparcial parcialidad tan suya, *y* es posible que a sus ojos -*y* debido al hecho de que se destacara tan notoriamente mientras dirigía su monstruo hacia los cielos- Filmer hubiera adquirido una distinción que Hicks no estaba dispuesto a concederle. Sea como sea, debieron de disponer ambos de un momento de aislamiento, y el gran Inventor de un momento de valor suficiente para que algo de índole un poco más personal fuera revelado

o declarado entre dientes. De cualquier modo, es indudable que empezó, y no tardó en ser observado por una clase de gente acostumbrada a encontrar en los actos de Lady Mary Elkinghorn un motivo de diversión. Esto complicó las cosas, porque, el estado amoroso en un espíritu tan virginal como el de Filmer, tenía que reforzar su determinación -si no lo suficiente, al menos en grado considerable- de afrontar un peligro que le horrorizaba, y le impediría además cualquier tentativa de evasión que, en realidad, habría sido lo lógico y natural.

Sigue siendo tema de especulación saber cuáles eran exactamente los sentimientos de Lady Mary hacia Filmer y lo que realmente pensaba de él. A los treinta y ocho años, uno puede haber acumulado bastante sabiduría, y no ser todavía sabio del todo; y, además, la imaginación funciona aún con actividad suficiente para crear espejismos y aspirar a lo imposible. Filmer aparecía ante sus ojos como un personaje de capital importancia -y eso siempre cuenta- y, al parecer, estaba dotado de poderes únicos, al menos en el aire. Su actuación con el modelo tenía un aire de fascinación que lo equiparaba con un potente conjuro, y las mujeres han mostrado siempre una insensata disposición a imaginar que cuando un hombre tiene poderes, ha de tener necesariamente Poder. De este modo, cualquier imperfección en la apariencia o los modales de Filmer, se convertía en un mérito añadido. Era modesto, odiaba la ostentación, pero cuando llegara el momento en que se necesitaran *verdaderas* cualidades, entonces... ¡entonces se vería!

La difunta Mrs. Bampton creyó prudente comunicar a Lady Mary su opinión de que Filmer, considerando todas las cosas, era más bien un «gusano».

-Ciertamente, es un tipo de hombre que no había conocido hasta ahora -dijo Lady Mary con imperturbable serenidad.

Y Mrs. Bampton, después de lanzar una rápida e imperceptible mirada hacia aquella serenidad, decidió que por lo que se refería a comunicarle sus prevenciones a Lady Mary, había hecho cuanto se podía esperar de ella. Pero a los demás les dijo un montón de cosas.

Y por fin, sin excesiva o impropia precipitación, amaneció el día, el gran día, en el que Banghurst había prometido a su público -el mundo entero en realidad- que la navegación aérea sería definitivamente dominada y superada. Filmer lo vio amanecer; acechó incluso en la oscuridad antes de que amaneciera y vio cómo se apagaban las estrellas y cómo los grises y nacarados tonos rosáceos daban paso al claro azul celeste de un día radiante y despejado. Lo contempló desde la ventana de su dormitorio situado en el ala recién construida de la residencia estilo Tudor de Banghurst. Y a medida que las estrellas se desvanecían y las formas y sustancias de las cosas surgían de la amorfa oscuridad, debió de ver con creciente claridad los preparativos de la fiesta en el parque, más allá de los grupos de hayas cercanos al pabellón verde, las tres tribunas levantadas para los espectadores privilegiados, la nueva y reluciente valla del recinto, los cobertizos y los talleres, los mástiles venecianos y los ondeantes pabellones que Banghurst había considerado indispensables... Y en medio de todas aquellas cosas se destacaba, lánguida y funesta en la plácida aurora, una gran forma cubierta con una lona. Un extraño y terrible presagio para la humanidad se ocultaba bajo aquella forma, un destello inicial que había de propagarse y ensancharse *y* transformar *y* dominar con seguridad todos los acontecimientos de la vida humana; pero es indudable que Filmer sólo lo veía en aquellos momentos bajo una perspectiva estrecha y personal. Muchas personas le oyeron pasearse a altas horas de la noche, pues la vasta mansión estaba atestada de huéspedes invitados

por su propietario editor que, ante todo, creía en el aprovechamiento del espacio. Y hacia las cinco de la mañana, si no antes, Filmer abandonó su habitación y se alejó de la dormida mansión y deambuló por el parque, donde, a esa hora, no había nada más que la luz del sol, los pájaros, las ardillas y los gamos. MacAndrew, que era también un hombre madrugador, se encontró con él cerca de la máquina y se fueron juntos a echar un vistazo.

No se sabe si Filmer desayunó algo, a pesar de las recomendaciones de Banghurst. Parece ser que tan pronto como los invitados empezaron a deambular en número creciente, Filmer se retiró a su habitación. De allí se fue, a eso de las diez, hacia los setos, probablemente porque había visto a Lady Mary Elkinghorn. Se paseaba de acá para allá conversando alegremente con su vieja amiga de colegio, Mrs. Brewis-Craven y, aunque Filmer no había visto nunca a ésta última, se unió a ellas y paseó a su lado durante un rato. A pesar de la elocuencia de Lady Mary, se produjeron varios momentos de silencio. La situación era complicada y Mrs. Brewis-Craven no acertaba a vencer esa complicación.

-Me dio la impresión -dijo después, incurriendo en una flagrante contradicción- de que era un ser muy desgraciado, que tenía algo que decir y, sobre todo, necesitaba que le ayudaran a decirlo. Pero, ¿cómo iba una a ayudarle si no se podía adivinar de qué se trataba?

A las once y media, los recintos reservados para el público en el parque exterior estaban atestados; había una corriente intermitente de carruajes a lo largo de la franja que rodeaba el parque, y los invitados de la casa estaban diseminados por el césped, los setos y las esquinas del parque interior, en una sucesión de grupos vistosamente ataviados, atentos todos ala máquina voladora. Filmer paseaba en un grupo de tres, con Banghurst, que hacía gala de una suprema *y* visible felicidad, *y* Sir Theodore Hickle, presidente de la Sociedad Aeronáutica. Mrs. Banghurst les seguía a poca distancia, en compañía de Lady Mary Elkinghorn, Georgina Hickle y el deán de Stays. Banghurst monopolizaba la conversación y Hickle rellenaba inmediatamente los pocos intersticios que dejaba con observaciones complementarias dirigidas a Filmer. Y Filmer caminaba entre ellos sin decir una palabra, excepto cuando se hacía inevitable una respuesta. Detrás, Mrs. Banghurst gozaba de la conversación admirablemente tramada y proporcionada del deán, con esa palpitante atención hacia el alto clero que diez años de promoción y supremacía social no habían podido borrar de su espíritu; y Lady Mary contemplaba, sin duda con una entera confianza en el hombre que había de desilusionar al mundo, los hombros caídos de esa clase de hombre que no había conocido hasta entonces.

Cuando el grupo principal llegó a la vista del público, se produjeron algunos aplausos, tal vez no demasiado unánimes ni estimulantes. Se habían acercado a unos cincuenta metros del aparato, cuando Filmer lanzó una impaciente mirada por encima del hombro para medir la distancia que le separaba de las mujeres que venían detrás, y se atrevió entonces a hacer el primer comentario que pronunciaban sus labios desde que salieron de la mansión. Su voz era un poco ronca, y cortó a Banghurst en medio de una sentencia sobre el Progreso.

-Oiga, Banghurst -dijo, y se calló.

-¿Sí? -dijo Banghurst.

-Quisiera... -se humedeció los labios-. No me siento bien.

Banghurst se paró en seco. -¿Qué? -gritó.

-Una sensación extraña -Filmer hizo ademán de moverse, pero Banghurst seguía

inmóvil-. No sé.

Tal vez me encuentre mejor dentro de un minuto. Si no... quizá... MacAndrew...

-¿No se encuentra *bien?* -dijo Banghurst, *y* clavó su mirada en el pálido rostro de Filmer-. ¡Querida! -añadió en el preciso instante en que Mrs. Banghurst se acercaba a ellos-. Filmer dice que no se siente *bien.*

-Un pequeño malestar -exclamó Filmer, eludiendo la mirada de Lady Mary-. Puede que se me pase...

Se produjo un silencio.

Filmer pensó que era la persona más desamparada del mundo.

-En cualquier caso -dijo Banghurst-, la ascensión debe ser efectuada. Tal vez, si se sentara en algún sitio durante un rato...

-Es por la muchedumbre, creo -dijo Filmer.

Se produjo una segunda pausa. Los ojos de Banghurst se posaron en Filmer, escrutándole, y después recorrieron la masa de público del recinto.

-Qué inoportuno -dijo Sir Theodore Hickle-; pero todavía... supongo... sus ayudantes... Desde luego, si no se encuentra en condiciones y está indispuesto...

-No creo que Mr. Filmer permita *eso* ni por un sólo instante -dijo Lady Mary.

-Pero si a Mr. Filmer le fallan los nervios... Incluso puede ser peligroso para él intentarlo... –dijo Hickle, y tosió.

-Precisamente porque es peligroso... –comenzó Lady Mary, y creyó que había expresado con suficiente claridad su punto de vista y el de Filmer.

Filmer se debatía entre motivos contradictorios.

-Creo que debo subir -dijo, mirando al suelo.

Levantó la vista y se encontró con los ojos de Lady Mary.

-Quiero subir -dijo, y le sonrió débilmente.

Después se volvió hacia Banghurst.

-Si pudiera sentarme durante un rato en algún sitio apartado de la muchedumbre y el sol...

Por fin, Banghurst empezó a comprender el caso.

-Venga a mi habitación del pabellón verde -dijo-. Allí hace bastante fresco.

Cogió a Filmer del brazo.

Filmer se volvió de nuevo hacia Lady Mary Elkinghorn.

-Me pondré bien en cinco minutos -dijo-. Estoy tremendamente apenado...

Lady Mary Elkinghorn le sonrió.

-No podía imaginar... -le dijo a Hickle, y cedió a la fuerza del tirón de Banghurst.

El resto del mundo se quedó mirando a los dos que se alejaban.

-Es tan frágil -dijo Lady Mary.

-Es un hombre extremadamente nervioso –dijo el deán, cuya debilidad consistía en considerar «neurótico» a todo el mundo, a excepción de los clérigos casados y con familia numerosa.

-Desde luego -dijo Hickle-, no es absolutamente necesario que vuele por el mero hecho de haber inventado...

-¿*Podría* ser de otra manera? -preguntó Lady Mary, con una débil mueca de desprecio.

-Ciertamente, sería de lo más desafortunado que cayera enfermo ahora -dijo Mrs. Banghurst con severidad.

-No se pondrá enfermo -dijo Lady Mary, que había recibido la mirada de Filmer.

-Se recuperará -decía Banghurst mientras caminaban hacia el pabellón-. Todo lo que necesita es un trago de brandy. Tiene que ser usted, ¿comprende? Y será usted... Lo pasará muy mal si permite que otro hombre...

-¡Oh! Quiero hacerlo yo -dijo Filmer-. Me recuperaré. De hecho, estoy casi dispuesto *ahora*... ¡No! Creo que primero tendré que tomar ese trago de brandy.

Banghurst le instaló en la habitación y destapó una licorera vacía. Después salió en busca de brandy de repuesto. Estuvo fuera cerca de cinco minutos.

La historia de esos cinco minutos no puede ser escrita. Los espectadores situados en el ala oriental de las tribunas levantadas para el público pudieron ver a intervalos la cara de Filmer pegada contra los cristales de la ventana, mirando hacia el exterior con ojos desorbitados *y,* después, alejarse *y* desvanecerse. Banghurst desapareció gritando por detrás de la tribuna principal, e inmediatamente apareció el mayordomo, que se dirigía hacia el pabellón con una bandeja.

La habitación en donde Filmer tomó su última decisión era una pieza confortable, amueblada de forma muy simple, con muebles de color verde y un escritorio antiguo, pues Banghurst era sencillo en sus costumbres privadas. Estaba decorada con pequeños grabados de estilo Morland, y había también un estante con libros. Pero sucedió que Banghurst había dejado un rifle pequeño con el que a veces se entretenía encima de la mesa, y en una esquina de la chimenea había una lata que contenía tres o cuatro cartuchos. Mientras Filmer se paseaba de un lado a otro de la habitación luchando con su intolerable dilema, se dirigió en primer lugar hacia el insinuante rifle que se hallaba atravesado sobre el cartapacio que había encima de la mesa, y después hacia la insinuante etiqueta roja:

.22 LARGO

La idea debió de penetrar en su cerebro en un instante.

Al parecer, nadie relacionó el sonido con él, aunque el rifle, al ser disparado en un espacio tan reducido, tuvo que haber resonado estrepitosamente, y eso que había varias personas reunidas en la sala de billar, que estaba separada tan sólo por un delgado tabique de yeso de la habitación donde se encontraba Filmer. Pero en cuanto el mayordomo de Banghurst abrió la puerta y percibió el acre olor a humo, comprendió, dijo, lo que había sucedido. Al menos los sirvientes de la mansión de Banghurst habían presentido que sucedía algo en el espíritu de Filmer.

Durante toda aquella penosa tarde, Banghurst se comportó tal y como creía que un hombre había de comportarse al enfrentarse con un desastre irremediable, y la mayoría de los invitados hicieron bien en no insistir sobre el hecho -aunque les resultaba imposible disimular ciertas perspicacias- de que Banghurst había sido timado por el suicida de la forma más elaborada y completa. El público que llenaba el recinto, según me contó Hicks, se dispersó «como una fiesta que ha sido echada a perder por un patoso», y, al parecer, no había un alma en el tren de regreso a Londres que no supiera desde el principio que la navegación aérea era una aventura imposible para el hombre.

-Pero, después de haber llegado tan lejos -decían algunos-, podía haberlo intentado.

Por la noche, cuando se quedó relativamente solo, Banghurst perdió la serenidad y se desmoronó como un ídolo de barro. Me han dicho que lloró, lo cual debió de ser un espectáculo impresionante. Y se sabe con absoluta seguridad que dijo que Filmer había

arruinado su vida, y que ofreció y vendió el aparato completo a MacAndrew por media corona.

-He estado pensando que... -dijo MacAndrew a la conclusión del negocio, pero se calló.

A la mañana siguiente el nombre de Filmer era por primera vez menos visible en el *New Paper* que en cualquier otro diario del mundo. El resto de los informadores del globo terráqueo, con un énfasis que variaba de acuerdo a su dignidad y grado de competencia con el *New Paper,* proclamaban el «completo fracaso de la Nueva Máquina Voladora» y el «suicidio del Impostor». Pero en la región septentrional de Surrey la acogida de las noticias era mitigada por la percepción de fenómenos aéreos insólitos.

La noche anterior Wilkinson y MacAndrew se habían enzarzado en una violenta discusión sobre los motivos exactos de la insensata decisión de su jefe.

-Es cierto que era muy poca cosa, un cobarde, pero en lo que se refiere a su ciencia, *no* era un impostor -dijo MacAndrew-, y yo estoy dispuesto a hacer una demostración práctica de esta verdad, Mr. Wilkinson, tan pronto como podamos disfrutar de algo de tranquilidad, pues no tengo ninguna fe en todo este despliegue publicitario para las pruebas experimentales.

Y con este objetivo, mientras el mundo entero se dedicaba a leer las noticias referentes al fracaso de la nueva máquina voladora, MacAndrew se elevó hacia los cielos *y* describió curvas de gran amplitud *y* mérito sobre los campos de Epsom y Wimbledon; y Banghurst, que había recuperado una vez más la esperanza y la energía, sin prestar atención a la seguridad pública ni al Ministerio de Comercio, seguía de cerca sus evoluciones e intentaba atraer la atención del aeronauta desde un automóvil, y en pijama -pues había contemplado la escena de la ascensión en el momento en que levantaba la persiana de la ventana de su dormitorio-, equipado, entre otras cosas, con una máquina fotográfica que más tarde se comprobó que estaba estropeada.

Y Filmer yacía sobre la mesa de billar del pabellón verde con una sábana sobre su cuerpo.

LA TIENDA MÁGICA

Había visto varias veces la Tienda Mágica desde lejos; había pasado una o dos veces por delante del escaparate, donde se podían contemplar pequeños objetos mágicos: bolas mágicas, gallinas mágicas, conos maravillosos, muñecas ventrílocuas, material para el truco del cesto, barajas que *parecían* corrientes, y todo ese tipo de cosas; pero nunca se me había pasado por la cabeza entrar, hasta que un día, sin previo aviso, Gip me cogió del dedo y me arrastró hasta el escaparate, y se comportó de tal forma que no me quedó más remedio que entrar con él. A decir verdad, no pensaba que estuviera en ese lugar -era una fachada de dimensiones modestas en Regent Street, entre una tienda de cuadros y un establecimiento donde salen los polluelos de las incubadoras patentadas-, pero el hecho es que estaba allí. Creía que se encontraba más cerca de Circus, o por la esquina de Oxford Street, incluso en Holborn; siempre estaba en la acera de enfrente y un tanto inaccesible, como si su situación fuera un espejismo; pero estaba allí en ese momento, sin ningún género de dudas, y la gruesa yema del dedo de Gip hacía un ruido sobre el cristal.

-Si fuera rico -dijo Gip, mientras señalaba con un dedo el «huevo que desaparece»- me compraría esto. Yeso -refiriéndose a la «muñeca que llora, muy humana»-, y esto -

señalando una cosa misteriosa que se llamaba, según se leía en una elegante tarjeta: «Compra uno y asombra a tus amigos»-. Cualquier cosa -añadió- puede desaparecer bajo uno de estos conos. Lo he leído en un libro. Y allí, papá, está el «medio penique que desaparece»... sólo que lo han puesto de esa forma para que no podamos ver cómo se hace.

Gip, un niño encantador que había heredado la educación de su madre, no tenía intención de entrar en la tienda ni de molestar en absoluto; pero me llevó del dedo inconscientemente hasta la puerta y dio a entender su interés de una forma clara.

-Eso -dijo, y señaló la «botella mágica».

-¿Y si la tuvieras? -le dije.

Cuando oyó esta pregunta prometedora, me miró con un resplandor repentino en los ojos.

-Se lo enseñaría a Jessie -dijo, pensando como siempre en los demás.

-Quedan menos de cuatro meses para tu cumpleaños, Gibbles -dije, y puse la mano en el picaporte.

No respondió, pero su mano me apretó más el dedo, y así entramos en la tienda.

No era una tienda común; era una tienda mágica, y el entusiasmo y la precipitación que Gip habría mostrado de tratarse de meros juguetes, no se manifestó en esta ocasión. Dejó que el peso de la conversación recayera sobre mí.

Era una tienda pequeña, estrecha y con poca luz; el timbre de la puerta volvió a sonar con una nota de dolor cuando la cerramos. Durante un momento estuvimos solos y pudimos contemplar lo que había a nuestro alrededor. Había un tigre de *papier-maché* sobre la vitrina que cubría el mostrador, un tigre grave, de ojos bondadosos que movía la cabeza rítmicamente; había varias esferas de cristal, una mano de porcelana que sostenía cartas mágicas, un surtido de peceras mágicas de varios tamaños, un sombrero mágico impúdico que mostraba sin vergüenza sus resortes. En el suelo había espejos mágicos: uno te alargaba y estrechaba, otro te aumentaba la cabeza *y* te hacía desaparecer las piernas, *y* otro te hacía pequeño y gordo como un tonelete. Cuando nos estábamos riendo de esto, llegó el que, según creí, era el encargado de la tienda.

Fuera quien fuera, estaba detrás del mostrador; era un hombre cetrino, moreno, extraño, con una oreja más grande que otra y un mentón como la punta de una bota.

-¿En qué puedo servirles? -dijo extendiendo sus dedos largos y mágicos sobre la vitrina.

Y así, con un susto, fue como le conocimos.

-Quiero comprar a mi pequeño algún truco sencillo de prestidigitación -dije.

-¿Un juego de manos? -preguntó-. ¿Mecánico? ¿Casero?

-Algo divertido -dije.

-¡Hum! -dijo el dependiente, y se rascó la cabeza como si reflexionara. Entonces sacó claramente de la cabeza una bola de cristal-. ¿Algo así? -dijo, y nos la acercó.

Lo que hizo fue sorprendente. Había visto el truco infinidad de veces en algún espectáculo -forma parte del repertorio habitual de los prestidigitadores-, pero no esperaba verlo allí.

-Está muy bien -dije riéndome.

-¿Verdad? -dijo el dependiente.

Gip alargó la mano para coger la bola, pero sólo encontró una mano vacía.

-Está en tu bolsillo -dijo el dependiente, ¡y allí estaba!

-¿Cuánto cuesta? -pregunté.

-Las bolas de cristal no cuestan nada -dijo el dependiente con cortesía-. Las conseguimos gratis -añadió sacando una del codo.

Volvió a sacar otra de la nuca y la dejó junto a la anterior en el mostrador. Gip miró su bola de cristal con prudencia, después dirigió una mirada de interrogación hacia las dos que estaban en el mostrador y, finalmente, examinó con sus ojos redondos al dependiente, que sonrió.

-Puedes quedarte con estas también -dijo el dependiente-, y, si no te importa, con una que saque de mi boca. *¡Así!*

Gip me pidió consejo con la mirada y luego, en profundo silencio, se guardó las cuatro bolas, estrechó de nuevo mi dedo tranquilizador y se dio ánimos para presenciar el siguiente acontecimiento.

-Conseguimos todos nuestros pequeños trucos de esta forma -observó el dependiente.

Me reí como el que sigue una broma.

-En lugar de ir al distribuidor -dije-. Evidentemente, así sale más barato.

-En cierto modo -dijo el dependiente-. A fin de cuentas acabamos pagándolos, pero no tanto... como la gente supone... Nuestros trucos más importantes y los suministros diarios de las demás cosas que queremos los sacamos de ese sombrero... Y usted sabe, señor, si me permite decírselo, que no *hay* un almacén de venta al por mayor de artículos mágicos genuinos. No sé si ha reparado en nuestro rótulo: La Tienda de Magia Genuina.

Sacó una tarjeta comercial de su mejilla y me la entregó.

-Genuina -dijo, acompañando la palabra con el movimiento de un dedo-. No hay ningún tipo de engaño -añadió.

Parecía que estaba llevando la broma demasiado lejos.

Se volvió hacia Gip con una sonrisa extraña.

-Mira, tú eres un Buen Muchacho.

Me sorprendió que supiera esto, pues, en beneficio de su disciplina, lo manteníamos en secreto incluso en casa; pero Gip recibió la frase con impávido silencio y mantuvo la mirada firme sobre el dependiente.

-Sólo los Niños Buenos logran pasar por esa puerta.

Y, a modo de ejemplo, llegó hasta nosotros un golpeteo en la puerta y se pudo oír débilmente una vocecita que gritaba:

-¡Papá! ¡Papá! ¡Quiero entrar ahí, papá! ¡Quiero entrar ahí!

Luego se oyó la voz de un angustiado padre que trataba de consolarle y tranquilizarle:

-Está cerrado, Edward -dijo.

-Pero no lo está -dije.

-Sí, señor -dijo el dependiente-. Siempre está cerrado para esa clase de niños.

Mientras hablaba vislumbramos al niño: una carita blanca, pálida de comer dulces y chucherías, y deformada por las malas pasiones; un pequeño egoísta inexorable que daba patadas al cristal encantado.

-No servirá de nada -dijo el comerciante cuando me dirigí hacia la puerta, movido por mi natural amabilidad.

Al poco tiempo se llevaron al niño mimado, que no paraba de berrear.

-¿Cómo logra hacer eso? -dije respirando un poco más libremente.

-¡Magia! -dijo el dependiente, moviendo la mano descuidadamente, y, de pronto... surgieron chispas de diversos colores de sus dedos y se desvanecieron en las sombras de

la tienda.

-Antes de entrar decías -dijo dirigiéndose a Gip- que querías una de nuestras cajas «compra una y asombra a tus amigos».

-Sí -dijo Gip, después de haberse dado ánimos.

-Está en tu bolsillo.

E inclinándose sobre el mostrador -tenía un cuerpo increíblemente largo-, este asombroso personaje mostró el artículo como suelen hacerlo los prestidigitadores.

-Papel -dijo, y sacó una hoja del sombrero vacío-. Cuerda.

Y su boca se convirtió en una caja de cuerdas, de la cual sacó una tira interminable que rompió con los dientes cuando terminó de atar el paquete... y, después -eso me pareció a mí-, se tragó el ovillo. Luego encendió una vela en la nariz de una de las muñecas ventrílocuas, puso uno de sus dedos (que se había puesto rojo como el lacre) en el fuego, y selló el paquete.

-Luego estaba el «huevo que desaparece» -observó.

Sacó uno de mi chaqueta y lo empaquetó, así como el «niño que llora, muy humano». Cuando estaban listos, yo entregaba los paquetes a Gip, que los estrechaba contra el pecho.

Habló muy poco, pero sus ojos eran elocuentes, al igual que la fuerza con que sostenía los paquetes. Gip era el escenario de emociones indescriptibles. Estas eran magia *auténtica.*

Luego, sobresaltado, descubrí algo que se movía dentro de mi sombrero, algo suave e inquieto. Me quité el sombrero rápidamente y una paloma irritada -un cómplice, sin duda- saltó, corrió por el mostrador, y creo que se metió en una caja de cartón, detrás del tigre de *papier-maché.*

-¡Qué horror! -dijo el dependiente, quitándome el sombrero con destreza-. ¡Vaya pájaro descuidado! ¡Mira que anidar en cualquier parte!

Sacudió mi sombrero y en su mano abierta aparecieron dos o tres huevos, una canica grande, un reloj, media docena de las inevitables bolas de cristal, *y* más *y* más papel arrugado *y* estrujado, mientras hablaba sin parar de cómo la gente se olvida de cepillar los sombreros *por dentro,* así como por fuera; lo decía con mucha educación, pero refiriéndose a mí.

-Se acumulan todo tipo de cosas, señor... No me refiero a *usted* en particular, por supuesto... Casi todos los clientes... Es asombroso todo lo que llevan encima...

El papel arrugado crecía y ondeaba en el mostrador, cada vez en mayor cantidad, hasta que casi ocultó al dependiente, hasta que lo ocultó por completo, y su voz seguía y seguía.

-Ninguno de nosotros sabe lo que puede ocultar la buena apariencia de un ser humano, señor. No somos mejores que fachadas encaladas, sepulcros blanqueados...

Su voz se paró exactamente igual que cuando se golpea el gramófono del vecino con un ladrillo bien dirigido: el mismo silencio instantáneo. El crujido del papel cesó, todo quedó en silencio.

-¿Ha terminado con mi sombrero? -dije al cabo de un rato.

Pero no hubo respuesta.

Miré a Gip y Gip me miró a mí; allí estaban nuestras imágenes deformadas en los espejos mágicos: extrañas, graves, inmóviles...

-Creo que nos vamos a ir -dije-. ¿Nos puede decir cuánto es todo esto...?

-¡Oiga! -dije con voz más bien fuerte-. Quiero la cuenta y mi sombrero, por favor.

Creo que alguien sorbió por las narices detrás del mostrador.

-Miremos detrás del mostrador, Gip -dije-. Creo que nos está tomando el pelo.

Llevé a Gip alrededor del tigre que meneaba la cabeza. Y ¿qué creéis que había detrás del mostrador? ¡Nadie, absolutamente nadie! Sólo mi sombrero tirado en el suelo y un típico conejo de prestidigitador, blanco y con orejas romas, sumido en sus meditaciones y con un aspecto tan estúpido *y* apocado como sólo los conejos de los prestidigitadores pueden tenerlo. Recogí mi sombrero y el conejo se apartó de mi camino arrastrando los pies.

-Papá -dijo Gip, susurrando débilmente.

-¿Qué pasa, Gip? -dije.

-Me *gusta* esta tienda, papá.

«A mí también me gustaría -me dije para mis adentros- si el mostrador no se hubiera alargado de repente, impidiéndonos el paso hacia la puerta.»

Pero no quise llamar la atención de Gip sobre esto.

-¡Miz, miz! -dijo alargando la mano hacia el conejo cuando pasó arrastrándose por delante de nosotros-. ¡Conejito, haz un truco a Gip! -y le siguió con la mirada hasta que se introdujo por una puerta que un momento antes no estaba allí.

Luego, esta puerta se abrió de par, y el hombre que tenía una oreja más grande que la otra apareció de nuevo. Todavía sonreía, pero cruzó una mirada entre divertida y desafiante.

-Seguro que querrá ver la sala de exposiciones, señor -dijo con cierta cortesía.

Gip tiró de mi dedo en dirección a la sala. Miré hacia el mostrador y volví a encontrarme con la mirada del dependiente. Estaba empezando a pensar que la magia era demasiado genuina.

-No tenemos mucho tiempo -dije.

Pero, sin saber cómo, nos encontramos en la sala antes de que terminara de decir esto.

-Todos los artículos son de la misma calidad -dijo el dependiente frotándose las manos-, y esta calidad es la mejor. Aquí no hay nada que no sea magia genuina, y todo totalmente garantizado. ¡Perdón, señor!

Sentí que tiraba de algo que se pegaba a la manga de mi chaqueta; entonces vi que agarraba a un inquieto demonio rojo por el rabo -la pequeña criatura mordía, luchaba e intentaba cogerle la mano-, y en seguida lo tiró descuidadamente detrás de un mostrador. Sin duda esa cosa era sólo una figura de goma retorcida pero, ¡a primera vista...! Su gesto era exactamente el de un hombre que tiene entre las manos un pequeño bicho que muerde. Miré a Gip, pero estaba mirando a un caballo mágico de madera. Me alegró que no hubiera visto esa cosa.

-Oiga -dije en voz baja, dirigiendo la mirada hacia Gip y el demonio-, ¿no tendrá muchas cosas de ese tipo por aquí, verdad?

-¡Ninguna de esas es nuestra! Seguramente la trajo usted -dijo el dependiente en voz baja y con una sonrisa más deslumbrante que nunca-. ¡Es asombroso lo que la gente *puede* llevar encima sin darse cuenta! ¿Ves algo que te agrade por aquí? -preguntó a Gip.

Allí había muchas cosas que agradaban a Gip.

Se volvió hacia el sorprendente comerciante con una mezcla de confianza y respeto.

-¿Es eso una espada mágica? -dijo.

-Una espada de juguete mágica. No se dobla, ni se rompe, ni corta los dedos. Al que la

lleva, le hace invencible en la lucha contra cualquiera que tenga menos de diez y ocho años. Cuestan desde media corona a siete y seis peniques, según el tamaño. Estas panoplias son para jóvenes caballeros andantes, y muy útiles: escudo de seguridad, sandalias para andar velozmente, yelmo que hace invisible.

-¡Oh, papá! -exclamó sofocado.

Traté de averiguar lo que costaban, pero el dependiente no me hizo ni caso. Había cogido a Gip; había conseguido que se soltara de mi dedo; se había embarcado en la explicación de sus artículos y nada era capaz de pararle. Poco después observé, desconfiado y celoso, que Gip había cogido el dedo de esta persona como solía hacerlo conmigo. Sin duda el tipo era interesante, pensé, y tenía un lote de cosas curiosamente trucadas, realmente cosas muy *bien* trucadas, sin embargo...

Deambulaba detrás de ellos, casi sin hablar, pero sin perder de vista al prestidigitador. Al fin y al cabo, Gip se lo estaba pasando bien, y, cuando llegara la hora de irnos, no tendríamos ningún problema en hacerlo.

Aquella sala de exposiciones era larga y laberíntica, una galería interrumpida por mostradores y columnas, con arcos que llevaban a otras secciones donde vendedores del aspecto más extraño ganduleaban *y* te observaban, *y* también había espejos *y* cortinas turbadores. Tan turbadores eran, en efecto, que al cabo de un rato no fui capaz de distinguir la puerta por donde habíamos entrado.

El dependiente enseñó a Gip unos trenes que no eran de vapor, ni de cuerda, y que corrían con solo dar la señal; después, algunas cajas muy valiosas de soldados que tomaban vida en cuanto quitabas la tapa *y* decías... Yo no tengo un oído muy fino *y* sólo aprecié que se trataba de un sonido producido al retorcer la lengua; pero Gip, que tiene el oído de su madre, lo cazó al vuelo.

-¡Bravo! -dijo el dependiente, metiendo los soldados en la caja sin mucha ceremonia y dándosela a Gip-. ¡Ahora! -añadió, y en un momento Gip les había dado vida de nuevo.

-¿Se llevan esta caja? -preguntó el dependiente.

-Nos la llevamos -dije- sólo si usted no nos cobra todo su valor, en caso contrario habría que ser un magnate...

-¡No, hombre! ¡No! -exclamó el dependiente y volvió a recoger los soldaditos, cerró la tapa, agitó la caja en el aire y ¡zas!... ya estaba envuelta, atada y... *¡el nombre completo y la dirección de Gip escritos en el papel.*

El dependiente se rió de mi asombro.

-Esto es magia auténtica -dijo-, real.

-Es demasiado auténtica para mi gusto -repetí.

Después de esto continuó haciendo trucos a Gip, extraños trucos, aunque más extraña era la forma de realizarlos. Se los explicaba, se los enseñaba por delante y por detrás, y el niño, encantador, inclinaba la cabeza con aire de inteligencia.

Yo no prestaba la atención necesaria.

-¡Eh, presto! -dijo el dependiente mágico.

-¡Eh, presto! -repitió la voz clara y débil del niño.

En realidad, a mí me distraían otras cosas. Me estaba afectando la extraordinaria rareza de aquel lugar, que aparecía, por decirlo así, inundado de una atmósfera de extravagancia. Incluso había algo extraño en la instalación; en el techo, en el suelo, en las sillas colocadas al azar. Tuve la extraña sensación de que, cuando no las miraba directamente, se inclinaban, se movían y jugaban silenciosamente al escondite detrás de mí. La cornisa

tenía un adorno sinuoso con máscaras, que parecían demasiado expresivas para ser sólo de yeso.

Entonces, uno de los vendedores de aspecto extraño atrajo mi atención. Estaba a cierta distancia de mí, y, evidentemente, no se daba cuenta de mi presencia... Veía, a través de un arco, casi todo su cuerpo, sobre una pila de juguetes; el vendedor se inclinaba indolentemente sobre una columna, haciendo muecas horribles. Hacía una mueca especialmente horrible con la nariz. Lo hacía sólo porque parecía aburrido y quería divertirse a sí mismo. Cuando empezaba, tenía la nariz chata y redonda; luego, la extendía rápidamente como un telescopio, la estiraba, y cada vez se hacía más delgada, hasta que parecía un látigo largo, rojo y flexible. ¡Parecía una cosa de pesadilla! La agitaba y la lanzaba como un pescador lanza su caña.

Lo primero que pensé fue que Gip no tenía que verle. Me volví y le vi totalmente absorto con el dependiente y sin pensar en nada malo. Ambos cuchicheaban y me miraban. Gip estaba de pie sobre un taburete y el dependiente sostenía una especie de gran tambor con la mano.

-¡Vamos a jugar al escondite, papá! -gritó Gip-. Tú te quedas.

Y antes de que pudiera hacer algo para evitarlo, el dependiente había puesto el gran tambor sobre Gip.

En seguida me di cuenta de lo que iba a pasar.

-¡Quite eso inmediatamente! -grité-. Va a asustar al niño. ¡Quítelo!

El dependiente de orejas desiguales lo hizo sin decir una palabra y me acercó el gran cilindro para que viera que estaba vacío. ¡Y el taburete también estaba vacío! ¿Había desaparecido también mi hijo en ese instante...?

Tal vez conozcan esa cosa siniestra que surge como una mano de la nada y oprime el corazón. Saben que destruye el yo habitual y le deja a uno tenso y cauto, ni lento ni precipitado, ni enfadado ni temeroso. Eso me sucedió a mí.

Me acerqué al risueño dependiente y di una patada a su taburete.

-¡Ya está bien de locuras! -dije-. ¿Dónde está mi hijo?

-¿Ve? -dijo, mientras mostraba el interior del taburete-. Aquí no hay engaño...

Alargué la mano para agarrarle, pero se escabulló con un hábil movimiento. Intenté agarrarle otra vez, pero se apartó de mí y empujó una puerta para escapar.

-¡Alto! -grité, y se rió mientras se alejaba.

Me precipité tras él, en medio de una oscuridad total.

¡Plaf!

-¡Válgame Dios! ¡No le he visto venir, señor!

Me encontraba en Regent Street y había chocado con un trabajador de aspecto amable; un poco más allá estaba Gip, que parecía algo perplejo. Me disculpé, y entonces Gip se volvió y caminó hacia mí con una sonrisa brillante, como si se hubiera perdido por un momento.

¡Y llevaba cuatro paquetes en los brazos!

Al instante estrechó mi dedo entre su mano.

Estuve un segundo sin saber qué hacer. Miré alrededor para ver la puerta de la tienda mágica, pero... ¡no estaba allí! No había puerta, ni tienda... nada, sólo la pilastra corriente que se encuentra entre la tienda donde venden cuadros y el escaparate de los pollos...

Hice lo único que podía hacerse ante semejante confusión mental. Fui derecho al bordillo y levanté el paraguas para parar un coche.

-¡Coche! -dijo Gip exultante.

Le ayudé a montar; recordé mi dirección con dificultad y por fin monté yo también. Algo extraño se manifestó en un bolsillo de mi chaqueta; metí la mano y descubrí una bola de cristal. Con un gesto de petulancia la tiré a la calle.

Gip no dijo nada.

Durante un rato ninguno de los dos habló.

-¡Papa! -dijo Gip al fin-. ¡Esa era una auténtica tienda!

Esto me llevó a considerar el problema de la impresión que le podía haber producido todo aquello. No parecía que le hubiera afectado nada, y de momento se encontraba bien. No estaba trastornado, ni asustado, sino tremendamente satisfecho por lo bien que se lo había pasado aquella tarde y por los cuatro paquetes que llevaba en los brazos.

¡Diablos! ¿Qué podría haber en los paquetes?

-¡Hum! -dije-. Los niños pequeños no pueden ir a tiendas así todos los días.

Escuchó estas palabras con su estoicismo acostumbrado y, por un momento, lamenté ser su padre y no su madre para poder besarle allí inmediatamente, *coram publico,* en el coche. Al fin y al cabo, pensé, no había salido tan mal la cosa.

Pero hasta que no abrimos los paquetes, no empecé a sentirme realmente tranquilo. Tres de ellos contenían cajas de soldados, soldados de plomo totalmente normales, pero de tan buena calidad que Gip olvidó que estos paquetes habían sido originariamente trucos mágicos, de una clase única y genuina. El cuarto contenía un gatito, un gatito blanco de carne y hueso, con excelente salud, carácter y apetito.

Cuando abrimos los paquetes, sentí un alivio provisional. Estuve dando vueltas por el cuarto del niño durante horas y horas...

Esto sucedió hace seis meses. Y ahora estoy empezando a pensar que todo está en orden. El gatito sólo tiene la magia que es natural a todos los gatos, y los soldados parecen una compañía tan disciplinada como cualquier coronel podría desear. ¿Y Gip...?

Los padres inteligentes comprenderán que debo conducirme con suma cautela con él.

Pero un día me atreví a preguntarle:

-¿Te gustaría que tus soldados tomasen vida, Gip, y que marcharan ellos solos?

-Los míos lo hacen -dijo Gip-. Sólo tengo que decir una palabra que sé antes de abrir la tapa.

-¿Y marchan solos?

-*Claro que sí,* papá. No me gustarían si no lo hicieran.

No mostré ningún signo de sorpresa improcedente; desde entonces he tenido ocasión de sorprenderle una o dos veces con los soldados fuera de la caja, pero hasta ahora no los he visto comportarse de una manera mágica...

Es algo difícil de explicar.

Existe también un problema económico. Tengo la incurable costumbre de pagar todas las facturas. He subido y bajado Regent Street varias veces buscando esa tienda. Me inclino a pensar, en efecto, que esta cuestión de honor ha sido satisfecha, y que, como conocen el nombre y la dirección de Gip, puedo esperar perfectamente que esas personas, sean quienes sean, envíen la factura a su debido tiempo.

LA VERDAD SOBRE PYECRAFT

Está sentado a menos de una docena de metros. Si echo una mirada por encima del hombro puedo verle. Y si tropiezo con sus ojos -y con frecuencia tropiezo con sus ojos- me corresponden con una expresión...

Es ante todo una mirada suplicante y, además, acompañada de cierto recelo.

¡Maldito sea su recelo! Si quisiera contar lo que sé de él, hace tiempo que lo habría hecho. No digo nada *y* no cuento nada, *y* él debería estar tranquilo. ¡Como si algo tan gordo y grasiento pudiera permanecer tranquilo! ¿Quién me creería si yo me decidiera a hablar?

¡Pobre Pyecraft! ¡Enorme y desasosegada masa de gelatina! El *clubman* más gordo de Londres. Está sentado ante una de las pequeñas mesas del club, en el rincón de la chimenea, engullendo. ¿Qué es lo que engulle? Miro con cautela y le sorprendo tratando de morder un redondo y caliente pastel de frutas relleno de mantequilla, y con los ojos fijos en mí. ¡Que el diablo se lo lleve! ¡Con los ojos fijos en mí!

¡Ya no hay más que decir, Pyecraft! ¡Se acabaron las contemplaciones, Pyecraft! Puesto que usted *quiere* ser abyecto; puesto que usted *quiere* proceder como si yo no fuera un hombre de honor, aquí mismo, bajo la mirada de sus ojos empotrados, voy a poner por escrito todo el asunto, la pura y simple verdad sobre Pyecraft. El hombre a quien ayudé, el hombre a quien protegí, y que me ha recompensado haciéndome insufrible mi propio club, absolutamente insufrible, con sus húmedas súplicas, con el perpetuo «no hables» de sus miradas.

Y, además, ¿por qué se obstina en estar comiendo eternamente?

¡Pues bien, allá va la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad!

Pyecraft... Conocí a Pyecraft en este mismo salón de fumar. Yo era un nuevo miembro del club, joven y tímido, y él lo advirtió. Yo estaba sentado, completamente solo, deseando conocer a otros miembros, y él se acercó hacia mí de repente -un desmesurado conglomerado de papadas *y* abdomen- *y* gruñó. Después se sentó a mi lado, jadeó durante unos instantes, se demoró rascando una cerilla, prendió un cigarrillo y, finalmente, me dirigió la palabra. He olvidado lo que me dijo... Algún comentario sobre lo mal que encendían las cerillas; y después, mientras hablaba, paró a todos los camareros que pasaban y se quejó de las cerillas con esa fina y aflautada vocecilla que tiene. Sea como fuere, nuestra conversación se inició de modo parecido.

Habló sobre varios temas y fue a parar a los deportes. Y de ahí a mi hechura y mi tez.

-Usted debe de ser un buen jugador de criquet -dijo.

Admito que soy delgado, tan delgado que algunos podrían llamarme flaco, y admito también que soy bastante moreno, y sin embargo... no es que esté avergonzado de tener una bisabuela hindú, pero, después de todo, no me gusta que cualquier desconocido adivine esta ascendencia por el mero hecho de mirarme.

Así pues, sentí cierta hostilidad hacia Pyecraft desde el principio.

Pero hablaba de mí sólo con la intención de hablar de sí mismo.

-Supongo -dijo- que usted no hace más ejercicio que yo, y probablemente no come mucho menos. (Como todas las personas excesivamente obesas imaginaba que no comía nada.) Sin embargo -sonrió con una sonrisa oblicua- somos diferentes.

Y entonces empezó a hablar de su gordura y su gordura; todo lo que había hecho para combatir su gordura y todo lo que estaba haciendo para combatir su gordura; lo que la gente le había aconsejado hacer para combatir su gordura y lo que había oído que la gente hacía para combatir una gordura similar a la suya.

-*A priori* -dijo-, uno podría pensar que un problema de nutrición puede ser tratado por medio de una dieta, y un problema de asimilación por medio de drogas.

Era sofocante. Una conversación empalagosa. Al escucharle sentía que me inflaba por momentos.

Una cosa semejante se puede tolerar hasta cierto punto en un club, pero llegó un momento en que creí que estaba soportando más de la cuenta. Mostraba hacia mí una simpatía demasiado evidente. Nunca podía entrar al salón de fumar sin que viniera hacia mí balanceándose y, a veces, llegaba y se ponía a engullir a mi lado mientras yo tomaba el almuerzo. En ocasiones parecía estar casi pegado a mí. Era un pelmazo, pero no un pelmazo menos terrible por el hecho de que se limitara exclusivamente a mi persona. Desde el principio advertí algo extraño en sus maneras -como si supiera, como si adivinara que yo *podría...*- que denotaba que veía en mí una oportunidad remota y excepcional que ningún otro le ofrecía.

-Daría cualquier cosa por bajar de peso -decía-, cualquier cosa -y me miraba desde lo alto de sus voluminosos carrillos con ojos de miope y suspiraba.

¡Pobre Pyecraft! En este preciso instante está aporreando el timbre, ¡sin duda para ordenar que le traigan otro pastel de frutas relleno de mantequilla!

Un día se decidió a abordar el verdadero tema.

-Nuestra farmacopea -dijo-, nuestra farmacopea occidental, no es otra cosa que la última palabra de la ciencia médica. He oído decir que en Oriente...

Se detuvo y me miró fijamente. Era como estar en un aquarium.

Sentí una cólera repentina contra él.

-Un momento -dije-, ¿quién le ha hablado de las recetas de mi bisabuela?

-Bueno... -titubeó a la defensiva.

-Todas las veces que nos hemos encontrado durante la semana -dije-, y nos hemos encontrado con bastante frecuencia, usted me ha hecho insinuaciones o algo parecido acerca de mi pequeño secreto.

-Bueno -dijo-, ahora que el gato está fuera del saco, lo reconozco, sí, es cierto. Lo he sabido por...

-¿Por Pattison?

-Indirectamente -dijo, pero me parecía que estaba mintiendo-, sí.

-Pattison -dije- tomó esos brebajes por su cuenta y riesgo.

Pyecraft frunció los labios y se inclinó.

-Las recetas de mi bisabuela -dije- son demasiado extrañas para jugar con ellas. Mi padre estuvo a punto de hacerme prometer...

-¿No lo hizo?

-No. Pero me advirtió. El mismo usó una de ellas... sólo una vez.

-¡Ah...! Pero ¿usted cree...? Suponga... suponga que apareciera por casualidad una que...

-Son documentos muy curiosos -dije-. Incluso el olor... ¡No!

Pero después de haber llegado tan lejos, Pyecraft estaba resuelto a ir más lejos todavía. Yo me temía que si insistía en poner a prueba su paciencia acabaría por abalanzarse sobre mí y asfixiarme. Fui débil, lo confieso.

Pero también estaba harto de Pyecraft. Había llegado a inspirarme tal sentimiento de repugnancia que me decidí a decirle:

-Está bien, *arriésguese.*

El pequeño experimento de Pattison al que yo había aludido era de una naturaleza completamente diferente. Ahora no nos interesa saber en qué consistía, pero, de todos modos, yo sabía que la receta que utilicé entonces para ese caso particular era inofensiva. De las demás no sabía demasiado y, a decir verdad, me sentía inclinado a dudar que fueran absolutamente inofensivas.

Pero en el caso de que Pyecraft se envenenara...

Debo confesar que el envenenamiento de Pyecraft se me apareció como una enorme empresa.

Aquella noche saqué de mi caja de caudales el extraño cofre de madera de sándalo que tenía un olor tan singular y revolví los crujientes pergaminos. El caballero que transcribió las recetas de mi bisabuela tenía una notable debilidad por los pergaminos de origen heteróclito, y su letra se apretaba hasta el máximo grado. Algunas de las recetas me resultaban indescifrables -aunque mi familia, debido a sus relaciones con el *Indian Civil Service,* había mantenido el conocimiento del indostánico de generación en generación-, y de las restantes, ninguna era fácil de leer. Pero en seguida encontré la que me interesaba, de modo que me senté en el suelo, al lado de la caja de caudales, y la contemplé durante un rato.

-Aquí tiene -le dije al día siguiente a Pyecraft, y aparté la hoja de sus ávidas garras.

-Por lo que he conseguido descifrar, se trata de una receta para «Perder Peso» -(«¡Ah!», dijo Pyecraft)-. No estoy del todo seguro, pero creo que se trata de eso. Y si usted sigue mi consejo, debería olvidarse de ella. Porque, ha de saber -estoy ensuciando mi linaje para complacerle a usted, Pyecraftque mis antepasados de esa rama eran, por lo que puedo adivinar, una colección de personajes terriblemente estrafalarios. ¿Comprende?

-Permítame intentarlo -dijo Pyecraft.

Me arrellané en el sillón. Mi imaginación hizo un inmenso esfuerzo y se desplomó.

-¡En nombre del cielo, Pyecraft! -exclamé-. ¿Qué aspecto cree usted que tendrá cuando adelgace?

Era impermeable a las razones. Le hice prometer que nunca más volvería a decirme una palabra referente a su desagradable gordura, sucediera lo que sucediera -nunca más-, y sólo entonces le tendí el pequeño trozo de pergamino.

-Es un mejunje nauseabundo -dije.

-No importa -contestó, y cogió la receta. Los ojos se le salieron de las órbitas.

-Pero... pero... -dijo.

Acababa de descubrir que no estaba escrita en inglés.

-Emplearé a fondo mis conocimientos -dije- y se la traduciré.

Hice lo que pude. Después estuvimos quince días sin hablarnos. Siempre que se acercaba yo fruncía el ceño *y* le hacía señas para que se alejara, *y* él respetaba nuestro pacto. No obstante, al término de los quince días estaba tan gordo como siempre. Entonces volvió a dirigirme la palabra.

-Necesito hablar -dijo-. Esto no es lógico. Tiene que haber un error. No noto ninguna mejoría. Está dejando usted en mal lugar a su bisabuela.

-¿Dónde está la receta?

La sacó con sumo cuidado de su cartera.

Yo recorrí con la mirada las instrucciones.

-¿Estaba podrido el huevo? -pregunté.

-No. ¿Es que tenía que estarlo?

-Pues claro -dije-; en las recetas de mi pobre y querida bisabuela eso no hace falta ni mencionarlo. Cuando no se especifica el estado o la calidad hay que escoger lo peor. Era muy drástica... Y aquí hay una o dos posibles alternativas para alguna de las otras prescripciones. ¿Se ha procurado usted veneno *fresco* de serpiente de cascabel?

-He adquirido una serpiente de cascabel en Jamrach. Me ha costado... me ha costado...

-Eso es asunto suyo. Esta última prescripción...

-Conozco a un hombre que...

-Bien. Hum... Muy bien; le copiaré las alternativas. Por lo que sé de esa lengua, la ortografía de esta receta es particularmente atroz. Por cierto, el perro que está especificado aquí tendrá que ser seguramente un perro *paria.*

Durante el mes siguiente vi constantemente a Pyecraft en el club *y* seguía tan gordo *y* ansioso como siempre. Se mantenía fiel a nuestro tratado, pero a veces rompía el espíritu del convenio moviendo la cabeza con gestos de desaliento. Hasta que un día me abordó en el guardarropas.

-Su bisabuela...

-Ni una palabra contra ella -dije, y se calló.

Llegué a imaginar que se había rendido, pero un día le sorprendí hablando con tres nuevos miembros sobre su gordura, como si estuviera a la caza de otras recetas. Y poco después, de forma absolutamente inesperada, recibí un telegrama suyo.

-¡Mr. Formalyn! -voceó un botones justamente bajo mis narices.

Cogí el telegrama y lo abrí en el acto.

«Por amor de Dios, venga. -Pyecraft»

-¡Hum! -exclamé; y, a decir verdad, estaba tan complacido por la reivindicación de la fama de mi bisabuela que el mensaje prometía, que me regalé con el más exquisito de los almuerzos.

Me enteré de la dirección de Pyecraft por el portero del club. Pyecraft habitaba la mitad superior de una casa de Bloomsbury, y allí me dirigí nada más acabar mi café *y* mi copa de *trappistine.*

-¿Mr. Pyecraft? -pregunté en la puerta de entrada.

Creían que estaba enfermo; no había salido en dos días.

-Me está esperando -dije, y me enviaron arriba.

Toqué el timbre de una puerta enrejada que había en el rellano.

«No debería haber probado el brebaje -me dije-. Un hombre que come como un cerdo tiene que parecer un cerdo.»

Una mujer de aspecto respetable, con cara de preocupación y una cofia colocada descuidadamente, apareció y me observó a través de la reja.

Le di mi nombre y me dejó entrar con un gesto dudoso.

-¿Y bien? -dije cuando llegamos a la parte del rellano que correspondía a Pyecraft.

-Ha dicho que le hiciéramos pasar a usted si venía -dijo la mujer, sin hacer ningún gesto que me indicara el camino. Después añadió en tono confidencial-: Está encerrado, señor.

-¿Encerrado?

-Se encerró ayer por la mañana y no ha dejado entrar a nadie desde entonces. Y no hace más que *blasfemar.* ¡Oh, Dios mío!

Concentré la atención en la puerta que ella señalaba con sus miradas.

-¿Está ahí dentro? -pregunté.

-Sí, señor.

-¿Qué le pasa?

Movió la cabeza con un gesto de tristeza.

-No hace más que pedir alimentos, señor. Y sólo quiere alimentos *pesados.* Yo le llevo lo que puedo. Cerdo, morcillas, salchichas, pan fresco. Y cosas por el estilo. Me ordena que lo deje fuera, por favor, y que me vaya. Está comiendo constantemente, señor; es una cosa *horrorosa.*

Un grito aflautado se escuchó al otro lado de la puerta.

-¿Es usted, Formalyn?

-¿Es usted, Pyecraft? -grité, y me dirigí hacia la puerta y la golpeé.

-Dígale a la mujer que se marche.

Así lo hice.

Después escuché un extraño golpeteo en la puerta -como si alguien tanteara en la oscuridad en busca del picaporte-, acompañado por los familiares gruñidos de Pyecraft.

-Está bien -dije-. Ya se ha ido.

Pero la puerta permaneció cerrada durante un buen rato.

Por fin oí girar la llave. Y después la voz de Pyecraft.

-Entre.

Giré el picaporte y abrí la puerta. Como es lógico, esperaba ver a Pyecraft.

Pues bien, ¡él no estaba allí!

No había recibido una impresión tan fuerte en toda mi vida. Su habitación se encontraba en un lamentable estado de desorden, con platos y fuentes dispersos entre los libros y los objetos de escritorio, y varias sillas volcadas; pero allí no estaba Pyecraft...

-Está bien, amigo. Cierre la puerta -dijo, y en ese preciso instante lo vi.

Estaba haciendo equilibrio en el aire, pegado a la cornisa que había en la esquina de la puerta, como si alguien lo hubiera encolado en el techo. Su cara aparecía angustiada y colérica. Jadeaba y gesticulaba.

-Cierre la puerta -repitió-. Si esa mujer se enterase...

Cerré la puerta. Después me dirigí al extremo opuesto y me quedé mirándole.

-Si algo de esto cede y usted se desploma -dije-, se romperá el cuello, Pyecraft.

-Ya me gustaría -dijo, resollando ruidosamente.

-Un hombre de su edad y de su peso no debería realizar ejercicios gimnásticos tan juveniles...

-No es nada de eso -dijo.

Parecía angustiado.

-Se lo contaré todo -añadió gesticulando.

-Pero ¿cómo diablos -dije- está usted agarrado ahí arriba?

De pronto me di cuenta de que no estaba agarrado a nada, sino que estaba flotando en el aire, exactamente igual que una vejiga llena de gas habría flotado en la misma posición. Empezó a hacer esfuerzos para desprenderse del techo y gateó por la pared hacia el lugar donde yo me encontraba.

-Ha sido esa receta -jadeó reptando por la pared-. Su bisabuela...

Mientras hablaba se agarró descuidadamente al marco de un grabado; éste cedió y Pyecraft voló hasta el techo mientras el cuadro se estrellaba contra el sofá. Pyecraft chocó con el techo y entonces comprendí por qué estaba manchado de blanco en las curvas y ángulos más sobresalientes de su persona. Lo intentó de nuevo, esta vez con más cuidado, descendiendo por la parte exterior de la chimenea.

Realmente era un espectáculo de lo más extraordinario ver a aquel hombre enorme, gordo, de aspecto apopléjico, boca abajo e intentando descender desde el techo hasta el suelo.

-Esa receta -dijo- ha sido demasiado eficaz.

-¿Cómo?

-Pérdida de peso... casi completa.

Entonces, claro está, comprendí.

-¡Por Júpiter, Pyecraft! -exclamé-. ¡Usted quería un remedio para la gordura! Pero siempre decía peso. Prefería decir *peso*.

De todos modos yo sentía un placer extraordinario. Incluso Pyecraft me resultó simpático en ese momento.

-Déjeme que le ayude -dije, y le cogí de la mano atrayéndole hacia el suelo.

El agitó las piernas, intentando encontrar algo firme donde apoyar el pie. Parecía una bandera desplegada en un día de viento.

-Esa mesa -dijo, señalándola con el dedo- es de caoba maciza y muy pesada. Si pudiera usted meterme debajo...

Así lo hice, pero empezó a revolverse como un globo cautivo mientras yo permanecía de pie sobre la alfombra de la chimenea y le hablaba.

Encendí un cigarro.

-Dígame -dije-, ¿qué ha sucedido?

-Tomé el brebaje -dijo.

-¿Qué tal sabía?

-¡Oh! *¡Horrible!*

Yo imaginaba que eso pasaría con todas. Si uno considera los ingredientes, o las posibles mezclas, o los probables resultados, casi todos los remedios de mi bisabuela resultan, como mínimo, absolutamente repelentes. Yo por mi parte...

-Primero tomé un sorbito.

-¿Sí?

-Y como al cabo de una hora me sentía mejor y más ligero, decidí tomar toda la dosis.

-¡Mi querido Pyecraft!

-Me tapé las narices -explicó-. Luego seguí sintiéndome más ligero... e imposibilitado, como ve. Un acceso de cólera le invadió súbitamente.

-¿Qué demonios voy a hacer? -exclamó.

-Está claro que hay una cosa que no debe hacer -dije-. Si sale a la calle empezará a subir y a subir -agité el brazo hacia arriba- y después tendrán que enviar a Santos-Dumont para alcanzarle y volver a traerle aquí abajo.

-Supongo que se me pasará.

Moví la cabeza.

-No creo que pueda usted contar con eso -dije.

Entonces tuvo otro acceso de cólera y se puso a dar puntapiés a las sillas cercanas y a patear el suelo. Se comportaba tal y como cabría esperar que se comportara un hombre enorme, gordo e inmoderado bajo circunstancias molestas, es decir: muy mal. Se refirió a mí y a mi bisabuela con una total falta de discreción.

-Yo jamás le pedí que se tomara ese mejunje -dije.

Y desdeñando generosamente los insultos que me prodigaba, me senté en un sillón y empecé a hablarle en tono juicioso y amigable.

Le hice ver que él mismo era el responsable del trastorno que padecía y que en cierto modo tenía un aire de justicia poética. Había comido en exceso. El lo negó, y durante un rato estuvimos discutiendo este punto.

Pero en vista de que se ponía ruidoso y violento, dejé de insistir en este aspecto de su escarmiento.

-Y además -dije-, usted cometió un pecado de eufemismo. Nunca decía Gordura, que es un término preciso e ignominioso, sino Peso. Usted...

Me interrumpió para decirme que lo reconocía todo. Pero ¿qué iba a *hacer* ahora?

Le aconsejé que se adaptara a sus nuevas circunstancias. Así llegamos a la parte realmente complicada del asunto. Entonces le sugerí que no sería difícil aprender a andar a gatas por el techo...

-No puedo dormir -dijo.

Pero eso no constituía una gran dificultad. Era totalmente factible, le indiqué, preparar una cama en el techo bajo un somier de alambre, asegurando los colchones con correas y abotonando la manta, la sábana y la colcha a los lados. Pero tendría que confiar en su ama de llaves, dije, a lo que accedió después de una breve disputa. (Posteriormente fue una verdadera delicia contemplar la manera tan maravillosamente flemática con que la buena mujer se tomó estas sorprendentes inversiones del orden.) Podría tener una escalera de biblioteca en la habitación y las comidas serían depositadas en lo alto de la librería. Imaginamos también un ingenioso procedimiento mediante el cual podría descender al suelo siempre que quisiera; consistía simplemente en colocar la *Enciclopedia Británica* (décima edición) en el último entrepaño de la librería. Bastaría con sacar un par de volúmenes, agarrarlos con fuerza y descender tranquilamente. También acordamos distribuir asas de acero a lo largo del rodapié para que pudiera afianzarse siempre que deseara andar por la parte inferior de la habitación.

A medida que fuimos progresando en las soluciones, descubrí que yo mismo estaba enormemente entusiasmado. Fui yo quien llamó al ama de llaves *y* le descifró el enigma *y,* sobre todo, quien instaló en el techo la cama invertida. De hecho pasé dos días enteros en su casa. Soy un hombre habilidoso, de esa clase de personas que se ponen a hacer cosas con un destornillador, y le preparé todo tipo de ingeniosas adaptaciones: tendí un cable para poner los timbres a su alcance; coloqué las lámparas eléctricas boca abajo, y así sucesivamente. Para mí todo aquel asunto se había convertido en algo extraordinariamente curioso e interesante y me parecía delicioso imaginar a Pyecraft como una enorme y gorda moscarda arrastrándose por el techo y gateando por el dintel de las puertas de una habitación a otra, y sin posibilidad de volver al club, nunca, nunca, nunca más...

Pero al final mi fatal inventiva me superó. Yo estaba sentado junto a la chimenea, bebiéndome su whisky, y él se encontraba en su rincón preferido, al lado de la cornisa, clavando en el techo un tapiz turco, cuando se me ocurrió la idea:

-¡Por Júpiter, Pyecraft! -exclamé-. Todo esto es completamente innecesario.

Y antes de que pudiera calcular las consecuencias de mi idea, la solté:

-Ropa interior de plomo -dije, y el daño era ya irreparable.

Pyecraft acogió la ocurrencia casi con lágrimas.

-Poder andar de nuevo en la posición correcta... -dijo.

Le revelé todos los detalles del secreto antes de prever adónde me llevaría.

-Compre láminas de plomo -dije- y córtelas en rodajas. Después cósalas sobre su ropa

interior hasta que pese suficiente. Póngase botas con suela de plomo, lleve un maletín cargado de plomo y la cosa está hecha. En vez de estar prisionero aquí, tendrá la posibilidad de salir fuera, Pyecraft; podrá viajar...

Y entonces se me ocurrió una idea más feliz todavía.

-Usted jamás tendrá que sentir miedo a un naufragio. Le bastará con quitarse un poco de ropa, cargar en la mano la cantidad necesaria de equipaje y flotar por el aire...

Llevado por la emoción Pyecraft soltó el martillo y cayó a dos dedos de mi cabeza.

-¡Por Júpiter! -exclamó-. Podré volver al club.

La sugerencia me dejó helado.

-¡Por Júpiter! -dije, casi sin voz-. Sí. Desde luego... podrá...

Y lo hizo. Y lo hace. Ahora está sentado detrás de mí, engullendo -¡tan seguro como que estoy vivo!- una tercera ración de pasteles de frutas. Y nadie en el ancho mundo sabe -excepto su ama de llaves y yo- que realmente no pesa nada; que es sólo una fastidiosa mole de materia asimilatoria, una simple nube vestida, *niente, nefas,* el más insignificante de los hombres. Allí está sentado, acechándome hasta que haya acabado de escribir. Entonces, si puede, me atrapará. Vendrá balanceándose hacia mí...

Me repetirá una vez más lo de siempre: cómo le afecta aquello y cómo no le afecta, y cómo a veces abriga la ilusión de que el efecto se disipe un poco. Y, como siempre, en alguna parte de su espeso y monótono discurso dirá:

-El secreto estará seguro, ¿no? Si alguien se enterara, me sentiría tan ridículo... Una cosa así lo convierte a uno en una especie de estúpido, ¿comprende? Arrastrarse por el techo y todo lo demás...

Y ahora, ¡a eludir el acoso de Pyecraft, que ocupa -como siempre- una admirable posición estratégica entre la puerta y yo!

EL VALLE DE LAS ARAÑAS

Hacia el mediodía los tres perseguidores salieron de un recodo del lecho del torrente y se encontraron, de pronto, ante la vista de un valle muy ancho y extenso. El difícil y tortuoso cauce pedregoso por el que habían seguido las huellas de los fugitivos durante tanto tiempo se convertía en una pendiente ancha. Movidos por un impulso común, los tres hombres abandonaron el rastro y cabalgaron hacia una pequeña elevación cubierta de árboles pardos; allí, dos de ellos se detuvieron, como les correspondía, un poco detrás del hombre de la brida tachonada de plata.

Durante algún tiempo escudriñaron la gran extensión que se abría a sus pies con mirada impaciente. Esta se desplegaba hasta el infinito; sólo unos cuantos espinos secos *y* desperdigados *y* la vaga insinuación de un árido barranco rompían la desolación de la hierba amarilla. Sus distancias purpúreas se desvanecían entre las azuladas faldas de las colinas más lejanas, que daban la impresión de ser verdes; y sobre éstas, invisiblemente sostenidas -de hecho parecían colgar del azul del cielo-, aparecían las cimas nevadas de las montañas, que se hacían más imponentes y escarpadas hacia el noroeste, donde se cerraba el valle.

Hacia el oeste, el valle se extendía bajo el cielo, hasta una oscuridad remota en la que comenzaban los bosques. Pero los tres hombres no miraron al este ni al oeste, sino fijamente a lo largo del valle.

El hombre delgado de la cicatriz en el labio fue el primero en hablar.

-No se les ve por ninguna parte -dijo, susurrando con decepción-. Pero, después de todo, llevaban un día entero de ventaja.

-No saben que vamos tras ellos -dijo el hombre pequeño del caballo blanco.

-*Ella* debe de saberlo -dijo el jefe con amargura, como si hablara consigo mismo.

-Incluso así, no pueden ir muy rápido. Sólo tienen una mula para cabalgar, y el pie de la chica ha estado sangrando todo el día.

El hombre de la brida tachonada de plata le lanzó una mirada breve e intensa, llena de rabia.

-¿Crees que no lo he visto? -dijo gruñendo.

-Eso nos conviene, de todas formas -susurró el hombre pequeño para sí.

El hombre delgado de la cicatriz en el labio observaba impasible.

-No pueden estar fuera del valle -dijo-. Si cabalgásemos rápido...

Lanzó una mirada hacia el caballo blanco y se calló.

-Malditos sean todos los caballos blancos -dijo el hombre de la brida de plata, y se volvió a examinar la bestia incluida en su maldición.

El hombre pequeño miró entre las tristes orejas de su montura.

-Hice lo que pude -dijo.

Los otros dos volvieron a mirar a través del valle durante un rato. El hombre delgado pasó el dorso de la mano por su labio cicatrizado.

-¡Vamos! -dijo de pronto el dueño de la brida de plata.

El hombre pequeño se asustó y tiró de las riendas, *y* las pezuñas de los caballos golpearon apagada *y* repetidamente la hierba seca cuando dieron la vuelta para seguir el rastro.

Bajaron con cautela la larga pendiente que tenían ante ellos; así, llegaron, a través de un yermo de arbustos espinosos y retorcidos y de extrañas figuras de ramas tiesas que crecían entre las rocas, a la parte baja. Allí el rastro se debilitó, pues la tierra era escasa y la única vegetación que había era esa hierba abrasada y muerta que yacía sobre el suelo. Con todo, gracias a que escudriñaron con tenacidad, inclinándose junto al cuello de los caballos y parándose de vez en cuando, lograron estos hombres blancos seguir detrás de su presa.

Había sitios que habían sido hollados, briznas de hierba gruesa dobladas y rotas y, de vez en cuando, la insinuación suficiente de una huella. Una vez vio el jefe una mancha oscura de sangre en el lugar donde debía de haber pisado la mestiza. Acto seguido la maldijo en voz baja por loca.

El hombre delgado examinaba el rastreo que hacía su jefe y el hombre pequeño del caballo blanco cabalgaba detrás, perdido en un sueño. Cabalgaban en fila; el hombre de la brida blanca marcaba el camino y no decía una palabra. Después de un rato, el hombre pequeño del caballo blanco tuvo la sensación de que el mundo no se movía. Salió de su sueño sobresaltado. Fuera de los ruidos de los caballos y de la carga, todo el vasto valle guardaba el melancólico silencio de una escena pintada.

Delante de él iban su amo y su compañero; ambos se inclinaban hacia la izquierda mirando con atención las huellas, ambos se movían impasibles al paso de los caballos; sus sombras se proyectaban delante de ellos: acompañantes inmóviles, silenciosas, sutiles. Y la suya, más cercana, era una figura fría y encogida. Miró a su alrededor. Algo había desaparecido. Entonces recordó el rugido de la garganta y el acompañamiento

continuo de los guijarros que se movían y chocaban entre sí. ¿Y, además...? Ya no había brisa. ¡Eso era! ¡Qué inmenso! ¡Qué inmóvil lugar! ¡Qué monótono letargo en el atardecer! Y el cielo infinito y despejado, excepto un velo sombrío de neblina que se había formado en lo alto del valle.

Irguió la espalda, se impacientó con la brida, frunció los labios para silbar, pero sólo suspiró. Se volvió en la silla un rato para mirar la garganta de la montaña por donde habían descendido. ¡Todo yermo! Yermas las vertientes a ambos lados, sin señal alguna de un animal o de un árbol decente..., y menos aún de un hombre. ¡Qué tierra! ¡Qué tierra baldía! Volvió a su posición anterior.

Le proporcionó un efímero placer ver un palo torcido de un color negro purpúreo que se deslizó sinuosamente bajo la forma de una culebra y desapareció entre la hierba parda. Después de todo, el valle infernal *estaba vivo.* Luego, para mayor regocijo, un leve soplo se posó sobre su cara, un susurro que iba y venía, una inclinación casi imperceptible de un arbusto duro de cuernos negros en una cima pequeña: los primeros signos de una posible tormenta. Humedeció un dedo con indolencia y lo sostuvo.

Se paró bruscamente para no chocar con el hombre delgado, que se había detenido al no ser capaz de seguir la pista. En ese momento de confusión captó la mirada del amo que se dirigía hacia él.

Durante un rato se interesó desganadamente por el rastreo. Luego, cuando cabalgaban de nuevo, escrutó la sombra, el sombrero y los hombros de su amo, que aparecían y desaparecían delante de la silueta del hombre delgado, que estaba más cerca. Llevaban cabalgando cuatro días fuera de los límites del mundo por este lugar desolado, escasos de agua, con sólo una tira de carne seca bajo las sillas, entre piedras y montañas, donde seguramente nadie, salvo esos fugitivos, había estado antes... ¡Y todo por *aquello!*

¡Todo por una muchacha, una simple chica traviesa! Un hombre que tenía ciudades enteras llenas de gente prestas a cumplir sus órdenes más infames... ¡Chicas, mujeres! ¿Por qué, en nombre de una locura apasionada, tenía que ser *ésta* en concreto?, se preguntó el hombre pequeño, y frunció el ceño y se lamió los labios resecos con una lengua ennegrecida. Era el deseo del amo, eso era todo lo que sabía. Sólo porque la muchacha quería escaparse de él...

Su mirada abarcó una fila entera de cañas altas que se inclinaban al unísono; luego, los flecos de seda que colgaban de su cuello se agitaron y cayeron. La brisa soplaba más fuerte. De algún modo se llevaría la inmovilidad inflexible de las cosas... y eso estaba bien.

-¡Demonio! -dijo el hombre delgado.

Los tres se detuvieron en seco.

-¿Qué? -preguntó el amo.

-Allí -dijo el hombre delgado señalando algo en el valle.

-¿Qué?

-Algo viene hacia nosotros.

Y mientras hablaba, un animal amarillo coronó una elevación y bajó amenazadoramente hacia ellos. Era un gran perro salvaje que corría en la dirección del viento, con la lengua fuera, a paso firme, y con tanta decisión que no pareció ver a los jinetes a los que se acercaba. Corría con el hocico levantado sin seguir, estaba claro, rastro ni presa. Cuando estuvo más cerca, el hombre pequeño agarró su espada.

-Está loco -dijo el jinete delgado.

-¡Gritemos! -dijo el hombre pequeño, y gritó.

El perro seguía su carrera y, cuando la espada del hombre pequeño estaba ya desenvainada, se echó a un lado y pasó jadeando velozmente. El hombre pequeño siguió con la mirada su carrera.

-No tenía espuma -dijo.

Durante un rato el hombre de la brida de plata examinó el valle.

-¡Vamos! -gritó finalmente-. ¿Qué importancia tiene esto? -y sacudió el caballo para reanudar la marcha.

El hombre pequeño dejó de pensar en el misterio insoluble de un perro que no huía más que del viento y se hundió en profundas meditaciones sobre la condición humana.

«¡Vamos! -susurró para sí-. ¿Por qué le es dada a un hombre la facultad de decir; *Vamos!* con esa fuerza asombrosa de efecto? Siempre, a lo largo de su vida, el hombre de la brida de plata lo ha estado diciendo. ¡Si yo lo dijera...! -pensó el hombre pequeño.»

Pero la gente se asombra cuando no se obedece al amo incluso en las cosas más insensatas. Esta mestiza le parecía a él, y a todo el mundo, una loca... casi blasfema. Comparando, al hombre pequeño le pareció que el jinete delgado de la cicatriz era tan robusto como su dueño, tan valiente o quizá más, y, sin embargo tenía que obedecer, sólo obedecer ciegamente y sin vacilación...

Algunas molestias en las manos y rodillas atrajeron la atención del hombre pequeño hacia cosas más inmediatas. Se dio cuenta de algo y se puso a cabalgar junto a su compañero, el hombre delgado.

-¿Notas algo en los caballos? -dijo en voz baja.

La cara delgada miró con un gesto de interrogación.

-No les gusta este viento -dijo el hombre pequeño, y se colocó detrás al ver que el hombre de la brida de plata se volvía hacia él.

-No veo nada raro -dijo el hombre de la cara delgada.

Siguieron cabalgando un rato en silencio. Los dos primeros cabalgaban echados sobre el rastro, el último contemplaba la neblina que descendía arrastrándose poco a poco por la inmensidad del valle, y advirtió cómo el viento soplaba cada vez más fuerte. Lejos, a la izquierda, una línea de masas oscuras, jabalíes quizá, bajaban galopando por el valle; pero no dijo nada, y tampoco hizo ningún comentario sobre el desasosiego de los caballos.

Entonces vio primero una gran bola blanca, y luego otra, grandes, blancas y brillantes como vilanos de cardos que eran empujadas por el viento a través del camino. Estas bolas se elevaban a bastante altura en el aire, caían y se volvían a elevar, se detenían un instante, se aceleraban y pasaban por delante de ellos; al verlas, la inquietud de los caballos aumentó.

Al poco rato vio que más esferas de aquellas, empujadas por el viento -y a continuación muchas más-, se precipitaban por el valle hacia ellos.

Escucharon un grito agudo. A través del camino irrumpió un enorme jabalí, que volvió la cabeza sólo un instante para mirarlos y luego se precipitó de nuevo a través del valle. Acto seguido, los tres se detuvieron y, sentados en las sillas, contemplaron la niebla espesa que se abatía sobre ellos.

-Si no fuera por estos vilanos... -empezó a decir el jefe.

Pero en ese momento un gran globo, empujado por el viento, se puso por delante de ellos, a unos veinte metros. En realidad no era una esfera uniforme en absoluto, sino una

cosa. inmensa, blanda, desigual y transparente, como una sábana atada por las puntas, como una medusa aérea que fuera dando vueltas y vueltas mientras avanzaba arrastrando hilos de telaraña y serpentinas que flotaban en su estela.

-Esto no es un vilano -dijo el hombre pequeño.

-No me gusta nada -dijo el hombre delgado. Y se miraron entre ellos.

-¡Maldita sea! -gritó el jefe-. El aire está lleno de esta porquería. Si siguen pasando así durante mucho tiempo, nos impedirán el paso por completo.

Un sentimiento instintivo -como el que hace agruparse a una manada de ciervos ante la proximidad de algo desconocido- les impulsó a volver sus caballos contra el viento; cabalgaron unos pasos y contemplaron la multitud de masas flotantes que avanzaban. Venían empujadas por el viento con una velocidad uniforme, se elevaban y caían en silencio, tocaban la tierra, rebotaban y se elevaban muy alto; todas en perfecta sincronización, con una seguridad firme y consciente.

A ambos lados de los jinetes pasaba la avanzadilla de este insólito ejército. Cuando uno de estos globos, que venía dando vueltas por el suelo, se rompió en trozos informes arrastrando perezosamente largas cintas y tiras viscosas, los tres caballos se espantaron *y* se encabritaron. Una impaciencia repentina *y* desmedida se apoderó del amo. Maldijo los globos que volaban dando vueltas.

-¡Sigamos! -gritó-. ¡Sigamos! ¿Qué nos importan estas cosas? ¿Cómo pueden importarnos? ¡Volvamos a retomar el rastro!

Empezó a echar pestes de su caballo y apretó el freno contra su boca.

-Seguiré ese rastro, os lo aseguro -gritó con rabia-. ¿Dónde está ese rastro?

Agarró la brida de su caballo encabritado y buscó entre la hierba. Un hilo largo y pegajoso cayó sobre su cara, una flámula gris se enredó en el brazo que sostenía la brida, y una cosa grande, hormigueante, con muchas patas, descendió rápidamente por su nuca. Miró hacia arriba y descubrió una de esas masas grises, que parecía anclada encima de él por medio de esos hilos y cabos que se agitaban como la vela de un barco cuando cambia el rumbo... aunque silenciosamente.

Tuvo la impresión de que había muchos ojos, una tripulación numerosa de cuerpos rechonchos con miembros largos y muy articulados, que tiraban de los cabos que amarraban esa cosa para dejarla caer sobre él. Durante un rato miró hacia arriba al mismo tiempo que contenía al caballo desbocado, gracias al instinto que nace de cabalgar muchos años. Después, el plano de una espada y el filo de una hoja brilló sobre su cabeza y separó el globo volante de la telaraña; entonces la masa se elevó suavemente y se alejó sin dejar rastro alguno.

-¡Arañas! -gritó el hombre delgado-. ¡Esas cosas están llenas de arañas gigantes! ¡Mire, señor!

El hombre de la brida de plata, inmóvil, contempló cómo se alejaba la masa.

-¡Mire, señor!

El amo se sorprendió al ver una cosa roja aplastada contra el suelo que, a pesar de estar destruida parcialmente, aún podía menear sus patas inútiles. Luego, cuando el hombre delgado señaló otra masa que avanzaba amenazadora hacia ellos, desenvainó precipitadamente la espada. El cielo del valle parecía un banco de niebla rasgado en jirones. El amo intentó controlar la situación.

-¡Cabalguemos! -gritaba el hombre pequeño-. ¡Cabalguemos hacia abajo!

Lo que pasó luego fue algo parecido a la confusión de una batalla. El hombre de la

brida de plata vio cómo el hombre pequeño le adelantaba acuchillando con furia imaginarias telarañas, le vio chocar con violencia contra el caballo del hombre delgado y arrojarlo junto con su jinete al suelo. Su propio caballo dio una docena de pasos antes de que pudiera dominarlo. Entonces levantó la mirada para evitar peligros imaginarios, retrocedió unos pasos y vio un caballo que se revolcaba por el suelo y al hombre delgado que estaba sobre él acuchillando a una masa gris rasgada y convulsa que se deslizaba sobre ambos y los envolvía. Densas y veloces, como vilanos sobre una tierra baldía en un día ventoso de julio, seguían pasando las masas de telarañas.

El hombre pequeño se bajó del caballo, pero no se atrevió a soltarlo. Se esforzaba por hacer retroceder con un brazo a la bestia enfurecida, mientras que con el otro golpeaba a ciegas con su espada. Los tentáculos de una segunda masa gris se enredaron en la lucha y las amarras de ésta se rompieron y se hundieron lentamente

El jefe apretó los dientes, agarró la brida, bajó la cabeza y espoleó al caballo. El caballo que se revolcaba en el suelo tenía sangre y formas que se agitaban sobre los costados; el hombre delgado lo abandonó súbitamente y avanzó corriendo unos diez pasos hacia su amo. Sus piernas estaban envueltas y llenas de esa sustancia gris; mientras corría, hacía movimientos inútiles con la espada. Las flámulas grises ondeaban sobre él; un delgado velo gris cubría su cara. Con la mano izquierda golpeó algo que estaba sobre su cuerpo *y,* de pronto, tropezó *y* cayó. Se esforzó por levantarse, pero cayó otra vez. Entonces comenzó a dar unos alaridos horribles:

¡Ahh! ¡Ahh! ¡Ahh!

El amo pudo ver las arañas que lo cubrían y otras que andaban por el suelo.

Cuando luchaba por obligar a su caballo a acercarse a ese objeto gris que gritaba, gesticulaba, se elevaba y descendía penosamente, se produjo un ruido de cascos y el hombre pequeño, en actitud de montar, sin espada, atravesado sobre el caballo blanco y agarrado a sus crines, pasó por delante de él como un torbellino. De nuevo un hilo viscoso de esta gasa gris pasó por delante de la cara del jefe. A su alrededor, y por encima de él, daba la impresión de que esta telaraña silenciosa y flotante daba vueltas acercándose cada vez más...

Hasta el día de su muerte ignoró lo que sucedió exactamente en ese momento. ¿Fue él quien hizo dar la vuelta a su caballo, o fue éste quien huyó espontáneamente detrás de su compañero? Basta decir que un segundo después bajaba galopando a toda velocidad por el valle y blandiendo la espada frenéticamente sobre su cabeza. Tenía la impresión de que alrededor de él, a través de la brisa que soplaba más fuerte, las naves, los fardos y las escotas aéreas de las arañas le perseguían veloz y conscientemente.

El hombre de la brida de plata cabalgaba produciendo una serie de ruidos apagados, sin saber bien adónde iba, elevando la mirada hacia uno y otro lado con el rostro desencajado de miedo y el brazo dispuesto a hundir la espada. Unos cuantos metros por delante de él, arrastrando un jirón de telaraña, cabalgaba el hombre pequeño del caballo blanco, tranquilo, aunque mal montado en la silla. Las cañas se inclinaban ante ellos, el viento soplaba con fuerza; por encima del hombro, el amo pudo ver las telarañas que se apresuraban para alcanzarlos...

Estaba tan absorto en la huida, que no se dio cuenta del barranco que tenía delante hasta que su caballo se preparó para saltar. Entonces se equivocó en el movimiento y lo único que consiguió fue estorbar al caballo. Iba inclinado sobre el cuello del animal, se incorporó y se echó hacia atrás demasiado tarde.

Pero si con la excitación había errado el salto, al menos no había olvidado cómo se debe caer. Cuando estaba en el aire, volvió a comportarse como un verdadero jinete. No salió mal parado, pues sólo sufrió una contusión en un hombro y su caballo rodó dando coces convulsivamente hasta que se quedó inmóvil. Pero la espada del jefe se hincó de punta en la dura tierra, saltó hecha pedazos -como si la Fortuna ya no le aceptase como Caballero- y la punta rota pasó a un centímetro de su cara.

Se puso de pie en seguida y contempló jadeante las telarañas que pasaban impetuosas. Se dispuso a correr, pero pensó en el barranco y retrocedió. En una ocasión se echó hacia un lado para esquivar uno de esos horrores flotantes; luego bajó rápidamente por las paredes escarpadas y se puso a salvo del vendaval.

Allí, resguardado por los abruptos terraplenes del torrente seco, podía observar sin peligro cómo pasaban esas extrañas masas grises hasta que el viento cesara y fuera posible escapar. Durante mucho tiempo estuvo contemplando, agachado, cómo las extrañas y rasgadas masas grises arrastraban sus flámulas a través de la estrecha franja de cielo.

Mientras esperaba, una araña extraviada cayó junto a él en el barranco; de pata a pata medía más de un pie y su cuerpo era como media mano humana. Después de haber observado durante un instante con qué monstruosa celeridad se movía y escapaba, la atrajo usando como cebo la espada rota; entonces levantó su bota y la aplastó con el tacón de hierro. Mientras lo hacía profirió una blasfemia, y durante un rato estuvo buscando arriba y abajo más arañas.

Poco después, cuando estuvo más seguro de que estas manadas de arañas ya no podían caer en el barranco, encontró un sitio donde sentarse; allí se hundió en profundas meditaciones y empezó a morderse los nudillos *y a* comerse las uñas tal *y* como solía hacer. La llegada del hombre del caballo blanco interrumpió sus reflexiones.

Oyó ruido de cascos, pisadas que tropezaban desiguales y una voz tranquilizadora mucho antes de verle. El hombre pequeño apareció: era una triste figura que arrastraba todavía un trozo de telaraña por detrás. Se acercaron mutuamente sin hablar, sin un saludo siquiera. El hombre pequeño estaba cansado *y* avergonzado, y lleno de amargura *y* desesperación; finalmente se paró frente a su amo, que seguía sentado. Este se estremeció levemente bajo la mirada de su subordinado.

-¿Y bien? -dijo por fin, en tono no autoritario.

-¿Le ha abandonado?

-Mi caballo se desbocó.

-Ya. También el mío.

Se burló de su amo con tristeza.

-Te digo que mi caballo se desbocó -dijo el hombre que una vez tuvo una brida tachonada de plata.

-Los dos somos unos cobardes -dijo el hombre pequeño.

El otro se mordía las uñas mientras reflexionaba y miraba a su subordinado.

-No me llames cobarde -dijo finalmente.

-Usted es un cobarde, como yo.

-Probablemente. Hay un límite más allá del cual todo hombre no puede sino sentir miedo. Es lo que al final he aprendido. Pero no soy un cobarde como tú. Esa es la diferencia.

-Nunca hubiera podido imaginar que usted le abandonaría. Le había salvado la vida dos

minutos antes... ¿Por qué es usted nuestro dueño?

El amo volvió a morderse los nudillos y su rostro se ensombreció.

-Nadie me llama a mí cobarde -dijo-. No... Una espada rota es mejor que nada... No se puede esperar que a un caballo blanco con cojera le sea posible llevar a dos hombres durante un viaje de cuatro días. Odio los caballos blancos, pero esta vez no queda más remedio. ¿Empiezas a entenderme...? Me doy cuenta de que estás dispuesto a manchar mi reputación con lo que has visto e imaginado. Hombres como tú destronan reyes. Aparte de eso... nunca me has gustado.

-¡Señor! -dijo el hombre pequeño.

-¡No! -dijo el amo-. *¡No!*

Se levantó de un golpe cuando el hombre pequeño se movió. Durante un minuto permanecieron frente a frente. Por encima de sus cabezas pasaban los globos de arañas empujados por el viento. Entre los guijarros hubo un rápido movimiento; unos pies que corrían, un grito de desesperación, un gemido y un golpe...

Cuando anochecía, el viento dejó de soplar. El sol se puso en medio de una apacible serenidad, y el hombre que en otro tiempo poseyó la brida de plata salió por fin del barranco con mucha cautela, avanzando por una sencilla pendiente; pero ahora llevaba el caballo blanco que pertenecía al hombre pequeño.

Quería volver al lugar donde estaba su caballo para recobrar la brida de plata, pero tuvo miedo de que la noche y la brisa le sorprendieran en el valle; además le disgustaba mucho la idea de que pudiera encontrar su caballo totalmente envuelto en telarañas y tal vez horriblemente devorado.

Cuando pensaba en aquellas telarañas, en todos los peligros por los que había pasado y en cómo se había salvado ese día, su mano buscó un pequeño relicario que colgaba de su cuello y lo estrechó con sincera gratitud. Cuando lo hizo, su mirada recorrió el valle.

-La pasión me hizo perder la razón -dijo-, pero ahora ella ha encontrado su merecido. Sin duda, ellos también...

Y he aquí que lejos de las laderas arboladas, al otro lado del valle, pero bajo la nítida luz del crepúsculo, vio una pequeña columna de humo.

Entonces, la serena resignación de su cara se transformó en ira y estupefacción. ¿Humo? Hizo volver la cabeza del caballo blanco y dudó. Un soplo de aire atravesó la hierba que estaba a su alrededor. Lejos, sobre algunas cañas, se balanceaban los jirones de una sábana gris. Contempló las telarañas; contempló el humo.

-Después de todo, puede que no sean ellos -dijo finalmente. Pero tuvo otra idea.

Después de haber contemplado el humo durante un rato, montó en el caballo blanco.

Cabalgaba abriéndose camino entre las masas de telarañas encalladas. Por alguna razón había muchas arañas muertas en el suelo, y las que estaban vivas se regalaban con sus compañeras en un banquete siniestro. Al oír el ruido de los cascos de su caballo, huyeron.

Había pasado su hora. Desde el suelo, sin viento que las empujase, sin una tortuosa sábana disponible, esas cosas no podían hacer mucho daño, a pesar de su veneno.

Golpeaba con el cinturón las que, según él, se acercaban demasiado. Una vez, estuvo a punto de desmontar en un lugar raso donde corrían varias arañas juntas y pisotearlas con las botas, pero controló su impulso. Varias veces se volvió en la silla y observó el humo.

-Arañas -murmuraba sin parar-. ¡Arañas! Bueno, bueno... La próxima vez tendré que tejer una tela.

MR. SKELMERSDALE EN EL PAÍS DE LAS HADAS

-Hay un hombre en esa tienda -dijo el doctor- que ha estado en el País de las Hadas.

-¡Tonterías! -dije, y me di la vuelta para mirar la tienda.

Era la típica tienda de pueblo con oficina de correos, hilos telegráficos en las cornisas, cacerolas de zinc y cepillos en el exterior, *y* botas, telas *y* latas de conserva en el escaparate.

-Háble me de eso -dije, tras una pausa.

-No estoy muy enterado -dijo el doctor-. Es el típico palurdo, se llama Skelmersdale. Pero la gente de aquí le cree a pies juntillas.

Después de un rato volví sobre el tema.

-No sé nada -dijo el doctor- y no *quiero* saberlo. Le estaba curando un dedo que se había roto en un partido de criquet cuando me topé con esa estupidez. Eso es todo. Al menos, esto le muestra la clase de gente con la que tengo que tratar. ¡Imposible meter a gente así las nuevas ideas sanitarias!

-Muy cierto -dije en tono amable.

El doctor siguió hablándome del asunto de las alcantarillas de Bonham. Cosas de este tipo, creo, son adecuadas para ocupar las cabezas de los funcionarios médicos de sanidad. Intenté ser lo más comprensivo posible, y cuando llamó a la gente de Bonham «burros», yo le dije que eran unos «malditos burros», pero ni siquiera esto le calmó.

Tiempo después, al final del verano, mientras terminaba el capítulo sobre patología espiritual que, en mi opinión, era más difícil de escribir que de leer, un apremiante deseo de reclusión me condujo a Bignor. Me alojé en una granja y poco después, buscando tabaco, me encontré de nuevo junto a aquella tienda. «Skelmersdale», me dije al verla, y entré.

Me atendió un joven bajo, pero de buena planta, tez clara y suave, dientes pequeños y sanos, ojos azules y maneras lánguidas. Le examiné con curiosidad. Salvo un toque de melancolía en su expresión, nada en su persona estaba fuera de lo común. Estaba en mangas de camisa y llevaba arremangado el delantal de tendero y un lápiz detrás de una inofensiva oreja. Una cadena de oro, de la que colgaba una guinea retorcida, cruzaba su chaleco.

-¿Nada más, señor? -preguntó, inclinándose sobre la cuenta.

-¿Es usted Mr. Skelmersdale?

-Sí, señor -dijo sin levantar la vista.

-¿Es verdad que usted ha estado en el País de las

Hadas?

Me miró un instante frunciendo las cejas y con semblante ofendido y exasperado.

-¡Oh! ¡Cállese! -dijo.

Y después de un momento de hostilidad en el que permanecimos mirándonos, siguió haciendo la cuenta.

-Cuatro, seis y medio -dijo tras una pausa- Gracias, señor.

Así, de este modo tan poco propicio, comenzó mi relación con Mr. Skelmersdale.

Sin embargo conseguí su amistad a través de penosos esfuerzos. Le volví a ver en el bar del pueblo, donde una noche, después de cenar, fui a jugar al billar y a mitigar el riguroso

retiro que me era tan útil para trabajar durante el día. Logré jugar con él y conversar. Me di cuenta de que el único tema que había que evitar era el del País de las Hadas. Hablando de cualquier otra cosa se mostraba abierto y afable de modo poco común, pero le habían molestado con aquel tema, que era un tabú manifiesto. En el bar, y en su presencia, sólo una vez oí una alusión a su experiencia y fue hecha por un granjero contra el que jugaba y que iba perdiendo. Mr. Skelmersdale hizo diez carambolas seguidas, lo que para la gente de Bignor era una jugada extraordinaria.

-¡Cuidado con lo que haces! -dijo su adversario-. Esos churros te salen porque te ayudan las hadas.

Mr. Skelmersdale le miró fijamente un instante con el taco en la mano, lo tiró al suelo y salió del bar.

-¿Por qué no le deja en paz? -dijo un respetable anciano que había estado disfrutando de la partida, y ante el murmullo general de desaprobación, al campesino se le borró de la cara la sonrisa que le había producido su ocurrencia.

Yo aproveché la oportunidad.

-¿Qué broma es esa -dije- sobre el País de las Hadas?

-No bromee sobre el País de las Hadas; al menos no con el joven Skelmersdale -dijo el respetable anciano mientras bebía.

Un hombre pequeño de mejillas sonrosadas se mostró más comunicativo.

-Se dice, señor -dijo-, que las hadas le cogieron en el monte Aldington y le retuvieron allí unas tres semanas.

Y con esto la reunión se fue animando. Una vez que una oveja había dado el primer paso, las otras estaban listas para seguirla, y en poco tiempo pude formarme una idea general del caso Skelmersdale. Anteriormente, antes de ir a Bignor, había estado en una tienda del mismo estilo en Aldington Corner y allí sucedió la historia, cualquiera que fuera ésta. Por lo que me contaron, estaba claro que se había quedado hasta tarde en el monte, que había desaparecido de la vista de los hombres durante tres semanas y que había vuelto con «los puños de la camisa tan limpios como cuando salió» y los bolsillos llenos de polvo y ceniza. Volvió en un estado de depresión melancólica del que emergió lentamente y durante días no quiso dar cuenta del lugar donde había estado. La muchacha de Clapton Hill con la que estaba comprometido intentó sonsacárselo y rompió con él, en parte porque se negó a revelárselo y en parte porque, como ella decía, él le disgustaba totalmente. Y cuando algún tiempo después reveló descuidadamente a alguien que había estado en el País de las Hadas y quería volver allí, el asunto se difundió y el humor rural entró en juego, por lo que abandonó bruscamente su situación y se fue a Bignor huyendo del revuelo. Pero en cuanto a lo que había ocurrido en el País de las Hadas, ninguno de ellos sabía nada. Los hombres que estaban reunidos en el bar del pueblo perdieron la serenidad y se comportaron como una jauría que pierde el rastro. Unos decían una cosa y otros lo contrario.

Cuando consideraban este prodigio se mostraban ostensiblemente críticos y escépticos, pero pude ver que se traslucía mucha credulidad a través de sus reservas cautelosas. Adopté una postura de interés inteligente, teñido de una duda razonable sobre la totalidad de la historia.

-Si el País de las Hadas está dentro del monte Aldington -dije-, ¿por qué no cavan allí?

-Es lo que digo yo -dijo el joven campesino.

-Muchos han intentado cavar en el monte Aldington una y otra vez -dijo solemnemente

el anciano respetable-. Pero hasta hoy ninguno ha venido a decir lo que ha encontrado en sus excavaciones.

La unanimidad del vago ambiente de credulidad que me rodeaba era más bien impresionante. Sentí que seguramente debía de haber *algo* en el origen de tal convicción, y la aguda curiosidad que ya sentía por los hechos reales del caso se despertó con nitidez. Si alguien podía revelar los hechos reales, éste era el mismo Mr. Skelmersdale; me esforcé, por tanto, con más asiduidad todavía en borrar la mala impresión que había dejado en él la primera vez y en ganar su confianza hasta el punto de que me hablara espontáneamente de todo ello. En este empeño tenía una ventaja social. Al ser una persona afable, sin empleo aparente, que llevaba un traje de tweedy pantalones cortos, fui catalogado en Bignor como un artista, y en el singular código social dominante de Bignor, un artista ocupa una posición considerablemente más alta que un dependiente de ultramarinos. Mr. Skelmersdale, como muchos de su clase, es algo snob. Me había dicho «CÁLLESE» sólo porque había sido provocado de forma brusca *y* excesiva *y,* además, estoy seguro, se arrepintió en seguida; yo sabía que le agradaba que le vieran paseando por el pueblo conmigo. En el momento oportuno aceptó con agrado mi invitación a fumar una pipa y tomar un whisky en mis habitaciones; y como, gracias a un feliz instinto, yo sospechaba que en todo esto se mezclaban desdichas amorosas y sabía que las confidencias llaman a las confidencias, le hablé sugestivamente de mi pasado real y ficticio. Fue después del tercer whisky de la tercera de estas visitas cuando rompió el hielo por su propia voluntad *à propos* de un comentario sobre un pequeño amor que me conmovió y me abandonó en mi adolescencia.

-Fue lo mismo que me pasó a mí en Aldington -dijo-. Es eso precisamente lo extraño. Al principio, yo era indiferente y era ella quien quería, después, cuando ya era demasiado tarde, fui yo, por decirlo de alguna manera, el que quería.

Me abstuve de responder a esta alusión: así, poco después, hizo otra, y en poco tiempo dio a entender claramente que de la única cosa que quería hablar era de aquella aventura del País de las Hadas que había guardado herméticamente tanto tiempo. Como ven, había caído en la trampa, y de ser sólo un semi-incrédulo más, un desconocido que pretende ser gracioso, me había convertido, gracias a mis confidencias insistentes e impúdicas, en su posible confidente. Le había picado el deseo de dejar ver que él también había vivido y experimentado muchas cosas; la fiebre se había apoderado de él.

Al principio su narración era ciertamente confusa, y mi impaciencia por aclarar ciertos puntos con unas cuantas preguntas precisas era sólo igualada y vencida por mi preocupación por no llegar a dicha situación demasiado pronto. Pero en una o dos reuniones el fundamento de su confianza quedó bien establecido. Creo que me hice con casi todos los datos y aspectos de la historia desde el principio hasta el final; y, en efecto, escuché muchas veces casi todo lo que Mr. Skelmersdale, con su limitada capacidad de narración, podía contar. Y, de este modo, llego al relato de su aventura y la reconstruyo de nuevo en su totalidad. Si realmente sucedió, la imaginó, la soñó o se le ocurrió en un trance alucinatorio extraño, es algo sobre lo que no quiero pronunciarme. Pero no consideraré ni por un momento que la haya inventado. El hombre cree simple y honestamente que todo sucedió tal como lo cuenta; es, evidentemente, incapaz de una mentira tan elaborada *y* coherente, *y,* además, encuentro una buena confirmación de su sinceridad en el hecho de que las sencillas mentes rurales, aunque a menudo están dotadas de una aguda penetración, le crean. El lo cree, y nadie puede presentar una

prueba que falsifique su creencia. En cuanto a mí, transmito su historia con este apoyo; soy ya un poco viejo para dar justificaciones o explicaciones.

Dice que fue a dormir una noche al monte Aldington alrededor de las diez, es muy posible que fuera la noche de San Juan, aunque él nunca pensó en la fecha y no estaba seguro si fue una semana antes o después. Era una noche hermosa *y* serena *y* la luna se elevaba en el horizonte. Me he tomado la molestia de visitar este monte tres veces desde que la historia creció al amparo de mi persuasión; en una de aquellas visitas la luna aparecía en el crepúsculo estival: tal vez una noche similar a la de su aventura. Júpiter se mostraba grande y espléndido por encima de la luna; por el norte y el noroeste, el cielo aparecía verde y brillante sobre el sol ya oculto. El monte se levanta yermo y desnudo bajo el cielo, pero rodeado de matorrales espesos a corta distancia; cuando ascendía por el monte había conejos espectrales o casi invisibles que respingaban y corrían sin parar. Sólo en la cima del monte, y en ninguna otra parte, se oía un zumbido turbulento de moscas. El monte es, creo, un montículo artificial, el túmulo de algún gran caudillo prehistórico, y seguro que ningún hombre ha escogido un panorama tan vasto para una sepultura. Hacia el este se ve, a lo largo de las colinas, hasta Hythe; y de allí, a través del canal, hasta donde las grandes luces blancas de Gris Nez y Boulogne pestañean, brillan y desaparecen a treinta millas de distancia, o quizá más. Hacia el oeste yace el profundo valle del Weald, visible hasta Hindhead y la colina de Leith, mientras que el valle del Stour extiende sus elevaciones por el norte hasta las colinas interminables, más allá de Wye. Toda la llanura de Romney yace a sus pies, extendiéndose hacia el sur. Dymchurch, Romney, Lydd, Hastings y su colina están a media distancia, y las colinas se multiplican vagamente más allá de donde Eastbourne abraza Beach Head.

Y sobre este paisaje, Mr. Skelmersdale erraba turbado por su primer disgusto amoroso, y como él mismo decía: «sin que le preocupara hacia dónde se dirigía.» Se sentó para meditar y, allí, malhumorado y afligido, le sorprendió el sueño. Así fue como las hadas se apoderaron de él.

La pelea que le había trastornado se debía a algún conflicto trivial entre él y la chica de Clapton Hill con la que estaba prometido. Ella era hija de un granjero, decía Mr. Skelmersdale, y «muy respetable»: sin duda un excelente partido para él. Sin embargo, tanto la chica como su amante eran muy jóvenes y poseían ese recelo mutuo, esa crítica intolerante y afilada, ese ansia irracional de una belleza perfecta que la vida y la prudencia apagan en poco tiempo felizmente. No tengo idea del motivo exacto de la pelea. Ella pudo decirle que le gustaban los hombres con polainas cuando él no las llevaba, o él pudo decirle que le gustaba más con otro tipo de sombrero; pero, empezara como empezara, llegaron, tras una serie de torpezas, a la amargura y las lágrimas. Sin duda ella terminó llorosa y humillada, y él deshecho *y* deprimido. La chica se marchó haciendo odiosas comparaciones, con serias dudas sobre si le quiso *realmente* alguna vez *y con* la certeza clara de que nunca le volvería a querer. Y con estos pensamientos en su espíritu se fue afligido hacia el monte de Aldington, y luego, tal vez después de mucho tiempo, cayó dormido sin explicación alguna.

Al despertarse se encontró en el césped más blando sobre el que jamás había dormido y bajo la sombra de árboles tan oscuros que tapaban el cielo por completo. Al parecer, en el País de las Hadas el cielo está siempre oculto. A excepción de una noche en que las hadas estuvieron bailando, Mr. Skelmersdale, durante el tiempo que estuvo con ellas, nunca vio una estrella. Y en cuanto a esa noche, dudo si se encontraba en el mismo País de las

Hadas o en otro sitio, tal vez donde se levantan los cercos y los juncos, en los bajos prados cercanos a la vía del ferrocarril de Smeeth.

Pero, a pesar de todo, había luz bajo esos árboles *y,* sobre las hojas *y* el césped, brillaban abundantes luciérnagas, relucientes y hermosas. La primera sensación que tuvo fue que era *pequeño;* la siguiente, que estaba rodeado por gente aún más pequeña. Por alguna razón, según dice, no se sorprendió ni se asustó, sino que se incorporó pesadamente y alejó el sueño de sus ojos. Rodeándole por completo se encontraban los elfos risueños que le habían capturado y conducido al País de las Hadas mientras dormía desamparado.

Tan vago e imperfecto es su vocabulario, tan poca atención prestó a los pequeños detalles, que me ha sido imposible colegir qué aspecto podrían tener estos elfos. Iban vestidos con algo muy ligero y bonito que no era lana, ni seda, ni hojas, ni pétalos de flores. Cuando se despertó y se sentó, los elfos empezaron a rodearle; de repente, desde un claro y a través de una avenida de luciérnagas descendió, con una estrella en la frente, el hada que constituye el personaje principal de su historia y de su memoria. De ella he reunido más datos. Vestía ropa verde transparente y su pequeño talle estaba ceñido por un ancho cinturón de plata. Sus cabellos ondulaban hacia atrás, a ambos lados de su frente, formando bucles caprichosos, aunque no demasiado descuidados, y lucía una diadema pequeña engastada con una sola estrella sobre la frente. Sus mangas estaban abiertas de tal forma que dejaban vislumbrar los brazos; creo que el hada exhibía algo el cuello, pues Mr. Skelmersdale hablaba de la belleza de su cuello y de su barbilla. Un collar de coral ceñía su blanca garganta y sobre el pecho llevaba prendida una flor del color del coral. Tenía las líneas suaves de un niño en el mentón, el cuello y las mejillas. Deduzco que sus ojos eran de un marrón encendido, muy tiernos, suaves y puros. Se puede ver por estos detalles cuántas veces ha aparecido esta señorita en el recuerdo de Mr. Skelmersdale. Intentó expresar ciertas cosas y no pudo; «su manera de moverse» dijo varias veces, e imagino la alegría recatada que irradiaba esta señorita.

En compañía de esta persona encantadora, como huésped y compañero escogido, Mr. Skelmersdale empezó a conocer los secretos del País de las Hadas. Ella le acogió con mucho gusto y cierto afecto; imagino que ella estrecharía su mano entre las suyas mientras se le iluminaba la cara. Después de todo, hace diez años, Mr. Skelmersdale pudo haber sido un joven muy atractivo. Entonces ella cogió su brazo y luego, supongo, le llevó de la mano por el claro que iluminaban las luciérnagas.

Es imposible saber, a partir de la estructura desarticulada de la narración de Mr. Skelmersdale, cómo ocurrió todo con exactitud. Ofrecía cuadros imperfectos *y* fugaces de rincones *y* hechos extraños, de lugares donde había muchas hadas juntas, de «hongos que brillaban con luz rosada», de la comida de las hadas, de la que sólo sabía decir: «¡tendría que haberla probado usted!», y de la música de las hadas -«como una cajita de música»- que nacía de flores que se mecían. Había un gran espacio abierto donde las hadas montaban en «cosas» y corrían, pero no se puede saber lo que Mr. Skelmersdale quiso decir con «estas cosas en las que montan las hadas.» Tal vez eran larvas o grillos o los pequeños escarabajos que nos esquivan tan a menudo. Había un lugar donde el agua se esparcía y crecían ranúnculos gigantescos; allí, en la época cálida, las hadas se bañaban juntas. Jugaban, bailaban y los elfos hacían la corte entre la espesura de los musgos. No cabe la menor duda de que el Hada pretendía a Mr. Skelmersdale, como tampoco de que el joven opuso resistencia. Llegó un momento, en efecto, en que ella se sentó en un banco

junto a él, en un lugar apartado y silencioso, «inundado de aroma de violetas» y le habló de amor.

-Cuando su voz bajó y se convirtió en un susurro -dijo Mr. Skelmersdale-, cuando pasó su mano sobre mi mano *y* se acercó de esa manera tierna *y* afectuosa, hice lo que pude para no perder la cabeza.

Parece que sólo hasta cierto punto no perdió la cabeza, desgraciadamente. Vio «cómo soplaba el viento», y así, sentado en un lugar inundado de aroma de violetas, con su piel junto a la del Hada adorable, Mr. Skelmersdale le manifestó suavemente ¡que estaba prometido!

Ella le dijo que le quería muchísimo, que era un chico encantador y que le daría cualquier cosa que le pidiera, incluso el deseo de su corazón.

Skelmersdale, que intentó evitar mirar a sus labios cuando se abrían y cerraban, preparó el terreno para la pregunta más íntima diciendo que le gustaría tener suficiente capital para montar una tienda. Sólo le gustaría sentir, dijo, que tenía dinero suficiente para hacer eso. Imagino una pequeña sorpresa en esos ojos marrones cuando él dijo esto, pero, a pesar de todo, se mostró comprensiva y le hizo muchas preguntas sobre la tienda riéndose todo el tiempo. Mr. Skelmersdale hizo una relación completa de su noviazgo y le contó todo sobre Millie.

-¿Todo? -dije.

-Todo -dijo Mr. Skelmersdale-; quién era, dónde vivía, le conté todo sobre ella. Sentí un inexplicable deber de hacerlo.

«Cualquier cosa que quieras la tendrás -dijo el Hada-. Es como tenerlo ya. *Sentirás* que tienes el dinero, tal como deseas. Y ahora, sabes... *debes darme un beso.»*

Mr. Skelmersdale fingió no oír la última parte de sus palabras y le dijo que era muy amable. Que él no merecía que ella fuera tan amable y...

De pronto, el Hada se acercó a él y le susurró:

«¡Bésame!»

-Y la besé locamente -dijo Mr. Skelmersdale.

Me han dicho que hay besos y besos, y éste debió de ser muy diferente de las ruidosas muestras de afecto de Millie. Había algo mágico en ese beso; seguramente marcó un punto decisivo. De cualquier forma, éste es uno de los pasajes que le pareció importante describir con mayor extensión. He intentado narrarlo bien, he intentado desenredarlo de las insinuaciones y gestos con que llegó hasta mí, pero no me cabe ninguna duda de que fue muy diferente de como lo he contado, mucho más bello *y* tierno, bajo la suave luz filtrada *y* entre el silencio conmovedor de los claros del bosque de las hadas. El Hada le preguntó más detalles sobre Millie: si era hermosa, y cosas así, muchas veces. Imagino que cuando respondió a la pregunta sobre la belleza de Millie, él dijo que «era perfecta». Y entonces, o en una ocasión parecida, el Hada le dijo que se enamoró de él cuando dormía a la luz de la luna y que, al no saber nada de Millie, le había llevado al País de las Hadas pensando que tal vez se enamorara de ella. «Pero ahora sé que no puedes -dijo ella-, así que te quedarás un poco más conmigo y después debes volver con Millie.» El ya estaba enamorado del Hada y, a pesar de estas palabras, por pura inercia de su espíritu persistió en la actitud que ya había adoptado. Me imagino a Mr. Skelmersdale sentado, estupefacto entre todas esas cosas hermosas y relucientes y hablando de Millie, de la pequeña tienda que pensaba montar, de la necesidad de comprar un caballo y un carro... Y este estado absurdo de cosas debió de prolongarse durante días y días. Me parece ver a

esta señorita flotando sobre él y tratando de divertirle, demasiado delicada para comprender su complejidad y demasiado tierna para dejarle ir. Como si estuviera hipnotizado, iba con ella de un lado para otro, ciego a todas las cosas del País de las Hadas, excepto a la maravillosa relación que mantenía. Es difícil, es imposible ofrecer en un libro el efecto de la ternura radiante del Hada que brillaba a través de la selva de frases toscas e imperfectas del pobre Mr. Skelmersdale. Para mí, al menos, brilló intensamente a través del desorden de su narración como una luciérnaga en una maraña de hierbajos.

Debió de pasar mucho tiempo mientras todo esto sucedía -ya dije que una vez bailaron bajo la luz de la luna en los cercados que tachonaban los prados cercanos a Smeeth-, pero un buen día las cosas tocaron a su fin. Ella le condujo a una gran caverna, iluminada «por una extraña luz roja», donde había cofres apilados, copas, cajas de oro y un enorme montón de algo que a todos los sentidos de Mr. Skelmersdale les pareció oro acuñado. Había pequeños gnomos entre estos tesoros, que saludaron al Hada cuando llegó y permanecieron a su lado. Y de pronto ella se volvió hacia él con una mirada refulgente.

«Ya es hora -dijo ella- de que te deje ir; has sido muy amable por estar conmigo tanto tiempo. Debes volver con tu Millie. Debes volver con tu Millie y, tal como te prometí, te darán tu oro.»

-No pudo sostener la respiración -me dijo Mr. Skelmersdale-. Entonces tuve un sentimiento extraño... -añadió, y se tocó el pecho- como si me desmayara. Empalidecí y me estremecí... incluso entonces no pude decir una palabra.

Hizo una pausa.

-Ya -dije.

La escena estaba más allá de su capacidad de descripción. Pero sé que ella le despidió con un beso. -¿Y usted no dijo nada?

-Nada -dijo-. Me quedé como una vaca atiborrada. Se volvió a mirarme sólo una vez, sonriente y llorosa -pude ver cómo le brillaban los ojos-y luego se fue; y en torno a mí, sus pequeños compañeros estaban muy ocupados llenándome de oro las manos, los bolsillos y cualquier sitio que encontraban.

Fue en ese momento cuando desapareció el Hada y Mr. Skelmersdale comprendió realmente todo. De pronto empezó a desembarazarse del oro que le obligaban a coger y les gritó que no le dieran más.

-No quiero vuestro oro -les dije-. Todavía no he acabado. No me voy. Quiero hablar con el Hada otra vez. Empecé a correr tras ella, pero los gnomos me echaron para atrás. Sí, clavaron sus manitas en mi cintura y me hicieron retroceder a empujones. Siguieron dándome más y más oro, hasta que empezó a correr por debajo de los pantalones y rebosaba en mis manos. «No quiero vuestro dinero -les dije-, sólo quiero hablar con el Hada otra vez.»

-¿Y habló con ella?

-Terminé peleándome.

-¿Antes de verla?

-No la llegué a ver. Cuando me libré de ellos, no la vi en ninguna parte.

Así que salió corriendo de la cueva rojiza en su busca. Recorrió una gruta larga y después salió a un espacio grande y desolado donde una multitud de fuegos fatuos volaba de aquí para allá. Los elfos danzaban burlonamente a su alrededor y los pequeños gnomos, que habían salido de la cueva en su persecución con puñados de oro, lo lanzaban contra él al tiempo que gritaban: «¡Amor de hadas, oro de hadas! ¡Amor de hadas, oro de

hadas!»

Cuando oyó estas palabras, Mr. Skelmersdale sintió el temor de que todo hubiera terminado; alzó la voz y la llamó por su nombre, y de pronto echó a correr por la pendiente que sale de la boca de la caverna, a través de un lugar cubierto de espinas y zarzas, llamándola en voz alta repetidas veces. Los elfos danzaban indiferentes a su alrededor, pellizcándole y pinchándole; los fuegos fatuos giraban en torno a él *y* se abalanzaban contra su cara, *y* los gnomos le perseguían gritándole y arrojándole el oro de las hadas. Cuando corría en medio de este tropel singular que le aturdía, se hundió inesperadamente en un pantano hasta las rodillas; de pronto se encontró entre raíces retorcidas, su pie quedó atrapado en una, tropezó y cayó...

Cayó *y* rodó, *y* en ese instante se encontró tumbado en el monte Aldington, completamente solo bajo las estrellas.

Se incorporó con fuerza en seguida, dijo, y descubrió que estaba frío y entumecido, y su ropa humedecida por el rocío. La primera palidez de la aurora y un viento helado surgieron a la vez. Pudo haber pensado que todo había sido un sueño de una vividez extraordinaria hasta que metió la mano en el bolsillo y lo encontró atiborrado de ceniza. Entonces supo con certeza que era el oro de las hadas que le habían dado los gnomos. Todavía podía sentir los pellizcos y pinchazos, aunque no tenía ningún cardenal. De esta manera, y tan bruscamente, Mr. Skelmersdale volvió del País de las Hadas al mundo de los hombres. Incluso entonces, creyó que todo había sido cuestión de una noche, hasta que llegó a la tienda de Aldington Corner y descubrió, en medio del asombro general, que había estado fuera tres semanas.

-¡Señor! ¡Menudo apuro pasé! -dijo Mr. Skelmersdale.

-¿Y eso?

-Cuando tuve que explicarlo. Supongo que usted nunca ha tenido que explicar una cosa así.

-Nunca -dije.

Y se explayó hablando de la reacción de esta persona, de aquella... Evitó pronunciar un nombre durante un rato.

-¿Y Millie? -dije por fin.

-No tenía ninguna gana de verla -dijo.

-Me figuro que ella habría cambiado.

-Todo el mundo había cambiado. Todos habían cambiado para siempre, ¿sabe? Me parecían más grandes y bastos. Y sus voces más fuertes. ¿Por qué el sol, cuando salía por la mañana, me hería los ojos?

-¿Y Millie?

-No quería ver a Millie.

-¿Y cuándo la vio?

-Me encontré con ella el domingo cuando salía de la iglesia. «¿Dónde has estado?», me preguntó. Vi que iba a haber bronca, pero me daba igual. Me dio la impresión de que me había olvidado de ella incluso cuando me estaba hablando. No significaba nada para mí. No llegaba a entender qué había visto en ella, o a qué se habría debido mi atracción. A veces, cuando estaba ausente, volvía a pensar algo en ella; pero nunca cuando estaba presente, pues entonces aparecía la otra y la oscurecía... De cualquier forma, esto no le rompió el corazón.

-¿Se casó? -pregunté.

-Se casó con un primo -dijo Mr. Skelmersdale, y meditó un rato con la mirada puesta en el dibujo del mantel.

Cuando volvió a hablar, quedó claro que su antigua novia había desaparecido por completo de su espíritu y que la conversación le había traído de nuevo la imagen del Hada, que triunfaba en su corazón. Se puso a hablar de ella... y pronto empezó a revelar cosas extrañas, secretos de amor insólitos que sería desleal repetir aquí. Pienso, en efecto, que la cosa más extraordinaria de todo fue escuchar, cuando terminó su relato, a este pequeño tendero acicalado, con su vaso de whisky junto a él y un cigarro entre los dedos, confesar, todavía con dolor, aunque mitigado por el tiempo, el insaciable deseo amoroso que en poco tiempo se había adueñado de él.

-No podía comer -dijo-, no podía dormir. Me equivocaba en los pedidos y daba mal el cambio. Ella estaba presente noche y día sin dejar de atraerme un instante. ¡Oh! ¡Yo la deseaba, Señor! ¡Cuánto la deseé! Casi todas las noches iba al monte y daba vueltas y vueltas, rogándoles que me dejaran entrar. Gritaba. A veces estallaba en sollozos. Me sentía estúpido y miserable. Me decía sin cesar que había sido una ilusión. Y todos los domingos por la tarde subía allí, hiciera buen tiempo o no, aunque yo sabía tan bien como usted que era inútil durante el día. Intenté dormir allí.

Se interrumpió de pronto y decidió beber un trago de whisky.

-Intenté dormir allí -dijo, y podría jurar que sus labios temblaron-. Intenté dormir allí una y otra vez. Y, ¿sabe, señor? No pude... nunca. Creo que si me hubiera dormido, habría pasado algo... Pero me echaba, me incorporaba, y no podía... porque pensaba en ello, porque lo deseaba ardientemente. Era el ansia... Lo intenté...

Resopló, bebió convulsivamente el whisky que le quedaba, se levantó de repente y empezó a abrocharse la chaqueta, mirando y juzgando, mientras tanto, las reproducciones baratas que estaban junto a la repisa de la chimenea.

La libreta donde apuntaba los pedidos del día sobresalía con rigidez del bolsillo de la chaqueta. Cuando terminó de abrocharse todos los botones se pasó la mano por el pecho y se volvió hacia mí bruscamente.

-Bueno -dijo-, me tengo que ir.

Había algo en sus ojos y en su actitud que me resulta demasiado difícil expresar con palabras.

-Uno empieza a hablar... -dijo finalmente en la puerta, sonrió con tristeza, y así desapareció de mi vista.

Y esta es la historia de Mr. Skelmersdale en el País de las Hadas, tal como me la relató.

EL FANTASMA INEXPERTO

La escena en que Clayton narró su última historia vuelve vívidamente a mi memoria. Estuvo sentado casi todo el tiempo en el extremo del confortable sofá que está junto a la espaciosa chimenea, y Sanderson, que se sentaba a su lado, fumaba una de esas pipas de arcilla Broseley que llevan su nombre. También estaban Evans *y* Wish, actor maravilloso *y* hombre modesto al mismo tiempo. Todos habíamos llegado al Mermaid Club aquel sábado por la mañana, excepto Clayton, que durmió allí la noche anterior, acontecimiento que propició su historia. Habíamos estado jugando al golf hasta que la bola se hizo invisible; tras la cena, nos encontrábamos en ese estado de bondad apacible en que los

hombres pueden soportar una historia. Cuando Clayton empezó a contar una, supusimos naturalmente que la estaba inventando. Tal vez la inventaba de hecho, y el lector podrá juzgarlo en seguida tan bien como yo. Empezó, es verdad, como si relatara una anécdota real, pero pensamos que sólo era el artificio incorregible del hombre.

-¡Oídme! -comentó después de haber observado largamente la lluvia de chispas que ascendía desde el tronco que Sanderson había atizado-. ¿Sabéis que he estado solo aquí esta noche?

A excepción del servicio -dijo Wish.

-Que duermen en el otro ala -dijo Clayton-. Bien, pues...

Dio unas caladas a su cigarrillo durante un rato, como si todavía dudara de su confidencia. Entonces dijo en voz muy baja:

-He atrapado un fantasma.

-¿Que has atrapado un fantasma? ¿En serio? -dijo Sanderson-. ¿Dónde está?

Y Evans, que admiraba a Clayton de una forma inconmensurable y que había estado cuatro semanas en América, exclamó:

-¿En serio que has atrapado un fantasma, Clayton? ¡Me alegro! ¡Cuéntanoslo ahora mismo!

Clayton dijo que lo haría en seguida y le pidió que cerrara la puerta.

Me miró excusándose.

-Por supuesto que no hay chismosos, pero no quiero perturbar a nuestro excelente servicio con rumores de que hay fantasmas en el club. Ya hay suficientes tinieblas y paneles de roble como para andar jugando con estas cosas. Y además, este no era un fantasma cualquiera. No creo que vuelva nunca más.

-¿Quieres decir que no lo retuviste? -dijo Sanderson.

-No tuve corazón para ello -dijo Clayton.

Y Sanderson dijo a su vez que estaba sorprendido.

Nos reímos, y Clayton pareció ofenderse.

-Ya -dijo con una sonrisa trémula-, pero el caso es que era un fantasma de verdad, y estoy tan seguro de ello como de que estoy hablando ahora con vosotros. No bromeo. Sé lo que digo.

Sanderson aspiró profundamente de su pipa mientras dirigía una mirada rojiza hacia Clayton; luego expulsó un hilo delgado de humo más elocuente que muchas palabras.

Clayton ignoró el gesto.

-Es la cosa más extraña que me ha sucedido en la vida. Ya sabéis que yo no había creído nunca en cosas de ese estilo; y entonces, mira por dónde, cazo uno en un rincón y me encuentro con todo el asunto en mis manos.

Meditó todavía más profundamente y, tras haber sacado un segundo cigarro, comenzó a perforarlo con un curioso punzón por el que sentía afecto.

-¿Hablaste con él? -preguntó Wish. -Alrededor de una hora.

-¿Animadamente? -dije, uniéndome al círculo de escépticos.

-El pobre diablo estaba en un apuro -dijo Clayton, inclinado sobre el extremo del cigarro y con un leve tono de reprobación.

-¿Sollozaba? -preguntó alguien.

Clayton exhaló un auténtico suspiro cuando esto le vino a la memoria.

-¡Santo Dios! -dijo-. ¡Pobre hombre! Sí, claro que sí.

-¿Dónde lo descubriste? -preguntó Evans con su mejor acento americano.

-Nunca llegué a concebir -dijo Clayton sin hacerle caso- qué cosa tan penosa puede ser un fantasma -y mientras buscaba las cerillas en el bolsillo *y* prendía su cigarro, nos volvió a dejar en suspenso.

-Lo sorprendí -contestó al fin.

Ninguno de nosotros tenía prisa.

-Un carácter -dijo- permanece exactamente igual, aun cuando haya sido privado de su cuerpo. Es algo que olvidamos con demasiada frecuencia. La gente dotada con cierta fuerza o firmeza de voluntad tiene un espectro con igual fuerza y firmeza de voluntad; la mayor parte de los fantasmas que se aparecen deben de estar dominados por una idea fija, como los monomaníacos, y ser tan obstinados como burros para regresar hasta la saciedad. Esta pobre criatura no era así.

De repente levantó los ojos y recorrió la habitación con la mirada.

-Lo digo -prosiguió- sin mala intención, pero es la pura verdad. Incluso a primera vista me pareció débil.

Hizo una pausa llevándose el cigarro a la boca.

-Lo encontré en el corredor. Estaba de espaldas a mí y yo le vi primero. En seguida me di cuenta de que se trataba de un fantasma. Era transparente y blanquecino; a través de su pecho pude ver con nitidez la luz tenue de la pequeña ventana del fondo. Y no sólo su físico, también su actitud me dio una impresión de debilidad. Parecía como si no supiera en absoluto qué hacer. Una mano se apoyaba en el panel *y* la otra se agitaba sobre su boca. ¡Así...!

-¿Cómo era? -preguntó Sanderson.

-Flaco. Ya sabéis cómo es ese cuello que tienen algunos jóvenes, y que forma una especie de surcos cuando se une con la espalda, aquí y aquí... ¡Así era el suyo! La cabeza pequeña e innoble, con pelo tieso y escaso, y orejas más bien deformes. Los hombros contrahechos, más estrechos que las caderas. Llevaba un cuello vuelto, una chaqueta corta y unos pantalones con rodilleras y algo deshilachados por abajo. Así fue como apareció ante mí. Subí en silencio las escaleras. Yo tenía puestas mis zapatillas a rayas, y no llevaba ninguna luz -ya sabéis que las velas están en la mesa del rellano, y allí sólo hay una lámpara-; entonces vi cómo subía. Me detuve de repente para observarle. No sentía ningún miedo. Creo que en la mayoría de estas situaciones uno no se asusta, ni se excita tanto como podría haber imaginado. Yo estaba sorprendido e intrigado. Pensé: «¡Dios mío! ¡Por fin un fantasma! Y yo que no había creído en ellos ni un sólo instante en los últimos veinticinco años.»

-Humm -dijo Wish.

-Me parece que justo antes de llegar al rellano, descubrió mi presencia. Volvió la cabeza con brusquedad y pude ver la cara de un joven inmaduro de nariz fofa, bigotito esmirriado y barbilla escuálida. Así nos mantuvimos un instante, uno frente a otro, y él mirándome por encima del hombro. Entonces pareció recordar su alta vocación. Se volvió por completo, se elevó sobre sí mismo, adelantó la cara, levantó los brazos, desplegó las manos al modo clásico de los fantasmas y avanzó hacia mí. Mientras se mantenía en esta postura, dejó caer su pequeña mandíbula y emitió un «Uhh» débil y prolongado. No, aquello no infundía terror en absoluto. Yo ya había cenado; había bebido una botella de champán y, cuando me quedé solo, tal vez dos o tres -tal vez cuatro o cinco- whiskies, de modo que estaba tan firme como una roca y no más asustado que si me hubiera atacado una rana.

» -Uhh -dije-. ¡Qué disparate! Tú no perteneces a *este* club. ¿Qué haces aquí?

» Pude ver cómo se estremecía. »

-Uhh... uhh -dijo él.

» -Uhh... ¡Que te cuelguen! ¿Eres miembro del club? -dije, y para demostrarle que no me inspiraba ni una pizca de miedo caminé a través de uno de sus costados para encender mi vela.

» -¿Eres miembro del club? -repetí mirándole de lado.

» Se movió un poco para distanciarse de mí y mostró un gesto de abatimiento.

» -No -dijo respondiendo a la pregunta persistente de mi mirada-; no soy miembro del club... Soy un fantasma.

» -Bueno, eso no te da derecho a entrar en el Mermaid Club. ¿Quieres ver a alguien, o algo parecido?

» Y encendí la vela con la mayor calma posible por temor a que confundiera la torpeza producida por el whisky con la perturbación del miedo. Me volví hacia él con la vela en la mano.

» -¿Qué haces aquí? -dije.

» Dejó caer sus manos y cesó de decir «Uhh». Y allí se erguía, torpe y avergonzado, el fantasma de un joven débil, simple e indeciso.

» -Estoy de ronda -dijo.

» -No tienes nada que hacer aquí -dije en tono tranquilo.

» -Soy un fantasma -dijo a modo de justificación.

» -Puede ser, pero no tienes por qué rondar por aquí. Este es un club privado, respetable; aquí vienen con frecuencia personas con niñeras y niños, y como andas con tanto descuido, algún pobre niño te puede encontrar y asustarse horriblemente. Supongo que no has reparado en ello.

» -No, señor -dijo.

» -Pues deberías haberlo hecho. ¿No tendrás alguna justificación para venir aquí, verdad? Haber sido asesinado en el club o algo parecido.

» -No, señor; pero pensé que como era un edificio viejo y tenía paredes de roble...

» -Eso es una excusa -dije, mirándole fijamente-. Es un error haber venido aquí -continué en un tono de superioridad amistosa. Hice como que buscaba mis cerillas y luego lo miré con franqueza-. Si yo fuera tú, no esperaría al canto del gallo... me desvanecería al instante.

» Pareció aturdirse.

» -Es que, señor... -comenzó.

» -Me desvanecería -repetí, dándole a entender que regresara a su mundo.

» -Es que, señor, por alguna razón, no puedo.

» -¿Que no *puedes?*

» -No, señor. Hay algo que he olvidado. He estado vagando por aquí desde medianoche, ocultándome en los armarios de los dormitorios vacíos y en lugares parecidos. Estoy confundido. Nunca antes había salido a rondar y esta situación me desconcierta.

» -¿Te desconcierta?

» -Sí, señor. He intentado hacerlo varias veces, pero no lo he conseguido. Hay algo que se me ha ido de la memoria y no puedo volver.

» Esto me impresionó profundamente. Me miraba con tanta humildad que por nada del

mundo habría mantenido yo el tono tan agresivo que había adoptado.

» -Es extraño -dije, y mientras hablaba imaginé oír a alguien que se movía por abajo-. Ven a mi cuarto y cuéntame algo más sobre el asunto -yo, por supuesto, no entendía nada.

» Intenté cogerle del brazo, pero, evidentemente, era como intentar coger un soplo de humo. Había olvidado mi número, me parece. De cualquier forma, recuerdo haber entrado en varios dormitorios -fue una suerte que yo fuera el único que se encontraba en ese ala- hasta que al fin vi mis cosas.

» -Ya estamos -dije, y me senté en el sillón-. Siéntate y cuéntamelo todo. Me parece que te has metido en un buen lío, amigo.

» Bueno, el fantasma dijo que no quería sentarse y que prefería ir y venir por la habitación, si a mí no me importaba. Así lo hizo y en un instante nos vimos sumidos en una conversación larga y seria. En ese momento, los efluvios de los whiskies y del soda se desvanecieron y empecé a tomar conciencia del extraordinario y fantástico asunto en que estaba metido. Allí estaba, semitransparente, el fantasma convencional, silencioso excepto cuando emitía su voz fantasmal, revoloteando de aquí para allá, en aquel dormitorio viejo, limpio, agradable y tapizado de quimón. Se podía ver, a través de él, la tenue luz de las palmatorias de cobre, el resplandor de los guardafuegos de bronce y las esquinas de los grabados enmarcados en la pared; y allí estaba él, contándome su desdichada y corta vida, que acababa de concluir en la tierra. No tenía una cara especialmente honesta, pero, al ser transparente, no podía eludir decir la verdad.

-¿Eh? -dijo Wish, levantándose repentinamente de la silla.

-¿Cómo? -dijo Clayton.

-Por ser transparente... no podía evitar decir la verdad... No lo entiendo -dijo Wish.

-Yo tampoco -dijo Clayton, con una seguridad inimitable-; pero *es* así. Puedo asegurarlo. No creo que se haya desviado un ápice de la verdad. Me contó cómo había muerto -bajó con una vela a un sótano de Londres para descubrir el lugar donde se producía un escape de gas- y que era profesor de inglés en una escuela privada de Londres cuando sucedió el escape.

-Pobre desdichado -dije.

-Lo mismo pensaba yo, y a medida que me hablaba, más lo pensaba. Allí estaba, sin meta en la vida, sin meta fuera de ella. Habló de su padre, de su madre, de su profesor y de todos aquellos con quienes había tenido trato, con desprecio. Había sido demasiado sensible, demasiado nervioso; nadie le había valorado en su justa medida, ni entendido, dijo. Nunca había tenido en el mundo un amigo de verdad, sospecho. Nunca había tenido éxito. Había rehuido las diversiones y suspendido los exámenes.

» -Hay mucha gente así -me dijo-; cuando entraba en el aula del examen, parecía que todo se esfumaba.

» Se había prometido con otra persona extremadamente impresionable, supongo, cuando la imprudencia con el escape de gas puso fin a su aventura amorosa.

» -¿Y dónde estás ahora? -pregunté-. ¿No estarás en...?

» No fue nada claro en su respuesta. Me dio la impresión de que se trataba de un estado vago, intermedio, un lugar reservado especialmente a las almas con muy poca existencia para cosas tan positivas como el pecado o la virtud. No lo sé. Era demasiado egoísta y distraído para darme una idea clara sobre la clase de lugar, de región que se extiende al Otro Lado de las Cosas. Estuviera donde estuviera, parece que había caído entre un grupo

de espíritus afines: fantasmas de jóvenes débiles de los barrios bajos de Londres, que tenían el mismo nombre y que hablaban a menudo de «ir de ronda» y cosas parecidas. Al parecer, pensaban que «ir de ronda» era una aventura tremenda y la mayoría de ellos se rajaban siempre. Y así, apremiado por los otros, había llegado al club.

-¡Increíble! -dijo Wish, absorto frente al fuego.

-En todo caso, eso es lo que me dio a entender -dijo Clayton con modestia-. Es posible que yo no me encontrara en el estado más apropiado para juzgar, pero ese es el panorama que describió. Continuó revoloteando de un lado para otro, sin dejar de hablar con'su delgada voz, de su yo desdichado, pero sin decir una palabra clara ni una frase coherente en todo el tiempo. Era más delgado, más simple y más inútil que cuando estaba vivo; en ese caso, si hubiera estado vivo, no habría permanecido en mi dormitorio, le habría echado a patadas.

-Sin duda -dijo Evans-, hay pobres mortales de esa naturaleza.

-Y tienen tantas posibilidades de convertirse en fantasmas como cualquiera de nosotros -admití yo.

-Lo que tenía cierta importancia para él era que, dentro de unos límites, parecía descubrirse así mismo. El desorden producido por la ronda le había deprimido terriblemente. Le habían dicho que sería una «juerga»; él había venido esperando que fuera una juerga y sólo había conseguido un nuevo fracaso que añadir a su larga lista. Se definía a sí mismo como un fracasado completo y consumado. Decía, y le creo totalmente, que nunca había intentado hacer algo en la vida que no le hubiera salido fatal y que le seguiría ocurriendo a través de la inmensidad de la eternidad. Si hubiera recibido más comprensión, tal vez... Se interrumpió y se quedó mirándome. Observó que, por extraño que pudiera parecerme, nadie, absolutamente nadie le había dado la comprensión que yo le estaba dando en ese momento. En seguida me di cuenta de lo que quería y decidí librarme de él de una vez por todas. Puedo ser un bestia, pero ser el Único Amigo Verdadero, el receptáculo de las confidencias de uno de esos egoístas enfermizos, ya sea hombre o fantasma, es algo que está más allá de mi resistencia física. Me levanté bruscamente.

» -No te obsesiones demasiado con estas cosas -dije-. Lo que tienes que hacer es irte, irte ya... Serénate e inténtalo.

» -No puedo -dijo.

» -Inténtalo -dije, y lo intentó.

-¡Intentarlo! -dijo Sanderson-. ¿Cómo?

-Con pases -dijo Clayton.

-¿Pases?

-Series complicadas de gestos y pases hechos con las manos. Así vino y así tenía que irse. ¡Señor! ¡El trabajo que me costó!

-Pero, ¿cómo una serie de pases puede...? -comencé a decir.

-Amigo mío -dijo Clayton, volviéndose hacia mí y poniendo mucho énfasis en ciertas palabras-, quieres tenerlo *todo* claro. No sé *cómo.* Sé lo que tú: al final lo hizo, pero no sé cómo. Después de un rato espantoso, consiguió hacer bien sus pases y desapareció súbitamente.

-¿Te fijaste en esos pases? -dijo Sanderson con lentitud.

-Sí -dijo Clayton, y pareció meditar unos instantes-. Era tremendamente extraño. Allí estábamos los dos, yo y ese fantasma impreciso y delgado, en esa habitación silenciosa,

en esta casa silenciosa y vacía, en esta pequeña ciudad silenciosa el viernes por la noche. Ningún sonido, salvo nuestras voces y el jadeo casi imperceptible que el fantasma producía cuando gesticulaba. La vela de la habitación y la que había encima del tocador estaban encendidas, eso era todo; a veces, una de las dos lanzaba una llama alta, delgada y temblorosa durante un corto espacio de tiempo. Y sucedieron cosas extrañas.

» -No puedo -decía el fantasma-, ¡nunca podré...!

» Y de repente se sentó en una silla junto al pie de la cama y empezó a sollozar. ¡Dios mío! ¡Qué cosa tan horrible y quejumbrosa parecía!

» -Domínate -le decía yo, y trataba de darle palmaditas en la espalda... ¡y mi condenada mano pasaba a través de él!

» En ese momento no me sentía tan... entero como cuando estaba en el rellano. Sentía plenamente la singularidad de la situación. Recuerdo que alejé mi mano de él con un leve temblor y que fui hacia el tocador.

» -Sobreponte -le dije- e inténtalo.

» Y para animarle y ayudarle, me puse a intentarlo yo también.

-¡Qué! -dijo Sanderson-. ¿Los pases?

-Sí, los pases.

-Pero... -dije yo, movido por una idea que se me escapaba.

-Esto es interesante -dijo Sanderson, con un dedo metido en el hornillo de la pipa-. ¿Quieres decir que ese fantasma tuyo reveló...?

-¿Que si hizo todo lo que pudo para revelar el secreto de la maldita barrera? Sí.

-No -dijo Wish-, no pudo hacerlo. De otro modo, te hubieras ido tú también.

-Eso es precisamente... -dije, al ver mi esquiva idea expresada con palabras.

-Eso es precisamente -repitió Clayton, mirando el fuego con ojos pensativos.

Se produjo un breve silencio.

-¿Y al final lo consiguió? -dijo Sanderson.

-Al fin lo consiguió. Tuve que emplearme a fondo para mantenerle a flote, pero al fin lo consiguió... y de forma inesperada. Se desesperaba, discutimos violentamente, y entonces se levantó de un salto y me pidió que ejecutara despacio todos los movimientos para que él pudiera fijarse.

» -Creo -dijo- que si pudiera verlo, descubriría en seguida lo que va mal.

» Y lo descubrió.

» -Ya lo sé -dijo.

» -¿Qué sabes? -pregunté.

» -Ya lo sé -repitió. Después añadió malhumorado-: Si me mira, no puedo hacerlo... de verdad que no *puedo;* eso ha sido, en parte, lo que me lo ha impedido hasta ahora. Soy tan nervioso que usted me desconcierta.

» Bueno, discutimos un poco. Yo quería verlo, naturalmente, pero él era tan terco como una mula; y, de pronto, me sentí extenuado... me había dejado sin fuerzas.

» -Está bien, no te miraré -dije, y me volví hacia el espejo del armario que está junto a la cama.

» Empezó muy rápido. Yo traté de seguir mirándole en el espejo para ver lo que había omitido. Sus brazos *y* manos giraban así *y* así, *y* entonces, de golpe, llegó al movimiento final -el cuerpo erguido *y* los brazos abiertos-, *y* así se quedó. Y después, ¡ya no estaba! ¡No estaba! ¡Desapareció! Giré sobre mis talones, desde el espejo hacia el lugar donde él se encontraba. ¡No había nada! Estaba solo entre velas llameantes y un espíritu

fluctuante. ¿Qué había pasado? ¿Había pasado algo realmente? ¿Había estado soñando...? Y entonces, con un timbre absurdo de finalidad, el reloj del rellano descubrió que era el momento adecuado para dar *la una.* Así: ¡Ping! Y yo estaba tan grave y sobrio como un juez, con todo mi champán y todo mi whisky que se habían ido a tomar el fresco. Y con una sensación extraña, ¿sabéis...? ¡Condenadamente extraña! ¡Dios mío!

Contempló la ceniza de su cigarro un instante.

-Esto es todo lo que pasó.

-¿Te fuiste a la cama después?

-¿Qué otra cosa podía hacer?

Miré a Wish a los ojos. Queríamos reírnos, pero había algo, tal vez algo, en la voz y en la actitud de Clayton que impedía nuestro deseo.

-¿Y los pases? -dijo Sanderson.

-Creo que los podría hacer ahora.

-¡Oh! -dijo Sanderson, y sacó una navaja *y* se puso a limpiar de restos de tabaco el hornillo de su pipa de arcilla.

-¿Por qué no los haces ahora? -continuó Sanderson, cerrando su navaja con un chasquido.

-Es lo que voy a hacer -dijo Clayton.

-No funcionará -dijo Evans.

-Y si... -sugerí.

-Prefiero que no lo hagas -dijo Wish, estirando las piernas.

-¿Por qué? -preguntó Evans.

-Prefiero que no lo haga -dijo Wish.

-Pero si no los sabe hacer bien -dijo Sanderson, cargando su pipa con un montón de tabaco.

-Me da igual, preferiría que no lo hiciera -dijo

Wish.

Discutimos con Wish. Decía que si Clayton ejecutaba esos gestos, sería burlarse de una cosa muy seria.

-¿Pero tú no habrás creído...? -dije.

Wish miró a Clayton, quien, mirando fijamente al fuego, sopesaba algo en su mente. -Lo creo... al menos más de la mitad, sí –dijo Wish.

-Clayton -dije-, eres demasiado bueno para engañarnos. La mayor parte estaba bien. Pero esa desaparición... tendría que ser más convincente. Confiesa que se trataba de un cuento fantástico.

Se levantó sin haberme prestado atención, se situó en el centro de la alfombra y se volvió hacia mí. Durante un rato contempló sus pies con aire pensativo, después sus ojos se clavaron en la pared opuesta y los mantuvo con expresión abstraída durante el resto del tiempo. Levantó las manos lentamente hasta la altura de los ojos y así empezó...

Ahora bien, Sanderson es un francmasón, miembro de la logia de los Cuatro Reyes, la cual se dedica con acierto al estudio y elucidación de todos los misterios de la masonería del pasado y del presente, y entre los estudiosos de esta logia, Sanderson no es en absoluto el menos importante. Siguió, con sus ojos enrojecidos, los movimientos de Clayton con singular interés.

-No está mal -dijo cuando Clayton terminó-. Realmente ejecutas los movimientos de una manera asombrosa: pero falta un pequeño detalle.

-Ya lo sé -dijo Clayton-, creo que podría decirte cuál es.

-¿Cuál?

-Este -dijo Clayton, y giró extrañamente la mano, la retorció y la impulsó hacia delante. -Exacto.

-Esto, sabes, es lo que *él* no conseguía hacer bien -dijo Clayton-. Pero, ¿cómo tú...?

-No comprendo casi nada de este asunto, y especialmente cómo has podido inventártelo -dijo Sanderson-, pero esto último... -reflexionó- me resulta familiar. Tienen que ser series de gestos conectados con cierta rama de la Masonería esotérica... Supongo que lo sabes. De otra forma... *¿cómo?*

Reflexionó de nuevo.

-No creo que pueda hacerte ningún daño si te digo cuál es el giro adecuado. Al fin y al cabo da lo mismo que lo sepas o no.

-Sólo sé -dijo Clayton- lo que el pobre diablo me reveló anoche.

-De acuerdo, no importa -dijo Sanderson, y colocó su pipa en la repisa de la chimenea con sumo cuidado. Entonces gesticuló con las manos vertiginosamente.

-¿Así? -dijo Clayton, repitiendo los movimientos.

-Así -dijo Sanderson, y volvió a coger su pipa.

-¡Ah! *Ahora* -dijo Clayton- puedo hacerlo todo... bien.

Se irguió frente al fuego mortecino y nos sonrió. Pero creo que había cierta vacilación en su sonrisa. -Y si empiezo -dijo.

-Yo no empezaría -dijo Wish.

-¡No hay motivo de preocupación! elijo Evans-. La materia es indestructible. No irás a pensar que una patraña de ese tipo va a arrojar a Clayton al mundo de las sombras. ¡Ni mucho menos! Por mí, Clayton, puedes intentarlo hasta que los brazos se te desprendan de las muñecas.

-Yo no pienso lo mismo -dijo Wish, levantándose y poniendo un brazo sobre el hombro de Clayton-; has conseguido que me crea esa historia y no quiero que lo hagas.

-¡Dios mío! -dije- ¡Mirar qué asustado está Wish!

-Lo estoy -dijo Wish, con una intensidad real o fingida admirablemente-. Creo que si ejecuta esos movimientos, desaparecerá.

-No le ocurrirá nada parecido -exclamé-. Los hombres sólo tienen un camino para salir de este mundo y a Clayton le quedan treinta años para llegar a él. Además... ¡Vaya fantasma! ¿Piensas que...?

Wish me interrumpió al moverse. Salió del círculo de los sillones y se paró junto a la mesa.

-Clayton -dijo-, ¡estás loco!

Clayton se volvió y le sonrió con una mirada alegre y luminosa.

-Wish -dijo-, tienes razón, y los demás estáis equivocados. Desapareceré. Ejecutaré hasta el último de estos pases y, cuando el último silbido cruce el aire... *¡allez hop!* Esta alfombra estará vacía, la habitación rebosará de profundo asombro y un caballero respetablemente vestido, de noventa y cinco kilos de peso, se precipitará en el mundo de las sombras. Estoy tan seguro como vosotros lo estaréis. Me niego a seguir discutiendo. ¡Probemos!

-No -dijo Wish, y dio un paso y se paró.

Clayton levantó una vez más las manos para repetir los pases del fantasma.

En ese momento todos nos hallábamos en un estado de tensión, a causa, en gran parte,

del comportamiento de Wish. Estábamos sentados con los ojos fijos en Clayton, y yo, al menos, me sentía rígido y tirante, como si mi cuerpo, desde la nuca hasta la mitad de los muslos, se hubiera convertido en acero. Y allí, con una gravedad imperturbablemente serena, Clayton se inclinaba, se balanceaba y agitaba las manos frente a nosotros. Cuando estaba a punto de finalizar, nos apretujamos unos contra otros y sentimos un hormigueo entre los dientes. El último gesto, como ya he dicho, consistía en girar los brazos y abrirlos por completo con la cara hacia arriba; y, cuando por fin inició ese gesto definitivo, dejé incluso de respirar. Era ridículo, sin duda, pero ya conocen ustedes el sentimiento que producen los relatos de fantasmas. Era después de cenar, en una casa poco común, vieja y oscura. ¿Podría, después de todo...?

Durante un periodo de tiempo asombroso permaneció con los brazos abiertos y la cara hacia arriba, sereno y resplandeciente bajo la luz deslumbrante de la lámpara. Nos mantuvimos inmóviles durante un momento que se nos hizo un siglo, y entonces nació de todos nosotros un suspiro que expresaba un alivio infinito y un *¡no!* tranquilizador. Porque, evidentemente, no había desaparecido. Todo era una invención. Nos había contado una historia infundada y casi había conseguido que le creyésemos, ¡eso era todo...! Y entonces, en ese preciso momento, la cara de Clayton cambió.

Cambió. Cambió como cambia una casa con las luces encendidas cuando las apagan de golpe. Sus ojos se quedaron inmóviles bruscamente, su sonrisa se heló en sus labios y se mantenía de pie. Se mantenía balanceándose muy suavemente.

También aquel momento se nos hizo eterno. Y entonces las sillas chocaron entre sí, cayeron cosas y todos nos movimos. Sus rodillas parecieron doblarse, se desplomó, *y* Evans se levantó *y* lo cogió entre sus brazos...

Nos quedamos pasmados. Me parece que nadie dijo nada coherente durante un minuto. Lo veíamos, y sin embargo, no podíamos creerlo... Yo salí de una estupefacción desordenada para encontrarme arrodillado junto a él; su chaqueta y su camisa estaban desgarradas y la mano de Sanderson descansaba sobre su corazón.

Bueno... el simple hecho al que nos enfrentábamos en ese momento podía esperar nuestra interpretación; no teníamos prisa por comprenderlo. Allí yació durante una hora. Hoy sigue yaciendo, negro y espantoso, a través de mi memoria. Clayton había pasado, en efecto, al mundo que está tan cerca y tan lejos del nuestro, y había ido por el único camino que pueden tomar los mortales. Pero si entró allí a causa del conjuro del pobre fantasma, o si sufrió un ataque repentino de apoplejía en el transcurso de la narración de un cuento inventado -como nos hizo creer el juez- es algo que está fuera del alcance de mi juicio; es uno de esos misterios inexplicables que deben quedar sin resolver hasta que llegue la solución final de todo. Lo único que puedo asegurar es que en el mismo momento, en el mismo instante en que Clayton concluía aquellos pases, se demudó, se tambaleó y cayó delante de nosotros... ¡muerto!

JIMMY GOGGLES, EL DIOS

-No hay nadie que haya sido un dios -dijo el hombre de piel tostada-. Y sin embargo eso me sucedió a mí, entre otras cosas.

Yo le di a entender que agradecía su condescendencia al hablar conmigo.

-Una cosa así acaba con la ambición, ¿no cree? -dijo el hombre de piel tostada-. Yo fui

uno de los hombres que rescataron del naufragio del *Pionero del Océano.* ¡Maldición! ¡Cómo vuela el tiempo! Sucedió hace veinte años. Dudo que usted recuerde algo sobre el *Pionero del Océano.*

El nombre me resultaba familiar y traté de recordar cuándo *y* dónde lo había leído. ¿El *Pionero del Océano?*

-Recuerdo algo sobre polvo de oro -dije con cierta gravedad-, pero no sé exactamente...

-Eso es -dijo-. Se hundió en un maldito canal donde no tenía nada que hacer, salvo huir de los piratas. Sucedió antes de que acabaran con ese oficio. Probablemente, en otro tiempo hubo allí volcanes, o algo parecido, pues todas las rocas estaban situadas en lugares inoportunos. Hay zonas en Soona en las que es necesario ir acechando cada roca para adivinar por dónde va a salir la próxima. Se hundió veinte brazas en menos de lo que canta un gallo, con cuarenta mil libras esterlinas en oro a bordo, según se dijo, en polvo o en otra forma.

-¿Hubo supervivientes?

-Tres.

-Ahora recuerdo el caso -dije-. Se hicieron algunos trabajos de rescate...

Al oír la palabra rescate, el hombre de piel tostada estalló en improperios con un lenguaje tan extremadamente horrible que me quedé estupefacto. Después bajó el tono, empleando maldiciones algo más ordinarias, pero se contuvo bruscamente.

-Perdóneme -dijo-, pero... ¡rescate!

Se inclinó hacia mí.

-Yo participé en aquel trabajo -dijo-. Pretendía hacerme rico, y en vez de eso, me vi convertido en dios. Yo tengo mis sentimientos...

-No todo es miel en la vida de un dios -continuó el hombre de piel tostada, y durante un rato siguió hablando por medio de análogos axiomas sentenciosos, pero inútiles. Por fin reanudó su historia.

-Allí estaba yo -dijo el hombre de piel tostada-, *y* un marinero llamado Jacobs, *y* Always, el piloto del *Pionero del Océano.* Fue él quien planeó todo el negocio. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo ahora mismo, cuando estábamos en el bote y nos sugirió la idea con una sola frase. Tenía una prodigiosa habilidad para plantear las cosas. «Había cuarenta mil libras esterlinas en el barco -dijo-, y a mí me toca decir el lugar exacto donde se hundió.» No se necesita mucha sesera para comprender lo que eso significaba. Y él fue quien dirigió la cosa, desde el principio hasta el final. Echó mano de los Sanders y de su bergantín; eran hermanos, y el bergantín se llamaba el *Orgullo de Banya. Y* compró el traje de buzo; uno de segunda mano con un aparato de aire comprimido en lugar del sistema de bomba. Habría hecho de buzo también si el sumergirse en el agua no hubiera dañado su salud. Y, entretanto, la gente encargada del rescate perdía el tiempo con una carta de navegación que él mismo había falsificado -con su solemnidad habitual- por Starr Race, a ciento veinte millas de distancia.

» Puedo asegurarle que formábamos un grupo de lo más feliz a bordo de aquel bergantín, todo el día entre bromas, bebidas y esperanzas de lo más optimistas. Nos parecía todo tan ingenioso, tan bien planeado, tan sencillo... o como dicen los tipos poco finos: «un asunto limpio.» Nos entreteníamos haciendo conjeturas sobre lo que estaría sacando el otro grupo de benditos, los verdaderos encargados del rescate, que habían salido dos días antes que nosotros, y nos partíamos de risa. Ibamos todos juntos en la cabina de los Sanders -una curiosa tripulación formada por oficiales y ni un solo mari-

nero-, y la escafandra, que estaba también allí, esperando su turno. El joven Sanders era uno de esos tipos bromistas y, a decir verdad, había algo cómico en aquel condenado engendro, con su monstruosa cabeza y su insistente mirada, y el joven Sanders nos hizo reparar en ello. Solía llamarle «Jimmy Goggles»[*] y hablaba con él como si fuera un cristiano. Le preguntaba si estaba casado, y qué tal se encontraba la señora Goggles y los pequeños Goggles. Era para morirse de risa. Todos los benditos días bebíamos a la salud de Jimmy Goggles y le desmontábamos el ojo y le echábamos un vaso de ron dentro hasta que, en lugar de aquel repugnante olor a goma impermeable, desprendía un perfume tan agradable como el de un barril de ron. Pasábamos ratos divertidos en aquellos días, créame, sin sospechar -¡pobres desgraciados!- lo que se nos venía encima.

» Está claro que no íbamos a echar a perder nuestra suerte por una estúpida precipitación, como usted comprenderá, de modo que empleamos todo un día haciendo sondeos en la ruta que nos llevaba al lugar donde el *Pionero del Océano* se había hundido, justamente entre dos masas de rocas inestables de color grisáceo, sin duda rocas de origen volcánico, que apenas sobresalían del agua. Tuvimos que desviarnos casi media milla para encontrar un anclaje seguro, y entonces se produjo una ensordecedora trifulca para determinar quién se tendría que quedar a bordo. Y el barco estaba allí, tal y como se había hundido, de manera que la parte superior de los mástiles se distinguía perfectamente. Decidimos ir todos en el bote y la bronca se terminó. Yo descendí con la escafandra el viernes por la mañana, en cuanto hubo luz.

» ¡Menuda sorpresa me llevé! Me parece estar viéndolo ahora mismo con absoluta nitidez. Era un paraje muy extraño y en ese momento empezaba a alborear. La gente de por aquí cree que en los trópicos no hay más que playas lisas, *y* palmeras, *y* olas. ¡Estúpidos! Aquel paraje, por ejemplo, no tenía ni una pizca de tales maravillas. No había rocas normales, desgastadas por las olas, sino enormes bancos retorcidos como montañas de escoria, con un légamo verde debajo *y* arbustos *y* cosas por el estilo encima que se movían de aquí para allá; y el agua transparente, clara y lisa, que mostraba una especie de sucio resplandor gris negruzco, con enormes y fulgurantes algas de color rojo intenso que se desplegaban inmóviles, y a través de las cuales pasaban seres serpenteantes y veloces. Y más allá de los canales, los charcos y las masas de rocas había un bosque en la falda de una montaña, que volvía a crecer después de la lluvia de fuego y cenizas de la última erupción. Y al otro lado había otro bosque y una especie de accidentado...

-¿Cómo se dice? Anfi...teatro de lava negra y herrumbrosa que se elevaba por encima de todo lo demás, en medio del cual el mar formaba una pequeña bahía.

» Como le he dicho, la aurora estaba despuntando y apenas había color en las cosas. Aparte de nosotros no se veía ningún ser humano, ni arriba ni abajo del canal. Sólo el *Orgullo de Banya,* que se encontraba más allá de un grupo de rocas, hacia alta mar.

-No se veía ningún ser humano -repitió. Hizo una paùsa y continuó:

» No sé de dónde salieron, no me lo explico. Nos sentíamos tan seguros pensando que nos encontrábamos solos, que el joven Sanders se puso a cantar. Yo estaba dentro de Jimmy Goggles, sólo me faltaba el casco. «Despacio -dijo Always-, ahí está el mástil.»

Y, después de echar un vistazo por encima de la borda, cogí la monstruosa cabeza y a punto estuve de caerme al agua cuando el viejo Sanders hizo virar el bote. Una vez que las ventanillas fueron atornilladas y todo dispuesto, cerré la válvula del cinturón neumático para facilitar mi inmersión y salté por la borda, con los pies por delante, pues

[*] Jimmy Gafas.

no teníamos escala. La barca se quedó dando tumbos y mis compañeros se inclinaron a mirar el agua mientras mi cabeza se hundía entre las algas y la oscuridad que rodeaba el mástil. Creo que nadie, ni el hombre más precavido del mundo, se habría molestado en explorar un paraje tan desolado. Apestaba a soledad.

» Desde luego, debe usted comprender que yo era un novato en el buceo. Ninguno de nosotros era buzo. Tuvimos que desperdiciar un montón de tiempo para familiarizarnos con el manejo del aparato, y era la primera vez que yo descendía a las profundidades. Es una sensación abominable. Los oídos duelen horriblemente. No sé si usted se habrá hecho daño alguna vez al bostezar o al estornudar, el caso es que se siente algo parecido, sólo que diez veces peor. Y aquí, sobre la ceja, un dolor espantoso, y un malestar en la cabeza como de gripe. Y tampoco es un paraíso para los pulmones y demás órganos. El descenso produce una sensación similar al arranque de un ascensor, sólo que esa sensación dura todo el rato. Y no puedes levantar la cabeza para ver lo que hay arriba, y tampoco puedes echar un vistazo a lo que está sucediendo bajo los pies sin doblarte de una manera bastante dolorosa. A medida que descendía todo se tornaba más oscuro, sin contar la negrura de la lava y el fango que formaban el fondo. Era, por decirlo así, como si, al sumergirse, uno fuera saliendo de la aurora e internándose en la noche.

» El mástil surgió como un fantasma de la oscuridad; luego un montón de peces, y después un grupo de inquietas algas rojas. Entonces me dejé caer de golpe, con una especie de vuelo torpe, en la cubierta del *Pionero del Océano; y los* peces que habían estado alimentándose de los muertos se elevaron a mi alrededor, igual que un enjambre de moscas se abalanza sobre el estiércol del camino en un día de verano. Abrí de nuevo la válvula de aire comprimido -pues el traje estaba cerrado herméticamente y olía a goma, a pesar del ron- y me detuve para recobrar fuerzas. La válvula dejó entrar aire fresco, lo que ayudó a atenuar un poco la mala ventilación.

» Cuando empecé a sentirme más a gusto, me paré a mirar a mi alrededor. Era un espectáculo extraordinario. Incluso la luz era extraordinaria: una especie de resplandor crepuscular de tonos rojizos producido por las ondulaciones de las algas que flotaban hacia arriba a ambos lados de la embarcación. Y por encima de mi cabeza sólo se veía una sombría profundidad de color azul verdoso. La cubierta del barco, salvo una ligera inclinación a estribor, estaba nivelada, *y* se extendía larga *y* tenebrosa entre las algas. Estaba entera, a excepción de los lugares por donde se habían quebrado los mástiles al chocar, y hacia el castillo de proa, su perfil se desvanecía en la negra noche. No había ningún cadáver en los puentes. Supuse que la mayoría estaría entre las algas de los lados, pero poco después encontré dos esqueletos tendidos en los camarotes de los lados, donde la muerte los había sorprendido. Era curioso hallarse de nuevo en aquella cubierta y reconocerlo todo, palmo a palmo; el sitio de la barandilla donde me gustaba fumar a la luz de las estrellas, y el rincón donde un viejo pájaro de Sidney solía flirtear con una viuda que teníamos a bordo. Tan sólo un mes antes habrían formado una pareja feliz, y ahora no podría sacarse de ninguno de los dos ni un mísero pedazo de comida para una cría de cangrejo.

» Yo he tenido siempre cierta propensión a la filosofía, y me atrevería a decir que pasé cerca de cinco minutos entregado a tales meditaciones antes de descender al lugar donde el bendito polvo de oro estaba almacenado. La búsqueda fue lenta, pues tenía que andar a tientas casi todo el tiempo, en medio de la tétrica oscuridad, desconcertado por los azulados destellos que bajaban de la toldilla. Había cosas que se movían a mi alrededor;

una vez sentí un golpe en el cristal y otra un pinchazo en la pierna. Cangrejos, espero. Di un puntapié a un montón de porquería suelta que me tenía intrigado, me agaché *y* cogí una cosa llena de nudos *y* protuberancias. ¿Y qué cree usted que era? ¡Un espinazo! Pero yo nunca he tenido un interés especial por los huesos. Habíamos estudiado a fondo el asunto y Always conocía el lugar exacto donde estaba guardado el tesoro. Lo encontré en esa misma exploración. Cogí un cofre por uno de sus extremos y lo levanté un palmo o dos del suelo.

El hombre interrumpió su relato.

-¡Llegué a levantarlo unos palmos del suelo! -exclamó-. ¡Cuarenta mil libras esterlinas en oro puro!

» ¡Oro! grité dentro del casco, cediendo a un ataque de entusiasmo, y el estrépito hirió mis oídos. En esos momentos empezaba a sentirme condenadamente sofocado y cansado -debía de llevar veinticinco minutos o más bajo el agua-, y pensé que ya era suficiente. Subí por la escalera de la toldilla y en el preciso momento en que mis ojos estaban a ras de la cubierta un enorme y monstruoso cangrejo dio una especie de salto convulsivo y huyó corriendo de lado. Menudo susto me dio. Me planté sin novedad en la cubierta y cerré la válvula de la parte posterior del casco para dejar que el aire se acumulara y me facilitara la ascensión. Entonces noté una especie de agitación, como si estuvieran golpeando el agua con un remo, pero no miré hacia arriba. Me figuré que estaban haciéndome señales para que subiera.

» Después algo cayó a mi lado, algo pesado, que se quedó clavado con una especie de estremecimiento sobre una de las tablas de la cubierta. Lo miré y reconocí el largo cuchillo que había visto manejar al joven Sanders. Lo ha dejado caer, pensé, y todavía estaba reprochándole esta estupidez -pues podía haberme herido seriamente- cuando empecé a subir y a impulsarme hacia la luz del sol. Y justo cuando había alcanzado la copa de las vergas del *Pionero del Océano* -¡plafl- tropiezo con algo que desciende *y* una bota que da golpes delante de mi casco. Luego observé que había algo más, algo que se debatía horriblemente. Fuera lo que fuera, era algo pesado que había por encima de mi cabeza, y no paraba de moverse y de dar vueltas. Yo habría creído que se trataba de un pulpo, o algo parecido, de no ser por la bota. Los pulpos no llevan botas. Desde luego, todo sucedió en un segundo. Noté que volvía a descender y agité los brazos para mantenerme firme, y la cosa aquella siguió rodando y se hundió mientras yo subía...

Hizo una pausa.

-Vi la cara del joven Sanders por encima de un hombro negro y desnudo; una lanza le atravesaba la garganta de parte a parte, y su boca y su cuello vertían en el agua chorros de color rosado. Se hundían dando vueltas, aferrados uno a otro, demasiado malheridos para soltarse. Y un segundo después, mi casco se dio un tremendo golpe contra la canoa de los negros. ¡Eran negros! Dos canoas llenas.

» Fueron momentos animados, créame. Always cayó al agua atravesado por tres lanzas. Las piernas de tres o cuatro negros pataleaban en el agua a mi alrededor. No pude ver mucho, pero una mirada fue suficiente para comprender que la partida estaba perdida, de modo que di a mi válvula un violento giro y volví a descender burbujeando tras el pobre Always, sumido en un estado de pánico y estupefacción que usted, sin duda, puede imaginar perfectamente. Pasé al lado del joven Sanders y el negro, que ascendían de nuevo, luchando un poco todavía, y un momento después me planté en la penumbra de la cubierta del *Pionero del Océano.*

» ¡Demonios!, pensé, ¡la situación es apurada! ¿Negros? Al principio no veía más salida que la asfixia abajo y las lanzas arriba. No tenía una idea precisa de la cantidad de aire que me quedaba, pero no me sentía capaz de permanecer mucho más tiempo sumergido. Tenía calor, y un tremendo dolor de cabeza, por no mencionar el hecho de que me moría de miedo. Jamás habíamos contado con aquellos inmundos indígenas, los inmundos papúes. No habría sido muy acertado ascender por ese lugar, pero tenía que hacer algo. Sin apenas reflexionar trepé por la borda, me dejé caer entre las algas y me puse a andar por la oscuridad tan rápido como me era posible. En una ocasión me detuve y me arrodillé para mirar hacia arriba echando la cabeza para atrás dentro del casco. En la superficie reinaba el más extraordinario resplandor verde azulado que había contemplado, y las dos canoas y el bote flotaban, pequeñas y distantes, componiendo una especie de H retorcida. Me puso enfermo contemplar aquello y pensar lo que el balanceo y el cabeceo de las tres embarcaciones significaba.

» Le aseguro que fueron los diez minutos más horribles que he pasado, deambulando a ciegas por las tinieblas, sufriendo una opresión espantosa, como si me enterraran en la arena, con un dolor que me atravesaba el pecho, muerto de miedo, y sin poder respirar, al parecer, otra cosa que el olor del ron y de la goma. ¡Cielos! Al cabo de un rato me encontré subiendo por una abrupta pendiente. Eché otra ojeada para comprobar si había algún rastro de las canoas *y* el bote, *y* continué la ascensión. Cuando mi cabeza estuvo a un pie de la superficie, me paré y traté de examinar el lugar en que me encontraba pero, como es natural, no se veía nada más que el reflejo del fondo. Entonces emergí, y fue como si mi cabeza chocara contra la superficie de un espejo. Nada más sacar los ojos del agua vi que había emergido en una especie de playa cercana al bosque. Miré alrededor, pero los salvajes y el bergantín quedaban ocultos por un enorme conglomerado de lava retorcida. Mi creciente estupidez me impulsó a correr hacia la espesura. No me desprendí del casco, pero dejé abierta una de las ventanillas y, tras una pausa para recuperar el resuello, salí del agua. No puede usted imaginar lo puro y ligero que me pareció el aire.

» Está claro que con cuatro pulgadas de plomo en la suela de los zapatos y la cabeza enfundada en una bola de cobre del tamaño de un balón de fútbol, y después de haber pasado treinta y cinco minutos bajo el agua, nadie sería capaz de batir un record de velocidad. Yo corría con un entusiasmo similar al de un haragán que se dirige al duro trabajo. Y cuando había recorrido la mitad del camino que me separaba de los árboles, descubrí una docena de negros o más que salían de un claro y que avanzaban hacia mí con aire de asombro.

» Me paré en seco y me maldije a mí mismo como representante de todos los estúpidos que están fuera de Londres. Tenía tantas probabilidades de volver al agua como una tortuga vuelta del revés. Cerré otra vez la ventanilla para dejar mis manos libres y me quedé esperándolos. En mi situación no había otra cosa que hacer.

» Pero no se acercaron demasiado. Y empecé a sospechar la causa. «Jimmy Goggles -me dije-, he aquí una prueba de tu belleza.» Creo que en esos momentos tenía una cierta propensión a dejarme llevar por el delirio, con todos aquellos peligros que me rodeaban y el bendito cambio que se había producido en la presión atmosférica. «¿A quién miráis? -dije, como si los salvajes pudieran oírme-. ¿Por quién me habéis tomado? ¡Que me cuelguen -exclamé- si no os ofrezco un espectáculo mejor!» Y acto seguido abrí la válvula de escape y solté el aire comprimido del cinturón neumático hasta que me hinché como una rana. Realmente debió de ser impresionante. Que el diablo me lleve si

avanzaron un solo paso... Y, de pronto, uno tras otro cayeron al suelo y se pusieron a cuatro patas. No sabían qué pensar de mí y empezaron a hacerme unas extraordinarias reverencias, que era lo más sabio y razonable que podían hacer. Durante un momento pensé en ir retrocediendo con cautela hacia el mar y echar a correr de golpe, pero me pareció demasiado quimérico. De haber dado un paso hacia atrás, se habrían arrojado sobre mí. Y entonces, como la situación era absolutamente desesperada, empecé a caminar hacia ellos, playa arriba, con pasos lentos y pesados, al tiempo que agitaba mis inflados brazos de forma solemne. Pero en mi interior, estaba tan asustado como una gallina.

» De cualquier forma, no hay nada como una apariencia chocante para ayudar a un hombre a salir de un apuro, cosa que yo ya había descubierto y seguiría descubriendo después. La gente como nosotros, que estamos acostumbrados a ver escafandras desde los siete años, apenas podemos imaginar el efecto que causa en un ingenuo salvaje. Uno o dos de los negros echaron a correr; los otros empezaron a golpear rápidamente el suelo con la cabeza, como si intentaran estampar allí los sesos. Y yo seguí avanzando con mi aspecto ridículo, tan lento, solemne y apañado como un fontanero trabajando a destajo. Era evidente que me tomaban por algo inmenso.

» Entonces uno de ellos se puso en pie de un salto y empezó a señalar hacia el mar, dirigiéndome al mismo tiempo unos gestos extrañísimos, y los demás dividieron entonces su atención entre mi persona y algo que había en el mar. «¿Qué pasa ahora?», me dije. Me volví con lentitud para preservar mi dignidad *y* vi al viejo *Orgullo de Banya* doblando un promontorio, remolcado por un par de canoas. La escena me puso malo. Pero como parecía evidente que los negros esperaban alguna señal de reconocimiento agité los brazos de forma poco comprometedora. Después me di media vuelta y avancé majestuosamente hacia los árboles. En ese momento, recuerdo, iba rezando como un loco, repitiendo una y otra vez: «¡Señor, ayúdame a salir de este lío! ¡Señor, ayúdame a salir de este lío!» Sólo los necios que no conocen el peligro pueden permitirse el lujo de reírse de estas oraciones.

» Pero los negros no iban a dejar que me escabullera tan fácilmente. Iniciaron una especie de danza ritual en torno a mí y me obligaron a seguir un sendero que se abría a través de los árboles. Estaba claro que, pensaran lo que pensaran de mí, no me tomaban por un ciudadano británico, y por mi parte jamás he sentido menos ganas de confesarme súbdito de este viejo país.

» Tal vez le cueste a usted creerlo, a menos que esté familiarizado con los salvajes, pero aquellas pobres criaturas ignorantes y descarriadas me llevaron directamente a una especie de templo para presentarme a una bendita piedra negra que tenían allí. Para entonces yo estaba empezando a darme cuenta de la profundidad de su ignorancia y en cuanto posé los ojos en aquella deidad representé mi comedia. Lancé un prolongado berrido de barítono: «Uhh-uhh», y empecé a mover los brazos en círculos. Y luego, con mucha tranquilidad y ceremonia derribé a su ídolo y me senté encima. Tenía unas ganas locas de sentarme, pues las escafandras no son muy prácticas en los trópicos. O, para decirlo de manera diferente, son demasiado espectaculares. Me di cuenta de que los negros se habían quedado sin aliento cuando me senté sobre su ídolo, pero en menos de un minuto tomaron su decisión y se pusieron a adorarme con verdaderas ganas. Puedo asegurarle que sentí un gran alivio al ver el giro que tomaban los acontecimientos, a pesar del peso que soportaba sobre los hombres y los pies.

» Pero lo que me tenía angustiado era lo que podrían pensar los tipejos de la canoa cuando regresaran. Si me habían visto en el bote antes de sumergirme y sin el casco puesto -podían haber estado espiándonos durante la noche-, adoptarían, con toda probabilidad, un punto de vista diferente al de sus colegas. Durante un rato, que me pareció de varias horas, estuve sudando la gota gorda al pensar en ello, hasta que escuché el alboroto de la llegada.

» Pero se lo tragaron; toda la bendita tribu se lo tragó. A costa de permanecer rígido y severo, como esas hieráticas imágenes egipcias que todo el mundo ha visto alguna vez, pude ir tirando durante doce preciosas horas, pero, al menos, al final pude conjeturar que había salido del apuro. Difícilmente puede usted hacerse una idea de lo que tal cosa significaba con aquella peste y con aquel calor. No creo que a ninguno de ellos se le ocurriera que había un hombre dentro. Yo era sencillamente un maravilloso y espléndido ídolo de cuero que había surgido felizmente del agua. ¡Pero la fatiga! ¡El calor! ¡La insufrible falta de ventilación! ¡El hedor de la goma y el ron! ¡Y la bulla! Encendieron un apestoso fuego en una losa de lava que había delante de mí y echaron un montón de inmundicias sanguinolentas -las peores partes de lo que ellos estaban engullendo, ¡los Bestias!- y los quemaron en mi honor. Yo empezaba a tener hambre, pero ahora comprendía cómo se las arreglan los dioses para pasar sin comer: les basta con el olor de las ofrendas quemadas a su alrededor. Después trajeron un montón de chismes que habían cogido del bergantín y, entre otros chismes -lo cual fue un gran alivio para mí-, descubrí esa especie de bomba neumática que se empleaba para el asunto del aire comprimido, y a continuación un grupo de jóvenes *y* jovencitas entró en escena *y* se pusieron a danzar a mi alrededor de forma un tanto indecente. Es sorprendente comprobar las maneras tan diferentes que tienen los distintos pueblos de mostrar respeto. Si hubiera tenido un hacha a mano, la habría emprendido contra todos ellos: tal era el salvajismo que me inspiraban. Durante todo ese tiempo permanecí tan rígido como un regimiento, sin que se me ocurriera nada mejor que hacer. Y al final, cuando cayó la noche y el recinto de zarzas que constituía la casa del dios se tornó demasiado oscuro para su gusto -ya sabe usted que todos estos salvajes tienen miedo a la oscuridad- lancé un «Muu» ruidoso y ellos hicieron unas grandes hogueras en el exterior *y* me dejaron solo *y* en paz en la oscuridad de mi choza, libre para desatornillar mis ventanillas *y* reflexionar, *y* para sentirme tan mal como me diera la real gana. Y ¡Dios mío! Estaba fatal.

» Me sentía débil y hambriento, y mi cabeza funcionaba como un escarabajo en un alfiler: una tremenda actividad *y,* al final, nada. Vueltas *y* vueltas para volver al punto de partida. Estaba apenado por los otros compañeros; unos terribles borrachos, es cierto, pero que no merecían semejante destino. Y la imagen del joven Sanders con la garganta atravesada por la lanza no se me iba de la cabeza. Y también le daba vueltas al asunto del tesoro escondido en el *Pionero del Océano y* en el modo de sacarlo de allí *y* ocultarlo en un lugar más seguro para escaparme y volver por él. Y además estaba el problema de conseguir algo de comer. Le aseguro que era un completo desvarío. No me atrevía a pedir comida valiéndome de señas por miedo a comportarme de forma excesivamente humana, así que continué sentado allí, hambriento, hasta que se aproximó el amanecer. Entonces la tribu se quedó algo tranquila y, como me era imposible resistir más tiempo, abandoné el recinto y me procuré unas cosas parecidas a alcachofas que había en un cuenco y un poco de leche agria. Lo que sobró, lo coloqué entre las otras ofrendas para darles una pista sobre mis gustos. Por la mañana vinieron a adorarme y me encontraron sentado, rígido y

respetable, encima de su anterior dios, tal como me habían dejado cuando se hizo la noche. Yo me había recostado contra el pilar central de la choza y estaba prácticamente dormido. Y así es como llegué a ser un dios entre los paganos; un dios falso y blasfemo, sin duda, pero no siempre puede uno permitirse el lujo de elegir.

» Ahora bien, no es que quiera darme como dios un bombo que exceda mis méritos personales, pero debo reconocer que mientras fui el dios de aquella tribu cosecharon éxitos extraordinarios. No puedo decir que aquello fuera una nadería, compréndame. Vencieron en una batalla a otra tribu -y yo recibí un montón de ofrendas que no quería para nada-, hicieron pescas maravillosas y su cosecha de porquerías fue excelente. Además incluían la captura del bergantín entre los beneficios que yo les había deparado. En honor a la verdad, debo decir que no me parece un resultado desdeñable para un perfecto neófito. Y, aunque usted tal vez no se lo crea, fui el dios local de esos feroces salvajes durante cuatro preciosos meses...

» ¿Qué otra cosa podía hacer, mi querido amigo? Pero no tuve puesta la escafandra todo el tiempo. Les hice construir una especie de santuario de santuarios y derroché ingentes cantidades de tiempo en hacerles comprender lo que quería que hicieran. En efecto, esa fue mi gran dificultad: hacerles comprender mis deseos. No podía permitirme descender a hablarles incorrectamente en su jerga -en el caso de que hubiera sido capaz de comprenderla-, y tampoco me era posible realizar muchos de los gestos. Así que dibujaba imágenes en la arena y me sentaba junto a ellos y gritaba como un becerro. Algunas veces hacían bien lo que quería, y otras al revés. Pero siempre mostraban buena voluntad, eso es cierto. Entretanto yo seguía dándole vueltas a la manera de resolver la maldita situación. Todas las noches, antes del amanecer, solía salir fuera con mi atuendo completo y me dirigía a un lugar desde el cual podía ver el canal donde se había hundido el *Pionero del Océano y,* una vez, incluso, en una noche de luna llena, intenté llegar hasta él, pero las algas, las rocas y la oscuridad me derrotaron ampliamente. No pude regresar hasta que se hizo de día, y entonces encontré en la playa a los cándidos negros implorando a su dios marino que regresara a su lado. Yo estaba tan enfadado y cansado después de haber deambulado de un sitio a otro dando tumbos, subiendo y bajando una y otra vez, que de buena gana habría aporreado sus estúpidas cabezas cuando estallaron en gritos de júbilo. ¡Que me ahorquen si me gustan tantas ceremonias!

» Y entonces llegó el misionero. ¡Vaya misionero! Llegó por la tarde y yo estaba sentado con gran pompa en la parte exterior de mi templo, encima de su vieja piedra negra. En el exterior se produjo un gran jaleo, acompañado de chillidos ininteligibles, y después escuché su voz, mientras hablaba con un intérprete. «Adoran troncos *y* piedras», dijo, *y* al instante comprendí de qué se trataba. Yo me había quitado uno de mis cristales para estar más cómodo y sin tomarme un tiempo para reflexionar grité: «¡Troncos *y* piedras! Entre aquí *y* le machacaré su condenada cabeza.» Durante unos momentos reinó el silencio, pero en seguida se reanudaron los chillidos y el misionero entró con la Biblia en la mano, tal como acostumbran a hacer. Era un tipo pequeño salpicado con manchas rojizas, y con un casco de corcho. Me halagó sobremanera que se quedara boquiabierto al verme allí, en la sombra, con mi cabeza de cobre y mis enormes cristales. «Bien -dije-, ¿cómo marcha el comercio de calicó?», pues no simpatizo nada con los misioneros.

» Me divertí con aquel misionero. Era un verdadero novato y desentonaba bastante con un hombre como yo. Con voz entrecortada me preguntó que quién era yo, *y yo* le dije que leyera la inscripción que había a mis pies si quería saberlo. El se inclinó para leerla, y su

intérprete, que era tan supersticioso como cualquiera de los negros, lo interpretó como un acto de adoración y se tiró al suelo como una bala. Mis prosélitos lanzaron un alarido de triunfo, y después de esta jornada quedó claro que en mi tribu no tenía nada que hacer un misionero, ni nadie que se le pareciera.

» Pero, sin duda, fue una estupidez espantarle de esa manera. Si hubiera tenido una pizca de sensatez, le habría hablado inmediatamente del tesoro y nos habríamos asociado en el negocio. Estoy seguro de que se habría asociado. Hasta un niño, después de unas cuantas horas de reflexión, habría descubierto la relación que había entre mi escafandra y el *Pionero del Océano*. Una semana después de su partida salí por la mañana *y* divisé el *Maternidad,* el navío encargado de los trabajos de rescate en el área de Starr Race, que remontaba sondeando el canal. Todo el bendito negocio se había esfumado, y todos mis sacrificios habían sido inútiles. ¡Maldición! ¡Cómo me enfurecí! ¡Para eso había estado haciendo el ridículo en aquel absurdo y hediondo traje de buzo! ¡Durante cuatro meses!

La historia del hombre de piel tostada degeneró otra vez en improperios.

-Imagínese -dijo cuando emergió una vez más a la pureza del lenguaje-, ¡cuarenta mil libras esterlinas en oro!

-¿Volvió aquel pequeño misionero? -pregunté.

-¡Oh, sí! ¡Pobre bendito! Y apostó su reputación afirmando que había un hombre dentro del dios y se dispuso a demostrarlo con una tremenda ceremonia. Pero allí no había nada... y quedó otra vez como un novato. Yo he odiado siempre las escenas y las explicaciones, y mucho antes de que llegara me había esfumado, dirigiéndome hacia Banya a lo largo de la costa, ocultándome entre los arbustos durante el día y robando comida en los poblados por la noche. Como única arma, una lanza. Ni ropas, ni dinero. Nada. Mi cara era mi fortuna, como reza el dicho. Y ni un penique de las ocho mil libras esterlinas en oro, mi quinta parte correspondiente. Pero los nativos le dieron una buena al sonrosado misionero, gracias a Dios, porque creyeron que había sido él quien había ahuyentado su buena suerte.

EL NUEVO ACELERADOR

Ciertamente, si alguna vez un hombre encontró una guinea cuando estaba buscando un alfiler, ése fue mi buen amigo, el profesor Gibberne. Yo ya había tenido noticias de investigadores que se pasan de la raya, pero jamás hasta el punto al que él ha llegado. Realmente ha descubierto, al menos esta vez y sin la más leve pincelada de exageración en la frase, algo que revolucionará la vida humana. Y lo ha conseguido cuando estaba buscando simplemente un estimulante general del sistema nervioso para levantar el ánimo de las personas abatidas por las tensiones de estos tiempos agresivos. Yo he probado ya la droga varias veces, y no se me ocurre nada mejor que describir el efecto que dicha sustancia ha provocado en mí. Resulta cada vez más evidente que nos esperan experiencias sorprendentes en la investigación de nuevas sensaciones.

El profesor Gibberne, como mucha gente sabe, es vecino mío en Folkestone. Si la memoria no me engaña, han aparecido retratos correspondientes a diferentes épocas de su vida en el *Strand Magazine,* creo que hacia finales del año 1899; pero me resulta imposible comprobarlo porque he prestado ese volumen a alguien que no me lo ha devuelto. Es posible que el lector recuerde la alta frente y las largas cejas negras que

daban a su rostro un toque tan mefistofélico. Vive en una de esas agradables casitas independientes de estilo mixto que hacen tan peculiar el extremo occidental del camino alto de Sandgate. Su casa es la que tiene el tejado flamenco y el pórtico árabe, y es precisamente en la habitación que tiene un mirador donde trabaja cuando se encuentra aquí, y donde tantas noches hemos fumado y conversado juntos. El profesor es un terrible charlatán, pero, además, le gusta conversar conmigo acerca de su trabajo. Es uno de esos hombres que encuentran ayuda y estímulo en la conversación, y gracias a ello me ha sido posible asistir directamente a la concepción y desarrollo del Nuevo Acelerador desde una etapa muy temprana. Desde luego, la mayor parte del trabajo experimental no se realizaba en Folkestone, sino en Gower Street, en el nuevo e imponente laboratorio contiguo al hospital, que el profesor había sido el primero en utilizar.

Como todo el mundo sabe, o mejor dicho, como todas las personas inteligentes saben, la especialidad en que Gibberne ha adquirido una reputación tan grande y merecida entre los fisiólogos, es precisamente la de la acción de las drogas sobre el sistema nervioso. En lo que se refiere a soporíferos, sedantes y anestésicos es, según me han informado, inigualable. Es también una notable eminencia en química, y supongo que en la sutil e intrincada jungla de enigmas que se aglutinan en torno a la célula ganglionar y las fibras vertebrales, sus trabajos han despejado pequeños espacios, pequeños claros en los que ahora penetra la luz, y que, hasta el momento en que crea conveniente publicarlos, permanecerán inaccesibles al resto de los mortales. En los últimos años se ha concentrado con especial dedicación en el problema de los estimulantes nerviosos, con los que había cosechado éxitos importantes antes del descubrimiento del Nuevo Acelerador. La ciencia médica tiene que agradecerle al menos tres reconstituyentes distintos y absolutamente inocuos, de incomparable valor para los individuos activos. En los casos de agotamiento, la mixtura conocida como «Jarabe B de Gibberne» ha salvado ya, supongo, más vidas que cualquier bote de rescate de la costa.

-Pero ninguna de estas limitadas fórmulas ha conseguido satisfacerme todavía -me dijo hace casi un año-. O bien incrementan la energía central sin afectar a los nervios, o simplemente incrementan la energía disponible reduciendo la conductividad nerviosa; *y* todas ellas actúan de forma desigual *y* local. Una estimula el corazón y las vísceras, pero deja el cerebro en estado de estupefacción; otra consigue imitar el efecto del champán, pero causa trastornos en el plexo solar. Y lo que yo quiero, y lo que, si es humanamente posible, pretendo obtener, es una droga que estimule todo el sistema, que te despierte durante un tiempo desde la coronilla hasta la punta del dedo gordo del pie, y que te haga dos o tres veces superior a los demás. ¿Comprendes? Ese es el efecto que persigo.

-Ese efecto fatigaría a un hombre -dije.

-Sin duda. Y comerías el doble o el triple, y cosas así. Pero piensa en lo que tal cosa significaría. Imagínate a ti mismo con un frasquito como éste -cogió una frasquito de cristal verde y remarcó sus palabras con él-, y que en este precioso frasquito se encuentra el poder de pensar dos veces más rápido, de moverte con el doble de velocidad, de realizar el doble de trabajo en un tiempo determinado del que realizarías de forma normal.

-Pero, ¿es posible una cosa semejante?

-Creo que sí. Si no lo es, he desperdiciado el tiempo durante un año. Estas diferentes preparaciones de los hipofosfitos, por ejemplo, parecen demostrar que algo de esta clase... Creo que sería posible conseguir una aceleración una vez y media superior a la

normal.

-*Sería posible -dije.*

-Si fueras un hombre de estado en un apuro, por ejemplo, y el tiempo corriese en contra tuya, tendrías que hacer algo con urgencia, ¿no?

-Podría administrar una dosis al secretario privado -dije.

-Y ganar el doble de tiempo. *Y supónte,* por ejemplo, que quieres terminar un libro.

-Generalmente -dije- deseo no haberlos empezado nunca.

-O un doctor, que tiene que luchar contra la muerte *y* necesita concentrarse *y* reflexionar sobre un caso. O un abogado... O una persona que tiene que empollar para un examen.

-Valdría una guinea la gota -dije-, o más... para hombres como esos.

-Y en un duelo también -dijo Gibberne-, donde todo depende de tu velocidad en apretar el gatillo. -O en la esgrima -sugerí.

-Mira -dijo Gibberne-, si lo consigo con una droga de estimulación general, realmente no causará ningún daño, excepto que tal vez te haga envejecer más rápido, en un grado infinitesimal. Habrás vivido exactamente el doble que los demás...

-Supongo -reflexioné- que en un duelo... ¿Sería honesto?

-Esa es una pregunta para los padrinos -dijo Gibberne.

Volví al tema del que nos habíamos alejado.

-¿Y crees realmente que una cosa semejante es posible? -dije.

-Tan posible -dijo Gibberne, y miró por la ventana hacia algo que pasaba vibrando- como un ómnibus. De hecho...

Hizo una pausa y me sonrió astutamente; después golpeó suavemente el borde de su mesa con el frasquito verde.

-Creo que conozco la sustancia... Ya he conseguido resultados prometedores.

La nerviosa sonrisa que afloró sobre su rostro traicionó la gravedad de su revelación. Rara vez hablaba de sus actuales trabajos experimentales, a menos que estuviera muy cerca del fin.

-Y puede ser, puede ser... no me sorprendería... que la velocidad sea superior al doble, incluso.

-Sería algo realmente grande -aventuré.

-Sería, creo, algo realmente grande.

Pero no creo que se hiciera una idea de lo grande que iba a ser al final.

Recuerdo que después de aquello hablamos muchas veces sobre la droga. La llamaba el «Nuevo Acelerador», y en cada ocasión su tono se hacía más confidencial. Algunas veces hablaba nerviosamente de resultados fisiológicos inesperados que podían desprenderse de su uso, y entonces se quedaba algo preocupado; otras se mostraba francamente mercenario *y* discutíamos larga *y* apasionadamente sobre la manera de darle a la fórmula un enfoque comercial.

-Es una cosa muy buena -decía Gibberne-, una cosa tremenda. Sé que estoy dándole al mundo algo importante, y creo que lo único razonable que podemos esperar es que el mundo pague. La dignidad de la ciencia está muy bien, pero, de todos modos, creo que debo tener el monopolio de la droga durante... diez años, digamos. No veo por qué razón *todas* las diversiones de la vida han de tocarles a los tratantes de jamones.

Mi interés por la prometedora droga no decayó con el tiempo, ciertamente. Siempre he tenido una extraña inclinación hacia la metafísica. He sido siempre aficionado a las paradojas sobre el espacio y el tiempo, y me parecía que Gibberne estaba preparando

nada menos que la aceleración absoluta de la vida. Imagínense a un hombre que se administrara repetidamente dosis de una droga semejante: viviría una vida activa y sin precedentes, sin duda, pero sería adulto a los once años, de mediana edad a los veinticinco y, hacia los treinta, estaría bien adentrado en el camino de la decadencia senil. Me parecía que Gibberne había llegado tan lejos con el único propósito de ofrecer a cualquiera que tomase la droga lo que la Naturaleza ha dado precisamente a los judíos y a los orientales, que son hombres antes de los veinte años y ancianos hacia los cincuenta, y más rápidos en pensar y actuar que nosotros durante toda la vida. Los prodigios de las drogas han ejercido siempre una gran atracción en mi espíritu; pueden volver loco a un hombre, tranquilizarle, hacerle increíblemente fuerte y despierto o convertirle en un tronco inútil, avivar tal pasión y moderar tal otra; todo por medio de drogas. ¡Y ahora había un nuevo milagro que añadir a este extraño arsenal de frasquitos para uso de los médicos! Pero Gibberne estaba demasiado concentrado en los aspectos técnicos para ahondar en mi enfoque particular de la cuestión.

Fue el siete o el ocho de agosto cuando me dijo que la destilación que decidiría su fracaso o su éxito, durante un periodo de tiempo, se estaba efectuando mientras hablábamos, y el diez cuando me dijo que la cosa estaba hecha y que el Nuevo Acelerador era una realidad tangible en el mundo. Me lo encontré mientras ascendía la colina de Sandgate hacia Folkestone. Yo iba a cortarme el pelo, y él bajaba corriendo a mi encuentro. Supongo que se dirigía a mi casa para informarme inmediatamente de su éxito. Recuerdo que sus ojos tenían un brillo inusual y que su rostro aparecía encendido; incluso advertí en ese momento una repentina aceleración de sus pasos.

-¡Está hecho! -gritó, y agarró mi mano mientras me hablaba a toda velocidad-. Más que hecho. Ven a mi casa y lo verás.

-¿De verdad?

-¡De verdad! -gritó-. ¡Increíble! Ven y lo verás.

-¿Y el efecto es... el doble?

-Más, mucho más. Me asusta. Ven y contempla la droga. ¡Pruébala! ¡Ensáyala! Es la droga más asombrosa del mundo.

Se agarró a mi brazo y, caminando a una velocidad tal que me obligaba a ir al trote, subimos la colina mientras me gritaba. Un ómnibus repleto de gente se giró y se nos quedó mirando al unísono, de ese modo tan peculiar con que lo hace la gente que ocupa un ómnibus. Era uno de esos días cálidos y despejados que se dan con frecuencia en Folkestone. Los colores brillaban de manera increíble y los contornos de las cosas se dibujaban con nitidez. Corría un poco de brisa, desde luego, pero no lo suficiente para mantenerse fresco y sereno en tales circunstancias. Suspiré pidiendo clemencia.

-¿No estaré caminando muy deprisa, verdad? -exclamó Gibberne, y redujo el paso hasta dejarlo en una marcha rápida.

-Has tomado una dosis de la droga -resoplé.

-No -dijo-. A lo sumo una gota de agua que quedó en la retorta después de enjuagarla para hacer desaparecer las últimas huellas de la sustancia. Tomé un poco anoche, lo confieso. Pero ahora ya es una vieja historia.

-¿Y duplica la actividad? -dije, bañado en un sudor incómodo, cuando nos acercamos a la puerta de entrada de su casa.

-¡La multiplica un millar de veces! ¡Muchos millares de veces! -gritó Gibberne, haciendo un gesto dramático y abriendo de golpe la cancela de roble tallada al viejo estilo

inglés.

-¡Puf -dije, y le seguí hacia la puerta.

-No sé cuántas veces multiplica la actividad -dijo con la llave en la mano. -Y tú...

-Este descubrimiento arroja nuevas luces sobre la fisiología del sistema nervioso, ¡le da a la teoría de la visión un giro completamente inesperado...! ¡Sabe Dios cuántos miles de veces! Comprobaremos todo eso después... Lo que conviene ahora es probar la droga.

-¿Probar la droga? -dije, mientras caminábamos a lo largo del pasillo.

-Claro que sí -dijo Gibberne, volviéndose hacia mí en su despacho-. ¡Está en aquel frasquito verde! A no ser que estés asustado...

Soy un hombre prudente por naturaleza, y sólo intrépido en teoría. *Estaba* asustado. Pero, por otra parte, me enfrentaba con mi orgullo.

-Bueno -argumenté-, ¿no has dicho que la has probado?

-La he probado -dijo-, y no parece que me haya hecho daño, ¿verdad? Ni siquiera he cambiado de color, y me *encuentro*...

Me senté.

-Dame la poción -dije-. Si sucede lo peor, al menos me quedará el consuelo de no tener que cortarme el pelo, que es, a mi juicio, uno de los más odiosos deberes del hombre civilizado. ¿Cómo se toma el brebaje?

-Con agua -dijo Gibberne, golpeando la mesa con una garrafa.

Estaba de pie, frente a la mesa, y me miraba a mí, que ocupaba su confortable sillón. Sus modales adquirieron de pronto un toque afectado, a la manera de un especialista de Harley Street.

-Es una droga extraña, ¿sabes? -dijo.

Hice un gesto con la mano.

-Debo advertirte, en primer lugar, que cierres los ojos inmediatamente después de ingerirla; espera un minuto o así y ábrelos con cuidado. Uno ve todavía. El sentido de la vista depende de la longitud de la vibración, y no de la cantidad de impactos. Si se tienen los ojos abiertos, se puede producir un choque en la retina, acompañado de una horrible y vertiginosa confusión. Manténlos cerrados.

-Cerrados -dije-. ¡Bien!

-Y la siguiente advertencia es que permanezcas quieto. No empieces a moverte de un lado a otro. Si lo haces, puedes sufrir un tremendo golpe. Recuerda que irás varios miles de veces más rápido de lo que has ido en toda tu vida; el corazón, los pulmones, los músculos, el cerebro: todo. Y te pegarás un golpe espantoso sin saber cómo. No te darás cuenta, ¿comprendes? Te sentirás exactamente igual que ahora. Sólo que todo lo que hay en el mundo te parecerá que va muchos miles de veces más despacio de lo que ha ido nunca. Esto es lo que la hace tan endiabladamente extraña.

-¡Señor! -dije-. ¿Quieres decir que...?

-Ya lo verás -dijo, y cogió una pequeña probeta graduada.

Echó una mirada al material que estaba encima de la mesa.

-Vasos, agua. Todo está aquí. No debemos tomar demasiado en el primer ensayo.

El frasquito dejó caer su precioso contenido.

-No olvides lo que te he dicho -dijo, vaciando el contenido de la probeta en un vaso, a la manera de un camarero italiano cuando mide un whisky-. Quédate sentado, con los ojos herméticamente cerrados y en absoluta inmovilidad durante dos minutos. Después me oirás hablar.

Añadió uno o dos dedos de agua a la pequeña dosis que había en cada vaso.

-Por cierto -dijo-, no dejes tu vaso encima de la mesa. Sosténlo en la mano y déjala apoyada en la rodilla. Sí... eso es. Y ahora...

Levantó su vaso.

-Por el Nuevo Acelerador -dijo.

-Por el Nuevo Acelerador -respondí.

Chocamos nuestros vasos *y* bebimos, *y* cerré los ojos inmediatamente.

Ustedes ya conocen esa sensación de caer en el vacío que se experimenta al respirar «gas». Durante un tiempo indeterminado me sentí así. Luego oí decir a Gibberne que me despertara. Me estremecí y abrí los ojos. Seguía de pie, en el mismo sitio donde estaba antes, con el vaso en la mano. Ahora estaba vacío: esa era la única diferencia.

-¿Y bien? -dije.

-¿No siente nada anormal?

-Nada. Una ligera sensación de alegría... quizá.

Nada más.

-¿Ruidos?

-Todo está silencioso -dije-. ¡Por Júpiter! ¡Sí! Todo *está* silencioso. Excepto ese débil golpeteo, ese sordo tamborileo, como si la lluvia cayese sobre objetos diversos. ¿Qué es?

-Sonidos analizados -creo que fue su respuesta, pero no estoy seguro. Después miró hacia la ventana-. ¿Has visto alguna vez que una cortina se quede fija, en la posición que se ha quedado ésta?

Seguí la dirección de su mirada y vi la parte inferior de la cortina levantada, como si se hubiera quedado congelada -si me permiten la expresiónen el preciso instante de ser agitada por el viento.

-No -dije-. ¡Qué raro!

-¿Y esto? -dijo, y abrió la mano que sostenía el vaso.

Como es natural, me sobresalté; esperaba que el vaso se hiciera pedazos. Pero no se rompió; ni siquiera se movió. Se quedó suspendido en el aire... inmóvil.

-Hablando en términos generales -dijo Gibberne-, un objeto en estas latitudes recorre dieciséis pies en el primer segundo de caída. Este vaso está cayendo ahora a una velocidad de dieciséis pies por segundo. Sólo que para ti todavía no ha caído más que una centésima de segundo. Esto te dará una idea de la velocidad de mi Acelerador.

Pasó la mano por encima, por abajo y alrededor del vaso que caía de forma tan lenta. Por último, lo cogió por abajo y lo colocó con cuidado sobre la mesa.

-¿Eh? -me dijo, y se rió.

-Esto es estupendo -dije, y empecé a levantarme con cautela del sillón.

Me sentía perfectamente bien, muy ligero y cómodo, y con la suficiente confianza en mí mismo. Todo mi ser funcionaba muy deprisa. Mi corazón, por ejemplo, latía mil veces por segundo, pero no me causaba ningún malestar. Miré por la ventana. Un paralizado ciclista, con la cabeza inclinada y una helada estela de polvo detrás de la rueda, corría a toda velocidad para dar alcance a un eternizado charabán lanzado al galope. Me quedé boquiabierto de asombro ante este espectáculo increíble.

-¡Gibberne! -grité-. ¿Cuánto tiempo durará esta endemoniada droga?

-¡Dios sabe! -respondió-. La última vez que la tomé me fui a la cama, a dormir la mona. Te confieso que estaba asustado. Seguramente duró unos minutos, pero me parecieron horas... Al cabo de un rato disminuye la velocidad de forma más bien brusca, creo.

Yo me sentía orgulloso al comprobar que no estaba asustado; supongo que se debía al hecho de que éramos dos.

-¿Por qué no salimos al exterior? -pregunté.

-¿Por qué no?

-La gente nos verá.

-No nos verán. ¡Gracias a Dios! Sencillamente porque iremos mil veces más deprisa que el juego de manos más rápido que se haya realizado jamás. ¡Vamos! ¿Por dónde salimos? ¿Por la ventana o por la puerta?

Salimos por la ventana.

Sin duda, de todas las extrañas experiencias que he tenido o imaginado a lo largo de mi vida, o he leído que otros han tenido o imaginado, aquella pequeña incursión que hice en compañía de Gibberne por los prados de Folkestone bajo los efectos del Nuevo Acelerador, fue la más extraña y enloquecedora de todas. Salimos por la cancela a la carretera y permanecimos allí durante un minuto observando el petrificado trasiego del tráfico. Los radios de las ruedas y algunas de las patas de los caballos de un charabán, así como el extremo del látigo y la mandíbula inferior del conductor -que en ese preciso instante iniciaba un bostezo- estaban en perceptible movimiento, pero el resto del pesado vehículo parecía inmóvil. Y en absoluto silencio, a excepción de un borroso estertor que salía de la garganta de un hombre. ¡Y los integrantes de este monumento congelado eran un guía, un conductor, y once pasajeros! Mientras caminábamos, el efecto de la droga nos parecía disparatadamente raro, pero acabó siendo... desagradable. Allí había seres humanos exactamente iguales a nosotros y, sin embargo, muy diferentes, congelados en actitudes descuidadas, atrapados en mitad de un gesto. Una jovencita y un hombre se sonreían mutuamente, con una sonrisa impúdica que amenazaba con prolongarse eternamente; una mujer con una capellina caída apoyaba el brazo en la barandilla y miraba hacia la casa de Gibberne con la mirada imperturbable de la eternidad; un hombre se mesaba el bigote, como si fuera una figura de cera, y otro alargaba una pesada y rígida mano, con los dedos extendidos, hacia el sombrero que se le volaba. Nosotros los mirábamos, nos reíamos de ellos, les hacíamos muecas, hasta que sentimos una especie de desagrado; entonces dimos media vuelta y pasamos por delante del ciclista, hacia el parque.

-¡Cielos! -exclamó Gibberne de repente-. ¡Mira allí!

Señaló con la mano, y allí, delante de la punta de su dedo, deslizándose por el aire y batiendo lentamente las alas a la velocidad de un caracol excepcionalmente lánguido, había una abeja.

Y así llegamos al parque. Allí el fenómeno era más absurdo todavía. La banda estaba tocando en el quiosco, aunque el sonido que nos llegaba era parecido a una carrera de asmáticos, en un tono muy bajo, una especie de prolongado suspiro de moribundo, que a veces se convertía en un sonido semejante al del lento y apagado tictac de un reloj monstruoso. El congelado público permanecía rígido, extraño, silencioso, como tímidos maniquíes sorprendidos en actitudes inestables, a mitad de un paso, mientras paseaban sobre la hierba. Yo pasé al lado de un perrito de lanas petrificado en el acto de saltar y contemplé el lento movimiento de sus patas dispuestas para caer a tierra.

-¡Señor! ¡Mira allí! -gritó Gibberne.

Y nos detuvimos un momento ante un magnífico personaje ataviado con un traje de franela con tenues rayas blancas, zapatos blancos y un sombrero panamá, que se daba

media vuelta para guiñar el ojo a dos señoritas vestidas con ropas de colores alegres, que en ese momento habían pasado a su lado. Un guiño, estudiado con el impune detenimiento que nosotros podíamos permitirnos, resulta muy poco atractivo. Pierde todo su efecto de chispeante alegría, y uno nota que el ojo que se guiña no está completamente cerrado, y que bajo el párpado caído aparece el borde inferior del globo ocular y una pequeña línea blanca.

-Si el cielo me concede memoria -dije-, jamás volveré a guiñar un ojo.

-Ni a sonreír -dijo Gibberne, que dirigía su mirada hacia los dientes obsequiosos de las señoritas.

-Hace un calor infernal -dije-. Vamos más despacio.

-¡Oh, vamos! -dijo Gibberne.

Nos abrimos camino entre las sillas de la vereda. Muchas de las personas que estaban sentadas en las sillas parecían casi naturales en sus posturas estáticas, pero los rostros retorcidos y congestionados de los músicos no ofrecían un espectáculo tranquilizador. Un caballero bajito de rostro morado estaba congelado en mitad de un violento esfuerzo contra el viento para doblar el periódico. Encontramos un montón de detalles que probaban que todas aquellas personas, en sus actitudes inertes, estaban expuestas a una fuerte brisa, una brisa que no tenía existencia para nuestras propias sensaciones. Nos separamos y caminamos a cierta distancia de la muchedumbre; después nos volvimos para contemplarla. Ver aquella multitud convertida en un cuadro, víctimas de la rigidez, como si fueran auténticas figuras de cera, era una maravilla inconcebible. Era absurdo, desde luego, pero me llenaba de un irracional y exultante sentimiento de superioridad. ¡Figúrense qué maravilla! Todo lo que yo había dicho, pensado y hecho desde que la droga empezó a correr por mis venas había sucedido -por lo que se refiere a esa gente y al mundo en general-, en un abrir y cerrar de ojos.

-El Nuevo Acelerador... -empecé, pero Gibberne me interrumpió.

-¡Allí está esa vieja infernal! -dijo.

-¿Qué vieja?

-Vive al lado de mi casa -dijo Gibberne-. Tiene un perro faldero que no para de ladrar. ¡Cielos! La tentación es irresistible.

Hay algo verdaderamente infantil e impulsivo en Gibberne que se manifiesta en algunas ocasiones. Antes de que pudiera discutir con él, había salido disparado y había arrebatado al infortunado animal de la existencia visible, y corría velozmente con el chucho hacia la pendiente del parque. Era un espectáculo insólito. La pequeña bestia no ladró, ni se movió, ni dio la más leve señal de vitalidad. Permanecía completamente tieso, en una actitud de soñoliento reposo, mientras Gibberne lo sostenía por el cuello. Daba la impresión de que corría con un perro de madera.

-¡Gibberne! -grité-. ¡Suéltelo!

En seguida añadí algo más.

-¡Gibberne! ¡Si sigues corriendo de esa manera, se te incendiarán las ropas! ¡Tus pantalones de lino se están chamuscando!

Se llevó una mano al muslo y se paró vacilante al borde de la pendiente.

-¡Gibberne! -grité, acercándome a él-. ¡Suéltelo! ¡Este calor es excesivo! ¡Es a causa de nuestra carrera! ¡Dos o tres millas por segundo! ¡El rozamiento del aire!

-¿Qué? -dijo él, mirando al perro.

-¡El rozamiento del aire! -grité-. El rozamiento del aire. Vamos a demasiada velocidad.

Como meteoritos. Demasiado calor. Y.. ¡Gibberne! ¡Gibberne! Siento pinchazos por todo el cuerpo y estoy bañado en sudor. ¡Mira! La gente se mueve ligeramente. ¡Creo que el efecto de la droga se está disipando! Suelta el perro.

-¿Eh? -dijo.

-Se está disipando -repetí-. ¡Estamos demasiado calientes y la droga se está disipando! Estoy mojado hasta los huesos.

Me miró. Después miró a la banda; la asmática carraca se estaba acelerando. Entonces, describiendo una curva tremenda con el brazo, lanzó al perro lejos de él, y el animal ascendió dando vueltas por el aire, inanimado todavía, y al final fue a caer sobre las sombrillas de un corrillo de gente que estaba cuchicheando. Gibberne me agarró por el codo.

-¡Por Júpiter! -exclamó-. ¡Ya lo creo! Una especie de pinchazos ardientes... sí. ¡Aquel hombre está moviendo su pañuelo! Claramente. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Pero nos era imposible escapar de allí con la suficiente rapidez. ¡Y tal vez fue una suerte! Porque habríamos echado a correr; y si hubiéramos echado a correr, creo que habríamos estallado en llamas. ¡Casi seguro que habríamos estallado en llamas! Ninguno de los dos habíamos pensado en ello... El caso es que antes de que pudiéramos empezar a correr, el efecto de la droga había cesado. Fue cosa de una fracción de segundo. El efecto del Nuevo Acelerador cesó, como si hubiera caído un telón; se desvaneció en el movimiento de una mano. Escuché la voz de Gibberne, que expresaba una infinita alarma.

-Siéntate -dijo, y me dejé caer pesadamente sobre el césped que crecía al borde de la pendiente; y según me sentaba, sentí que se chamuscaba el suelo.

Todavía hay un pedazo de hierba abrasada en el lugar donde me senté.

Pero mientras realizaba este movimiento, la paralización general también pareció acabarse; la vibración desarticulada de la banda desembocó en una explosión de música; los paseantes pusieron sus pies en el suelo y reanudaron su camino; los papeles y las banderas empezaron a agitarse; las sonrisas se convirtieron en palabras; el hombre que estaba guiñando el ojo concluyó su guiño y prosiguió complacido su camino; las personas que estaban sentadas se movieron y hablaron.

El mundo entero había vuelto a la vida, y volvía a marchar tan rápido como nosotros, o mejor dicho, nosotros no íbamos más rápido que el resto del mundo. Era como la reducción de la velocidad de un tren al entrar en la estación. Durante un segundo o dos, me pareció que todo giraba a mi alrededor y experimenté una ligera sensación de náusea; y eso fue todo. ¡El perrito que parecía haber quedado suspendido un momento en su trayectoria, después de que el vigoroso brazo de Gibberne lo lanzara por los aires, cayó con repentina aceleración encima de la sombrilla de una dama!

Eso fue nuestra salvación. Si no hubiera sido por un anciano y corpulento caballero que estaba sentado en una silla de ruedas, y que ciertamente se estremeció al vernos -y que después nos observó a intervalos con una extraña mirada de sorpresa, terminando, creo, por decirle algo a su enfermera acerca de nosotros-, dudo que una sola persona se diera cuenta de nuestra repentina aparición entre ellos. ¡Paf? ¡Debió de ser de lo más brusco! Dejamos de arder casi en el mismo momento, aunque el césped que había debajo de mí estaba endemoniadamente caliente. La atención de los presentes -incluida la banda de la Asociación de Recreos, que en esta ocasión, se salió de tono por primera vez en su historia- estaba concentrada en el asombroso acontecimiento, y en el todavía más

sorprendente ladrido y escándalo provocado por el insólito hecho de que un respetable y sobrealimentado perro faldero -un tanto chamuscado debido a la extrema velocidad de sus movimientos al surcar el aire- que dormía tranquilamente en el ala este del quiosco de música, cayera súbitamente encima de la sombrilla de una dama que se encontraba en el ala opuesta. ¡Y en estos tiempos absurdos -demasiado absurdos quizá- en que todos tratamos de ser tan psíquicos, tan estúpidos, tan supersticiosos como nos sea posible! La gente se levantó y se pisaron unos a otros; las sillas cayeron al suelo y el guarda del parque acudió de inmediato. Ignoro cómo se resolvieron las cosas. Estábamos demasiado ansiosos por escabullirnos de aquel lío y por salir del campo visual del viejo caballero que estaba sentado en la silla de ruedas como para emprender investigaciones más precisas. Tan pronto como estuvimos suficientemente fríos y recuperados del vértigo, de las náuseas y de la confusión mental, nos levantamos y nos alejamos de la muchedumbre, dirigiendo nuestros pasos por el camino que bajaba del Metropol hacia la casa de Gibberne. Pero, en medio del estrépito, escuché claramente al caballero que había estado al lado de la dama de la sombrilla rota, que profería insultos y amenazas injustificables hacia uno de los acomodadores que lucían en sus gorras la palabra «Inspector».

-Si usted no ha tirado el perro -decía-, ¿quién ha sido?

El súbito retorno del movimiento y de los sonidos familiares, a lo que se añadía una lógica preocupación por nosotros mismos -nuestras ropas estaban todavía terriblemente calientes, y la parte delantera de los pantalones blancos de Gibberne lucían una quemadura de color marrón amarillento-, me impidieron llevar a cabo las minuciosas observaciones que me habría gustado hacer sobre todas estas cosas. En realidad, no hice ninguna observación de valor científico durante el regreso. La abeja, evidentemente, se había marchado. Busqué al ciclista, pero ya se había perdido de vista cuando llegamos al camino alto de Sandgate, o quizá estaba tapado por el tráfico. El charabán, sin embargo, con sus ocupantes resucitados, marchaba con estruendo y buen paso a la altura de la iglesia.

Observamos, no obstante, que el antepecho de la ventana en donde habíamos pisado al salir de la casa estaba ligeramente chamuscado y que las huellas de nuestros pies en la grava del sendero eran de una profundidad insólita. Esta fue mi primera experiencia con el Nuevo Acelerador. En realidad, habíamos estado paseando de un lado a otro y diciendo y haciendo un montón de cosas en el transcurso de unos pocos segundos. Habíamos vivido media hora mientras la banda tocaba, quizá, dos compases. Sin embargo, bajo el efecto de la droga, el mundo entero se había detenido para nuestra oportuna inspección. Si consideramos todos los aspectos, y en particular nuestra temeridad al aventurarnos fuera de la casa, la experiencia podría haber sido mucho más desagradable de lo que fue. Demostró, sin duda, que Gibberne tiene todavía mucho que investigar antes de que su preparación sea de fácil manejo. Pero su efectividad quedó demostrada contundentemente, más allá de cualquier crítica.

Desde aquella aventura, Gibberne ha estado sometiendo el uso de la droga a un severo control, y yo mismo la he tomado varias veces, en dosis medidas y bajo su dirección, sin resultados negativos, aunque debo confesar que no me he vuelto a aventurar a salir al exterior mientras estaba bajo su influencia. Puedo mencionar, por ejemplo, que esta historia ha sido escrita de un tirón y sin interrupción, excepto para mordisquear un poco de chocolate, bajo los efectos de la droga. Empecé a las seis y veinticinco, y mi reloj está a punto de marcar las seis *y* treinta *y* un minutos. La comodidad de asegurarse una larga e

ininterrumpida racha de trabajo en medio de un día lleno de obligaciones no puede pasarse por alto.

Gibberne está concentrando sus esfuerzos en la manipulación cuantitativa de su preparación, y pone especial cuidado en el estudio de los efectos que provoca en los diferentes tipos de constitución. Espera encontrar un Retardador con el que diluir su excesiva potencia actual. El Retardador, evidentemente, tendrá el efecto contrario del Acelerador. Empleado en solitario, permitirá al paciente vivir en unos pocos segundos varias horas de tiempo ordinario y mantenerse en una inacción apática, en una helada ausencia de vivacidad en medio de los ambientes más animados o irritantes. La combinación de las dos preparaciones ha de provocar necesariamente una total revolución en la forma de vida civilizada. Es el principio de nuestra liberación del Vestido del Tiempo, del que hablaba Carlyle. Mientras que el Acelerador nos permitirá concentrarnos con tremenda potencia en cualquier momento u ocasión que requiera nuestra máxima inteligencia o vigor, el Retardador nos permitirá pasar con pasiva tranquilidad las infinitas horas de infortunio o de tedio. Tal vez me muestre demasiado optimista respecto al Retardador que, en realidad, no ha sido descubierto todavía; pero, en cuanto al Acelerador, no hay la menor sombra de duda. Su aparición en el mercado en una forma adecuada, controlable y asimilable es cuestión de unos cuantos meses. Se adquirirá en todas las farmacias y droguerías, en pequeños frascos verdes, a un precio elevado, pero no excesivo si tenemos en cuenta sus extraordinarias cualidades. Se llamará «Acelerador Nervioso de Gibberne», y el profesor espera ser capaz de suministrarlo con tres potencias: una de 200, otra de 900, y otra de 2.000, que se distinguirán por sus etiquetas amarillas, rosas y blancas respectivamente.

No hay duda de que su empleo hace posible gran número de cosas extraordinarias; porque, evidentemente, los actos más notables, e incluso los procedimientos más criminales pueden ser realizados con total impunidad escurriéndose, por decirlo así, a través de los intersticios del tiempo. Como todas las drogas potentes, será susceptible de abuso. No obstante, Gibberne y yo hemos discutido en profundidad este aspecto de la cuestión, y hemos llegado a la conclusión de que es un problema que atañe exclusivamente a la jurisprudencia médica y que está al margen de nuestra competencia. Fabricaremos y venderemos el Acelerador y, por lo que se refiere a las consecuencias... ya veremos.

LAS VACACIONES DE MR. LEDBETTER

Mi amigo Mr. Ledbetter es un hombre pequeño, de cara redonda, cuya mirada expresa una placidez natural que resulta enormemente exagerada cuando se capta su luz a través de sus gafas, y cuya voz profunda e intencionada irrita a la gente irritable. Una cierta y rebuscada claridad de pronunciación le ha acompañado a su actual casa parroquial desde sus días de estudiante, una rebuscada claridad de pronunciación y una tímida determinación de mostrarse firme y correcto ante cualquier situación, sea o no sea ésta importante. Es sacerdotalista y jugador de ajedrez, y muchos sospechan que ejerce la práctica secreta de las matemáticas superiores, lo cual es más loable que interesante. Su conversación es copiosa y atestada de detalles inútiles. Muchos, en efecto, le consideran, hablando llanamente, un «pelmazo» y algunos han llegado a hacerme el cumplido de

asombrarse de que yo le tolere. Pero, por otra parte, hay un amplio sector que se maravilla de que él tolere la relación con un tipo tan desaliñado y desacreditado como yo. Pocos parecen considerar nuestra amistad con ecuanimidad. Pero esto es porque desconocen el vínculo que nos une, mi conexión afable, *vía* Jamaica, con el pasado de Mr. Ledbetter.

Respecto a este pasado, muestra una reserva angustiada.

-No sé lo que haría si se llegara a conocer -dice-. No sé lo que haría -repite de una forma que impresiona.

De hecho, dudo que hiciera otra cosa que ponerse rojo hasta las orejas. Pero esto saldrá a la luz más tarde; tampoco hablaré aquí de nuestro primer encuentro, pues es una regla general -aunque yo tienda a romperla- que el final de una historia venga después, y no antes del comienzo. Y el comienzo de esta historia se remonta a muchos años atrás; en efecto, hace ahora cerca de veinte años que el Destino, por medio de una serie de maniobras complicadas y sorprendentes, trajo hasta mis manos, por decirlo así, a Mr. Ledbetter.

En aquellos días yo vivía en Jamaica y Mr. Ledbetter era profesor en Inglaterra. Era clérigo y ya se podía reconocer en él al mismo hombre que es hoy: la misma gordura de cara, las mismas o parecidas gafas y la misma pálida sombra de sorpresa en su sosegada expresión. Estaba, desde luego, despeinado cuando yo le vi, y su cuello parecía menos un cuello que una venda mojada, lo que tal vez nos ayudó a salvar el abismo natural que nos separaba; pero de esto, como ya he dicho, hablaré más tarde.

El asunto empezó en Hithergate-on-Sea, al mismo tiempo que las vacaciones de verano de Mr. Ledbetter. Fue allí en busca de un descanso que necesitaba sin dilación, con un baúl marrón claro donde estaban marcadas las letras «F W L.», un sombrero de paja nuevo, de color blanco y negro, y dos pares de pantalones blancos de franela. Desde luego, estaba exultante por haberse liberado de la escuela, pues no era muy aficionado a los niños. Después de la cena, se puso a charlar con una persona locuaz que residía en la pensión a donde, siguiendo el consejo de su tía, había acudido. Este locuaz individuo era el único hombre que residía en la casa. La conversación trató de la triste desaparición de lo maravilloso y de la aventura en estos últimos tiempos, de la tendencia a viajar constantemente, de la abolición de la distancia debido a las máquinas de vapor y a la electricidad, de la vulgaridad de los anuncios, de la degradación de los hombres a causa de la civilización, y de muchas más cosas por el estilo. Esta persona locuaz fue especialmente elocuente cuando se refirió a la decadencia del valor humano debido a la seguridad, y Mr. Ledbetter, sin pensarlo mucho, deploró esta seguridad, poniéndose del lado de su interlocutor. Mr. Ledbetter, que disfrutaba del primer placer que le producía la emancipación del «deber» y que estaba deseoso, quizá, de establecer una reputación de alegría viril, tomó, con más liberalidad de la que era conveniente, el excelente whisky que le ofreció la persona locuaz. Pero él insiste en que no llegó a emborracharse.

Sencillamente estaba un poco más elocuente de lo que acostumbra cuando está sobrio y desprovisto de la sutil agudeza de su juicio. Y después de esta larga conversación sobre los viejos tiempos heroicos que se fueron para siempre, salió por Hithergate, que estaba bañado por la luz de la luna, y subió por la carretera de los acantilados, donde se agrupaban los hotelitos.

Se había lamentado, y mientras subía la silenciosa carretera, seguía lamentándose de que el destino le hubiera reservado una vida tan poco azarosa como la de un pedagogo.

¡Qué vida tan prosaica, tan parada, tan insípida llevaba! Segura, metódica, año tras año... ¿Qué estímulo había en esa vida para el valor? Pensó con envidia en aquellos días errantes de la edad media, tan cercanos y tan remotos, llenos de búsquedas *y* conspiradores, de condotieros *y* empresas arriesgadas. Y, de pronto, le vino una idea, una extraña idea, que saltó de algún pensamiento fortuito sobre los tormentos de esta vida y que destruyó por completo la actitud que había adoptado esa noche.

Al fin y al cabo, ¿era realmente Mr. Ledbetter tan valiente como se suponía? ¿Se alegraría realmente de que desaparecieran de pronto los trenes, los policías y la seguridad?

El hombre locuaz había hablado del delito con envidia.

-El ladrón de casas-dijo- es el único aventurero auténtico que queda en la tierra. ¡Piense en esa lucha en solitario contra todo el mundo civilizado!

Mr. Ledbetter se había hecho eco de su envidia.

-Esos son los que se divierten en la vida -había dicho Mr. Ledbetter-. Y tal vez son los únicos que lo hacen. ¡Imagínese lo que se debe de sentir al colarse en una casa!

Y se había reído perversamente. Ahora, en la franca intimidad de la autoconfesión, se sorprendió al establecer una comparación entre su valor y el de un criminal habitual. Intentó responder estas preguntas insidiosas con vagas afirmaciones.

«Yo podría hacer todo eso -decía Mr. Ledbetter-. Ardo en deseos de hacerlo. Sólo que no doy vía libre a mis impulsos criminales. Mi conciencia moral me reprime.»

Pero seguía dudando, incluso mientras se decía estas cosas.

Mr. Ledbetter pasó por delante de un hotelito aislado. Convenientemente situada sobre un balcón practicable y discreto, se encontraba una ventana abierta de par en par en la oscuridad. En ese momento apenas reparó en ella, pero su imagen, entrelazada en sus pensamientos, le acompañaba. Se imaginaba escalando ese balcón *y* agachándose *y* sumergiéndose en ese interior misterioso y oscuro.

«¡Bah! ¡No te atreverás!», decía el Espíritu de la Duda.

«Mi deber con el prójimo me lo prohíbe», decía el amor propio de Mr. Ledbetter.

Eran casi las once y la pequeña ciudad marítima estaba ya muy silenciosa. Todo el mundo dormía profundamente bajo la luz de la luna. Sólo el rectángulo iluminado de la persiana de una ventana hablaba de vida despierta. Se volvió y se dirigió lentamente hacia el hotelito de la ventana abierta. Permaneció un rato frente a la puerta, en medio de un campo de batalla donde luchaban motivos encontrados.

«Hagamos la prueba -decía la Duda-. Para satisfacer estas dudas intolerables, demuestra que te atreves a entrar en la casa. Métete y no te lleves nada. A fin de cuentas, eso no es un delito.»

Después de abrir y cerrar la puerta con mucha suavidad, se deslizó entre las sombras de los arbustos

«Esto es una locura», decía la prudencia de Mr. Ledbetter.

«Ya me lo esperaba», decía la Duda.

Su corazón latía de prisa pero, ciertamente, no tenía miedo. *No* tenía miedo. Permaneció entre las sombras bastante tiempo.

Era evidente que había que subir al balcón con rapidez, pues éste estaba bañado por la clara luz de la luna y era visible desde la puerta que daba a la avenida. Un enrejado, por donde trepaban rosas jóvenes y ambiciosas, hacía la subida ridículamente fácil. Allí, en la sombra negra del jarrón de piedra cubierto de flores, podría agazaparse y observar más

cerca esa brecha abierta en la fortificación doméstica: la ventana abierta. Durante un rato, Mr. Ledbetter estuvo tan quieto como la noche, hasta que el pernicioso whisky desequilibró la balanza. Salió disparado hacia el balcón. Subió el enrejado con movimientos rápidos y convulsivos, saltó la barandilla del balcón y cayó jadeando bajo la sombra, tal como lo había planeado. Temblaba violentamente, se había quedado sin aliento y el corazón le golpeaba con estrépito; pero se sentía exultante. Estuvo a punto de gritar al ver que sentía tan poco miedo. Un verso feliz que había leído en el *Mefistófeles* de Wills le vino a la memoria cuando se agazapó allí.

«Me siento como un gato en un tejado», susurró para sí.

Esta emocionante aventura iba mucho mejor de lo que esperaba. Sintió pena por todos los pobres infelices para los que robar casas era algo desconocido. No le había pasado nada. Se encontraba completamente a salvo y estaba actuando con mucha valentía.

Y ahora, ¡a pasar por la ventana para acabar de hacer el robo! ¿Se atrevería a hacerlo? Como la ventana estaba situada encima de la puerta de entrada, todo hacía suponer que diera a un rellano o a un pasillo; además, no había ningún espejo, ni ningún indicio de dormitorio, ni otra ventana en el primer piso que sugiriese la posibilidad de que hubiera alguien durmiendo en el interior. Durante un rato escuchó bajo la ventana, después levantó la mirada por encima del alféizar y miró hacia dentro. Muy cerca, sobre un pedestal, había una estatua gesticulante de bronce, casi de tamaño natural, que le sobrecogió un poco al verla. Agachó la cabeza y, al cabo de un rato, volvió a mirar. Más allá había un amplio rellano que relucía débilmente; una cortina de tela negra muy ligera se recortaba con nitidez contra una ventana que había detrás; una escalera ancha se hundía en el abismo de las tinieblas de la parte inferior, y otra ascendía al segundo piso. Miró hacia atrás, pero la quietud de la noche seguía sin ser perturbada.

«¡Crimen! -susurró-. ¡Crimen!»

Y subió a gatas, suave y rápidamente, al alféizar y penetró en la casa. Sus pies se posaron silenciosamente sobre una alfombra de piel. ¡Ya era un auténtico ladrón!

Permaneció agachado un rato, con el oído atento y los ojos bien abiertos. Escuchó ruidos de carreras *y* susurros que provenían del exterior, *y* por un momento se arrepintió de su empresa. Un corto maullido, un bufido y un súbito silencio le indicaron que se trataba de gatos, lo cual le tranquilizó. Se armó de valor. Se puso en pie. Parecía que todo el mundo estaba acostado. Es tan fácil meterse en una casa para robar si estás dispuesto a hacerlo... Estaba contentísimo de haber hecho la prueba. Decidió coger algún trofeo de poca monta, sólo para demostrar que no tenía ningún miserable temor a la ley, e irse por donde había venido.

Miró a su alrededor y, de repente, volvió a surgir el espíritu crítico. Los ladrones no se limitan a introducirse de esa forma tan elemental: entran en las habitaciones, fuerzan las cajas de caudales. Bueno... a él no le daba miedo hacer todo esto. No iba a forzar la caja porque eso sería una estúpida falta de consideración hacia sus anfitriones. Pero sí entraría en las habitaciones y subiría las escaleras. Es más: se animó a sí mismo diciéndose que estaba totalmente seguro; una casa vacía no podía estar más tranquila. Tuvo que apretarse las manos, sin embargo, y reunir toda su determinación antes de empezar a subir con mucha suavidad la sombría escalera, deteniéndose varios segundos en cada escalón. Arriba había un rellano cuadrado con una puerta abierta y varias cerradas; y toda la casa estaba en silencio. Durante un momento se preguntó qué pasaría si alguien que estuviese durmiendo se despertara de repente y apareciera. La puerta abierta dejaba ver el

dormitorio bañado por la luz de la luna; una colcha blanca estaba extendida. Tardó tres interminables minutos en introducirse en esa habitación, donde cogió una pastilla de jabón como botín: su trofeo. Se dio la vuelta para bajar con más suavidad aún de la que había empleado para subir. Aquello era tan fácil como... ¡Chis...!

¡Pasos! Se oyeron unos pasos sobre la gravilla que había en el exterior de la casa... y luego, el ruido de unas llaves, una puerta que se abre, un portazo, y el ruido de una cerilla que encienden abajo, en el vestíbulo. Mr. Ledbetter se quedó petrificado al darse cuenta de golpe del lío en el que estaba metido.

«¡Diablos! ¿Cómo voy a salir de ésta?», dijo Mr. Ledbetter.

La llama de una vela iluminó el vestíbulo, un objeto pesado chocó contra el paragüero y se oyeron unos pasos que subían por la escalera. Al instante se dio cuenta de que tenía cortada la retirada. Se quedó parado un momento, su figura compungida infundía lástima.

«¡Dios mío! ¡Cómo he podido ser tan estúpido!», susurró.

Y luego se precipitó en seguida, a través del rellano oscuro, hacia el dormitorio vacío de donde acababa de salir. Se quedó escuchando, sin dejar de temblar un sólo momento. Los pasos alcanzaron el rellano del primer piso.

¡Horrible pensamiento! ¡Tal vez esa era la habitación del que acababa de llegar! ¡No había un segundo que perder! Se paró junto a la cama, dio gracias al cielo por la cenefa, y se metió arrastrándose bajo su protección, apenas diez segundos antes de que entrara el recién llegado. Apoyado sobre manos y rodillas, permaneció inmóvil. Vio la luz de la vela, que avanzaba, a través de la delgada trama de la tela; las' sombras se movieron desordenadamente y se quedaron yertas cuando posaron la vela.

-¡Señor! ¡Vaya día! -dijo el recién llegado, resoplando ruidosamente, y depositó, al parecer, un pesado paquete sobre lo que Mr. Ledbetter, a juzgar por las patas, decidió que era un escritorio. El hombre invisible fue entonces hacia la puerta y la cerró, examinó cuidadosamente los cerrojos de las ventanas *y* bajó las persianas; *y,* después de darse la vuelta, se sentó sobre la cama con una pesadez asombrosa.

-¡Vaya día! ¡Dios mío! -dijo, y volvió a resoplar, y Mr. Ledbetter se inclinó a creer que se estaba lavando la cara.

Sus botas eran buenas y fuertes: la sombra de sus piernas sugería que se trataba de un hombre de una corpulencia extraordinaria. Al cabo de un rato se quitó algunas prendas -la chaqueta y el chaleco, dedujo Mr. Ledbetter- y, tras arrojarlas sobre los pies de la cama, respiró menos ruidosamente, como si se sintiera aliviado por haber dejado un sitio demasiado caluroso. De vez en cuando murmuraba para sí y en una ocasión se rió ligeramente. Mr. Ledbetter también murmuraba para sí, pero no reía.

«¡Esta es la cosa más absurda del mundo! -se dijo Mr. Ledbetter-. ¿Qué diablos voy a hacer ahora?»

Su perspectiva era necesariamente limitada. Los diminutos resquicios entre los puntos de la tela de la cenefa dejaban pasar cierta cantidad de luz, pero impedían la visión. Las sombras que se proyectaban sobre la colcha eran, excepto las de aquellas piernas definidas con nitidez, enigmáticas, y se entremezclaban confusamente con el florido dibujo de la zaraza. Debajo del borde de la cenefa se veía un trozo de alfombra y, bajando la mirada con precaución, Mr. Ledbetter descubrió que ese trozo ocupaba toda la extensión del suelo que abarcaba su vista. La alfombra era lujosa, la habitación amplia y, a juzgar por las ruedecillas y otros elementos parecidos del mobiliario, bien decorada.

Le era difícil imaginar lo que debía hacer. Esperar a que esta persona se metiera en la

cama y, luego, cuando estuviera dormido, avanzar cautelosamente a gatas hasta la puerta, abrirla y precipitarse de cabeza por el balcón, le parecía que era lo único que podía hacer. ¿Sería posible saltar desde el balcón? ¡Era arriesgado! Cuando pensó en las circunstancias adversas, Mr. Ledbetter se desesperó. Estuvo a punto de sacar la cabeza junto a las piernas del caballero, toser -si fuera necesario- para llamar su atención y luego, sonriendo, disculparse y dar explicaciones sobre su desafortunada intrusión con unas cuantas frases oportunas. Pero comprendió que era difícil escoger estas frases.

«Sin duda, señor, mi presentación es muy peculiar», o, «confío, señor, en que sabrá perdonar mi presentación, un tanto ambigua, hecha debajo de usted»; esto fue más o menos todo lo que se le ocurrió.

Sombrías perspectivas invadieron su imaginación. Suponiendo que no le creyeran, ¿qué harían con él? ¿No le serviría de nada su intachable reputación? Técnicamente era un ladrón, y esto estaba fuera de toda discusión. Siguiendo el curso de estos pensamientos, compuso una lúcida defensa de «este delito técnico que he cometido», para pronunciarla en el banquillo de los acusados antes de la sentencia, cuando el robusto caballero se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación. Abría y cerraba cajones, y Mr. Ledbetter tuvo la fugaz esperanza de que tal vez estuviera desnudándose. Pero ¡no! Se sentó en el escritorio y empezó a escribir, y luego a romper documentos. Poco tiempo después, el olor del papel quemado se mezcló con el olor del tabaco en las narices de Mr. Ledbetter.

-La posición en que me hallaba -me dijo Mr. Ledbetter cuando me contó todo esto- era en muchos aspectos nada recomendable. Una tabla transversal que había debajo de la cama oprimía excesivamente mi cabeza, de forma que mis manos debían soportar una parte desproporcionada de mi peso. Al cabo de un rato me entró lo que se llama, según creo, tortícolis. La presión de mis manos sobre la alfombra áspera me produjo en seguida una sensación dolorosa. También me dolían las rodillas, pues los pantalones las rozaban con fuerza. En aquel tiempo llevaba cuellos algo más altos que ahora -exactamente seis centímetros *y* medio- *y* descubrí algo de lo que me había dado cuenta antes: que el borde de uno de ellos estaba ligeramente raído por el contacto con mi barbilla. Pero mucho peor que todo esto era un picor en la cara que sólo podía mitigar haciendo muecas violentas; intenté levantar la mano, pero el crujido de las mangas me alarmó. Pasado un rato tuve que desistir también de ese pequeño alivio, porque descubrí -a tiempo, por fortuna- que mis contorsiones faciales hacían que mis gafas se deslizaran por la nariz. Si se me llegan a caer, me habrían descubierto, sin duda; pero resultó que se quedaron en una posición oblicua, en un equilibrio muy precario. Además, tenía un ligero resfriado, y un deseo intermitente de estornudar o de sorber por las narices me producía una gran molestia. De hecho, aparte de que me encontraba muy preocupado, el malestar físico que sentía llegó a ser realmente insoportable en poco tiempo. Pero, a pesar de todo, tenía que quedarme allí, inmóvil.

Después de un tiempo que se le hizo interminable, empezó a oírse un tintineo que se convirtió en un sonido rítmico: tin, tin, tin -veinticinco veces-; seguido de un golpe seco sobre el escritorio y un gruñido emitido por el propietario de las piernas robustas. Mr. Ledbetter cayó en la cuenta de que eran monedas de oro las que producían ese tintineo. Llegó a sentir una enorme curiosidad, que fue creciendo a medida que el tintineo continuaba. Si era oro, aquel extraño hombre ya debía de haber contado cientos de libras. Finalmente, Mr. Ledbetter no pudo resistir más y, con mucha cautela, empezó a doblar

los brazos y a bajar la cabeza hasta el suelo, con la esperanza de ver algo por debajo de la cenefa. Movió los pies y uno de ellos raspó ligeramente el suelo. El tintineo dejó de oírse de inmediato. Mr. Ledbetter se quedó rígido. Pasado un rato, el tintineo volvió a sonar. Luego cesó de nuevo y todo se sumió en el silencio, salvo el corazón de Mr. Ledbetter, a quien le daba la impresión de que aquel órgano sonaba como un tambor.

El silencio continuó. La cabeza de Mr. Ledbetter estaba ahora apoyada en el suelo y podía ver las piernas robustas hasta las espinillas. Permanecían completamente inmóviles. Los pies descansaban sobre las puntas y, al parecer, estaban echados hacia atrás bajo la silla de su propietario. Todo seguía en silencio, todo continuaba inmóvil. Se apoderó de Mr. Ledbetter la descabellada idea de que el desconocido hubiera sufrido un síncope o muerto de repente dejando la cabeza inerte sobre el escritorio.

El silencio continuaba. ¿Qué había pasado? El deseo de echar un vistazo se le hizo irresistible. Con mucha precaución Mr. Ledbetter movió la mano, sacó un dedo para explorar y empezó a levantar la cenefa por la parte en donde estaban sus ojos. Nada rompió el silencio. Entonces vio las rodillas del extraño, la parte posterior del escritorio, y luego contempló con sorpresa el cañón de un pesado revólver que le apuntaba a la cabeza por encima del escritorio.

-¡Salga de ahí, canalla! -dijo la voz del hombre robusto en tono tranquilo y enérgico-. ¡Salga! ¡Por aquí, en el acto! ¡Y nada de triquiñuelas! ¡Salga inmediatamente!

Mr. Ledbetter salió, un poco de mala gana quizá, pero sin triquiñuelas y en el acto, tal como le habían ordenado.

-¡De rodillas! -dijo el caballero robusto-. ¡Y arriba las manos!

La cenefa volvió a caer detrás de Mr. Ledbetter, que andaba a cuatro patas. Se puso de pie y levantó las manos.

-¡Vestido de cura! -dijo el caballero robusto-. ¡Que me aspen si no lo está! ¡Vaya pájaro! ¡Canalla! ¿Qué demonios se le ha perdido en mi casa esta noche? ¿Por qué demonios se ha metido debajo de mi cama?

No parecía esperar respuestas a sus preguntas, pero hizo en seguida algunas observaciones desagradables sobre el aspecto personal de Mr. Ledbetter. No era un hombre muy voluminoso, pero a Mr. Ledbetter le pareció robusto, tan robusto como sus piernas habían prometido; sus rasgos eran más bien pequeños y delicados, repartidos por casi toda su cara blanquecina, además, tenía mucha papada. El tono de su voz era suave y susurrante.

-¿Qué demonios le ha hecho meterse debajo de mi cama?

Mr. Ledbetter, esbozó con esfuerzos una sonrisa triste y propiciatoria. Tosió y dijo;

-Lo entiendo perfectamente...

-¡Ya! ¿Qué diablos...? ¿Es jabón? ¡No, no mueva esa mano, canalla!

-Es jabón -dijo Mr. Ledbetter-. Lo he cogido de su lavabo. No hay duda de que si...

-¡No hable! -dijo el hombre robusto-. Ya lo veo. Es increíble.

-Si pudiera explicarle...

-No explique nada. Seguro que es mentira, y no hay tiempo para explicaciones. ¿Qué iba a preguntarle? ¡Ah, sí! ¿Tiene cómplices?

-En poco tiempo, si usted...

-¿Tiene cómplices? ¡Desgraciado! Si empieza con otro discurso jabonoso, disparo. ¿Tiene cómplices?

-No -dijo Mr. Ledbetter.

-Supongo que es mentira-dijo el hombre robusto-. Pero pagará por ello, si es así. ¿Por qué diablos no me derribó cuando subía las escaleras? Ahora ya no tiene ninguna posibilidad de hacerlo. ¡Qué ocurrencia, meterse debajo de la cama!

-No sé cómo voy a probar una *coartada-observó* Mr. Ledbetter, intentando dar a entender con su lenguaje que era un hombre culto.

Hubo una pausa. Mr. Ledbetter observó que en una silla cercana a su capturador había una maleta sobre un montón de papeles arrugados y que había papeles rotos y quemados en la mesa. Y delante de estos, ordenados metódicamente a lo largo del borde, había filas y filas de pequeños cartuchos amarillos, cien veces más oro del que Mr. Ledbetter había visto en toda su vida. La luz de dos velas, en palmatorias de plata, caía sobre el oro. El silencio se prolongó.

-Es bastante cansado mantener las manos así -dijo Mr. Ledbetter, con una sonrisa de desaprobación.

-Está bien -dijo el hombre gordo-. El problema es que no sé qué hacer con usted.

-Comprendo que mi situación es ambigua.

-¡Santo cielo! -dijo el hombre gordo-. ¡Ambigua! ¡Y va por ahí con su jabón y su enorme cuello de clérigo! ¡Es usted un condenado ladrón, si alguna vez ha habido alguno!

-Para ser estrictamente exacto... -dijo Mr. Ledbetter, y sus gafas se deslizaron de repente y cayeron ruidosamente sobre los botones del chaleco.

El semblante del hombre gordo cambió, un destello de salvaje resolución cruzó su cara y se oyó un chasquido en el revólver. Puso la otra mano sobre el arma. Luego miró a Mr. Ledbetter y su mirada fue a posarse sobre el *pince-nez* caído.

-Ahora está perfectamente amartillado -dijo el hombre gordo después de una pausa, y pareció volver a respirar-. Pero tengo que decirle que nunca ha estado tan cerca de la muerte. ¡Dios mío! *Estoy* casi contento. Si no hubiera sido porque el revólver tenía echado el seguro, ahora estaría usted tendido ahí, muerto.

Mr. Ledbetter no dijo nada, pero sintió que la habitación se tambaleaba.

-Da lo mismo librarse por poco que por mucho. Es una suerte para los dos que no haya sucedido. ¡Señor! -y respiró ruidosamente-. No tiene por qué palidecer por una cosa tan poco importante.

-Le puedo asegurar, señor... -dijo Mr. Ledbetter, haciendo un esfuerzo.

-Sólo se puede hacer una cosa. Si llamo a la policía, estoy perdido y el pequeño negocio que he hecho se va al garete. Eso no sucederá. Si le ato y le dejo aquí es lo mismo, pues esto puede saberse mañana. Mañana es domingo y el lunes cierran los bancos... y he contado con tres días completos. Si le disparo, es una asesinato... la horca. Además, echaría a perder todo el condenado negocio. ¡Que me ahorquen si sé lo que hacer! ¡Que me ahorquen si lo sé!

-Si me permite...

-Habla más que si fuera un cura de verdad. Que me aspen si no lo es. De todos los ladrones es usted el... ¡Bueno! No... no se lo permito. Si empieza otra vez con la cháchara, le meto una bala en el estómago. ¿Comprende? Y esta vez no fallaré... ¡no fallaré! Lo primero que vamos a hacer es registrarle para ver si tiene armas escondidas. Y ponga atención. Cuando yo le diga que haga una cosa, no empiece con la cháchara... y hágalo rápido.

Y con muchas precauciones, y apuntando siempre con la pistola a la cabeza de Mr.

Ledbetter, el hombre robusto le hizo levantarse y le registró en busca de armas.

-¿En serio que es usted un ladrón? -dijo-. Usted es un perfecto aficionado. Ni siquiera tiene un bolsillo en los pantalones para llevar una pistola. No, ¡usted no es un ladrón! ¡No empiece a hablar!

Nada más concluir el registro, el hombre robusto ordenó a Mr. Ledbetter que se quitara la chaqueta *y* se arremangara las mangas de la camisa, *y,* apuntándole a la oreja, le obligó a seguir haciendo cartuchos, cosa que había interrumpido su aparición. En opinión del hombre robusto, ésta era evidentemente la única solución posible, porque si hubiera hecho él los cartuchos, habría tenido que dejar el revólver. De modo que Mr. Ledbetter ordenó todo el oro que había en la mesa. Esta operación nocturna era muy singular. Evidentemente, la idea del hombre robusto era repartir el oro en todo su equipaje, de tal forma que su peso pasara inadvertido. Desde luego, no era poco peso. Mr. Ledbetter me dijo que había en total cerca de 18.000 libras esterlinas en oro, contando lo que había en la maleta negra y en la mesa. Había también muchos fajos de billetes de 5 libras. Mr. Ledbetter envolvía cada cartucho de 25 libras en papel. Luego los metía con esmero en cajas de cigarros y los repartía entre un baúl de viaje, una maleta Gladstone y una caja de sombreros. Cerca de 600 libras iban en una caja de tabaco escondida en una maleta llena de ropa. El hombre robusto se metió en el bolsillo 10 libras en oro y unos cuantos billetes de 5 libras. De vez en cuando increpaba a Mr. Ledbetter por su torpeza *y* le metía prisa, *y* en alguna ocasión le preguntó la hora.

Mr. Ledbetter ató con correas el baúl y la maleta y devolvió las llaves al hombre robusto. Faltaban entonces diez minutos para las doce, y el hombre robusto le hizo sentarse en la maleta Gladstone hasta que dieron las doce, mientras que él, a una distancia prudente, se sentó en el baúl sosteniendo el revólver con la mano y esperó. Parecía estar menos agresivo, y después de haber examinado mejor a Mr. Ledbetter durante un rato, le hizo unas cuantas observaciones.

-Por su acento juzgo que es usted un hombre de cierta educación -dijo mientras encendía un cigarro-. No, *no* empiece con explicaciones de las suyas. Veo por su cara que sería demasiado prolijo; además, soy un mentiroso muy experimentado para que me interesen las mentiras de los demás. Usted es, repito, una persona educada. Hace bien en ir vestido de cura. Incluso entre la gente educada podría pasar por cura.

-Lo *soy* -dijo Mr. Ledbetter-, o al menos...

-Intenta serlo. Lo sé. Pero no debe robar. Usted no está hecho para eso. Usted es, si me permite decírselo, y ya se lo habrán dicho alguna vez, un cobarde.

-Justamente -dijo Mr. Ledbetter tratando de aprovechar una pausa en la conversación del otrofue ese el problema...

El hombre robusto le indicó que se callara.

-Usted echa a perder su educación robando. Debe hacer una de estas dos cosas: falsificar o desfalcar. Yo, por mi parte, me dedico al desfalco. Sí, yo desfalco. ¿Qué piensa usted que puede hacer un hombre para tener todo este oro sino eso? ¡Ah! ¡Escuche! ¡Es medianoche...! Diez, once, doce. Hay algo que me impresiona enormemente en estas lentas campanadas. El tiempo... el espacio... ¡qué grandes misterios! ¿Por qué razón los misterios...? Es hora de irse. ¡En pie!

Y después, con amabilidad, pero con firmeza, ordenó a Mr. Ledbetter que se colocara la maleta de la ropa sobre la espalda y se la sujetara con una cuerda cruzada sobre el pecho, que se echara el baúl al hombro, y, rechazando una tímida protesta, que cogiera la maleta

Gladstone con la mano que le quedaba libre. Cargado de esta forma, Mr. Ledbetter inició el peligroso descenso de las escaleras. El caballero robusto le seguía con un abrigo, la sombrerera y el revólver, mientras hacía observaciones despectivas sobre la fuerza de Mr. Ledbetter y le ayudaba en los recodos de la escalera.

-Por la puerta trasera -le ordenó.

Y Mr. Ledbetter atravesó tambaleándose un invernadero, dejando a sus espaldas una estela de tiestos rotos.

-No se preocupe por los tiestos -dijo el hombre robusto-; es provechoso para el comercio. Esperaremos hasta y cuarto. Puede dejar todo eso en el suelo. ¡Eso es!

Mr. Ledbetter se desplomó jadeando sobre el baúl.

-Anoche -balbuceó- dormía profundamente en mi habitación y no llegué a imaginar ni remotamente...

-No tiene por qué recriminarse -dijo el caballero robusto, examinando el seguro del revólver.

Empezó a canturrear y Mr. Ledbetter intentó decir algo, pero cambió de idea.

Al cabo de un rato se oyó una campanilla. El hombre robusto le llevó hasta la puerta trasera y le ordenó abrirla. Entró un hombre de pelo rubio vestido de marino. Al ver a Mr. Ledbetter se sobresaltó violentamente y le puso la mano en la espalda. Entonces vio al hombre robusto.

-¡Bingham! -exclamó-. ¿Quién es éste?

-Se trata tan sólo de un acto de filantropía por mi parte... Es un ladrón, estoy intentando reformarle. Le he pillado hace un momento debajo de mi cama. No hay nada que temer. Es un burro de aquí te espero. Nos será útil para llevar nuestras cosas.

Al principio, el recién llegado no pareció dispuestos aceptar la presencia de Mr. Ledbetter, pero el hombre robusto le tranquilizó.

-Está completamente solo. Ninguna banda del mundo le aceptaría. ¡No...! ¡No empiece a hablar, por el amor de Dios!

Salieron a la oscuridad del jardín mientras la espalda de Mr. Ledbetter continuaba inclinada bajo el peso del baúl. El hombre vestido de marino caminaba delante con la maleta Gladstone y un revólver; detrás iba Mr. Ledbetter, que se asemejaba a Atlas; Mr. Bingham los seguía con la sombrerera, un abrigo y un revólver, como antes. La casa era de las que tienen un jardín que llega justo hasta el acantilado. En el acantilado había una escalera empinada de madera que descendía hasta una caseta de baños que apenas se distinguía en la playa. Abajo había una barca parada, y un hombre pequeño, silencioso y de cara negra se encontraba junto a ella.

-Sólo una breve explicación -dijo Mr. Ledbetter-; puedo asegurarles...

Alguien le dio una patada y no dijo nada más.

Con el baúl encima, le hicieron caminar por el agua hasta la barca, le subieron a bordo tirándole de los hombros *y* el pelo, *y* no le dijeron ninguna palabra mejor que «canalla» y «ladrón» durante toda la noche. Por fortuna hablaban en voz baja, de modo que la gente no se enteró de su ignominia. Luego le subieron a rastras a un yate tripulado por orientales extraños y crueles, y en parte porque le empujaron y en parte porque se cayó, fue a parar a un lugar oscuro y maloliente, donde iba a permanecer muchos días, aunque no sabe cuántos porque perdió la cuenta, entre otras cosas, a causa del mareo. Le daban de comer galletas y palabras incomprensibles; le daban de beber agua mezclada con ron que no deseaba. Había cucarachas en el lugar donde le habían metido; día *y* noche había

cucarachas *y* por la noche ratas. Los orientales le vaciaron los bolsillos y le cogieron el reloj; pero acudió a Mr. Bingham, quien se lo quedó para sí. Cinco o seis veces los cinco marineros hindúes -si es que eran cinco-, el chino y el negro que componían la tripulación le sacaron y le llevaron a popa, junto a Bingham y su amigo para jugar al *whist* entre los tres *y* escuchar sus historias y fanfarronerías con interés.

Estos jefes le hablaban como se habla a alguien que lleva una vida criminal. No le permitían ninguna explicación, aunque le dijeron abiertamente que era el ladrón más raro que habían visto. Se lo decían una y otra vez. El hombre rubio tendía a ser taciturno e irascible en el juego, pero Mr. Bingham, una vez mitigada la manifiesta inquietud que sentía al salir de Londres, mostraba una vena de filosofía amable. Se extendía en reflexiones sobre el espacio y el tiempo *y* citaba a Kant *y a* Hegel, o al menos él decía que los citaba. Varias veces Mr. Ledbetter llegó a decir: «Estaba debajo de la cama, ¿sabe...?», pero al final tenía siempre que cortar o pasar el whisky o hacer cosas por el estilo. Después del tercer intento malogrado, el hombre rubio estaba pendiente del comienzo de la frase y cuando Mr. Ledbetter empezaba a decirla se reía a carcajadas y le golpeaba con fuerza la espalda.

-¡Siempre el mismo comienzo, siempre la misma, historia! ¡Bravo, viejo ladrón! -decía el hombS e del pelo rubio.

Así sufrió Mr. Ledbetter durante muchos días, veinte tal vez; y una tarde le sacaron con algunas latas de conserva y le desembarcaron en una pequeña isla rocosa en la que había un manantial. Mr. Bingham fue en la barca con él dándole buenos consejos durante todo el camino y rechazando sus últimos intentos de explicación.

-*No* soy realmente un ladrón -dijo Mr. Ledbetter.

-Y nunca lo será -dijo Mr. Bingham-. Nunca conseguirá serlo. Me alegro de que empiece a entenderlo. A la hora de escoger una profesión, un hombre debe estudiar su temperamento; si no lo hace, tarde o temprano fracasará. Compárese conmigo, por ejemplo. He pasado toda la vida trabajando en bancos... y he triunfado. He llegado a ser director de uno. Pero, ¿era feliz? No. ¿Por qué no era feliz? Porque ese trabajo no se ajustaba a mi temperamento. Soy demasiado aventurero... demasiado versátil. Prácticamente lo abandoné. No creo que vuelva a dirigir un banco otra vez. Se alegrarían de que volviera a trabajar con ellos, sin duda, pero he aprendido la lección de mi temperamento... ¡No! Nunca volveré a dirigir un banco. Ahora bien, su temperamento no es el adecuado para el crimen, de igual manera que el mío no está hecho para llevar una vida honrada. Ahora que le conozco mejor, ni siquiera le recomendaría que se dedicase a la falsificación. Vuelva a los caminos de la honradez, amigo mío. Su modo de ser es el filantrópico, y ése es su modo de ser. Con esa voz le puede ir bien en la «Asociación para el Fomento del Lloriqueo entre los Jóvenes», o algo en esa línea. Considérelo cuidadosamente. Por lo visto, la isla a la que nos estamos acercando no tiene nombre; al menos no figura en el mapa. Puede pensar un nombre para ella mientras permanezca allí meditando sobre lo que le he dicho. Hay bastante agua potable, según tengo entendido. Es una de las islas Granadinas, que pertenecen a las Islas de Barlovento. Allá a lo lejos, borrosas y azules, se ven otras islas de las Granadinas. Hay una infinidad, pero la mayoría de ellas están fuera del alcance de la vista. Me he preguntado a menudo por la utilidad de estas islas, ¿sabe? Ahora sé una cosa más. Al menos, una sirve para dejarle a usted. Tarde o temprano vendrá algún ingenuo nativo que le sacará de aquí. Diga lo que quiera de nosotros entonces, diga improperios si quiere, a nosotros nos trae sin cuidado una

Granadina solitaria. Y aquí... aquí tiene plata por valor de medio soberano. No lo derroche absurdamente cuando vuelva a la civilización. Debidamente empleado, puede ayudarle a comenzar una nueva vida. Y no... ¡No varéis, hombre, ya puede ir andando!... No desperdicie la preciosa soledad que tiene por delante en estúpidos pensamientos. Debidamente empleada, puede suponer un punto decisivo en su carrera. No malgaste el dinero, ni el tiempo, y morirá rico. Lo siento, pero tengo que pedirle que lleve sus cosas a tierra en brazos. No, no está profundo. ¡Al diablo con sus explicaciones! Ya no hay tiempo. ¡No, no y no! No pienso escucharle. ¡Tírese al agua!

Y el crepúsculo encontró a Mr. Ledbetter -el mismo Mr. Ledbetter que se quejaba de que la aventura hubiese muerto- sentado al lado de sus latas de comida con el mentón apoyado sobre las rodillas y mirando con triste dulzura a través de sus gafas el mar radiante y desierto.

Al cabo de tres días le recogió un pescador negro que le llevó a la isla de San Vicente, y de San Vicente se trasladó, gastando sus últimas monedas, a Kingston, en Jamaica. Y allí estuvo a punto de terminar sus días. En la actualidad sigue sin ser un hombre de negocios, pero entonces era singularmente inútil. No tenía la más remota idea de lo que debía hacer. Según parece, la única cosa que hizo fue visitar a todos los pastores religiosos que pudo encontrar en el lugar y pedirles prestado el dinero para el viaje de vuelta. Pero tenía un aspecto excesivamente mugriento, era muy incoherente y su historia demasiado increíble para ellos. Me encontré con él por casualidad. Se estaba poniendo el sol, y yo paseaba, después de haber dormido la siesta, por la carretera que va a Dunn's Battery, cuando le encontré -yo estaba más bien aburrido y con toda la noche por delante-, afortunadamente para él. Iba caminando penosa y lúgubremente hacia la ciudad. Su cara angustiada y el corte casi clerical de su traje sucio y harapiento llamaron mi atención. Nuestras miradas se encontraron. El vaciló.

-Señor -dijo, tomando aliento-, ¿puede dedicarme unos minutos para oír una historia que me temo que le parecerá increíble?

-¡Increíble! -dije.

-Por completo -respondió con ansiedad-. Nadie la creerá, por mucho que la modifique. Sin embargo, puedo asegurarle, señor...

Se interrumpió desesperado. El tono del hombre me hizo gracia. Parecía un personaje singular.

-Soy -dijo- uno de los seres vivos más desgraciados.

-Entre otras cosas, ¿usted no ha cenado, verdad? -dije, impresionado por una idea.

-No -dijo solemnemente-, no lo he hecho en muchos días.

-La contará mejor después de cenar -dije.

Y sin más, le llevé a un restaurante económico que yo conocía y donde era improbable que un atuendo como el suyo ofendiera a alguien. Y allí, aunque omitió ciertos datos de los que luego tuve noticia, me enteré de su historia. Al principio me mostré incrédulo, pero a medida que el vino le iba reanimando y el débil toque de servilismo que sus desgracias habían añadido a su actitud desapareció, empecé a creerle. Al final, acabé tan convencido de su sinceridad que le conseguí una cama para pasar la noche, y al día siguiente fui a comprobar, por medio de mi banco en Jamaica, la información bancaria que me había proporcionado. Y hecho esto, le acompañé a comprar ropa interior y demás cosas propias de un caballero. Al poco tiempo llegó la comprobación de la información. Su sorprendente historia era verdadera. No añadiré comentarios a nuestras relaciones

posteriores. Tres días después salía para Inglaterra.

«No sé cómo podré agradecerle lo suficiente -empezaba la carta que me escribió desde Inglaterra- la bondad que mostró hacia un total desconocido -y continuaba en un tono parecido durante algún tiempo-. Si no hubiera sido por su generosa ayuda, no habría podido, sin duda, volver a tiempo de reanudar mis deberes académicos, y unos pocos minutos de locura imprudente habrían acarreado mi ruina. A pesar de ello, me encuentro enredado en una sarta de mentiras y evasivas para dar razón de mi bronceado y mi paradero durante las vacaciones. He contado dos o tres historias distintas más bien irreflexivamente, sin darme cuenta de las molestias que esto significaría para mí. No me atrevo a decir la verdad; he consultado un buen número de libros de Derecho en el Museo Británico y no cabe la menor duda de que he intervenido y he sido cómplice de una felonía. Ese canalla de Bingham era el director del banco de Hithergate, según he comprobado, y autor de un desfalco de los más escandalosos. Por favor, queme esta carta cuando la haya leído, confío plenamente en usted. Lo peor de todo es que ni mi tía ni su amiga, la propietaria de la pensión donde me alojé, se creen del todo, al parecer, la circunspecta exposición que les he hecho... de casi todo lo que sucedió realmente. Sospechan que me he visto envuelto en una aventura deshonrosa, pero no sé en qué tipo de aventura deshonrosa piensan ellas. Mi tía dice que me perdonaría si se lo contara todo. Se lo he contado todo y *más,* pero todavía no está satisfecha. Nunca le dejaría conocer la verdad del caso, por supuesto; y describo que fui víctima de una emboscada y amordazado en la playa. Mi tía quiere saber *por qué* me atraparon y amordazaron, y por qué me llevaron en el yate. Yo no lo sé. ¿Puede sugerirme alguna razón? No se me ocurre nada. Cuando me escriba, si puede hacerlo en dos hojas, de modo que pueda enseñar una a mi tía, y si en ella pudiera indicar claramente que *estuve* en Jamaica y que llegué allí al ser abandonado por un barco, me haría un gran favor. Se añadiría, sin duda, a la carga de obligaciones que he contraído con usted..., una carga, temo, a la que nunca podré corresponder plenamente. Sin embargo, si la gratitud...», y así sucesivamente. Al final volvía a pedirme que quemara la carta.

Así termina la extraordinaria historia de las vacaciones de Mr. Ledbetter. La enemistad con su tía no duró mucho tiempo. La anciana le perdonó antes de morir.

EL CUERPO ROBADO

Mr. Bessel era el socio más antiguo de la empresa Bessel, Hart y Brown, de St. Paul's Churchyard, y durante muchos años fue muy conocido entre los que se interesan por las investigaciones psíquicas como investigador abierto y concienzudo. No estaba casado, y en lugar de vivir en las afueras, como estaba de moda entre la gente de su clase, ocupaba unas habitaciones en el Albany, cerca de Piccadilly. Estaba particularmente interesado en cuestiones de transmisión de pensamiento y de aparición de personas vivas, y en noviembre de 1896, inició una serie de experimentos junto con Mr. Vincey, que vivía en Staple Inn, para verificar la supuesta posibilidad de proyectar, a través del espacio, la aparición de uno mismo por la fuerza de la voluntad.

Sus experimentos fueron llevados a cabo de la siguiente manera: a una hora previamente acordada, Mr. Bessel se encerró en una de sus habitaciones del Albany y Mr. Vincey en su cuarto de estar de Staple Inn; y cada uno concentró su mente, con la mayor

fuerza posible, en el otro. Mr. Bessel había adquirido el arte del autohipnotismo, y, en la medida de lo posible, intentó en primer lugar hipnotizarse a sí mismo y luego proyectarse como el «fantasma de un ser vivo» a través del espacio de cerca de tres kilómetros que había entre ellos, hasta el aposento de Mr. Vincey. Durante varias noches, lo intentaron sin ningún resultado satisfactorio, pero en la quinta o sexta ocasión, Mr. Vincey vio o imaginó ver realmente una aparición de Mr. Bessel en su habitación. Afirma que la aparición, aunque breve, fue muy vívida y real. Notó que la cara de Mr. Bessel estaba blanca, que su expresión era de ansiedad y, además, que su pelo estaba desordenado. Por un momento, Mr. Vincey, a pesar de estar esperándolo, se llevó tal sorpresa que no pudo hablar ni moverse, y en ese momento le pareció como si la figura mirara por encima del hombro y desapareciera inmediatamente.

Habían acordado que se intentaría fotografiar cualquier fantasma que fuera visto, pero Mr. Vincey no tuvo la suficiente presencia de ánimo para disparar la cámara que se encontraba en una mesa situada junto a él, y cuando lo hizo, era demasiado tarde. Muy contento, sin embargo, por este éxito parcial, apuntó la hora exacta y en seguida cogió un coche y se dirigió hacia el Albany para informar a Mr. Bessel de este resultado.

Se quedó sorprendido al encontrar la puerta de Mr. Bessel abierta a la oscuridad de la noche y los aposentos interiores iluminados y en extraordinario desorden. Había una botella de champán hecha pedazos en el suelo; el cuello roto de la botella se encontraba junto al tintero del escritorio, Una pequeña mesa octogonal, en la que había una estatua de bronce y unos cuantos libros escogidos, había sido volcada con violencia, y en la parte inferior del papel amarillo de la pared, se veía la marca de unos dedos manchados de tinta, como si lo hubieran hecho por el mero placer de manchar. Una de las delicadas cortinas de quimón había sido arrancada violentamente de las anillas y arrojada al fuego, de modo que el olor de su lenta combustión invadía la habitación. Todo el lugar, en efecto, estaba desordenado de la forma más extraña. Durante unos minutos Mr. Vincey, que había entrado con la seguridad de ver a Mr. Bessel esperándole en su cómodo sillón, apenas podía dar crédito a sus ojos y se quedó contemplando, vacilante, estas cosas inesperadas.

Luego, invadido por una sensación de calamidad, llamó al portero.

-¿Dónde está Mr. Bessel? -preguntó-. ¿Sabe que todos los muebles de su habitación están destrozados?

El portero no dijo nada, pero siguiendo sus indicaciones, fue en seguida al aposento de Mr. Bessel para ver lo que había sucedido.

-Ahora se explica todo -dijo, contemplando el demente desorden-. No sabía nada de esto. Mr. Bessel se ha ido. ¡Está loco!

Después procedió a contar a Mr. Vincey que una media hora antes, aproximadamente cuando se apareció Mr. Bessel en las habitaciones de Mr. Vincey, el caballero desaparecido había salido a toda velocidad por las puertas del Albany hacia Vigo Street, sin sombrero *y* con el pelo desordenado, *y* había desaparecido finalmente en dirección a Bond Street.

-Y cuando pasó por delante de mí -dijo el portero-, se rió a carcajadas (era una risa entrecortada) con la boca abierta y una mirada feroz. ¡Le aseguro, señor, que me pegó un buen susto! Se reía así...

Tal y como la imitaba, la risa no dejaba de ser agradable.

-Agitó las manos con los dedos encorvados y arañando... así. Y dijo susurrando

ferozmente: *«¡Vida!»* Sólo esa palabra: *«¡Vida!»*

-¡Ay! -dijo Mr. Vincey-. ¡Qué horror! ¡Ay!

No se le ocurría otra cosa que decir. Estaba, como es natural, muy sorprendido. Iba de la habitación al portero y del portero a la habitación, gravemente preocupado y perplejo. Aparte de su sugerencia de que Mr. Bessel volvería dentro de poco y explicaría lo que había sucedido, la conversación que mantenían no llevaba a ninguna parte.

-Puede haber sido un dolor de muelas repentino -dijo el portero-, un dolor de muelas repentino y violento que le ha dado de golpe y le ha vuelto loco. Yo mismo he roto cosas en situaciones semejantes... -reflexionó-. Si fuera así, ¿por qué tenía que decirme «vida» cuando pasó delante de mí?

Mr. Vincey no lo sabía. Mr. Bessel no volvía y, finalmente, Mr. Vincey, después de haber echado otra ojeada inútil y haber escrito una nota donde preguntaba por lo ocurrido y que dejó en un lugar visible del escritorio, volvió en un estado de ánimo sumamente perplejo a sus habitaciones de Staple Inn. El caso le había conmocionado. No acertaba a explicarse la conducta de Mr. Bessel de acuerdo con alguna hipótesis sensata. Intentó leer, pero no pudo hacerlo; salió a dar un pequeño paseo, pero iba tan preocupado que casi le atropella un coche al final de Chancery Lane; y, finalmente, una hora antes de lo habitual, se fue a la cama. Durante mucho tiempo, fue incapaz de dormir a causa del recuerdo del desorden silencioso de los aposentos de Mr. Bessel, y, cuando por fin se sumergió en un sueño intranquilo, fue perturbado inmediatamente por un sueño vívido y doloroso sobre Mr. Bessel.

Vio a Mr. Bessel gesticulando de un modo violento, con la cara pálida y retorcida. Se mezclaban inexplicablemente con su aspecto un temor intenso y una súplica apremiante, sugeridos quizá por sus gestos. Incluso cree que oyó la voz de su compañero de experimento que le llamaba angustiosamente, aunque entonces consideró que esto era una ilusión. La vívida impresión permaneció, aunque Mr. Vincey se despertase. Durante un tiempo estuvo despierto y temblando en la oscuridad, poseído por ese terror vago e inexplicable hacia las posibilidades desconocidas que se revela hasta en los sueños de los hombres más valientes. Pero se animó, se dio la vuelta y se durmió de nuevo, sólo para que el sueño volviese con vividez más intensa.

Se despertó tan convencido de que Mr. Bessel se hallaba en un peligro agobiante y de que necesitaba ayuda, que no pudo dormir más. Estaba persuadido de que su amigo se había arrojado a alguna horrenda calamidad. Durante un tiempo, estuvo razonando vanamente contra esta creencia, pero al final cedió ante ella. Se levantó, desobedeciendo toda norma de prudencia, encendió la lámpara de gas, se vistió y se lanzó a través de las calles desiertas -desiertas salvo por la presencia de un policía silencioso y las carretas de los periódicos- hacia Vigo Street para preguntar si Mr. Bessel había vuelto.

Pero no llegó allí. Cuando bajaba por Long Acre, un impulso inexplicable le desvió hacia Covent Garden, que empezaba a despertar a sus actividades nocturnas. Vio el mercado delante de él: una extraña impresión de luces amarillas incandescentes y negras figuras atareadas. Percibió un grito y vio una figura que daba la vuelta a la esquina del hotel y corría velozmente hacia él. Supo en seguida que se trataba de Mr. Bessel, pero estaba transfigurado. Iba sin sombrero y despeinado, con el cuello de la camisa, desabrochado; tenía la boca retorcida y llevaba, cogido cerca de la contera, un bastón con puño de hueso. Corría a gran velocidad, dando ágiles zancadas. El encuentro fue cosa de un instante.

-¡Bessel! -gritó Vincey.

El hombre que iba corriendo no dio muestras de reconocer a Mr. Vincey, ni su propio nombre. En cambio, le produjo una herida con el bastón al golpearle salvajemente en la cara, muy cerca del ojo. Mr. Vincey, aturdido y pasmado, se tambaleó hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó pesadamente sobre la acera. Le pareció que Mr. Bessel saltó por encima de él cuando cayó al suelo. Cuando volvió a mirar, Mr. Bessel ya había desaparecido y un policía y unos cuantos mozos de cuerda y vendedores corrían precipitadamente hacia Long Aire, en impetuosa persecucion.

Con la ayuda de varios transeúntes -toda la calle se llenó de gente que corría-, Mr. Vincey intentó levantarse. En seguida se convirtió en el centro de una muchedumbre ávida por ver su herida. Una multitud de voces compitió por tranquilizarle diciéndole que estaba a salvo, y luego por contarle la conducta del loco, como consideraban a Mr. Bessel. Había aparecido de repente en medio del mercado gritando: «¡Vida! ¡Vida!», golpeando a diestro y siniestro con el bastón manchado de sangre, saltando y riendo a carcajadas cada vez que acertaba un golpe. Un muchacho y dos mujeres tenían la cabeza abierta; había destrozado la muñeca de un hombre y había golpeado a un niño dejándole sin conocimiento. Durante un tiempo mantuvo alejados a todos de él, tan furioso y decidido era su comportamiento. Hizo una incursión en un puesto de café, lanzó la lámpara por la ventana de la oficina de correos y huyó riéndose después de dejar sin sentido al primero de los dos policías que habían tenido el valor de atacarle.

Naturalmente, el primer impulso de Mr. Vincey fue unirse a la persecución de su amigo para evitar, en lo posible, que fuera presa de la violencia de la gente indignada. Pero se movía con lentitud, el golpe le había dejado semiincosciente y, cuando su impulso seguía siendo sólo un propósito, oyó, mezclado entre la multitud, que Mr. Bessel había eludido a sus perseguidores. En un primer momento, Mr. Vincey apenas podía dar crédito a esto, pero la unanimidad de la noticia y el grave regreso al poco rato, de los policías burlados acabaron por convencerle. Después de hacer algunas preguntas sin objeto, volvió a Staple Inn introduciéndose un pañuelo en la nariz, que ahora le dolía mucho.

Estaba enojado, preocupado y perplejo. Le parecía indiscutible que Mr. Bessel tenía que haberse vuelto loco de repente en el transcurso del experimento de transmisión de pensamiento, pero por qué se aparecía en sueños a Mr. Vincey con la cara triste y pálida era un problema de solución inalcanzable. En vano se devanó los sesos buscando una explicación. Finalmente, pensó que no sólo Mr. Bessel debía de estar loco, sino que también había enloquecido el orden de las cosas. Pero no se le ocurría nada que pudiera hacer. Se encerró prudentemente en su habitación, encendió la estufa -una estufa de gas con ladrillos de asbesto- y, como temía nuevos sueños si se metía en la cama, se quedó lavándose la cara herida y después intentó inútilmente leer algún libro hasta el amanecer. Durante toda aquella vigilia, tuvo la curiosa persuasión de que Mr. Bessel intentaba hablar con él, pero se negó a prestar atención a semejante creencia.

Al amanecer, el cansancio físico le venció, y al fin, se acostó y durmió a pesar de los sueños. Se levantó tarde, angustiado y desasosegado, con la cara muy dolorida. Los periódicos de la mañana no traían noticia alguna de la aberración de Mr. Bessel; había ocurrido demasiado tarde para que la pudieran incluir. La perplejidad de Mr. Vincey, a quien la fiebre producida por sus contusiones añadía una nueva irritación, se hizo finalmente insoportable, y, después de hacer una infructuosa visita al Albany, se dirigió a St. Paul's Churchyard para ver a Mr. Hart, socio de Mr. Bessel, y, por lo que sabía Mr.

Vincey, su mejor amigo.

Se sorprendió al enterarse de que Mr. Hart, aunque no sabía nada del escándalo, había sido perturbado por una visión, la misma que Mr. Vincey había visto: Mr. Bessel, pálido y despeinado, pidiendo ayuda de todo corazón por medio de gestos. Este es el sentido que Mr. Hart creyó ver en esas señas.

-Iba al Albany a verle justo cuando usted llegó -dijo Mr. Hart-. Estaba seguro de que algo malo le había pasado.

Como resultado de esta consulta, los dos caballeros decidieron preguntar en Scotland Yard por su amigo desaparecido.

-Seguro que le echan el guante -dijo Mr. Hart-. No podrá seguir mucho tiempo a este paso.

Pero la policía no había echado el guante a Mr. Bessel. Confirmaron los sucesos nocturnos a los que Mr. Vincey había asistido y aportaron nuevos datos, algunos de ellos de un carácter aún más grave que los que él ya conocía: una serie de cristales rotos en la parte alta de Tottenham Court Road, una agresión a un policía en Hampstead Road, un asalto atroz a una mujer. Todos estos desmanes fueron cometidos entre las doce y media y las dos menos cuarto de la madrugada, y en este tiempo -en realidad, desde el mismo momento en que Mr. Bessel salió corriendo de sus habitaciones a las nueve y media de la nochela policía pudo seguir el rastro de la violencia, que iba en aumento, de su fantástica carrera. Durante la última hora, esto es, desde antes de la una hasta las dos menos cuarto, corrió enloquecido por las calles de Londres, escapando con asombrosa agilidad de cualquier intento de detenerle o capturarle.

Pero a partir de las dos menos cuarto había desaparecido. Hasta esa hora los testigos habían sido muy numerosos. Docenas de personas le habían visto, habían huido de él o le habían perseguido, y entonces todo terminó súbitamente. A las dos menos cuarto le habían visto corriendo por Euston Road hacia Baker Street, agitando una lata de aceite de colza combustible y rociando el aceite en llamas por las ventanas de las casas por donde pasaba. Pero ninguno de los policías de Euston Road que están más allá del Museo de Cera, ni ninguno de los que están en las bocacalles por donde tenía que haber pasado de haber dejado Euston Road le habían visto. Desapareció repentinamente. Nada se supo de lo que hizo después, a pesar de las intensas investigaciones que se realizaron.

Esto constituyó una nueva sorpresa para Mr. Vincey. Había encontrado un gran consuelo en la convicción de Mr. Hart: «Seguro que no tardan mucho en echarle el guante», y con esta certeza había sido capaz de suspender su perplejidad. Pero cualquier novedad parecía destinada a añadir nuevas dificultades a un montón que ya pesaba más de lo que él podía soportar. Comenzó a preguntarse si su memoria no le había jugado una mala pasada y si era posible que todo esto hubiera sucedido; y por la tarde, fue a ver otra vez a Mr. Hart para compartir el peso insoportable que abrumaba su mente. Encontró a Mr. Hart conversando con un detective muy conocido, pero como este caballero no logró nada en este caso, no tenemos por qué tratar con más extensión su modo de proceder.

Durante todo el día y toda la noche, se investigó activa e incesantemente sin lograr dar con el paradero de Mr. Bessel. Y durante todo ese día, Mr. Vincey tuvo, en el fondo de su espíritu, la convicción de que Mr. Bessel, con la cara cubierta de lágrimas por la angustia, le persiguió a través de sus sueños. Y siempre que veía a Mr. Bessel en sus sueños, también veía otras cosas, confusas, pero malignas, que daban la impresión de perseguir a Mr. Bessel.

Fue al día siguiente, el domingo, cuando Mr. Vincey recordó ciertas historias extraordinarias de Mrs. Bullock, la médium, que por aquella época llamaba la atención por primera vez en Londres. Decidió consultarla. Se alojaba en casa del famoso investigador, el doctor Wilson Paget, y Mr. Vincey, aunque no conocía a este caballero, se dirigió a él sin dilación con el propósito de implorar su ayuda. Pero apenas había mencionado el nombre de Bessel, cuando el doctor Paget le interrumpió.

-Anoche, justo al final -dijo-, tuvimos una comunicacion.

Abandonó la habitación y volvió con una pizarra sobre la que había ciertas palabras escritas con una letra poco firme, en efecto, pero que era sin discusión ¡la de Mr. Bessel!

-¿Cómo ha conseguido esto? -dijo Mr. Vincey¿Quiere decir...?

-Lo recibimos anoche -dijo el doctor Paget.

Con numerosas interrupciones por parte de Mr. Vincey, procedió a explicar cómo habían obtenido el escrito. Parece ser que en sus *séances,* Mrs. Bullock entra en trance, sus ojos giran de un modo extraño bajo los párpados y su cuerpo se queda rígido. Entonces empieza a hablar muy rápido, normalmente con una voz diferente a la suya. Al mismo tiempo, una de sus manos o ambas empiezan a moverse, *y* si hay pizarras *y* lápices preparados, escriben a la vez e independientemente del torrente de palabras que brota de su boca. Muchos la consideran una médium todavía más extraordinaria que la célebre Mrs. Piper. Era uno de esos mensajes, el que escribió la mano derecha de Mrs. Bullock, el que tenía ahora Mr. Vincey delante. Consistía en ocho palabras escritas de un modo deslavazado: «George Bessel... excavación prueba... Baker Street... socorro... inanición.» Aunque parezca mentira, ni el doctor Paget ni los otros dos investigadores que estaban presentes habían oído hablar de la desaparición de Mr. Bessel -las noticias sobre ella sólo salieron en los periódicos de la tarde del sábado- y habían puesto el mensaje aparte, junto a muchos otros de carácter vago y enigmático que Mrs. Bullock recibe con frecuencia. Cuando el doctor Paget oyó la narración de Mr. Vincey, concentró todas sus fuerzas en seguir el rastro que permitiera encontrar a Mr. Bessel. Sería inútil describir aquí sus investigaciones y las de Mr. Vincey; baste decir que la pista era auténtica y que Mr Bessel fue descubierto, en efecto, gracias a ella.

Lo encontraron en el fondo de un pozo solitario que habían excavado y abandonado cuando se iniciaron las obras del nuevo ferrocarril eléctrico, cerca de la estación de Baker Street. Tenía rotos un brazo, una pierna y dos costillas. El pozo está protegido por una valla de cerca de siete metros y, por increíble que parezca, Mr. Bessel -hombre gordo y de edad madura- tuvo que escalarla para caer en el pozo. Estaba empapado de aceite de colza y la lata, que estaba hecha pedazos, se encontraba junto a él; pero, por fortuna, la llama se había extinguido al caer. Su locura había desaparecido por completo. Pero estaba, como es natural, terriblemente debilitado, y, al ver a sus salvadores, se echó a llorar de forma histérica.

En vista del deplorable estado de sus habitaciones, le llevaron a casa del doctor Hatton, en Baker Street. Fue sometido a un tratamiento sedativo y se evitó cualquier cosa que pudiera recordarle la crisis violenta que había atravesado. Pero al segundo día se ofreció a relatar los hechos.

Desde entonces, Mr. Bessel ha repetido varias veces su relato -a mí entre otras personas- variando los detalles, como sucede siempre que se narran experiencias reales, pero sin contradecirse nunca en ningún punto. Y el relato que hace es, en esencia, como sigue.

Para comprenderlo con claridad es necesario remontarse a sus experimentos con Mr. Vincey, antes de que sufriera el extraordinario ataque. Los primeros intentos que hizo Mr. Bessel, con la colaboración de Mr. Vincey, fueron, como el lector recordará, un fracaso. Pero a lo largo de todos ellos, fue concentrando todo su poder y voluntad en salir del cuerpo: «queriéndolo con todas mis fuerzas», dice él. Al fin, casi en contra de lo que esperaba, tuvo éxito. Y Mr. Bessel afirma que él, estando vivo, abandonó realmente su cuerpo, gracias a un esfuerzo de la voluntad, y entró en un lugar o estado situado más allá de este mundo.

La liberación, afirma, fue instantánea: «en un determinado momento, estaba sentado en mi sillón, con los ojos totalmente cerrados y las manos agarradas a los brazos del sillón, haciendo todo lo que podía para concentrar mi mente en Vincey, y luego me percibí a mí mismo fuera del cuerpo. Vi mi cuerpo cerca de mí, pero ya no me contenía; las manos se relajaban y la cabeza se inclinaba sobre el pecho.»

Nada puede conmover su creencia en esta liberación. Describe la nueva sensación que experimentó de un modo tranquilo y realista. Sintió que se había vuelto impalpable, esto se lo esperaba; pero lo que ya no se esperaba era sentirse enormemente grande. Parece ser, sin embargo, que ésta fue la forma que adquirió. «Era una gran nube -si puedo expresarlo así- anclada en mi cuerpo. Tuve la impresión, al principio, de haber descubierto un yo mayor del cual el ser consciente de mi cerebro era sólo una pequeña parte. Vi el Albany, Piccadilly, Regent Street *y* todas las habitaciones *y* lugares de las casas muy diminutos, brillantes y definidos, esparcidos debajo de mí como una ciudad vista desde un globo. De vez en cuando, vagas figuras, como espirales de humo a la deriva, hacían que la visión fuese un poco borrosa, pero al principio apenas les presté atención. La cosa que más me asombró, y que aún sigue asombrándome, fue que veía muy nítidamente los interiores de las casas, así como las calles; veía gente pequeña cenando y hablando en sus casas, hombres y mujeres cenando, jugando al billar y bebiendo en restaurantes y hoteles, y varios lugares de diversión repletos de gente. Era como observar los acontecimientos de una colmena de cristal.»

Estas eran las palabras exactas de Mr. Bessel, tal como las apunté cuando me contó la historia. Durante un rato, observó estas cosas sin acordarse de Mr. Vincey. Impulsado por la curiosidad, según dice, se inclinó, y con el quimérico brazo informe que descubrió que poseía intentó tocar a un hombre que paseaba por Vigo Street. Pero no lo consiguió, aunque parecía que su dedo atravesaba al hombre. Algo le impidió hacerlo, pero es difícil saber lo que encontró. Compara el obstáculo con una lámina de cristal.

«Sentí lo mismo que un gatito puede sentir-dijocuando va por primera vez a acariciar su imagen en un espejo.» Cuando le oigo contar esta historia, Mr. Bessel vuelve una y otra vez a esta comparación de la lámina de cristal para explicar este punto. No es, sin embargo, una comparación totalmente precisa porque, como el lector verá en seguida, había lagunas en esa resistencia generalmente impenetrable, medios de volver a atravesar la barrera del mundo material. Pero, naturalmente, existe una gran dificultad para expresar estas impresiones insólitas con el lenguaje de la experiencia cotidiana.

Algo que le impresionó al instante, y que le inquietó hasta el final de la experiencia, fue el silencio de aquel lugar: estaba en un mundo sin sonido.

Al principio, el estado mental de Mr. Bessel consistía en un asombro desprovisto de emoción. Su pensamiento estaba principalmente ocupado en averiguar en qué lugar podría hallarse. Estaba fuera de su cuerpo -fuera del cuerpo material, en cualquier caso-,

pero eso no era todo. Cree -y yo, por lo menos, también lo creo- que estaba en un lugar situado completamente fuera del espacio, tal como lo entendemos. Gracias a un esfuerzo intenso de la voluntad, había salido del cuerpo y se había introducido en un mundo situado más allá de éste, un mundo nunca soñado, que, sin embargo, se encuentra tan cerca y tan extrañamente situado con relación a éste, que todas las cosas de la tierra son claramente visibles, tanto por dentro como por fuera, desde ese otro mundo que nos rodea. Durante mucho tiempo, así le pareció, esta observación ocupó su mente, excluyendo cualquier otra cuestión, y luego se acordó de la cita que tenía con Mr. Vincey, de la cual esta asombrosa experiencia era, después de todo, sólo un preludio.

Dirigió su atención hacia la locomoción de este nuevo cuerpo en el que se encontraba. Durante un tiempo, fue incapaz de separarse del lazo que le unía al cuerpo terrestre. Durante un tiempo este nuevo cuerpo extraño y nebuloso simplemente oscilaba, se contraía, se dilataba, se enrollaba y se retorcía por los esfuerzos que hacía para liberarse, y luego, de pronto, el vínculo que le unía se rompió. Por un momento todo quedó oculto por lo que a él le parecían esferas giratorias de vapor oscuro, y luego, a través de un resquicio efímero, vio su cuerpo inerte que se derrumbaba con languidez, su cabeza sin vida que se desplomaba hacia un lado, y se vio arrastrado como una inmensa nube por un extraño lugar de nubes misteriosas, a través de las cuales se vislumbraba la complejidad de Londres, que se extendía como una maqueta. complejidad

Pero ahora se dio cuenta de que el vapor que fluctuaba alrededor de él era algo más que vapor, y el entusiasmo temerario de su primer ensayo se convirtió en temor. Porque percibió, al principio borrosamente, pero después muy claramente y de una forma súbita, que estaba rodeado de *caras,* que cada rollo y espiral de lo que parecía una materia hecha de nubes era una cara. ¡Y qué caras! Caras de sombras transparentes, caras de temeridad gaseosa. Caras como las que miran con furia, de una forma insoportable y extraña, al durmiente en las horas aciagas de sus sueños. Ojos diabólicos y codiciosos llenos de codiciosa curiosidad, cosas con las cejas fruncidas *y* enredadas, *y* labios que insinuaban sonrisas. Sus manos informes se agarraban a Mr. Bessel cuando pasaba, y el resto de sus cuerpos no era más que una estela esquiva de tinieblas que se arrastraban. Nunca dijeron una palabra, nunca salió un sonido de las bocas que daban la impresión de farfullar. Se estrujaban a su alrededor en ese silencio de pesadilla, atravesando libremente la débil bruma que era su cuerpo, reuniéndose cada vez más numerosos a su alrededor. Y el informe Mr. Bessel, presa ahora de un súbito miedo, paseaba a través de la silenciosa y activa multitud de ojos y manos violentas.

Tan inhumanas eran estas caras, tan malvados sus ojos saltones *y* sus gestos misteriosos *y* amenazadores que no se le ocurrió a Mr. Bessel tratar de establecer ninguna relación con estas criaturas flotantes. Fantasmas imbéciles, hijos del vano deseo, seres nonatos y privados del don de la existencia, cuyas únicas expresiones y gestos manifestaban el deseo y el anhelo de vivir, que era su solitario vínculo con la existencia.

Dice mucho en favor de su audacia que, en medio de toda la nube hormigueante de estos espíritus mudos del mal, pudiera todavía pensar en Mr. Vincey. Hizo un violento esfuerzo de voluntad y se vio, sin saber cómo, bajando hacia Staple Inn, y vio a Mr. Vincey sentado en su sillón, atento y alerta, junto al fuego.

Y reunida en torno a él, como siempre lo hacen en torno a todo lo que vive y respira, se hallaba otra multitud de estas vanas y calladas sombras, anhelando, deseando, buscando una grieta que los llevara a la vida.

Durante un rato, quiso llamar la atención de su amigo, pero no lo consiguió. Intentó ponerse delante de sus ojos, mover los objetos de la habitación, tocarle. Pero Mr. Vincey permanecía imperturbable, ignorando el ser que estaba tan cerca del suyo. La cosa extraña que Mr. Bessel había comparado con una lámina de cristal los separaba de una forma inexorable.

Finalmente, Mr. Bessel hizo algo desesperado. Ya he dicho que, de algún modo extraño, podía ver no sólo el exterior de un hombre, como lo vemos nosotros, sino también el interior. Extendió su misteriosa mano y metió sus vagos dedos negros a través del cerebro desatento.

Entonces, súbitamente, Mr. Vincey se sobresaltó, como alguien que emerge de pensamientos errantes, y a Mr. Bessel le pareció que un pequeño cuerpo rojo oscuro, situado en el centro del cerebro de Mr. Vincey, se inflaba y brillaba. Después de esta experiencia, han mostrado a Mr. Bessel láminas anatómicas del cerebro, y ahora sabe que aquel cuerpo oscuro es esa estructura inútil que los doctores llaman el ojo pineal. Pues, por extraño que parezca a muchos, tenemos, en las profundidades del cerebro -donde posiblemente ninguna luz terrenal puede acceder- ¡un ojo! En aquellos días este dato, como el resto de la anatomía interna del cerebro, era totalmente nuevo para él. Sin embargo, al ver que modificaba su aspecto, impulsó el dedo y, más bien temeroso de las consecuencias, tocó este pequeño punto. Mr. Vincey se sobresaltó al instante y Mr. Bessel supo que Vincey le estaba viendo.

Y en ese mismo instante, Mr. Bessel sintió que algo malo le había ocurrido a su cuerpo; de repente, una gran ráfaga de viento dispersó ese mundo de sombras y lo arrebató. Tan fuerte era esta persuasión que no pensó más en Mr. Vincey, sino que se dio media vuelta en seguida y todas las innumerables caras retrocedieron con él como hojas arrastradas por un vendaval. Pero volvió demasiado tarde. En un instante vio que el cuerpo que había dejado inerte y desplomado -que yacía en realidad como el cuerpo de un hombre que acaba de morir- se había levantado; se había levantado en virtud de una fuerza y voluntad que no eran las suyas. Se mantenía de pie con los ojos saltones, estirando los miembros torpemente.

Durante un momento lo observó con una consternación frenética y luego se inclinó hacia él. Pero la lámina de cristal se había vuelto a cerrar y le impidió llegar a su cuerpo. Se estrelló furiosamente contra ella y, a su alrededor, los espíritus del mal se reían, le señalaban y se mofaban de él. Se puso colérico y furioso. Mr. Bessel se compara a sí mismo con un pájaro que, sin advertirlo, entra revoloteando en una habitación y golpea los cristales que le niegan el camino de la libertad.

Y he aquí que el pequeño cuerpo que una vez había sido suyo está saltando de alegría. Le vio gritar, aunque no podía oír sus gritos y observó que sus movimientos eran cada vez más violentos. Contempló cómo arrojaba sus queridos muebles, ebrio del loco placer de la existencia; también le vio destrozar sus libros preferidos, romper botellas, beber descuidadamente de los trozos de vidrio, saltar y dar golpes a modo de aceptación apasionada de vivir. Mr. Bessel observó estas acciones paralizado por el asombro. Luego se lanzó una vez más contra la barrera infranqueable, y después, rodeado de toda esa multitud de fantasmas burlones, volvió rápidamente, en medio de una horrible confusión, a casa de Vincey para contarle el atropello de que había sido objeto.

Pero el cerebro de Mr. Vincey estaba ahora cerrado a las apariciones, y el Mr. Bessel incorpóreo le persiguió en vano cuando salió apresuradamente a Holborn para llamar un

coche. Frustrado y aterrorizado, Mr. Bessel volvió rápidamente a su casa para encontrarse con su cuerpo profanado, que iba gritando, presa de un enorme frenesí, por el Arco de Burlington.

Y ahora el lector atento empezará a comprender la interpretación de Mr. Bessel de la primera parte de esta extraña historia. El ser cuyo loco ajetreo por las calles de Londres había causado tantos daños y desastres tenía, en efecto, el cuerpo de Mr. Bessel, pero no era Mr. Bessel. Era un espíritu perverso que se había escapado de ese extraño mundo situado más allá de la existencia, y en el que Mr. Bessel se había aventurado independientemente. Durante veinte horas poseyó su cuerpo, y durante todas esas horas el espíritu desposeído de Mr. Bessel vagó de un lado para otro por ese desconocido mundo de sombras, buscando ayuda en vano.

Pasó muchas horas golpeando las mentes de Mr. Vincey y de su amigo Mr. Hart. Como ya sabemos, despertó a ambos gracias a sus esfuerzos. Pero desconocía el lenguaje que pudiera transmitir su situación a estos salvadores a través del abismo; sus débiles dedos buscaban a tientas en sus cerebros vana e impotentemente. Una vez, en efecto, como ya hemos dicho, fue capaz de desviar a Mr. Vincey de su camino para que tropezara con el cuerpo robado en su carrera, pero no pudo hacerle entender lo que había pasado: fue incapaz de obtener ayuda alguna de este encuentro...

A lo largo de estas horas, el espíritu de Mr. Bessel se sintió abrumado por la persuasión de que en poco tiempo su furioso inquilino acabaría con la vida de su cuerpo y de que él tendría que permanecer en aquel país de sombras para siempre. De modo que aquellas largas horas fueron una creciente agonía de terror. Y mientras corría de un lado para otro agitándose inútilmente, incontables espíritus de ese mundo que le rodeaba, le acosaban y le desconcertaban. Y una multitud envidiosa corría aplaudiendo detrás de su compañero afortunado mientras proseguía su gran carrera.

Así debe de ser, al parecer, la vida de estas cosas sin cuerpo de ese mundo que es la sombra del nuestro. Siempre están al acecho, codiciando un camino que los introduzca en un cuerpo mortal, para poder descender, como furias y frenesíes, como apetitos violentos e insensatos, extraños impulsos que se regocijan en el cuerpo que han conquistado. Pues Mr. Bessel no era la única alma humana que había en ese lugar. Lo prueba el hecho de que primero encontró una, y después varias sombras de hombres, hombres como él mismo, al parecer, que habían perdido sus cuerpos, tal vez como él había perdido el suyo, y erraban desesperadamente por ese mundo perdido que no es la vida ni la muerte. No podían hablar porque ese mundo es mudo; supo, sin embargo, que eran hombres por sus tenues figuras humanas y por la tristeza de sus caras.

Pero cómo habían entrado en ese mundo, no lo podía decir, ni dónde podrían estar los cuerpos que habían perdido, si siguen anhelando la tierra o si habían caído en la muerte sin retorno. Que fueran los espíritus de los muertos no lo creemos ni él ni yo. Pero el doctor Wilson Paget piensa que son las almas racionales de los hombres que se han extraviado en la locura, aquí en la tierra.

Al fin, Mr. Bessel fue a dar con un lugar donde estaba reunido un pequeño grupo de estas criaturas silenciosas e incorpóreas, y, abriéndose paso entre ellas, vio abajo una habitación muy iluminada, cuatro o cinco caballeros y una mujer; una mujer corpulenta vestida de bombasí negro y sentada en una silla de forma incómoda con la cabeza echada para atrás. Por los retratos que había visto de ella, supo que era Mrs. Bullock, la médium. Y percibió que las regiones *y* estructuras de su cerebro brillaban *y* se agitaban como lo

hacía el ojo pineal del cerebro de Mr. Vincey que ya había visto. La luz era muy desigual; a veces era una amplia iluminación y otras sólo un débil punto crepuscular que se trasladaba lentamente por su cerebro. No dejaba de hablar ni de escribir con una mano. Y Mr. Bessel vio que las sombras de hombres que se agolpaban a su alrededor y gran multitud de espíritus tenebrosos del país de las sombras se esforzaban y se empujaban para tocar las regiones iluminadas de la médium. Cuando uno alcanzaba su cerebro u otro era expulsado, la voz y la escritura de la mano cambiaba, de modo que lo que decía era algo desordenado 'y confuso en su mayor parte; ya escribía un fragmento del mensaje de un alma, ya un fragmento del de otra, ya farfullaba las fantasías descabelladas de los espíritus del vano deseo. Entonces Mr. Bessel comprendió que hablaba por el espíritu que la había tocado y empezó a luchar furiosamente por llegar hasta ella.

Pero estaba alejado del centro de la multitud y en ese momento no pudo alcanzarla; finalmente, cada vez más angustiado, se fue a ver lo que le había sucedido a su cuerpo.

Durante mucho tiempo fue de un lado para otro buscándolo en vano, con el temor de que estuviera sin vida, hasta que lo encontró en el fondo de un pozo de Baker Street, maldiciendo y retorciéndose de dolor. Tenía rotos una pierna, un brazo y dos costillas a causa de la caída. Además, el malvado espíritu estaba colérico por haber poseído tan poco tiempo ese cuerpo y, a causa del dolor, hacía movimientos bruscos y agitaba con violencia su cuerpo.

Entonces Mr. Bessel volvió con redoblado celo a la habitación donde tenía lugar la *séance.* En cuanto logró alcanzar la vista la habitación, vio que uno de los hombres que estaban alrededor de la médium miraba el reloj, como si diera a entender que la *séance* terminaría dentro de poco. Entonces, muchas de las sombras que habían estado luchando se marcharon con gestos de desesperación. Pero la idea de que la *séance* estuviera a punto de terminar sólo hizo aumentar el celo de Mr. Bessel, y luchó tan tenazmente contra los otros que al poco tiempo alcanzó el cerebro de la mujer. Resultó que en ese preciso instante brillaba con mucha intensidad, y en ese instante escribió el mensaje que el doctor Wilson Paget conservó. Y luego las otras sombras y la nube de espíritus malvados que le rodeaban le empujaron *y* le alejaron de ella, *y* durante todo el resto de la *séance ya* no pudo volver a alcanzarla.

Por lo tanto, volvió a Baker Street y contempló, durante largas horas, el fondo del pozo donde el espíritu malvado yacía en el interior del cuerpo robado que había dañado, retorciéndose y maldiciendo, llorando y gimiendo, y aprendiendo la lección del dolor. Y hacia el amanecer ocurrió lo que estaba esperando, el cerebro brilló con intensidad y el espíritu del mal salió, y Mr. Bessel entró en el cuerpo donde había temido que nunca más volvería a entrar. Cuando lo hizo, el silencio -el melancólico silencio- cesó; y oyó el tumulto del tráfico y las voces de la gente que llegaban desde arriba, y ese extraño mundo que es la sombra del nuestro -las sombras oscuras *y* calladas del fútil deseo *y* las sombras de los hombres perdidos- desapareció por completo.

Allí yació por espacio de unas tres horas antes de que lo encontraran. Y a pesar del dolor y el tormento de sus heridas, *y* del lugar húmedo *y* sombrío donde yacía; a pesar de las lágrimas que brotaban como consecuencia de su agotamiento físico, su corazón se llenó de alegría al ver que había vuelto de nuevo, a pesar de todo, al mundo benévolo de los hombres.

EL TESORO DE MR. BRISHER

-Nunca se es *demasiado* prudente a la hora de escoger la mujer con la que te vas a casar -dijo Mr. Brisher, y se estiró con una mano de muñeca gorda el bigote lacio que disimulaba su falta de mentón.

-Es por lo que... -intenté decir.

-Sí -dijo Mr. Brisher con un resplandor solemne en sus ojos azules y legañosos, moviendo la cabeza expresivamente y echándome un profundo aliento de alcohol-. Hay un montón que lo han intentado conmigo... podría nombrar muchas de *esta* ciudad, pero ninguna lo ha conseguido... ninguna.

Contemplé la cara enrojecida, la dilatada línea ecuatorial de su cuerpo, el genial desaliño de su atuendo, y suspiré al pensar que a causa del poco mérito de las mujeres, él tenía que ser necesariamente el último de su estirpe.

-Cuando era joven, yo era un tipo elegante -dijo Mr. Brisher-. Hice lo que pude, pero fui muy prudente... mucho. Y logré escapar...

Se inclinó sobre la mesa de la taberna y se notó que pensó si podía confiar en mí. Me relajé cuando comenzó a hacerme sus confidencias.

-En Uña ocasión estuve prometido -dijo por fin, dirigiendo una mirada evocadora sobre el tablero de la mesa.

-Tan cerca estuvo?

Me miró y dijo:

-Tan cerca. El hecho es que... -miró a su alrededor, acercó su cara a la mía, bajó el tono de la voz y apartó un mundo adverso con su mano tiznada-. Si no ha muerto o se ha casado con algún otro... sigo estando prometido. Todavía.

Confirmó su afirmación moviendo la cabeza hacia delante y retorciendo la cara.

-*Todavía* -dijo terminando la pantomima, *y* se puso a sonreír sin venir a cuento, lo cual no dejó de sosprenderme-. ¡Yo!...

-Me escapé -explicó más tarde frunciendo las cejas-. Me volví a casa... Pero no acaba aquí la cosa. Le costará trabajo creerlo, pero encontré un tesoro. Un auténtico tesoro.

Imaginé que era una ironía y no lo acogí con la debida sorpresa.

-Sí -dijo-, encontré un tesoro y me fui a casa. Le digo que podría asombrarle con las cosas que me han pasado.

Durante un tiempo se contentó con repetir que había encontrado un tesoro y que lo había abandonado. No cometí la indiscreción de pedirle que me contara la historia, pero atendí con amabilidad sus deseos corporales y poco después le incité a que volviese sobre la dama abandonada.

-Era una chica encantadora -dijo, creo que con cierta tristeza-. Y respetable.

Arqueó las cejas y apretó los labios para expresar una respetabilidad extrema, incomprensible para nosotros, gente de más edad.

-Sucedió lejos de aquí. Exactamente en Essex, cerca de Colchester. Fue cuando estaba en Londres, trabajando en la construcción. Entonces era un tipo elegante, puedo asegurárselo. Esbelto. Vestía la mejor ropa. Un sombrero... un sombrero de seda, figúrese -y la mano de Mr. Ledbetter se lanzó por encima de su cabeza hacia el infinito para indicar un sombrero de seda altísimo-. Un paraguas... un paraguas precioso con un puño de cuerno. Tenía ahorros. Era muy ahorrativo...

Se quedó un rato pensativo, reflexionando, como acabamos todos por hacer tarde o temprano, sobre el esplendor desvanecido de la juventud. Pero, como estaba en una

taberna, se abstuvo de expresar la obvia moraleja.

-La conocí por medio de un tipo que estaba prometido a su hermana. Ella estaba pasando unos días en Londres, y se alojaba en casa de una tía que tenía una carnicería. Esta tía era muy singular -todos eran gente muy singular, toda su gente lo era- y no permitía a su sobrina que saliese con este compañero, excepto si su otra sobrina, esto es, mi chica, fuese también con ellos. Así que me introdujo en el asunto para estar a solas con su chica. Solíamos pasear por el parque de Battersea los domingos por la tarde. Yo con mi chistera *y* él con la suya, *y* las chicas muy elegantes. No había muchos en el parque que fueran tan distinguidos como nosotros. No era lo que se dice guapa, pero nunca he encontrado una chica tan encantadora. Me gustó desde el principio y, bueno -aunque no sea yo quien deba decirlo-, yo le gusté a ella. Ya se hace una idea de todo esto.

Yo fingí que sí.

-Y cuando ese tipo se casó con su hermana -él y yo éramos grandes amigos-, no pudo hacer otra cosa que llevarme a Colchester, muy cerca de donde ella vivía. Naturalmente me presentaron a su gente, y bueno, nos prometimos en seguida.

Repitió «nos prometimos».

-Ella vivía con sus padres, como una auténtica señorita, en una bonita casa con jardín; era gente muy respetable. Casi se podía decir que eran ricos. Eran los propietarios de la casa donde vivían; la adquirieron muy barata a la Sociedad de Construcciones porque al antiguo dueño le metieron en la cárcel por ladrón. También tenían algunas tierras, casas de campo y dinero invertido. Todos eran muy tacaños, lo que se dice una familia acomodada. Le aseguro que estaba bien. También tenían muebles. ¡Guau! Tenían un piano. Jane, ella se llamaba Jane, solía tocarlo los domingos, y además muy bien. Apenas había un himno en el libro que no lo pudiera tocar. Muchas tardes nos reuníamos allí y cantábamos himnos. Su familia, ella y yo. Su padre era un miembro destacado en la iglesia. Tenía que haberle visto cómo interrumpía al pastor los sábados, cuando se ponía a entonar himnos. Recuerdo que llevaba unas gafas de oro y solía mirar por encima de ellas cuando cantaba con fuerza -siempre se destacaba cuando cantaba al señor-, y siempre que desentonaba la gente le seguía. Era de esa clase de hombres. Cuando andaba detrás de él y veía su magnífico traje negro y su sombrero con alas, me sentía orgulloso de tener un futuro suegro semejante. Y cuando llegó el verano fui a su casa, donde pasé quince días. Ahora bien, existía una especie de prurito -dijo Mr. Brisher-. Jane y yo queríamos casarnos e instalarnos. Pero el padre decía que yo debía conseguir antes una buena posición. En consecuencia había un prurito. En consecuencia, cuando llegué allí, ardía en deseos de mostrar que era un tipo muy competente y que podía hacer bien casi todo, ¿entiende?

Hice un ruido de asentimiento.

-En el fondo del jardín había una parte que estaba silvestre, así que le dije: «¿Por qué no hace aquí un jardín rocoso. Quedaría bonito.» «Demasiado caro», dijo él. «Ni un penique -dije yo-, tengo buena mano para esto. Déjeme que se lo haga.» Mire usted, yo había ayudado a mi hermano a hacer uno en el pequeño jardín de detrás de su casa, así que sabía cómo hacerlo. «Déjeme hacérselo -dije-. Estoy de vacaciones, pero soy de esa clase de tipos que no soportan estar sin hacer nada. Le haré uno en condiciones.» Y, en resumidas cuentas, me dijo que podía hacerlo. Y así fue como encontré el tesoro.

-¿Qué tesoro? -pregunté.

-¡Cómo! -dijo Mr. Brisher-. El tesoro del que le estoy hablando y que ha sido el motivo

por el que no me he casado.

-¡Qué! ¿Un tesoro desenterrado?

-Sí, una fortuna enterrada, un tesoro. Lo saqué del suelo. Es lo que sigo llamando un auténtico tesoro... -dijo, mirándome con una falta de respeto insólita.

-La parte superior no estaba a más de un metro de profundidad -dijo-. Apenas había empezado a tener sed cuando encontré la esquina.

-Siga -dije-. No había entendido.

-¡Ah, bueno! En cuanto golpeé la caja supe que era un tesoro. Me lo dijo una especie de instinto. Sentí que algo gritaba dentro de mí: «Esta es tu oportunidad... escóndelo.» Fue una suerte que conociera las leyes sobre los tesoros encontrados, porque si no, habría gritado en ese mismo momento. Supongo que usted conoce...

-La corona se embolsa casi todo -dije-, excepto un uno por ciento. Siga. Es una vergüenza. ¿Qué hizo?

-Quité la tapa de la caja. No había nadie en el jardín ni en los alrededores. Jane estaba ayudando a su madre a hacer la casa. *Estaba* excitado, se lo aseguro. Intenté abrir la cerradura y luego di un golpe en las bisagras. La caja se abrió. ¡Estaba llena de monedas de plata! Relucientes. Temblé al verlas. Y en ese preciso momento... ¡Que me maten si el barrendero no dio la vuelta por detrás de la casa! Casi me dio un síncope al pensar en la estupidez que estaba cometiendo al dejar el dinero a la vista. En seguida oí al tipo de la casa de al lado, que también estaba de vacaciones, regar sus judías. ¡Con sólo haber mirado por encima de la valla...!

-¿Qué hizo usted?

-Di una patada a la tapa y la oculté en un abrir y cerrar de ojos; después seguí cavando a un metro del tesoro, como un loco. Y mi cara, por decirlo así, reía por su cuenta hasta que lo escondí. Le digo que estaba realmente asustado de mi suerte. Sólo pensé que había que dejarlo escondido, eso era todo. «¡Un tesoro! -susurraba sin cesar para mí mismo-. ¡Un tesoro! ¡Y cientos de libras, cientos y cientos de libras!» Susurraba y cavaba con todas mis fuerzas. Me dio la impresión de que la caja se marcaba como unas piernas debajo de las sábanas, y empecé a echar toda la tierra que sacaba del agujero que estaba cavando para hacer el jardín rocoso sobre el tesoro. Estaba sudando. Y en medio de todo esto, aparece su padre. No me dijo nada, se limitó a quedarse detrás de mí y a mirarme; pero luego me contó Jane que cuando entró le dijo: «Ese mequetrefe tuyo -siempre me llamaba así, no sé por qué- sabe trabajar duro, después de todo.» Parecía muy impresionado por mi esfuerzo.

-¿Cómo era de larga la caja? -pregunté de repente.

-¿Larga? -dijo Mr. Brisher.

-Sí, ¿qué longitud tenía?

-¡Oh! Algo así como esto... y esto -dijo Mr. Brisher, indicando el tamaño de un barril mediano.

-¿Lleno? -dije.

-De monedas de plata... de media corona, creo.

-¡Cómo! -exclamé-. Significaría cientos de libras.

-Miles -dijo Mr. Brisher con una tranquilidad llena de tristeza-. Ya lo calculé.

-Pero, ¿cómo llegaron hasta allí?

-Todo lo que sé es que lo encontré. Lo que pensé entonces fue esto: «El tipo que había poseído la casa antes que su padre era un ladrón de mucho cuidado. Lo que se dice un

criminal de clase alta. Solía conducir su coche como lo hacía Peace.»

Mr. Brisher reflexionó sobre las dificultades de la narración y se embarcó en un paréntesis complicado.

-No sé si le he dicho que era la casa de un ladrón antes de que fuera la del padre de mi chica, y me enteré que el dueño había robado un tren correo. Sabía esto e imaginé...

-Es muy probable -dije-, pero ¿qué hizo?

-Estaba -dijo- sudando realmente la gota gorda. Estuve toda la mañana en ello, fingiendo que hacía el jardincito y preguntándome qué debía hacer. Tal vez se lo hubiera dicho a su padre, sólo que dudaba de su honestidad -temía que me lo quitara y se lo diera a las autoridades- y además, teniendo en cuenta que iba a emparentar con la familia, pensé que sería mejor que el tesoro les llegara a través de mí. Entraría en la familia con mejor pie, por decirlo así. Bueno, me quedaban todavía tres días de vacaciones, así que no había prisa; la enterré y seguí cavando al tiempo que me rompía la cabeza pensando cómo encontrar el momento de dejarla en lugar seguro; pero era inútil. Pensaba y pensaba. Una vez dudé de si había visto realmente el tesoro o no; fui allí y lo volví a desenterrar en el preciso momento en que su madre salía a tender la ropa que había lavado. ¡Otro susto! Después, cuando estaba pensando en intentarlo de nuevo, vino Jane a decirme que la comida estaba lista. «Buena falta te hará -dijo-, después de haber cavado ese hoyo.» Estuve toda la comida aturdido, preguntándome si el tipo de la casa de al lado no habría saltado la valla y estaría llenándose los bolsillos. Pero por la tarde me tranquilicé -pensé que la caja debía de llevar allí mucho tiempo y que no le pasaría nada por estar un poco más- e intenté hablar un poco con el viejo para tirarle de la lengua y ver lo que pensaba de los tesoros encontrados.

Mr. Brisher hizo una pausa y dio la impresión de que le divertía recordarlo.

-El viejo era un tipo sarcástico -dijo-, un tipo realmente sarcástico.

-¡Cómo! -dije-. ¿Es que él...?

-La cosa fue así -explicó Mr. Brisher, posando una mano amistosa sobre mi brazo y echándome el aliento en la cara para tranquilizarme-. Sólo para sonsacarle algo, le conté una historia inventada; le dije que conocía a un tipo que había encontrado un soberano en un abrigo que le habían prestado. Le dije que se quedó con él, pero que yo no estaba seguro si eso estaba bien o no. Entonces el viejo empezó. ¡Dios mío! ¡Menudo sermón me echó!

Mr. Brisher mostró una alegría poco sincera.

-Era, bueno... lo que se dice un tipo poco común en sus burlas. Dijo que esa era la clase de amigos que esperaba que yo tuviera; que esperaba eso del amigo de un gandul sin trabajo que se relaciona con chicas que no le corresponden. Bueno, no podría contarle ni la mitad de lo que dijo. Siguió hablando de un modo indignante; le soportaba sólo para sonsacarle algo. «¿No se quedaría -dije- con medio soberano, si lo encuentra en la calle?» «¡Desde luego que no -dijo-, desde luego que no lo haría!» «¡Cómo! ¿Incluso si lo encontrara como un tesoro?» «Joven! -dijo-. Hay una autoridad mayor que la mía: Da al César...» ¿Cómo es esta frase? Sí, bueno, él la soltó. El viejo era un tipo poco común golpeándote la cabeza con la Biblia. Y así continuó. Me lanzó tales burlas que ya no pude aguantar más. Había prometido a Jane no replicarle, pero se puso demasiado pesado. Yo... yo le contesté que...

Mr Brisher, por medio de gestos enigmáticos, intentó darme a entender que había salido ganando en la discusión. Pero yo pensaba de otra forma.

-Al final salí indignado, pero no antes de estar seguro de que tenía que coger el tesoro yo solo. La única cosa que me quitaba el sueño era pensar en el modo de vengarme de él cuando tuviera el dinero.

Hubo una larga pausa.

-Ahora bien, apenas lo podrá creer, pero en los tres días nunca tuve ocasión de tocar el dichoso tesoro, ni siquiera saqué media corona. Siempre ocurría algo... siempre. Es sorprendente que no se piense más en ello. Encontrar un tesoro no es extraordinario, conseguirlo sí lo es. Creo que no pegué ojo ninguna de esas noches, pensando dónde iba a llevarlo, qué iba a hacer con él, cómo lo explicaría todo. Me puse malo de verdad. Y por el día estaba torpe, y esto le ponía de mal humor a Jane. «No eres el mismo de Londres», me dijo varias veces. Yo trataba de atribuirlo a su padre y a sus burlas, pero, ¡vaya!, ella no lo creía así. ¿A qué había que atribuirlo sino a que yo tenía otra mujer en la cabeza? Le dije que no era verdad. Bueno, reñimos un poco. Pero estaba tan absorto con el tesoro que no hice caso de lo que decía. Bueno, por fin hice una especie de plan. Yo siempre he sido bueno haciendo planes, aunque no tanto llevándolos a cabo. Lo pensé todo con detenimiento y desarrollé un plan. En primer lugar, me llenaría todos los bolsillos de esas medias coronas, ¿entiende? Y después... ahora lo cuento. Bueno, había llegado al convencimiento de que no podía volver a llevarme el tesoro durante el día, así que esperé hasta la noche anterior al día que tenía que irme y, entonces, cuando todo estaba en silencio, me levanto y me deslizo por la puerta trasera con la intención de llenarme los bolsillos. Y en la cocina, no me ocurre otra cosa que caerme sobre un cubo. Se levanta el padre con una escopeta -tenía el sueño ligero y era muy receloso- y viene hacia mí: tuve que explicarle que había bajado a la fuente a beber agua, porque el agua de mi botella estaba mala. No dejó de lanzarme un par de sarcasmos por aquello.

-Usted quiere decir... -empecé.

-Espere un momento -dijo Mr. Brisher-. Le digo que tenía hecho mi plan. Esto sólo fue un pequeño contratiempo, pero no ponía en peligro mi esquema general en absoluto. Decidí terminar el jardincito al día siguiente, como si no existiera una burla en el mundo; cubrí de cemento las piedras, las embadurné de verde y todo eso. Hice una señal con la brocha para indicar dónde estaba la caja. Todos vinieron a verlo y dijeron que había quedado muy bonito; incluso el padre se suavizó un poco al verlo y todo lo que dijo fue: «Es una pena que no pueda trabajar siempre así, podría tener algo concreto que hacer.» «Sí -dije sin poder evitarlo-, tengo mucho que hacer en el jardincito.» ¿Entiende? «Tengo mucho que hacer en el jardincito», queriendo decir...

-Entiendo... -dije, pues Mr. Brisher tiende a contar sus chistes con excesivos detalles.

-El no lo entendió -dijo Mr. Brisher-, al menos en aquel momento. Sin embargo, cuando todo esto terminó, me preparé para ir a Londres... me preparé para ir a Londres... -se interrumpió-, sólo que no iba a Londres -dijo con súbita vivacidad y acercando su cabeza a la mía-. ¡Ni hablar! ¿Qué piensa de esto? No fui más lejos de Colchester, ni un metro más. Había dejado la azada en un lugar donde pudiera encontrarla. Lo había planeado todo bien. Alquilé un coche en Colchester y fingí que quería ir a Ipwich, pasar allí la noche y volver al día siguiente. El tipo a quien se lo alquilé me hizo dejar dos soberanos al instante, y partí. Tampoco fui a Ipwich. A medianoche el caballo y el coche estaban atados junto al camino que va a la casa donde vivía él -no estaban a más de sesenta metros- y me puse a trabajar con ahínco. Era una noche apropiada para tales juegos. Estaba cubierto, pero hacía un poco de calor; alrededor del cielo había

relámpagos, y al poco rato se desató una tormenta. Al principio cayeron gotas gordas, como las de un líquido efervescente, y luego granizo. Yo continué. Golpeaba ruidosamente, no pensaba que el viejo pudiera oírme. Ni siquiera me molesté en cavar en silencio, y los truenos, los relámpagos y el granizo me excitaban. No me habría asombrado si me hubiera puesto a cantar. Trabajaba con tanto ahínco que me olvidé por completo de los truenos, del caballo y del coche. Muy pronto dejé la caja a la vista y empecé a levantarla...

-¿Era pesada? -dije.

-Me era tan imposible levantarla como volar. Me, puse malo. ¡Nunca había pensado en eso! Me puse furioso, se lo aseguro, y empecé a maldecir. Me indigné bastante. No pensé en dividirlo en partes pequeñas, y aún así no habría podido llevar el dinero suelto al coche. La levanté furiosamente por un extremo y todas las monedas saltaron haciendo un ruido tremendo. Un auténtico estruendo de plata. Y en ese mismo instante... ¡un relámpago! ¡Había tanta claridad como por el día! Y la puerta trasera que se abre... y el viejo que baja al jardín con la condenada escopeta. ¡No estaba a más de cien metros! Le aseguro que me hallaba tan desconcertado que no sabía lo que hacía. No me paré un segundo, ni siquiera para llenarme los bolsillos. Salté la valla como una bala y salí disparado hacia el coche, maldiciendo y jurando, con los bolsillos vacíos, tal como fui. *Estaba en* un estado... Y, ¿puede usted creer que cuando llegué al sitio donde había dejado el caballo y el coche, estos habían desaparecido? ¡Se habían marchado! Cuando lo vi ya no me quedaban más maldiciones. Me limité a patalear sobre la hierba y cuando me harté, me dirigí hacia Londres... Estaba hecho polvo.

Mr. Brisher se quedó pensativo durante un rato.

-Estaba hecho polvo -repitió con gran amargura.

-¿Y luego? -dije.

-Esto es todo -dijo Mr. Brisher.

-¿No volvió?

-¡Ni hablar! Estaba harto de *ese* maldito tesoro, al menos por una temporada. Además, no sabía lo que les hacen a los tipos que intentan quedarse con los tesoros encontrados. Me dirigí hacia Londres en ese mismo momento...

-¿Y nunca volvió?

-Nunca.

-Pero ¿qué pasó con Jane? ¿Le escribió usted?

-Tres veces, a ver qué pasaba. Y no respondió. Nos habíamos despedido un poco enfadados a causa de sus celos. De modo que no pude saber a ciencia cierta lo que ese silencio significaba. No sabía qué hacer. Ni siquiera sabía si el viejo me había reconocido. Estuve bastante pendiente de los periódicos para ver cuándo entregaba el tesoro a la corona, pues no tenía ninguna duda de que lo haría, considerando lo honrque había sido siempre.

-¿Y lo hizo?

Mr. Brisher frunció los labios y movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

-El no -dijo-. Jane era una chica encantadora, totalmente encantadora, a pesar de sus celos, y es imposible saber si no hubiera vuelto con ella después de un tiempo. Pensaba que si su padre no entregaba el tesoro, yo tendría por dónde cogerle. Bueno, un día, como era habitual, leo la sección de noticias sobre Colchester... y allí vi su nombre. ¿Por qué cree usted que estaba allí?

No pude adivinarlo.

La voz de Mr. Brisher se debilitó hasta convertirse en un susurro, y una vez más habló tapándose la boca con la mano. Una auténtica alegría le inundó súbitamente.

-Por emitir monedas falsas -dijo-. ¡Falsas!

-¿Quiere decir que...?

-En efecto. Falsas. Hubo un proceso muy largo. Pero le cazaron, aunque él se defendió lo suyo. Probaron que había pasado... ¡oh!... cerca de una docena de medias coronas falsas.

-¿Y usted no...?

-¡Ni hablar! A él tampoco le ayudó mucho decir que era un tesoro encontrado.

EL CORAZÓN DE MISS WINCHELSEA

Miss Winchelsea iba a Roma. Hacía más de un mes que no pensaba en otra cosa y el viaje salía en su conversación con tanta frecuencia que mucha gente que no iba a Roma y que probablemente no iría nunca, consideraba su insistencia una descortesía por su parte. Algunos habían intentado convencerla, sin éxito alguno, de que Roma no era un lugar tan atractivo como se decía, y había incluso quien, a sus espaldas, llegó a sugerir que se estaba poniendo terriblemente «pesada» con «su querida Roma.» La pequeña Lily Hardhurst había dicho a su amigo Mr. Binns que, por lo que a ella se refería, Miss Winchelsea podía «irse a su antigua Roma y quedarse allí para siempre; le daba exactamente igual.» La extraordinaria ternura que Miss Winchelsea mostraba al hablar de Horacio y Benbenuto Cellini, de Rafael, Shelley y Keats -de haber sido la esposa de éste no habría profesado mayor interés en su tumba- era motivo de asombro general. Su vestido suponía un triunfo de la discreción; era práctico, pero no demasiado «turista» -Miss Winchelsea tenía verdadero pánico a parecer «turista»- y su Baedeker había sido forrada de gris para ocultar el rojo chillón .de la encuadernación. Cuando por fin llegó el día de la partida, y a pesar de su petulancia, su figura resultaba delicada y agradable sobre el andén de Charing Cross. Hacía un día espléndido, la travesía del Canal prometía ser agradable y todos los presagios anunciaban lo mejor. Había un alegre sabor de aventura en aquella partida sin precedentes.

Le acompañaban dos amigas que habían sido compañeras en la escuela normal, dos chicas agradables y honestas, aunque no tan puestas en Historia y Literatura como Miss Winchelsea. Ambas tenían un elevado concepto de su compañera, pero para dirigirse a ella tenían que bajar la cabeza. Miss Winchelsea esperaba pasar buenos ratos animándolas a ponerse al nivel de su entusiasmo estético e histórico. Sus amigas ya habían cogido los asientos y le dieron una efusiva bienvenida en la portezuela del compartimento. Miss Winchelsea hizo un rápido análisis del encuentro y advirtió que Fanny llevaba un cinturón de cuero algo «turista», y que Helen había cedido a la tentación de ponerse una chaqueta de sarga con bolsillos en los que tenía metidas las manos. Pero estaban demasiado contentas consigo mismas y con el viaje como para que su amiga intentara hacerles alguna sugerencia sobre aquellas cuestiones. Pasados los primeros momentos de euforia -el entusiasmo de Fanny era un poco ruidoso y apasionado, y consistía sobre todo en repeticiones enfáticas de «¡Imagínate querida! ¡Vamos a Roma! ¡A Roma!»- comenzaron a prestar atención a sus compañeros de viaje. Helen estaba decidida a tener

un compartimento para ellas solas *y,* con el fin de alejar a los intrusos, salió *y* se plantó con firmeza en el estribo. Miss Winchelsea miró por encima del hombro hacia el exterior e hizo unos comentarios jocosos sobre la gente que atestaba el andén, lo que provocó la risa escandalosa de Fanny.

Viajaban con uno de los grupos de Mr. Thomas Gunn -catorce días en Roma por catorce libras-. No pertenecían al grupo dirigido personalmente por el guía, desde luego -ya se había encargado Miss Winchelsea de eso-, pero hacían el viaje con ellos por las ventajas que se desprendían de la combinación.

La gente que integraba el grupo formaba una mezcla rarísima y muy divertida. Había un guía políglota de cara colorada, muy chillón, que llevaba un traje de color sal y pimienta, cuyas largas mangas y piernas no cesaban de moverse. Daba las informaciones a gritos. Cuando quería hablar con alguien, extendía el brazo y le sujetaba hasta que conseguía su propósito.

En una mano llevaba un montón de papeles, billetes y recibos. Los viajeros parecían ser de dos tipos: unos a los que el guía buscaba y no encontraba, y otros, que sin que él los llamara, no dejaban de seguirle por todo el andén. Estos últimos debían de creer que la única forma segura de llegar a Roma era no despegarse del guía. Tres viejecitas resultaban tan especialmente enérgicas en su persecución que terminaron por sacar de quicio al guía hasta un grado tal, que éste las puso en un compartimento y les prohibió salir de él. Durante el resto del viaje, cada vez que el guía pasaba cerca, surgían de la ventana una, dos, tres cabezas que hacían lastimeras preguntas acerca de una «cajita de mimbre.» También había un hombre muy fornido con una señora vestida de negro brillante, igualmente corpulenta, y un anciano que parecía un viejo mozo de cuadra.

-¿Qué puede buscar esta gente en Roma? -preguntó Miss Winchelsea-. ¿Qué significará Roma para ellos?

Vieron un cura alto con un pequeño sombrero de paja, y otro muy bajo cargado con un gran trípode fotográfico. El contraste hizo mucha gracia a Fanny. Después oyeron que alguien llamaba a un tal «Snooks».*

-Siempre creí que ese nombre era un invento de los novelistas -dijo Miss Winchelsea-. ¡Imaginaos! ¡Snooks! Me pregunto cuál será ese Mr. Snooks.

Finalmente escogieron a un individuo bajo y regordete, con aspecto decidido, que llevaba un amplio traje a cuadros.

-Si ése no es Snooks, debería serlo -dijo Miss Winchelsea.

En ese momento el guía descubrió la intención de Helen de apropiarse del compartimento.

-Sitio para cinco -voceó al mismo tiempo que hacía una traducción paralela con los dedos.

Un grupo de cuatro personas -padre, madre y dos hijas- todos muy nerviosos, entraron dando tropezones.

-Vale, mamaíta, déjame a mí -dijo una de las chicas mientras aplastaba el sombrero de su madre con un bolso que intentaba colocar en la rejilla.

Miss Winchelsea detestaba a la gente que daba empujones y llamaba a su madre «mamaíta». Después entró un joven que viajaba solo. Según pudo comprobar Miss Winchelsea, su vestimenta no era en absoluto «turista»; su maleta Gladstone era de cuero

* Apelativo que se aplica en inglés a un individuo de clase media, sin ninguna distinción social. Se podría traducir por «Señor Pelanas», «Señor Pelagatos», «Señor Don Nadie».

de calidad, con etiquetas que recordaban sus estancias en Luxemburgo *y* Ostende, *y* sus botas, marrones, no eran de las corrientes. Llevaba un abrigo sobre el brazo. Antes de que todos se hubieran acomodado en sus asientos, llegó el revisor y, tras unos cuantos portazos, partieron al fin de la estación de Charing Cross con dirección a Roma.

-¡Imagínate! -gritó Fanny-. ¡Vamos hacia Roma, querida! ¡A Roma! ¡Todavía me parece mentira!

Miss Winchelsea puso fin a la emoción de Fanny con una ligera sonrisa y la señora a quien llamaban «mamaíta» explicó a la gente allí reunida por qué habían estado a punto de perder el tren. Sus dos hijas, tras llamarla de nuevo «mamaíta» varias veces, le hicieron bajar el tono de voz, de un modo poco amable, y la convencieron para que revisara el contenido de su neceser de viaje. Enseguida alzó la vista y exclamó:

-¡Dios mío! ¡No *los* he traído!

Las dos chicas exclamaron:

-¡Oh, mamaíta!

Pero nadie supo a qué se refería con aquel *los.*

Al cabo de un rato Fanny sacó los *Paseos por Roma* de Hare, una especie de guía amena, muy popular entre los visitantes de la ciudad; el padre de las dos jóvenes empezó a examinar los billetes minuciosamente, en busca, al parecer, de palabras inglesas. Después de mirarlos por un lado, les dio la vuelta, sacó su pluma y escribió la fecha con sumo cuidado. El joven, tras un discreto examen de los compañeros de viaje, sacó un libro y se puso a leer. Mientras Helen y Fanny se dedicaban a mirar por la ventana para ver Chiselhurst -lugar en el que Fanny tenía interés, pues había sido residencia de la pobre emperatriz de Francia-, Miss Winchelsea aprovechó la oportunidad para observar el libro que el joven sostenía en sus manos. No era una guía, sino un volumen delgado de poesía, encuadernado. Miss Winchelsea le miró a la cara y su rápida mirada descubrió un rostro agradable y distinguido. Llevaba unos pequeños lentes de oro.

-¿Crees que todavía vivirá ahí? -preguntó Fanny, y con esa pregunta la observación de Miss Winchelsea llegó a su fin.

Durante el resto del trayecto Miss Winchelsea habló poco e intentó que sus escasas palabras sonaran refinadas y agradables. Su tono siempre había sido bajo, claro y distinguido, y procuró que en esa ocasión también lo fuera. Mientras pasaban bajo los blancos acantilados, el joven dejó de leer y, cuando por fin el tren se detuvo junto al barco, se preocupó cortésmente por el equipaje de Miss Winchelsea y sus amigas. Miss Winchelsea «detestaba las pamplinas», pero le agradó ver que el joven había captado enseguida que eran damas y las ayudaba sin ninguna afabilidad exagerada; con qué finura dejaba ver que su cortesía no era un pretexto para intromisiones posteriores. Ninguna de las tres había salido de Inglaterra con anterioridad y estaban muy excitadas y algo nerviosas por la travesía del Canal. Formaron un pequeño grupo en el centro del barco -donde el joven había llevado el bolso de viaje de Miss Winchelsea diciéndole que era un buen lugar- y contemplaron cómo las blancas costas de Albión se alejaban. Citaron a Shakespeare y se burlaron de los compañeros de viaje con el tradicional sentido del humor británico.

Se divirtieron particularmente con las precauciones que las personas gruesas tomaban contra las pequeñas olas -predominaban las rodajas de limón y los frascos con brebajes-; una señora se había echado sobre una tumbona, con un pañuelo sobre el rostro, y un hombre robusto y decidido, que llevaba un flamante traje marrón, muy «turista», estuvo

paseándose por la cubierta durante toda la travesía, con las piernas tan separadas como la Providencia le permitía. Todas estas precauciones dieron un resultado excelente, pues nadie se mareó. El grupo de turistas acosaba de tal modo al guía con preguntas por toda la cubierta que a Helen le sugirió la imagen un tanto vulgar de gallinas peleándose por un trozo de corteza de tocino. Finalmente, el guía acabó por esconderse en su camarote. Entretanto, el joven del libro de poesía se encontraba en popa viendo cómo Inglaterra se alejaba, con un aspecto que a Miss Winchelsea le pareció solitario y triste.

Después vino Calais con sus tumultuosas novedades y el joven no olvidó recoger el bolso de Miss Winchelsea y el resto del equipaje. Las tres chicas habían pasado exámenes oficiales de francés en su país, pero como se sentían avergonzadas de su mala pronunciación, el joven les resultó de bastante utilidad, sin extralimitarse en su ayuda. Las instaló en un confortable vagón, se despidió quitándose el sombrero y se marchó. Miss Winchelsea le dio las gracias con su mejor .educación y Fanny comentó que era «muy atractivo» cuando aún estaba a sólo unos pasos de distancia.

-Me pregunto quién será - dijo Helen-. Debe de ir también a Italia porque he visto unos billetes de color verde en su cartera.

Miss Winchelsea estuvo a punto de hablarles del libro de poesía, pero decidió no hacerlo. Poco después el paisaje que se veía por las ventanas atrajo su atención y se olvidaron del joven. Viajar por un país cuyos anuncios más comunes estaban escritos en francés les parecía una actividad muy culta, y Miss Winchelsea hizo unas cuantas comparaciones no muy patrióticas entre los pequeños carteles que estaban contemplando junto a la vía y las enormes vallas publicitarias que afean el paisaje inglés.

Pero el norte de Francia es realmente una zona poco interesante y, después de un rato, Fannyvolvió a los *Paseos* de Hare *y* Helen comenzó a comer. Miss Winchelsea despertó de un ensueño feliz; había estado intentando ser consciente, dijo, de que realmente iba hacia Roma, pero tras una sugerencia de Helen se dio cuenta de que tenía hambre y las tres se dedicaron a consumir las viandas que llevaban en las cestas, con gran alegría. Después de la comida se sintieron cansadas y permanecieron en silencio hasta que Helen preparó el té. Miss Winchelsea habría descabezado un sueño, pero como sabía que Fanny dormía con la boca abierta, y con ellas viajaban dos señoras de edad indeterminada y aspecto criticón que conocían la lengua francesa suficientemente bien como para hablarla, Miss Winchelsea se entregó a la tarea de mantener despierta a Fanny. El movimiento del tren se fue haciendo monótono y el paisaje exterior que desfilaba a través de las ventanas acabó por resultar doloroso para la vista. Antes de la parada nocturna, ya estaban tremendamente cansadas.

Cuando esa parada llegó, fue animada por la aparición del joven, cuyos modales resultaron todo lo correctos que se podía desear y cuyo francés fue de nuevo muy útil. Tenía reserva para el mismo hotel que ellas y, por casualidad, al parecer, se sentó a la mesa al lado de Miss Winchelsea. A pesar de su entusiasmo por Roma, ella había pensado muy profundamente en una eventualidad semejante, y cuando el joven se decidió a hacer un comentario sobre el aburrimiento del viaje -para entonces ya había dejado pasar la sopa y el pescado- ella no sólo se mostró de acuerdo con su observación, sino que le contestó con otra. Pronto empezaron a comparar sus respectivos viajes *y* Helen *y* Fanny resultaron cruelmente apartadas de la conversación. Descubrieron que iba a ser un viaje muy parecido: un día de visita a las galerías de Florencia -«según he oído -comentó el joven-, apenas es suficiente»- y el resto en. Roma. Habló de esta ciudad de un modo

muy agradable; evidentemente era un hombre culto, pues citó a Horacio al hablar del Soracte. Miss Winchelsea había hecho un trabajo sobre ese libro de Horacio para su ingreso en la universidad y se sintió encantada de poder terminar la cita. Este incidente dio cierto tono a la situación, un toque de refinamiento que lo distinguía de la mera charla. Fanny expresó algunas de sus emociones y Helen intervino con una serie de comentarios sensatos, pero el grueso de la conversación por parte de las chicas recaía naturalmente en Miss Winchelsea.

Antes de que llegaran a Roma, el joven ya pertenecía tácitamente a su grupo. No conocían su nombre ni cuál era su profesión, pero parecía que se dedicaba a la enseñanza y Miss Winchelsea tuvo la sensación de que era catedrático de universidad. De cualquier modo, algo así debería de ser, un personaje culto y refinado, ni exagerado ni inaccesible. Miss Winchelsea intentó descubrir un par de veces si provenía de Oxford o Cambridge, pero él eludió sus tímidos comentarios. Entonces ella buscó la forma de hacerle hablar de dichos lugares para ver si decía «subir» a ellos en vez de «bajar». Sabía que era la forma de reconocer a un hombre de universidad -él empleaba la construcción «de universidad» en vez de «universitario»- en la forma apropiada.

De la Florencia de Ruskin vieron todo lo que el tiempo les permitió; el joven las encontró en la Galería Pitti y la visitó con ellas, con animada charla y, evidentemente, muy agradecido por el reconocimiento que le mostraban. Sus conocimientos sobre arte eran muy vastos, y los cuatro disfrutaron mucho aquella mañana. Visitar las salas y reconocer viejas obras favoritas, o descubrir otras nuevas, resultaba fascinante, especialmente cuando había tanta gente a su alrededor que pasaba las hojas de su Baedeker desesperadamente. Para Miss Winchelsea, que detestaba la pedantería, el joven no tenía nada de pedante. Su claro sentido del humor, sin ser vulgar, era divertido, a costa, por ejemplo, de la obra singular de Beato Angélico. Debajo de eso había una grave seriedad que captaba rápidamente la lección moral de cada cuadro. Fanny se paseaba en silencio entre las obras maestras; reconocía que «sabía tan poco sobre ellas» y confesaba que para ella «todas eran bellas.» Miss Winchelsea consideraba los comentarios de Fanny un poco monótonos. Había sentido un gran alivio cuando la última cumbre soleada de los Alpes había desaparecido y con ella los exagerados gritos de admiración de Fanny. Helen hablaba poco aunque Miss Winchelsea ya sabía, desde que estudiaron juntas, que en ella había una cierta falta de sentido estético y no le sorprendía su silencio. Unas veces se reía de las delicadas bromas gastadas por el joven, otras veces no, y en ocasiones parecía perdida para el arte que les rodeaba y prefería sumirse en la contemplación de las ropas de los otros visitantes.

En Roma, el joven las acompañó sólo en algunas ocasiones. Un amigo suyo, bastante «turista», se lo llevaba a veces. El joven se quejaba cómicamente ante Miss Winchelsea.

-Dispongo sólo de dos semanas en Roma -decía-, y mi amigo Leonardo quiere que pase un día completo en Tívoli viendo una cascada.

-¿Qué es su amigo Leonardo? -preguntó Miss Winchelsea bruscamente.

-El trotamundos más entusiasta que nunca he conocido -contestó el joven de un modo simpático, pero insatisfactorio para Miss Winchelsea.

Pasaron unos momentos deliciosos, y Fanny no podía imaginar qué habrían hecho sin él. El interés de Miss Winchelsea y la enorme capacidad de admiración de Fanny eran insaciables. No flaquearon nunca; vieron galerías de pintura y escultura, iglesias llenas de gente, ruinas y museos, árboles de judas y chumberas, carros de vino y palacios: todo,

con la mayor resolución. No encontraron ni un pino, ni un eucalipto, pero los nombraban y los admiraban. Nunca dirigieron la vista hacia el monte Soracte, pero prorrumpían en exclamaciones sobre él. Su actitud imaginativa hacía maravillosas las cosas más normales.

-Puede que César haya caminado por aquí -decían-. Rafael debe de haber contemplado el Soracte desde aquí mismo.

Fueron a la tumba de Bíbulo.

-El viejo Bíbulo -dijo el joven.

-El monumento más antiguo de la Roma republicana -añadió Miss Winchelsea.

-Lamento ser tan estúpida -dijo Fanny-, pero, ¿quién fue Bíbulo?

Hubo una curiosa y breve pausa.

-¿No fue el que construyó la muralla? -dijo Helen.

El joven le lanzó una mirada rápida y se echó a reír.

-Ese fue Balbo -comentó.

Helen se ruborizó, pero ni él ni Miss Winchelsea hicieron nada por acabar con la ignorancia de Fanny sobre Bíbulo.

Helen se mostraba más taciturna que los demás, pero ella siempre había sido así; solía encargarse de los billetes de tranvía y esas cosas, y de no perderlos de vista si el joven los cogía para decirle luego dónde estaban cuando él los buscaba. Pasaron ratos estupendos en aquella ciudad rojiza, llena de recuerdos, que fue una vez el centro del mundo. Lo único que lamentaban era la falta de tiempo. Decían que los tranvías eléctricos y los edificios de los setenta, junto con el criminal anuncio que resplandecía sobre el foro, ultrajaban sus sentimientos estéticos, pero eso también era parte de la diversión. Y en verdad Roma es un lugar tan maravilloso que Miss Winchelsea llegaba a olvidarse de algunos de sus entusiasmos mejor preparados, y Helen, cogida de improviso, admitía rápidamente la belleza de cosas inesperadas. A Fanny y Helen les habría gustado ver algún escaparate en el barrio inglés, pero la inflexible hostilidad que Miss Winchelsea profesaba contra el resto de los visitantes ingleses hizo imposible visitar tal lugar.

La camaradería intelectual y estética entre Miss Winchelsea y el joven erudito se fue transformando poco a poco en un sentimiento más profundo. La exuberante Fanny hizo todo lo posible por mantenerse a tono con su profunda admiración, expresando sus exclamaciones vigorosamente y diciendo «¡Venga, vamos!» con gran ilusión cada vez que se nombraba un nuevo lugar de interés. Helen, por el contrario, manifestaba una cierta falta de entusiasmo que incomodaba un poco a Miss Winchelsea.

Se negó a ver «algo especial» en la fisonomía de Beatrice Cenci -¡la Beatrice Cenci de Shelley!- en la galería Barberini; un día, mientras los demás lamentaban la existencia de los tranvías, ella empezó a decir con bastante brusquedad que «la gente tenía que desplazarse de algún modo y que utilizar los tranvías era mejor que torturar a los caballos por aquellos horribles cerros.» ¡Esos «horribles cerros» eran las Siete Colinas de Roma!

El día que fueron al Palatino, aunque Miss Winchelsea no se enteró de sus comentarios, dijo de pronto a Fanny:

-¡No corras tanto, querida! ¡No les gusta que les alcancemos!

-No intentaba alcanzarles -replicó Fanny aflojando el paso-. De verdad que no -añadió, y estuvo jadeando un minuto.

Pero Miss Winchelsea había encontrado la felicidad. Sólo se daría cuenta de lo feliz que había sido paseando entre aquellas ruinas a la sombra de los cipreses e intercambiando

los pensamientos más elevados que el ser humano posee y las impresiones más distinguidas que puedan transmitirse, cuando evocara la tragedia que ocurriría después. Sin que se dieran cuenta, el sentimiento se iba introduciendo en su relación *y* llegaba a resplandecer claramente *y* de un modo agradable cuando Helen y su modernidad no estaban demasiado cerca. Su interés pasaba imperceptiblemente de las cosas maravillosas que les rodeaban a los sentimientos más íntimos y personales. La información sobre sus vidas iba surgiendo tímidamente; ella hizo alusión a su escuela, a su éxito en los exámenes, y expresó su alegría porque ya hubiera pasado la época de los «atracones» en los estudios. El joven dejó claro que él también se dedicaba a la enseñanza. Hablaron de la grandeza de su tarea, de la necesidad de vocación para afrontar los detalles molestos, de la soledad que a veces sentían...

Esto ocurrió en el Coliseo, pero no les dio tiempo a más aquel día porque Helen volvió enseguida con Fanny, a la que había llevado a ver las galerías superiores del anfiteatro. Sin embargo, los sueños de Miss Winchelsea, bastante claros y concretos ya, se hicieron realistas en grado extremo. Se imaginaba a aquel atractivo joven instruyendo a sus alumnos del modo más edificante, con ella como modesta compañera y colaboradora intelectual. Se imaginaba un pequeño pero distinguido hogar, con dos escritorios *y* estantes blancos para unos libros excelentes, *y* con reproducciones de obras de Rossetti y Burne Jones sobre paredes empapeladas con diseños de Morris y flores en calderos de cobre trabajado. En realidad se imaginaba muchas cosas. En el Pincio pasaron unos ratos deliciosos juntos, mientras Helen se llevaba a Fanny a ver el «muro Torto». El joven le habló con sinceridad. Le dijo que esperaba que su amistad estuviera sólo empezando y que su compañía era para él algo muy preciado, incluso más que eso.

Se puso muy nervioso y se sujetó los lentes con dedos temblorosos, como si temiera que la emoción los fuera a hacer caer.

-Desde luego -dijo-, debería hablarle de mí. Sé que no es normal que me dirija a usted así. Pero como nuestro encuentro ha sido tan accidental, o providencial, tengo que aprovechar la situación. Vine a Roma a hacer un viaje solitario... y he sido tan, tan feliz. Hace muy poco que he conseguido cierta posición... y me he atrevido a pensar... que...

Echó una mirada por encima del hombro y dejó de hablar.

-¡Demonios! -exclamó con claridad, pero Miss Winchelsea no le censuró ese varonil descuido.

Volvió la vista y vio que su amigo Leonardo se aproximaba. Llegó hasta donde ellos se encontraban, se quitó el sombrero para saludar a Miss Winchelsea y sonrió un tanto burlonamente.

-Te he estado buscando por todas partes, Snooks -dijo-. Dijiste que estarías en los escalones de la Piazza hace media hora.

¡Snooks! El nombre fue como un puñetazo en la cara. Ni siquiera oyó su contestación. Más tarde pensó que Leonardo debió de sacar la impresión de que ella era una persona de lo más distraída. La verdad es que ni aún hoy está segura de si fue presentada a Leonardo o no, ni recuerda lo que le dijo. Había sufrido una especie de parálisis mental. De todos los apellidos horribles tenía que ser... ¡Snooks!

Helen y Fanny acababan de llegar; hubo los consiguientes saludos y los jóvenes se marcharon. Con un gran esfuerzo Miss Winchelsea consiguió dominarse y hacer frente a las miradas inquisitivas de sus amigas. Durante toda aquella tarde vivió una vida de heroína bajo el indescriptible ultraje de aquel nombre, teniendo que soportar charlas y

comentarios mientras «Snooks» le roía el corazón. Desde el momento en que el nombre resonó en sus oídos, el sueño de su felicidad se había desmoronado. Toda la distinción que había imaginado desapareció y quedó deformada por la vulgaridad inevitable de aquel apellido.

¿De qué le servía ahora un hogar distinguido, con reproducciones de cuadros, el empapelado de Morris y los escriptorios? Sobre todo aquello había ahora una increíble inscripción escrita con letras de fuego: «Mrs. Snooks». Esto puede que al lector le parezca una insignificancia, pero hay que tener en cuenta la delicadeza de espíritu de Miss Winchelsea. Imaginad que sois de lo más refinado y después pensad que tenéis que firmar «Snooks». Miss Winchelsea se imaginaba a todas las personas que más detestaba llamándola Mrs. Snooks y sentía el apellido pronunciado con un cierto tono insultante. Veía una tarjeta de visita gris en la que el apellido Winchelsea escrito con letras de plata había sido triunfalmente borrado por una flecha, la de Cupido, en favor de «Snooks». ¡Degradante confesión de debilidad femenina! Se imaginaba el terrible alborozo de ciertas amigas, de aquellos primos tenderos de los que su creciente exquisitez le había apartado. ¡Con qué grandes letras escribirían el apellido en el sobre que enviarían con sus sarcásticas felicitaciones!

-¡Es imposible! -murmuró-. ¡Es imposible! ¡Snooks!

Lo lamentaba por él, pero no tanto como por ella misma. De repente sintió una cierta indignación hacia el joven. Ser tan agradable, tan refinado, y no dejar de llamarse «Snooks» ni un momento. Esconder bajo una pretenciosa gentileza de trato el emblema siniestro de su apellido era una especie de traición. Expresado en el lenguaje de la ciencia sentimental, sentía que se había burlado de ella.

Pasó, por supuesto, por algunos momentos de terrible incertidumbre; incluso en una ocasión, un sentimiento semejante a la pasión estuvo a punto de hacer que perdiera su distinción. Había algo en su interior, un incorruptible vestigio de vulgaridad que hacía persistentes tentativas por probar que Snooks no era después de todo un apellido tan feo. Pero toda vacilación desapareció ante el comportamiento de Fanny cuando ésta llegó y le dijo, con aire catastrófico, que ella también conocía la desgracia. La voz de Fanny se redujo a un susurro mientras pronunciaba «Snooks». Miss Winchelsea no quiso dar ninguna contestación al joven cuando por fin, en la villa Borghese, pudo charlar un minuto con él; pero prometió que le contestaría por escrito.

Le entregó la carta dentro del pequeño libro de poesía que le había prestado, aquel librito que les había unido al principio. Su rechazo era ambiguo, lleno de alusiones. No podía explicarle por qué le rechazaba, del mismo modo que no se puede hablar a un jorobado de su joroba. El ya debía de tener una idea sobre el innominable.carácter de su apellido. En verdad -ahora se daba cuenta Miss Winchelseahabía evitado pronunciarlo en una docena de ocasiones. Ella le habló de «obstáculos que no podía salvar» y «razones por las que resultaba imposible lo que le pedía.» Al escribir el nombre en el sobre sintió un escalofrío: «E. K. Snooks».

Las cosas empezaron a ponerse peor de lo que esperaba; el joven le pidió una explicación. ¿Cómo podía ella explicarse? Aquellos dos últimos días en Roma habían sido horribles. El aire de perplejidad y asombro del joven le rondaba continuamente en la cabeza. Sabía que le había dado ciertas esperanzas y no tenía el valor suficiente de examinar su mente para ver hasta dónde había llegado. Suponía que el joven debía de considerarla un ser tremendamente voluble. Ahora que se batía en retirada no quiso

escuchar sus sugerencias acerca de una pretendida correspondencia cuando dejaran de verse. En este asunto Snooks hizo algo que a Miss Winchelsea enseguida le pareció delicado y romántico: utilizó a Fanny como intermediario. Fanny no supo guardar el secreto y aquella misma noche corrió a contárselo a su amiga con el transparente pretexto de pedirle consejo.

-Mr. Snooks -dijo Fanny-, quiere escribirme. ¡Imagínate! Ni me había dado cuenta. Pero, ¿tú crees que debo permitírselo?

Hablaron sobre ello largo *y* tendido *y* Miss Winchelsea tuvo cuidado para n 6 retirar el velo que cubría el corazón de su amiga. Empezaba a arrepentirse de haber dejado pasar las sugerencias de carteo que el joven le había hecho.

¿Por qué no iba ella a saber de él de vez en cuando, por muy desagradable que le resultara su apellido? Miss Winchelsea decidió que podía permitírselo y Fanny le dio un beso de buenas noches con una emoción inusual. Cuando su amiga se hubo marchado, Miss Winchelsea se sentó junto a la ventana de su habitación durante un largo rato. Había luna llena y en la calle un hombre cantaba «Santa Lucía» con una ternura que le partía el corazón... La joven se quedó inmóvil.

Susurró una palabra con suavidad: «Snooks». Después se puso en pie y, tras un profundo suspiro, se fue a la cama. A la mañana siguiente el joven le dijo con decisión:

-Espero noticias suyas a través de su amiga.

Mr. Snooks las vio marchar de Roma con aquella patética perplejidad interrogante aún sobre su rostro, y de no haber sido por Helen se habría quedado con el bolso de Miss Winchelsea a modo de recuerdo enciclopédico. Durante el viaje de vuelta a Inglaterra, Miss Winchelsea hizo prometer a Fanny, en seis ocasiones distintas, que le escribiría unas cartas larguísimas. Fanny, al parecer, iba a vivir bastante cerca de Mr. Snooks. Su nueva escuela -siempre estaba cambiando de escuela- distaba sólo cinco millas de Steely Bank, y era precisamente en la universidad politécnica de esa ciudad y en otro par de universidades de primer orden donde Mr. Snooks ejercía su profesión. Incluso podría verle en ocasiones. Las dos amigas no pudieron hablar mucho de él -siempre le llamaban «él», nunca «Mr. Snooks»-, pues Helen estaba siempre dispuesta a decir cosas desagradables sobre ese tema. Desde los tiempos de la vieja escuela normal, el carácter de esa joven se había agriado considerablemente, pensó Miss Winchelsea; se había vuelto dura y cínica. Decía que el joven tenía un rostro débil, confundiendo debilidad y delicadeza, como suele hacer la gente de su especie, y cuando se enteró de que su apellido era Snooks, dijo que ya se esperaba ella algo parecido. Después de eso, Miss Winchelsea se mostró muy cuidadosa a la hora de expresar sus sentimientos, aunque Fanny fue menos discreta.

Las chicas se separaron en Londres y Miss Winchelsea volvió, con renovada vitalidad, al colegio femenino de segunda enseñanza en el que había prestado sus servicios como profesor ayudante durante los tres años anteriores. Su nuevo interés en la vida radicaba en la correspondencia con Fanny a quien, para darle ejemplo, le escribió una larga y descriptiva carta a los quince días de su regreso. Fanny contestó de una manera decepcionante. La verdad es que no tenía dotes literarias, pero lo que a Miss Winchelsea le resultaba asombroso era verse deplorando la falta de aptitudes de una amiga. Incluso llegó a criticar la carta en voz alta, en la segura soledad de su estudio, y su crítica, expresada con gran amargura fue: «¡Sandeces!» En la carta Fanny contaba lo mismo que Miss Winchelsea le había contado en la suya: detalles del colegio. Y de Mr. Snooks, sólo

esto: «He recibido una carta de Mr. Snooks y se ha pasado a verme los dos últimos sábados por la tarde. Habló de ti y de Roma; los dos hablamos de ti. Cómo te deben de haber silbado los oídos, querida...»

Miss Winchelsea reprimió su deseo de solicitar una explicación más precisa y volvió a escribir una dulce y larga carta. «Háblame de ti, querida. Aquel viaje renovó nuestra antigua amistad y quiero, de verdad, seguir en contacto contigo.» En la quinta página citaba simplemente a Mr. Snooks para decir que le alegraba que le hubiera visto y que si alguna vez preguntaba por ella le diera *afectuosos recuerdos* (subrayado). Fanny contestó de la manera más estúpida sobre el tema de su «antigua amistad», recordando a Miss Winchelsea una docena de estupideces sobre los días de la escuela normal y sin decir una sola palabra de Mr. Snooks.

Miss Winchelsea estuvo casi una semana tan enfadada por el fracaso de Fanny como intermediario que no quería escribirle. Por fin redactó una carta con menos efusión en la que le preguntaba directamente: «¿Has visto a Mr. Snooks?» La respuesta de Fanny fue inesperadamente satisfactoria. «Sí, he visto a Mr. Snooks», contestó, y después de nombrarle continuó hablando de él; todo era Snooks: Snooks esto, Snooks lo otro. Iba a dar una conferencia, decía Fanny entre otras cosas. Sin embargo, después del primer momento de alegría, esta carta tampoco le satisfacía del todo. Fanny no hacía alusión a un posible comentario de Mr. Snooks sobre Miss Winchelsea, ni citaba que tuviera aspecto pálido y abatido como debería de estar ocurriendo. Pero he aquí que antes de que le hubiera contestado, llegó una segunda carta de Fanny sobre el mismo tema; un verdadero chorro de palabras que ocupaban seis hojas escritas con su dilatada letra femenina.

En esa segunda carta había algo bastante extraño que Miss Winchelsea sólo advirtió cuando releyó la carta por tercera vez. La natural femineidad de Fanny había prevalecido incluso frente a las claras y rotundas tradiciones de la escuela normal; era una de esas débiles criaturas que hacían todas las m, las *n y* las *u, y* las *r y* las *e,* iguales *y* que dejaban las *o y* las *a* abiertas *y* las *i* sin punto. De ese modo, sólo después de una trabajosa comparación entre varias palabras Miss Winchelsea quedó convencida de que Mr. Snooks no era en absoluto Mr. «Snooks». En la primera carta de Fanny sí era Mr. «Snooks», pero en la segunda su amiga había modificando la ortografía y era Mr. «Senoks». A Miss Winchelsea le tembló claramente la mano cuando dio la vuelta a la hoja: ¡significaba tanto para ella! Le había empezado a parecer que un apellido como Snooks sólo podría evitarse a un precio demasiado alto y, de pronto, ¡esta solución! Repasó las seis hojas, todas salpicadas con ese nombre comprometido y, en todos los casos, la primera letra después de la *S* tenía la forma de una e. Durante un rato se paseó por la habitación con la mano en el corazón.

Pasó todo un día reflexionando sobre el cambio mientras elaboraba mentalmente una carta que debía ser a la vez discreta *y* efectiva, *y* pensando en lo que iba a hacer una vez que recibiera la respuesta. Si la alteración de la ortografía era algo más que una extraña rareza de Fanny, estaba decidida a escribir directamente a Mr. Snooks. Había llegado al punto en que la discreción en el comportamiento resulta inútil. Aún no había inventado la excusa, pero el tema de la carta estaba claro en su mente, incluyendo la insinuación de que «las circunstancias de mi vida han cambiado enormemente desde que nos conocimos.» Pero nunca llegó a expresar tal insinuación por escrito. Llegó una tercera carta de aquella caprichosa corresponsal que era Fanny. En la primera línea se proclamaba «la

chica más feliz del mundo.»

Miss Winchelsea estrujó la carta en la mano sin leer el resto y, con la cara repentinamente rígida, se sentó. Había recibido la carta justo antes de ir a clase y la había abierto cuando los alumnos de tercero de matemáticas estaban trabajando. Después reanudó su lectura dando apariencia de gran serenidad. Pero tras la primera hoja, pasó a leer la tercera sin darse cuenta del error: «...le dije francamente que no me gustaba su nombre», era el comienzo de la tercera hoja. «Me contestó que a él tampoco, ya conoces esa especie de repentina franqueza que tiene.» Miss Winchelsea la conocía. «Entonces le dije: ¿No podría cambiarlo?. Al principio dijo que no sabía cómo. Después, bueno, me dijo lo que significa su nombre. Significa «Sevenoaks»,[*] pero ha llegado a convertirse en Snooks; tanto los Snooks como los Noaks, apellidos terriblemente vulgares, son en realidad deformaciones de «Sevenoaks». Así que le dije -a veces tengo ideas brillantes- si de Sevenoaks derivó a Snooks, ¿por qué no volver de Snooks a Sevenoaks? Y el resultado es, querida, que no ha podido negármelo y ha cambiado su apellido de Snooks a Senoks en los anuncios de su nueva conferencia. Y después, cuando estemos casados, le pondremos un apóstrofe y lo convertiremos en «Se'noks». ¿No te parece encantador por su parte el que haya tomado en consideración una sugerencia mía por la que muchos otros hombres se hubieran ofendido? Pero él es así, tan encantador como inteligente. Sabía tan bien como yo que le habría aceptado a pesar de su apellido, aunque se hubiera llamado diez veces Snooks. Pero aún así me ha dado el gusto.»

Los alumnos se sobresaltaron al oír el ruido de papeles desgarrados con rabia y, al levantar la vista, vieron a Miss Winchelsea que, con cara pálida, estrujaba en la mano unos cuantos trozos de papel. Durante unos segundos sus fijas miradas se cruzaron y después su expresión se tornó más familiar.

-¿Ha hecho alguien ya el problema número tres? -preguntó en tono sosegado.

Después de aquello continuó serena, pero tuvo que hacer esfuerzos por imponerse durante el resto del día. Pasó dos laboriosas tardes escribiendo diversos tipos de carta antes de encontrar una forma decorosa de felicitar a Fanny. Su razón luchaba desesperadamente contra la convicción de que su amiga se había comportado de un modo extraordinariamente desleal.

Uno puede ser extremadamente distinguido y sentirse emocionalmente deshecho. Ciertamente, ese era el estado de Miss Winchelsea. Tenía ataques de hostilidad hacia el sexo masculino, que extendía sin compasión al resto de la humanidad. «Conmigo no se atrevió -se decía-. Pero Fanny es linda y sonrosada, dulce y necia: un partido excelente para un hombre.» A modo de regalo de boda le envió un volumen de poesía de George Meredith, cuidadosamente encuadernado, y Fanny le contestó con una carta groseramente feliz en la que le decía que el volumen era «preciosísimo.» Miss Winchelsea tenía la esperanza de que algún día Mr. Senoks tomaría aquel libro entre sus manos y pensaría en quién lo había regalado. Fanny le escribió varias veces antes de su boda, (continuaba con su leyenda favorita de la «antigua amistad»), para describirle su felicidad con todo detalle. Miss Winchelsea escribió a Helen por primera vez desde el viaje a Roma, sin decirle nada de la boda, pero expresándole sus más cordiales sentimientos.

Habían estado en Roma en Semana Santa y Fanny se casó durante las vacaciones de agosto. Escribió a Miss Winchelsea una extensa carta en la que describía su llegada al hogar y la estupenda disposición de su casita, «tan chiquitina.» Mr. Senoks estaba

[*] Siete-Robles.

empezando a adquirir en el recuerdo de Miss Winchelsea una distinción que no tenía nada que ver con la realidad y en vano intentaba imaginarse su grandeza cultural dentro de aquella casa «tan chiquitina». «Estoy muy ocupada pintando un rinconcito -escribía Fanny con su amplia letra hacia el final de la tercera hoja-, así que perdona que no te cuente más.» Miss Winchelsea le contestó con su mejor estilo, burlándose con gracia de las tareas de Fanny y deseando con vehemencia que Mr. Se'noks viera la carta. Era únicamente esa esperanza lo que le daba fuerzas para escribir y contestar no sólo aquella carta sino otra en noviembre y otra en Navidad.

Las dos últimas contenían insistentes invitaciones para que fuera a Steely Bank durante las vacaciones de Navidad. Intentó convencerse de que él le había dicho a Fanny que la invitara, pero aquello tenía todo el aspecto de ser algo que partía de la desbordante afabilidad de Fanny. Miss Winchelsea no hacía más que pensar que él ya debería de estar arrepentido de su error; y tenía más que esperanzas de que en breve recibiría una carta de él que comenzara: «Querida amiga». Había algo sutilmente trágico en su separación que era de gran valor para ella: un triste equívoco. Haber sido rechazada hubiera sido intolerable. Pero él nunca escribiría una carta que comenzara: «Querida amiga».

Durante dos años Miss Winchelsea no encontró el momento de ir a visitar a sus amigos, a pesar de las reiteradas invitaciones de Mrs. Sevenoaks: ya era así, con todas las letras, a partir del segundo año. Un día, hacia Semana Santa, se sintió sola y sin nadie en el mundo que la comprendiera y su mente recurrió una vez más a lo que se conoce como «amistad platónica». Fanny era, claramente, una persona feliz y dedicada a sus nuevas tareas domésticas, pero él, sin lugar a dudas, debía de tener sus horas de soledad. ¿No se habría acordado alguna vez de aquellos días en Roma, perdidos ahora para siempre? Nadie le había entendido como él, nadie en el mundo. Volver a hablar con él sería un gran placer lleno de melancolía; y ¿qué mal podría haber en ello? ¿Por qué debería negarse a sí misma ese deseo? Aquella noche escribió un soneto al que sólo le faltaron los dos últimos versos del segundo cuarteto, que no le salieron, y al día siguiente escribió una deliciosa nota en la que anunciaba a Fanny su llegada.

Y así volvió a verle.

Desde el primer encuentro fue evidente que no era el mismo; parecía más fuerte y menos nervioso. Miss Winchelsea pudo apreciar rápidamente que su conversación había perdido su antigua delicadeza. Incluso encontró una justificación para el comentario de Helen acerca de la debilidad de su rostro: realmente ciertos rasgos eran débiles. Parecía ocupado y volcado en sus asuntos, e incluso debía de creer que Miss Winchelsea había ido a ver a Fanny. Se pasó la cena hablando con su mujer de un modo muy inteligente y con Miss Winchelsea sólo mantuvo una corta conversación que no condujo a nada. No hizo referencia alguna a Roma y estuvo todo el rato atacando a un individuo que le había robado una idea para hacer un libro de texto, idea que a Miss Winchelsea no le pareció tan maravillosa. Descubrió que había olvidado más de la mitad de los nombres de los pintores cuyas obras habían disfrutado en Florencia.

Fue una semana tristemente decepcionante y Miss Winchelsea se alegró cuando llegó a su fin. Eludió posteriores visitas con varias excusas. Unos años después, el cuarto de los invitados fue ocupado por dos niños y las invitaciones cesaron. La intimidad de sus cartas había desaparecido mucho tiempo antes.

EL SUEÑO DE ARMAGEDDON

El hombre de cara pálida subió al vagón en Rugby. A pesar de las prisas del mozo que le llevaba el equipaje, se movía con lentitud; advertí, cuando aún se encontraba en el andén, que parecía encontrarse muy enfermo. Tras lanzar un suspiro, se dejó caer en el asiento situado frente al mío, hizo un intento por arreglar su manta de viaje y después se quedó inmóvil, con la mirada perdida en el vacío. Al cabo de un rato pareció darse cuenta de que le observaba. Me miró y estiró una mano extremadamente débil en dirección a su periódico. Luego volvió de nuevo la vista hacia mí.

Fingí leer. Temí haberle molestado involuntariamente, pero al momento me sorprendió encontrarle dirigiéndose a mí.

-Perdón -dije-, ¿decía usted?

-Ese libro -repitió mientras señalaba con un dedo huesudo-, es sobre sueños ¿verdad?

-Desde luego -le contesté, pues se trataba de los *Estados del Sueño* de Fortnum-Roscoe y el título aparecía en la cubierta.

Permaneció en silencio durante un rato, como si estuviera buscando las palabras.

-Sí -dijo por fin -, pero no le dicen a usted nada.

Al principio no entendí lo que quería decir.

-No saben -añadió.

Le miré a la cara con un poco más de atención.

-Hay sueños -dijo-, y sueños.

Nunca suelo discutir ese tipo de enunciados.

-Supongo... -dijo titubeando-. ¿Sueña usted alguna vez? Quiero decir -añadió-, algo que se le quede fuertemente grabado en la memoria.

-Sueño muy poco -contesté-. Dudo que tenga más de tres sueños al año que pueda recordar.

-¡Ah! -exclamó, y por un momento pareció dedicarse a rememorar sus pensamientos.

-¿Y a usted no se le mezclan sueños y recuerdos? -preguntó directamente-. ¿No se ha encontrado alguna vez ante la duda de decir: «habrá ocurrido esto o no»?

-Casi nunca -contesté-. Sólo de vez en cuando, y apenas me dura. Supongo que lo que usted dice le pasa a muy poca gente.

-¿Habla *él*...? -dijo señalando el libro.

-Sí, dice que a veces ocurre -contesté-, y da la explicación usual, referente a la intensidad de la impresión y todo eso, para demostrar que, como regla general, no suele suceder. Supongo que usted sabrá algo de estas teorías... -añadí.

-Un poco -contestó-, fundamentalmente que todas son erróneas.

Sus dedos afilados jugaron con la correa de la ventanilla durante un rato. Me dispuse a proseguir con mi lectura, lo que pareció precipitar un nuevo comentario por su parte; se inclinó hacia mí, como si fuera a tocarme y dijo:

-¿No hay algo que se llama sueño consecutivo, es decir, que se repite noche tras noche?

-Creo que sí -contesté-. Se citan casos de ese tipo en la mayoría de los tratados sobre trastornos mentales.

-¡Trastornos mentales! -exclamó-. Bueno, puede que lo sean; al menos es el lugar que les corresponde. Pero a lo que me refiero -añadió mirando sus nudillos descarnados-, es a si se trata siempre de un sueño. ¿Es un sueño o es algo más? ¿No podría ser algo distinto?

De no haber sido por la preocupación ojerosa que mostraba su rostro, habría rechazado

su monótona conversación. Aún recuerdo su mirada mortecina y sus párpados enrojecidos; tal vez conozcáis ese tipo de mirada.

-No se trata solamente de un tema de conversación -dijo-. Es un asunto que me está destrozando.

-¿Se refiere a los sueños? -pregunté.

-Si usted quiere llamarlo así... -repuso-. Noche tras noche... y de un modo tan real. Esto -dijo señalando el paisaje que desfilaba tras la ventanillaparece irreal en comparación. Apenas puedo recordar quién soy, a qué me dedico...

Se detuvo.

-Incluso ahora...

-Usted quiere decir que el sueño es siempre el mismo ¿no? -pregunté.

-Ya ha terminado -repuso.

-¿Cómo?

-He muerto.

-¿Muerto?

-Destrozado y muerto. Todo lo que había en mi sueño ha muerto para siempre. Soñé que era otro hombre, que vivía en otra parte del mundo y en una época diferente. Soñé con ello noche tras noche, y noche tras noche me desperté en aquella otra vida. Nuevas escenas y acontecimientos... hasta que llegó el último.

-¿En el que usted murió?

-Eso es. En el que morí.

-Y a partir de entonces...

-No -dijo-. Ya nada, gracias a Dios; aquello fue el final del sueño.

Era evidente que yo quería que me contara el sueño. Después de todo, tenía una hora por delante, la luz iba disminuyendo con rapidez y FortnumRoscoe resultaba un poco aburrido.

-Vivía usted en una época diferente -dije-, ¿quiere eso decir en otro siglo?

-Sí.

-¿Pasado?

-No, no. Futuro.

-¿El año tres mil, por ejemplo?

-No sé qué año era. Lo sabía cuando estaba dormido, cuando soñaba quiero decir, pero ahora que estoy despierto no lo sé. Hay muchas cosas que he olvidado desde que desperté de esos sueños, aunque las sabía cuando estaba, supongo, soñando. Ellos llamaban al año de una forma distinta a la nuestra... ¿Cómo lo llamaban? -dijo llevándose la mano a la frente-. No, lo he olvidado.

Sonrió débilmente. Durante un rato temí que no tuviera la intención de contarme su sueño. Como regla general, detesto a la gente que cuenta sus sueños, pero éste me impresionaba de un modo especial. Incluso quise ayudarle.

-Comenzaba... -le sugerí.

-Desde el principio fue muy real. Me daba la impresión de que despertaba en él de repente. Resulta curioso que en estos sueños nunca me acordara de la vida que ahora vivo. Era como si la vida onírica fuera suficiente mientras duraba. Tal vez... Pero ya le contaré cómo me encuentro cuando haya hecho lo posible por recordarlo todo. No me acuerdo absolutamente de nada hasta el momento en que me veo sentado en una especie de terraza que da al mar. Me había quedado adormilado y de pronto me desperté, fresco y

despejado, sin la menor apariencia de estar soñando, porque la chica había dejado de abanicarme.

-¿La chica?

-Sí, la chica. No me interrumpa o perderé el hilo del relato.

Se detuvo bruscamente.

-¿No creerá que estoy loco, verdad?

-No -contesté-; ha estado soñando, eso es todo. Pero siga contándome su sueño.

-Como decía, me desperté porque la chica había dejado de abanicarme. No me sorprendió encontrarme allí, ni nada de eso, usted ya me entiende. No sentía que mi aparición hubiera sido repentina. Sencillamente acepté la situación tal y como era. Todo recuerdo que pudiera tener sobre esta vida, esta vida decimonónica, se desvaneció al despertarme, desapareció como un sueño. Sabía todo acerca de mi persona, sabía que mi nombre ya no era Cooper, sino Hedon, y conocía mi posición en el mundo. He olvidado muchas cosas desde que desperté -hay una gran falta de cohesión-, pero entonces todo parecía bastante claro y evidente.

Volvió a dudar y, tras agarrar la correa de la ventanilla de nuevo, acercó su rostro al mío y con mirada suplicante me dijo:

-Todo esto le parecerán tonterías ¿no?

-En absoluto -exclamé-. Continúe. Dígame cómo era la terraza.

-No era verdaderamente una terraza, pero no sé qué otro nombre darle. Era pequeña y daba al sur. Estaba toda en sombra menos el semicírculo sobre el balcón desde el que se veía el cielo *y* el mar *y* el rincón en el que estaba la chica. Me encontraba echado en un sofá, un sofá de metal con cojines a rayas, y la chica estaba asomada al balcón, de espaldas a mí. La luz del amanecer le rozaba los oídos y las mejillas. Su precioso cuello blanco, decorado con unos pequeños rizos, y sus pálidos hombros recibían la luz del sol mientras toda la elegancia del resto de su cuerpo quedaba disimulada por una fría sombra azulada. Su vestido -¿cómo podría describirlo?- era holgado y ligero. Al verla allí, delante de mí, pensé en lo bella y atractiva que era, como si nunca antes la hubiera visto. Cuando por fin suspiré y me puse en pie, apoyándome en un brazo, volvió su rostro hacia mí...

El hombre se detuvo.

-Llevo viviendo cincuenta y tres años en este mundo. He tenido madre, hermanas, amigas, esposa e hijas de las que conozco todos sus rostros y gestos. Pero el semblante de esta chica es para mí mucho más real. Puedo evocarlo y verlo de nuevo. Podría dibujarlo o pintarlo. Y después de todo...

Se detuvo de nuevo, pero yo no dije nada.

-Es el rostro de un sueño, el rostro de un sueño. Era bella, pero no con esa belleza que es terrible, fría y venerable, como la de una santa. Tampoco era la belleza que provoca fieras pasiones. Se trataba de una especie de resplandor, de unos labios dulces que se ablandaban en sonrisas *y* de unos ojos grises *y* solemnes. Se movía con elegancia; parecía participar de todas las cosas agradables y dulces...

Se volvió a detener y esta vez agachó la cabeza y ocultó el rostro. Después, alzó la vista y continuó, sin hacer ningún otro intento por disimular su fe absoluta en la realidad del relato.

-Verá -continuó-. Yo había renunciado a mis planes y ambiciones y había abandonado todo aquello que había ansiado y por lo que había trabajado, a cambio de su amor. En el

norte, lejos de allí, yo era un hombre poderoso, con influencia y riqueza, y con una gran reputación, pero nada de todo esto era digno de compararse con ella. Y con ella había llegado a ese lugar, a esa ciudad de placer y de sol, y había acabado con todo lo anterior definitivamente para salvar al menos lo que quedaba de mi vida. Mientras estuve enamorado de ella antes de saber si me correspondía, antes de imaginar que ella se arriesgaría, que nos arriesgaríamos los dos, toda mi vida me pareció vana y absurda, polvo y cenizas. Y *así* era. Noche tras noche, *y* durante largos días, la había ansiado y deseado... ¡Mi alma se había estado debatiendo contra lo prohibido!

» Pero resulta imposible para un hombre contar estas cosas con exactitud. Es una emoción, un matiz, un resplandor que va y viene. Sólo mientras dura, todo cambia, absolutamente todo. El hecho es que me marché y les dejé en medio de su Crisis para que se las arreglaran como pudieran.

-Dejó, ¿a quién? -pregunté con confusión.

-A la gente del norte. En el sueño yo era un hombre importante, de esos en los que la gente confía y se agrupa a su alrededor. Millones de personas que nunca me habían visto antes estaban dispuestas a hacer cosas y a arriesgarse por la confianza que tenían depositada en mí. Llevaba años jugando ese juego importante y laborioso, ese monstruoso juego político, rodeado de intrigas y traiciones, discursos y agitación. Aquel era un mundo vasto y confuso, y por fin yo era el jefe de los que se habían rebelado contra la camarilla -ya sabe, se llamaba así a esa especie de mezcla de proyectos ruines y bajas ambiciones con estupideces emocionales ampliamente extendidas y algunos tópicos-, contra esa camarilla que mantenía al mundo en la ceguera y el desorden año tras año y que seguía dirigiéndolo hacia un desastre sin fin. Pero sé que es imposible que usted comprenda las sombras y complicaciones de aquel año -sea cual fuese- u otro posterior. Todo estaba, hasta los más mínimos detalles, en mi sueño. Supongo que había estado soñando con aquello antes de despertarme y el recuerdo borroso de alguna extraña innovación que yo había imaginado todavía me rondaba mientras me frotaba los ojos. Era un asunto sórdido, y le di gracias a Dios por la luz del sol que recibía. Me incorporé y me quedé sentado sobre el sofá contemplando a la joven y alegrándome de haber escapado de aquel tumulto de locura y violencia antes de que fuera demasiado tarde. Después de todo, pensé, así es la vida; el amor *y* la belleza, el deseo *y* el deleite, ¿acaso no valen más que todas aquellas disputas siniestras por alcanzar unas metas imprecisas y gigantescas? Me culpaba a mí mismo por haber querido ser un líder cuando podía haber entregado mis días al amor. Pero luego me di cuenta de que, de no haber pasado mi juventud de un modo austero, habría derrochado mis energías con mujeres viles y despreciables, y, sólo de pensarlo, todo mi ser se estremeció de amor y ternura hacia mi amada, la adorada mujer que por fin había aparecido y me había impulsado con su encanto irresistible a abandonar aquella vida.

» -Te mereces todo -dije sin intención alguna de ser oído-; te lo mereces, querida. Te mereces orgullo, alabanza *y* todo lo demás. ¡Mi amor! *Tenerte* vale más que todo eso junto.

» Al oír el murmullo de mi voz, ella se volvió.

» -Ven -exclamó; aún puedo oír su voz-. Ven a ver salir el sol por el monte Solaro.

» Recuerdo que me puse en pie de un salto y me reuní con ella en el balcón. Posó su mano blanca sobre mi hombro y con la otra señaló hacia unas grandes masas de piedra caliza que enrojecían como si cobraran vida. Miré, después de observar cómo acariciaba

el sol sus mejillas y su garganta. ¿Cómo podría describirle a usted la escena que teníamos ante nosotros? Estábamos en Capri...

-Lo conozco -dije-. He escalado el monte Solaro *y* he bebido en su cima el *vero Capri,* un licor turbio como la sidra.

-¡Ah! -exclamó el tipo de la cara pálida-; entonces tal vez pueda usted decirme, es decir, usted sabrá si realmente era Capri. Porque yo no he estado allí en mi vida. Déjeme que se lo describa. Estábamos en una pequeña habitación, una de las muchas que había, muy fresca y soleada, excavada en la piedra de una especie de promontorio que se elevaba sobre el mar. Toda la isla era un hotel enorme, cuya complejidad resulta difícil de explicar, y al otro lado había kilómetros de hoteles flotantes y gigantescas plataformas sobre el mar en las que las máquinas voladoras tomaban tierra. Llamaban a aquello una ciudad del placer. Desde luego no había nada de eso en su época, o mejor dicho, no hay nada de eso *ahora.* ¡Ahora! ¡Por supuesto!

» Bien. Nuestra habitación estaba en el extremo del promontorio, de modo que podíamos mirar al este y al oeste. Hacia el este había un gran acantilado, de unos mil pies de altura, de un color gris frío con una brillante franja dorada, y más allá estaba la Isla de las Sirenas y una costa baja que se fundía con el esplendoroso amanecer. Al volverse hacia el oeste se divisaba, cercana y nítida, una pequeña bahía con una playita aún en sombra. Y fuera de ésta se alzaba el monte Solaro, alto *y* rígido, con su cima rosa *y* dorada, como una belleza entronizada, mientras la luna blanca flotaba tras él en el cielo. Ante nuestra vista se extendía un mar multicolor salpicado con pequeñas barcas de vela.

» Hacia el este, evidentemente, esas barcas eran grises y diminutas, pero hacia el oeste mostraban un color dorado, brillante, casi como el de llamas encendidas. Y a nuestros pies se alzaba una roca en la que se había labrado un arco que la atravesaba. El azul de las olas se convertía en verde espumoso cuando rompían contra las rocas. Un barco de remos pasó deslizándose por debajo del arco.

-Conozco esas rocas -exclamé-. Casi me ahogo allí. Se llaman los Faraglioni.

-*¿I Faraglioni?* Sí, así las llamó *ella* -contestó el hombre del semblante pálido-. Había una historia sobre eso... pero...

Volvió a llevarse la mano hacia la frente.

-No -dijo-, la he olvidado. Bueno, esto es lo primero que recuerdo, el primer sueño que tuve; aquella habitación en sombra y la hermosura del cielo y el aire, mi amada con sus brazos relucientes *y* su elegante vestido, *y* cómo nos sentamos *y* charlamos quedamente. Hablábamos así, no porque alguien pudiera oírnos, sino porque existía todavía tal serenidad de espíritu entre nosotros que nuestros pensamientos se asustaban un poco, creo yo, de verse por fin expresados en palabras. Por eso salían con suavidad.

» Más tarde sentimos hambre y salimos de la habitación por un extraño corredor cuyo suelo era móvil, hasta llegar a un gran salón comedor en el que había una fuente y música. Era un lugar alegre y atractivo, muy fresco y soleado, envuelto por el murmullo de instrumentos de cuerda. Nos sentamos y comimos intercambiando sonrisas, sin prestar atención al tipo que me miraba desde una mesa cercana.

» Luego fuimos a la sala de baile; pero me resulta imposible describirla. El lugar era enorme, mayor que cualquier edificio que usted pueda haber visto, y a un lado estaba la vieja puerta de Capri, incrustada en el muro de una galería superior. Unas vigas ligeras y unos tallos e hilos de oro brotaban de sus columnas como chorros de una fuente, ondeaban por el techo y se entrelazaban, como en una aurora, en difíciles juegos

malabares. Alrededor del gran círculo reservado a los bailarines había hermosas figuras, dragones extraños y siluetas de aspecto grotesco, maravillosas e indescriptibles, que sostenían unos candelabros. El lugar estaba inundado de una luz artificial que suponía un ultraje para el día que comenzaba. Mientras avanzábamos entre la multitud, la gente se volvía a mirarnos, pues todo el mundo conocía mi nombre y mi rostro, así como mi decisión de abandonar orgullo y disputas para ir a aquel lugar. Y también miraban a la dama que me acompañaba, aunque se desconocía o falseaba el relato de cómo había llegado a mi lado. Yo era consciente de que algunos de los hombres que allí se encontraban, a pesar de la vergüenza y deshonor que habían caído sobre mi nombre, me consideraban un hombre feliz.

» La atmósfera estaba llena de música, de perfumes delicados, del ritmo de armoniosos movimientos. Millones de personas atractivas pululaban por la sala, llenaban las galerías y descansaban en otros tantos rincones; llevaban ropas de colores espléndidos y coronaban sus cabezas con flores. Miles de ellos bailaban en el gran círculo, bajo las imágenes blancas de los dioses antiguos, mientras unos cortejos gloriosos de mozos *y* doncellas iban *y* venían. Nosotros dos también bailamos, pero no los bailes aburridos de su época, de ésta quiero decir, sino bailes que eran fastuosos, embriagadores. Todavía recuerdo a mi amada bailando con gran alegría. Su rostro era serio, con una gran dignidad, y sin embargo me sonreía *y* acariciaba... me sonreía *y* acariciaba con la mirada.

» La música era distinta -murmuró-. Era... no sé cómo describirla; pero era infinitamente más rica y variada que cualquier otra música que haya escuchado despierto.

» Después, una vez que dejamos de bailar, un hombre se acercó a hablarme. Era un individuo delgado, con aspecto decidido y vestido de un modo demasiado sobrio para un lugar como aquél. Me había fijado en él mientras me observaba en el salón y había evitado su mirada cuando pasamos por el comedor.

» Pero ahora que nos habíamos sentado en un rincón y sonreíamos con placer a todos los que iban de un lado para otro sobre aquel suelo reluciente, el tipo se acercó, me dio en el hombro y se dirigió a mí de tal modo que no me quedó otro remedio que escucharle. Me preguntó si podía hablarme un momento a solas.

» -No -le dije-. No tengo secretos para esta dama. ¿Qué quiere usted decirme?

» Añadió que era un asunto trivial o por lo menos algo aburrido para los oídos de una señora.

» -O tal vez para los míos -repuse yo.

» El hombre echó una mirada a mi amada, como si quisiera recurrir a ella. De repente me preguntó si había oído hablar de una declaración extensa y vengativa que Evesham había hecho. El tal Evesham siempre había sido mi hombre de confianza en la jefatura de aquel gran partido del norte. Era un individuo agresivo, duro e imprudente, y yo era el único que había podido contenerle y calmarle. Creo que era más por él que por mí por lo que el resto de mis compañeros se habían mostrado consternados con mi retirada. Esta pregunta sobre su declaración despertó por un instante mi viejo interés por la vida que había abandonado.

» -No he prestado atención a las noticias desde hace varios días -dije-. ¿Qué es lo que ha dicho Evesham?

» Entonces el hombre empezó a hablar con ganas, y debo confesar que incluso me sentí impresionado por la audaz sinrazón de las palabras violentas y amenazadoras que Evesham había empleado. El mensajero que me habían enviado no sólo me habló del

discurso de Evesham sino que pasó a pedirme consejo y a indicarme cuánto me necesitaban. Mientras el individuo hablaba, mi amada permaneció sentada, ligeramente inclinada hacia adelante, dedicada a contemplar su rostro y el mío.

» Mis viejos hábitos de organización y planificación se reafirmaron. Pude incluso verme regresando rápidamente al norte y el efecto dramático que tal hecho produciría. Todo lo que ese hombre dijo daba fe del desorden en el que se encontraba el partido, pero no de su destrucción. Yo regresaría más fuerte de lo que había venido. Entonces pensé en mi amada. Pero... ¿cómo podría explicárselo a usted? Había ciertas peculiaridades en nuestra relación, ciertas cosas que no hace falta que le relate, que harían imposible que viniera conmigo. Tendría que dejarla, tendría que renunciar a ella clara y abiertamente si quería hacer todo cuanto fuera preciso en el norte. Y aquel hombre lo sabía. Mientras nos hablaba, sabía tan bien como ella que mis pasos hacia el deber eran la separación, en primer lugar, y después el abandono. Al contacto con esa idea mi sueño sobre un posible retorno se hizo añicos. De repente me puse agresivo con el individuo, que creía que su elocuencia iba ganando terreno.

» -¿Qué tengo que ver yo con todo eso ahora? -dije-. Para mí se acabó. ¿O cree usted que he venido aquí para provocar la reacción de sus amigos?

» -No -contestó-, pero...

» -¿Por qué no me dejan en paz? Todo aquello acabó para mí. No soy más que un simple ciudadano.

» -Sí -dijo-, pero ¿ha pensado usted en esas palabras de guerra, en esos desafíos temerarios, en esas salvajes agresiones...?

» Me puse en pie.

» -No -exclamé-. No le escucharé más. Ya tuve en cuenta todo eso, lo sopesé y decidí marcharme.

» Pareció considerar la posibilidad de insistir. Dejó de mirarme para dirigir la vista hacia el lugar desde el que la dama, sentada, nos observaba.

» -La guerra -dijo el hombre como si hablara consigo mismo.

» Después, dio media vuelta lentamente y se alejó.

» Permanecí inmóvil, atrapado en el torbellino de ideas que su petición había originado. » Oí la voz de mi amada.

» -Querido -dijo-, si ellos te necesitan...

» No acabó la frase, sino que la dejó reposar así, inconclusa. Me volví hacia su dulce rostro y mi estado de ánimo comenzó a desequilibrarse.

» -Sólo me quieren para que haga aquello que no se atreven a hacer por sí solos -dije-. Si desconfían de Evesham, que se las arreglen con él.

Ella me miró con cierta indecisión.

» -Pero la guerra... -dijo.

» Vi en su semblante una duda que ya había visto anteriormente; una duda sobre ella misma y sobre mí, la primera sombra de la revelación que, considerada a fondo y con firmeza, debía separarnos para siempre.

» Pero mi espíritu estaba más formado que el suyo y podía hacerle creer esto o aquello.

» -Querida -le dije-, no debes preocuparte por esas cosas. No habrá guerra, en serio. La época de las guerras ya pasó. Confía en mí para entender la justicia de esta causa. No tienen ningún derecho sobre mí, querida. Ni ellos ni nadie. Soy libre de escoger mi vida y ésta es la que he escogido.

» -Pero la *guerra*... -repuso de nuevo.

» Me senté a su lado. La rodeé con mi brazo y le cogí la mano. Me propuse acabar con esa duda y me dediqué a llenar de nuevo su espíritu de cosas agradables. Le mentí y, al hacerlo, me mentí a mí mismo. Ella estaba totalmente dispuesta a creerme, totalmente dispuesta a olvidar.

» En poco tiempo la preocupación había desaparecido y nos dirigimos rápidamente a la Grotta del Bovo Marino donde solíamos tomar un baño todos los días. Nadamos y nos salpicamos agua mutuamente; en aquel agua reconfortante creí convertirme en algo más ligero y fuerte que un hombre. Al final salimos del agua chorreando y corrimos alegremente por las rocas. Después me puse un traje de baño seco y nos sentamos a tomar el sol; descansé mi cabeza sobre sus rodillas y, mientras ella acariciaba suavemente mi cabello, me quedé dormido. De pronto, como si saltara la cuerda de un violín, me desperté en mi propia cama, en Liverpool, en la vida real.

» No podía creer que todos esos momentos tan vívidos habían sido únicamente la materia de un sueño.

» A decir verdad no podía creer que aquello sólo fuera un sueño porque la realidad de lo que en él había era patente. Me bañé y me vestí como de costumbre y, mientras me afeitaba, me pregunté por qué tenía que ser yo, de todos los hombres, el que abandonara a la mujer amada y volviera a dedicarse a la política caprichosa en el arduo y agitado norte. Incluso, ¿qué me importaba si Evesham obligaba al mundo a comenzar una nueva guerra? Yo era un hombre con corazón humano. ¿Por qué iba yo a sentir la responsabilidad de un dios debido al cariz que tomaran los acontecimientos en el mundo?

» Esa no suele ser mi forma de considerar las cosas, cuando éstas son reales. Soy abogado, sabe usted, y, como tal, tengo mi propio punto de vista.

» La visión era tan real, tan completamente distinta a un sueño, entiéndame, que seguí recordando detalles sin importancia durante mucho tiempo; incluso el diseño de la cubierta de un libro que había sobre la máquina de coser de mi esposa me recordaba, con la más absoluta exactitud, la línea dorada que decoraba el sillón en el que había charlado con el emisario del partido que había abandonado. ¿Ha conocido usted alguna vez un sueño con una naturaleza como ésa?

-¿Como cuál?

-Como la que le permite recordar pequeños detalles que había olvidado.

Me detuve a pensar. Nunca antes había reparado en esa cuestión, pero llevaba razón.

-Jamás -contesté-. Eso parece que no tiene nada que ver con los sueños.

-Cierto -contestó-, pero eso es precisamente lo que me ocurrió. Ejerzo como abogado, debe usted entender esto, en Liverpool y no podía evitar preguntarme lo que los clientes con los que trataba en mi despacho pensarían si les dijera de repente que estaba enamorado de una chica que iba a nacer unos doscientos años más tarde y que estaba preocupado por la situación política de los hijos de mis tataranietos. Aquel día estaba negociando el arriendo de un edificio por noventa y nueve años. Se trataba del caso de un constructor particular y queríamos tenerle cogido por todos lados. Tuve una entrevista con él en la que mostró tal falta de disposición que cuando me fui a la cama aún me sentía algo irritado. Aquella noche no hubo sueño. Ni tampoco la siguiente, al menos que yo recuerde.

» La intensa realidad de mi convicción desapareció en cierta medida. Empecé a sentirme seguro de que todo había sido un sueño. Y entonces fue cuando volvió otra vez.

» Cuando eso ocurrió, unos cuatro días más tarde, fue muy distinto. Creo que también habían pasado cuatro días en el sueño. Habían sucedido muchas cosas en el norte y la sombra de esos hechos, esta vez más difícil de disipar, estaba de nuevo entre nosotros. Comenzaba con reflexiones apesadumbradas. ¿Por qué razón, a pesar de todo, tenía que volver durante el resto de mis días a las penalidades y fatigas, a los insultos y a la insatisfacción perpetua, simplemente para salvar de las angustias de la guerra y del desgobierno a cientos de millones de gente vulgar, a la que no amaba y por la que frecuentemente no sentía otra cosa que desprecio? Y además, podría fracasar. *Ellos* perseguían sus propios fines egoístas, ¿por qué yo no? ¿Por qué no iba yo a vivir también como un hombre? Su voz me sacó de estas reflexiones y, al alzar la vista, la vi.

» Me encontré despierto y paseando. Habíamos salido de la Ciudad del Placer y estábamos cerca de la cumbre del monte Solaro, mirando hacia la bahía sobre la que caía la tarde luminosa. Lejos, a la izquierda, se veía Ischia suspendida en una niebla dorada entre el cielo y el mar. Nápoles aparecía con su fría blancura contra las colinas, y ante nosotros se alzaba el Vesubio, con su alto y delgado penacho de humo que se dirigía hacia el sur, y las ruinas de la Torre dell'Annunziata y de Castellammare resplandecían en las proximidades.

-¿Usted ha estado en Capri, verdad? -le interrumpí con brusquedad.

-Sólo en este sueño -contestó-, solo en él. Por toda la bahía, más allá de Sorrento, se encontraban los palacios flotantes de la Ciudad del Placer, amarrados y anclados. Hacia el norte se extendían las amplias plataformas en las que aterrizaban los aviones. Cada tarde llegaban desde el cielo aviones que traían hasta Capri y sus bellos alrededores miles de buscadores de placer procedentes de los lugares más recónditos de la tierra. Todo esto, como digo, se extendía a nuestros pies.

» Pero sólo lo observábamos en parte, a causa de la insólita vista que aquella tarde nos ofrecía. Cinco aviones de guerra que habían permanecido inactivos durante largo tiempo en los lejanos arsenales de las bocas del Rin, maniobraban ahora en el cielo, hacia el este. Evesham había asombrado al mundo al producir esos y otros aviones semejantes y enviarlos a dar vueltas aquí y allá. Era la amenaza material en el gran juego de intimidación que desarrollaba y nos había cogido a todos, incluso a mí, por sorpresa. Evesham era unos de esos tipos enérgicos e increíblemente estúpidos que parecen enviados por el cielo para producir desastres. A primera vista, su energía se parecía de un modo asombroso a su capacidad. Pero en verdad no tenía imaginación ni inventiva, solamente una fuerza de voluntad enorme y absurda *y* una fe ciega en la estupidez de su suerte para salir de apuros. Recuerdo cómo contemplamos desde el promontorio los giros de la escuadrilla y cómo comprendí el significado completo de tal visión y el cariz que iban a tomar los acontecimientos. Aún entonces, no era demasiado tarde. Podría haber regresado y salvado al mundo. Sabía que la gente del norte me seguiría con tal de que respetara sus normas morales. El este y el sur confiarían en mí como en ningún otro hombre del norte. No tenía más que decírselo a ella y me dejaría marchar... ¡Y no porque no me quisiera!

» Pero yo no quería irme; mi deseo era totalmente opuesto a esa idea. ¡Me había deshecho hacía tan poco tiempo del espíritu de responsabilidad! Había renegado del sentimiento del deber y la evidente claridad de lo que *debía* hacer no tenía ninguna influencia sobre mi voluntad. Mi único deseo era vivir, gozar de los placeres y hacer feliz a mi amada. Pero aunque el sentimiento de grandes deberes relegados no tenía fuerza

alguna para arrastrarme, me convirtió en una persona silenciosa y preocupada, despojó a los días que había vivido de la mitad de su encanto y me hundió en sombrías meditaciones en el silencio de la noche. Mientras contemplaba los aeroplanos de Evesham -pájaros de mal agüero- ir de un lado a otro, ella permanecía a mi lado observándome y captando la situación con claridad; sus ojos examinaban mi rostro y su expresión ensombrecía de perplejidad. Sus facciones mostraban un tono grisáceo porque el sol poniente se estaba ocultando en el horizonte.-No era culpa de ella que yo me encontrara a su lado. Me había pedido que la abandonara y por la noche me lo repitió con lágrimas en los ojos.

» Por fin, el sentimiento de su presencia me sacó de mi estado. Me volví hacia ella con rapidez y la desafié a bajar corriendo por la montaña. «No», dijo, como si aquello chocara con su seriedad; pero estaba decidido a acabar con esa formalidad y la hice correr, pues nadie que esté sin aliento puede sentirse triste y melancólico. Dio un traspiés, la agarré por la cintura, y así descendimos pasando por delante de dos individuos que se volvieron a mirarnos sorprendidos por mi comportamiento. Debieron reconocerme. Cuando habíamos recorrido la mitad del trayecto, oímos un ruido metálico en el aire y nos detuvimos. Poco después, sobre la cima de la colina, aparecieron esos pájaros de guerra volando uno detrás de otro.

El hombre pareció dudar al borde de la descripcion.

-¿Cómo eran? -le pregunté.

-Nunca habían entrado en combate -contestó-. Eran igual que nuestros actuales acorazados; nunca habían combatido. Nadie sabía de lo que eran capaces si los tripulaban hombres exaltados; incluso poca gente se preocupaba en imaginarlo. Eran grandes máquinas pilotadas, con forma de punta de lanza, pero con una hélice en el lugar en que debía ir la empuñadura.

-¿Eran de acero?

-No.

-De aluminio?

-No, no, nada de eso. Eran de una aleación muy corriente, tan corriente como ahora es el bronce, por ejemplo. Se llamaba, espere... -dijo mientras se apretaba la frente con los dedos de una mano-. Se me está olvidando todo -añadió.

-¿Y llevaban armas?

-Cañones pequeños que lanzaban proyectiles de gran fuerza explosiva. Disparaban hacia atrás, por la base, como si dijéramos, y se cargaban por delante. Esa era la teoría, pues nunca habían entrado en combate. Nadie podía decir lo que ocurriría. Mientras tanto, supongo que era muy agradable revolotear por el aire como una bandada de golondrinas, ligeras y veloces. Creo que los pilotos evitaban pensar demasiado en cómo sería un verdadero ataque. Esas máquinas de guerra no eran más que unos de los innumerables aparatos que habían sido inventados y habían caído en desuso durante el largo periodo de paz. Había montones de esos artilugios con gente dedicada a sacarlos a la luz y ponerlos a punto. Máquinas infernales y estúpidas; máquinas que nunca habían sido probadas. Motores grandes, explosivos terribles, cañones enormes. Usted ya conoce el necio sistema de esos individuos ingeniosos que construyen estas máquinas; las producen como los castores hacen sus diques, sin tener en cuenta los ríos que van a desviar ni las tierras que van a inundar.

» Durante el crepúsculo, mientras bajábamos por la sinuosa senda hacia nuestro hotel,

lo preví todo. Vi con qué claridad e inevitabilidad los acontecimientos, en las manos estúpidas y violentas de Evesham, conducían a la guerra y me imaginé lo que ésta iba a ser en las nuevas condiciones. Incluso entonces, aunque sabía que el final de mi oportunidad se estaba acercando, no encontré ningún deseo de volver.

Suspiró.

-Esa fue mi última posibilidad. No entramos en la ciudad hasta que el cielo estaba lleno de estrellas. Paseamos por la terraza, de un lado para otro, y ella me aconsejó que regresara.

» -Amor mío -me dijo mirándome con su dulce rostro-, esto es la Muerte. La vida que llevas conduce a la Muerte. Vuelve con ellos, vuelve a tus

'obligaciones...

» Comenzó a llorar mientras, entre sollozos y agarrada a mi brazo, decía: «vuelve... vuelve...»

» De repente enmudeció y, al mirarle a la cara, descubrí en un instante lo que había pensado hacer. Fue uno de esos momentos en los que uno *ve.*

» -¡No! -exclamé.

» -¿No? -preguntó sorprendida y creo que algo asustada por la respuesta a su pensamiento.

» -Nada me hará volver -dije-. ¡Nada! He escogido, cariño, he hecho mi elección y el mundo debe seguir su curso. Pase lo que pase viviré mi vida, ¡viviré para *ti!* Nada me apartará de mi camino; nada, mi amor. Aunque murieras, aunque murieras...

» -¿Sí? -murmuró.

» -Entonces... yo también moriría.

» Y antes de que pudiera contestar comencé a hablar con elocuencia, como yo *sabía* hacerlo en aquella vida, para exaltar al amor y hacer que la vida que estábamos viviendo tuviera un aspecto heroico y glorioso, y que la que yo abandonaba apareciera como algo tan innoble y tremendamente difícil que desdeñarla era lo mejor. Utilicé toda mi imaginación para conseguir esa sensación de atractivo con el fin de convencer no sólo a ella, sino también a mí. Charlamos y ella se me acercó más, indecisa entre lo que consideraba noble y lo que sabía dulce. Finalmente, hablé en tono sublime, presentando todo el tremendo desastre del universo como un escenario glorioso para nuestro amor inigualable, y nuestras dos pobres almas ingenuas se pavonearon por fin, envueltas, o mejor dicho, embriagadas en aquel delirio espléndido y glorioso bajo las estrellas inmóviles.

» Y así pasó mi oportunidad.

Fue la última. Mientras paseábamos de acá para allá, los líderes aunaron sus propósitos y la calurosa contestación que acabaría con las bravatas de Evesham para siempre tomaba forma y aguardaba. Por toda Asia, por el océano *y* por el sur, el aire *y* los cables telegráficos vibraban con llamadas a prepararse.

» Ningún ser vivo sabía lo que era la guerra; nadie podía imaginar qué horrores podrían traer todos aquellos nuevos inventos. Creo que la mayoría pensaba aún que era un asunto de uniformes brillantes *y* cargas ruidosas, con triunfos, banderas *y* bandas de música, en una época en que la mitad de la humanidad conseguía sus recursos alimenticios en regiones que distaban decenas de miles de kilómetros.

El hombre del semblante pálido hizo una pausa. Le miré y observé que su mirada se había quedado absorta en el suelo del vagón. Por la ventanilla pasaron una pequeña

estación, una serie de vagones de mercancías, una garita de señales y la parte trasera de una casita de campo. Un puente resonó estrepitosamente devolviendo en el eco el estruendo del tren.

-Después de aquello -dijo-, volví a soñar a menudo. Aquel sueño fue mi vida durante las noches de tres semanas. Y lo peor es que hubo noches que no podía soñar, que yacía dando vueltas sobre la cama en *esta* maldita vida; y *allá,* en algún lugar inaccesible para mí, ocurrían cosas terribles y trascendentales. Vivía por la noche. Los días, los días de vigilia, esta vida que ahora vivo, se convirtieron en un sueño borroso y lejano, en un escenario monótono, la simple cubierta de un libro.

Se detuvo a pensar.

-Podría contarle todo, relatarle hasta el último detalle del sueño, pero no podría hacer lo mismo con lo que pasaba durante el día. No lo recuerdo. Mi memoria de esos hechos ha desaparecido. Las cosas de la vida se me escapan.

Se inclinó hacia delante y se frotó los ojos. Permaneció en silencio durante un rato. -¿Y después? -pregunté.

-La guerra estalló como un huracán.

Se quedó abstraído, como si contemplara cosas indescriptibles.

-¿Y entonces? -insistí.

-Un toque de irrealidad -dijo en voz baja, como si hablara consigo mismo-, y habrían sido pesadillas.

Pero no, *¡no lo eran!*

Guardó silencio durante tanto tiempo que me dio la impresión de que iba a quedarme sin el resto del relato. Pero entonces retomó el discurso en el mismo tono de íntima interpelación.

-¿Qué otra cosa podía hacer sino huir? Había pensado que la guerra no llegaría hasta Capri. Me había parecido que Capri quedaba fuera, como si hubiera sido la antítesis de todo aquello, pero dos noches después toda la isla gritaba y vociferaba. Casi todas las mujeres y algún que otro hombre llevaban una insignia, la de Evesham, y ya no había música sino un discordante canto de guerra que se repetía una y otra vez mientras por todas partes los hombres se alistaban y hacían instrucción en los salones de baile. Toda el lugar hervía de rumores; se repetía, incesantemente, que la guerra había comenzado. No era lo que yo esperaba. Había conocido tan poco la vida placentera que no había contado con la violencia de los *amateurs.* Por lo que a mí se refería, me encontraba fuera de todo aquello. Era un hombre que podía haber evitado la explosión de un polvorín. Pero ese momento había pasado: ya no era nadie. El mozalbete más insignificante con una insignia era más importante que yo. La multitud nos daba empujones y vociferaba en nuestros oídos; el maldito canto guerrero resultaba ensordecedor. Una mujer increpó a mi amada porque no llevaba insignia, e injuriados y ofendidos regresamos a nuestras habitaciones; mi amada pálida y callada, yo temblando de rabia. Estaba tan furioso que habría discutido con ella si hubiera encontrado una sombra de acusación en sus ojos.

» Todo mi esplendor había desaparecido. Me paseé por nuestra rocosa habitación de arriba abajo mientras en el exterior el mar se oscurecía y, hacia el sur, una luz aparecía *y* desaparecía una *y* otra vez.

» -Debemos salir de aquí -repetía sin cesar-. He hecho mi elección y no quiero saber nada de estos problemas. No tomaré parte en esta guerra. Hemos puesto nuestras vidas al margen de todo esto. Este no es refugio para nosotros. Vámonos.

» Al día siguiente huíamos de la guerra que invadía el mundo.

» Y todo lo demás fue huir y huir -musitó en tono triste.

-¿Cuánto tiempo duró eso?

No contestó.

-¿Cuántos días?

Su rostro estaba cansado *y* pálido *y* tenía las manos crispadas. No prestó atención alguna a mi curiosidad.

Intenté hacerle volver al relato con preguntas. -¿Dónde fue...? ¿Cuándo? ¿Cuando abandonó Capri...?

-Al sudoeste -dijo mirándome por un breve instante-. Nos fuimos en una barca.

-Yo habría pensado en un aeroplano.

-Todos habían sido incautados.

No le hice más preguntas. Después me pareció que iba a comenzar de nuevo. Rompió a hablar con una monótona argumentación.

-Pero ¿por qué debía ser así? Si verdaderamente toda esa carnicería, toda esa tensión, es realmente la vida, ¿por qué tenemos ese deseo de placer y belleza? Si no *existe* refugio alguno, si no hay ningún lugar de paz y si todos nuestros sueños sobre rincones tranquilos son una locura y un engaño, ¿por qué los tenemos? Con toda seguridad no eran los deseos innobles ni las bajas intenciones los que nos habían llevado a aquella situación. Era el amor lo que nos había aislado. El amor me había llegado en sus ojos, envuelto en su belleza; más glorioso que el resto de las cosas *y* con la forma *y* el color de la vida, me había hecho partir. Yo había acallado todas las voces, había contestado a todas las preguntas y me había entregado a ella. ¡Y de repente no había más que Guerra y Muerte!

Tuve una idea.

-Después de todo -dije-, podía haber sido sólo un sueño.

-¡Un sueño!-exclamó de un modo colérico- un sueño cuando incluso ahora...

Por primera vez parecía animado. Un ligero rubor llenó sus mejillas. Elevó su mano abierta y, tras cerrarla con fuerza, la dejó caer sobre su rodilla. Habló, y durante todo el rato no volvió a mirarme.

-No somos más que fantasmas -dijo-, fantasmas de fantasmas, deseos como sombras de nubes y briznas de paja que el viento amontona; los días pasan y el uso y la costumbre nos sustentan como un tren sustenta el espectro de sus luces. ¡Sea! Pero hay algo real y cierto que no es onírico, sino eterno e imperecedero. Es el centro de mi vida y todas las demás cosas que lo rodean son subordinadas y completamente vanas. Amaba a aquella mujer del sueño. ¡Y ella y yo hemos muerto juntos!

» ¡Un sueño! ¿Cómo puede ser un sueño, cuando impregnó una vida humana de una tristeza sin consuelo, cuando convierte todo aquello por lo que he vivido y me he preocupado en algo vacío y sin sentido?

» Hasta el mismo instante en que ella murió, creí que todavía teníamos posibilidades de huir. A lo largo de aquella noche y aquel día en que navegamos desde Capri a Salerno, hablamos de huir. Estábamos llenos de una esperanza que nos acompañó hasta el fin, esperanza por la vida que llevaríamos juntos, lejos de todo, lejos de la batalla y del combate, de las salvajes *y* vanas pasiones *y* del arbitrario *y* vacío «debes» y «no debes» del mundo. Nos sentíamos inspirados, como si nuestra búsqueda fuera algo sagrado, como si nuestro amor mutuo fuera una mision...

» Incluso cuando contemplamos desde nuestra barca la serena apariencia de la gran

roca de Capri, llena ya de cicatrices y hendiduras por los emplazamientos de los cañones y por los escondrijos que iban a convertirla en fortaleza, no preveíamos todavía la inminente matanza, aunque la furia de los preparativos se expresaba ya en humaredas y nubes de polvo en cientos de puntos. Pero, en verdad, hice de todo ello un simple tema de conversación. Allí estaba la roca, aún bella, a pesar de sus cicatrices, con sus ventanas innumerables, sus arcos y caminos, nivel sobre nivel, hasta mil pies de altura; una talla enorme de color gris, fracturada por terrazas llenas de viñas y por huertos de naranjos y limoneros, con macizos de pitas *y* chumberas *y* grupos de almendros en flor. Bajo el arco que hay sobre la Piccola Marina pasaban otras barcas y, al doblar el cabo cerca del continente, vimos otra hilera de ellas que, con el viento en popa, se dirigían hacia el sudoeste. En un instante se convirtieron en una multitud, las más remotas apenas eran unas motas azules en la sombra proyectada por el acantilado oriental.

» -Es el amor y la razón -dije- que huyen de toda esta locura de la guerra.

» Y aunque después vimos un escuadrón de aviones que surcaban el cielo hacia el sur, no le prestamos atención. Ahí estaba, una línea de pequeños puntos en el cielo, y luego más, que llenaba el horizonte por el sudeste, y después aún muchos más hasta que aquel cuadrante del cielo apareció moteado de puntos azules. Unas veces eran pequeñas pinceladas de ese color, otras, al inclinarse, recibían la luz del sol y se transformaban en breves destellos. Llegaban, se elevaban y descendían, cada vez mayores, como una enorme bandada de gaviotas o cuervos que avanzaba con una uniformidad maravillosa y, al acercarse, cubría una enorme extensión de cielo. El ala sur se lanzó en forma de punta de flecha a través del sol y de repente viró hacia el este. Tras tomar esa dirección, los aparatos se hacían cada vez más pequeños y de nuevo más nítidos, hasta que desaparecían del cielo. Después, advertimos que por el norte, y a gran altura, las máquinas de guerra de Evesham amenazaban Nápoles como una nube de mosquitos al atardecer.

» Todo aquello parecía importarnos lo mismo que una simple bandada de pájaros.

» Incluso el estruendo de los cañones lejanos en el sudeste significaba poco para nosotros.

» Cada día, en los sueños que siguieron, todavía nos sentíamos exaltados, todavía buscábamos un refugio en el que vivir y amar. Sobre nosotros se cernía la fatiga, el dolor y las calamidades. Aunque estábamos llenos de polvo y suciedad por nuestra penosa huida, muertos de hambre y horrorizados de los cadáveres que habíamos visto y de la huida de los campesinos -pues pronto una ráfaga de guerra barrió la península-; a pesar de todas esas cosas que obsesionaban nuestras mentes, la decisión de escapar era cada vez mayor. ¡Oh! ¡Qué valiente y sufrida era ella! Ella, que nunca se había enfrentado al infortunio *y* al peligro, tuvo valor por ella y por mí. Ibamos de un lado para otro buscando una salida, a través de una zona dominada y saqueada por las huestes de la guerra que se iban agrupando. Siempre fuimos a pie. Al principio encontramos otros fugitivos, pero no nos mezclamos con ellos. Unos huían hacia el norte, otros eran arrastrados por el torrente de campesinos que barría las carreteras principales; muchos se entregaban a la soldadesca y eran enviados al norte. La mayor parte de los hombres eran reclutados a la fuerza. Pero nosotros nos mantuvimos apartados de todo esto; no teníamos dinero para conseguir por medio de soborno un pasaje hacia el norte y temía que mi amada cayera en manos de aquella multitud guerrera. Habíamos desembarcado en Salerno, nos habían hecho retroceder desde Cava, y habíamos intentado cruzar a Taranto por un paso sobre el monte

Alburno, pero tuvimos que volver atrás por falta de provisiones y nos vimos en las marismas de Pesto donde se alzan unos grandes templos solitarios. Tenía la idea de que en Pesto podríamos encontrar un barco para volver al mar. Y allí nos sorprendió la batalla.

» Una especie de ceguera espiritual me poseía. Pude ver con claridad que estábamos rodeados, que la gran malla del conflicto armado nos tenía atrapados en sus redes. Habíamos visto muchas veces las levas de soldados que descendían del norte e iban de un lado a otro, y les habíamos contemplado a lo lejos, entre las montañas, abriendo caminos para las municiones y preparando las baterías. Una vez nos pareció que nos tomaban por espías y disparaban contra nosotros; en cualquier caso, lo cierto es que un cañonazo pasó silbando por encima de nuestras cabezas. Varias veces nos ocultamos en los bosques de los aeroplanos que pasaban sobre nosotros.

» Pero todo esto, todas esas noches de huida y dolor, no importa ahora. Estábamos por fin en un espacio abierto cerca de aquellos grandes templos de Pesto, en un paraje rocoso y solitario salpicado de arbustos espinosos, vacío *y* desolado, *y* tan llano que un grupo de eucaliptos que había a lo lejos mostraba sus tallos hasta la raíz. ¡Aún puedo verlo! Mi amada se había sentado bajo un arbolito para descansar un rato porque estaba agotada *y* era débil, *y yo* me encontraba de pie, intentando calcular la distancia a la que estaban los proyectiles que iban y venían. Los contendientes combatían muy separados unos de otros con aquellas terribles armas modernas que nunca antes habían sido utilizadas: cañones que llegaban más allá de donde alcanzaba la vista y aeroplanos que podían... lo que *podían* hacer nadie sabía predecirlo.

» Sabía que estábamos entre los dos ejércitos y que estos se iban aproximando. Comprendí que nos encontrábamos en peligro y que no nos podíamos detener allí a descansar.

» Aunque todo esto estaba en mi mente, quedaba en segundo plano. Me parecían cosas que no nos incumbían. Pensaba en mi amada principalmente y me invadía una pena angustiosa. Por primera vez se había declarado vencida y había comenzado a sollozar. Pude oír su llanto a mis espaldas, pero no quise volverme porque sabía que tenía necesidad de llorar y se había contenido durante mucho tiempo por mí. Estaba bien, pensé, que llorara y se desahogara. Luego continuaríamos nuestra penosa huida porque no tenía la menor idea de lo que nos amenazaba. Aún puedo verla allí, con su hermoso cabello sobre los hombros, aún puedo advertir los profundos hoyuelos de sus mejillas...

» -Si nos hubiéramos separado -dijo-, si te hubiera dejado marchar...

» -No -repliqué-. Ni siquiera ahora me arrepiento. Nunca me arrepentiré; hice mi elección y la mantendré hasta el fin.

» Y entonces...

» Algo relampagueó sobre nuestras cabezas y estalló. Oí que las balas resonaban a nuestro alrededor, como si nos hubieran arrojado un puñado de guisantes. Desconchaban las piedras a nuestro alrededor, arrancaban fragmentos de los ladrillos y pasaban...

Se llevó la mano a la boca y humedeció los labios.

-Al ver el destello, yo me había vuelto...

» Ella se puso en pie... se puso en pie... y dio un paso hacia mí... como si quisiera acercarse... Una bala le había alcanzado el corazón.

Se detuvo y me miró fijamente. Sentí aquella incapacidad estúpida que siente un inglés en ocasiones semejantes. Le miré a los ojos por un instante y después volví la vista hacia

la ventanilla. Nos mantuvimos en silencio durante largo rato. Cuando al fin volví a mirarle estaba sentado de nuevo en su asiento, con los brazos cruzados y se mordía los nudillos.

De repente se mordió una uña y la miró.

-La llevé hacia los templos -dijo-, en brazos -añadió como si aquello importara-. No sé por qué. Eran como una especie de santuario... habían durado tanto tiempo, supongo.

» Debió de morir casi en el acto. Pero... yo le fui hablando... durante todo el rato.

De nuevo el silencio.

-Conozco esos templos -dije con brusquedad.

Verdaderamente me había hecho recordar con claridad aquellas arcadas tranquilas y soleadas de gastada piedra arenisca.

-Fue en el oscuro, en el grande y oscuro. Me senté en una columna caída con mi amada en los brazos... Después del primer balbuceo me quedé en silencio. Al rato las lagartijas salieron y volvieron a corretear como si nada extraño hubiera ocurrido, como si nada hubiera cambiado. Reinaba una quietud espantosa, el sol estaba en lo alto y las sombras no se movían; hasta las sombras de las hierbas sobre los entablamentos estaban inmóviles, a pesar del estruendo y las detonaciones que surcaban el aire.

» Creo recordar que los aviones subían desde el sur y que la batalla se trasladó hacia el oeste. Un aeroplano fue alcanzado, dio una vuelta *y cayó*. Lo recuerdo, aunque no me interesó lo más mínimo. No parecía tener importancia. Era como una gaviota herida, ya sabe, con su aleteo momentáneo sobre el agua. Pude verlo caer, un objeto negro sobre el azul brillante del agua, desde un lateral del templo.

» Tres o cuatro proyectiles estallaron en la playa y luego todo cesó. Cada vez que ocurría, las lagartijas huían y se escondían bajo las piedras durante un rato. Ese fue todo el daño, exceptuando una bala perdida que desgarró una piedra cercana dejando una superficie pura y brillante.

» Mientras las sombras crecían, la quietud parecía mayor.

» Lo curioso -señaló con el tono de quien mantiene una conversación trivial- es que no pensaba, no pensaba en absoluto. Me senté entre las piedras, con ella en mis brazos, paralizado, en una especie de letargo.

» Y no recuerdo haber despertado. No recuerdo haberme vestido aquel día. Sé que me encontré en mi despacho, con todas las cartas abiertas delante de mí, y recuerdo cómo me impresionó lo absurdo de mi estancia allí, puesto que en realidad yo estaba sentado, aturdido, en aquel templo de Pesto con una mujer muerta en mis brazos. Leí las cartas mecánicamente. He olvidado de qué trataban.

Se detuvo y hubo un largo silencio.

De repente me di cuenta de que íbamos bajando la pendiente de Chalk Farm. Me asombré del paso del tiempo. Me volví a dirigir a él con otra pregunta brusca, con el tono de «ahora o nunca».

-¿Y volvió a soñar?

-Sí.

Pareció esforzarse por terminar. Su tono de voz era muy bajo.

-Una vez más, y sólo duró unos instantes. Me pareció que despertaba de repente de una gran apatía, que había cambiado de postura y que su cuerpo yacía a mi lado, sobre las piedras. Era un cuerpo desfigurado. Ya no era ella, ¿me entiende? Tan pronto, y ya no era ella...

» Puede que oyera voces. No sé. Sabía con seguridad que unos hombres se acercaban a aquel lugar solitario y que aquello suponía un último ultraje.

» Me puse en pie y atravesé el templo. Entonces aparecieron. El primer hombre, de rostro amarillento, llevaba un uniforme blanco, muy sucio, guarnecido con una cinta azul, y detrás iban varios más que treparon hasta lo alto de la antigua muralla de la ciudad desaparecida y se quedaron allí, agazapados. Eran pequeñas figuras que brillaban a la luz del sol y escudriñaban desde allí, con las armas en la mano, lo que tenían delante.

» Y más lejos vi a otros y luego a muchos más en otro punto de la muralla. Formaban una larga línea desordenada de hombres en orden abierto.

» Luego, el hombre que había visto primero se puso en pie y dio una orden. Sus hombres se arrojaron de la muralla y se dirigieron, por entre las hierbas altas, hacia el templo. Se dejó caer con ellos *y* les dirigió. Avanzó hacia mí *y,* cuando me vio, se detuvo.

» Al principio había observado a esos hombres con simple curiosidad, pero cuando me di cuenta de que intentaban acercarse al templo, intenté impedírselo.

» -No deben entrar aquí -grité al oficial-. Aquí estoy yo. Estoy aquí con mi amada muerta.

» Me miró fijamente y después me gritó una pregunta en una lengua desconocida. » Repetí lo que había dicho.

» El volvió a gritar. Me crucé de brazos y permanecí inmóvil. Luego, se dirigió a sus hombres y se aproximó. Desenvainó la espada.

» Le hice señas para que se alejara, pero siguió avanzando. Me dirigí a él de nuevo en un tono paciente y claro.

» -No debe entrar aquí. Estos son templos antiguos y yo estoy aquí con mi amada muerta.

» Al rato estaba tan cerca que pude ver su rostro con claridad. Era delgado, con apagados ojos grises y un bigote negro. Tenía una cicatriz sobre el labio superior y su aspecto era sucio y sin afeitar. Continuó gritando palabras ininteligibles, tal vez preguntas, hacia mí.

» Ahora soy consciente de que me tenía miedo, pero en aquel momento no se me ocurrió pensarlo. Mientras intentaba explicarme, me interrumpió con tono imperioso, ordenándome, supongo, que me apartara.

» Hizo ademán de pasar por delante de mí y le agarré.

» Entonces vi que su rostro cambió.

» -¿Está loco? -grité-. ¿No ve que está muerta?

» El oficial retrocedió y me lanzó una mirada llena de crueldad. Vi una especie de resolución exultante en sus ojos... Era deleite. Después, y de repente, frunció el ceño, echó su espada hacia atrás -así- y la clavó.

Se detuvo bruscamente.

Advertí un cambio en el ritmo del tren. Los frenos alzaron sus voces *y* el vagón chirrió *y* dio una sacudida. El mundo actual se hacía notar por medio del ruido. A través de la ventanilla empañada distinguí enormes anuncios luminosos que brillaban en los altos postes sobre la niebla, y vi pasar hileras de inmóviles vagones vacíos; después, una garita de señales, que alzaba su constelación de verde y rojo en el lóbrego crepúsculo londinense, pasó tras ellos. Miré de nuevo las facciones ojerosas de aquel hombre.

-Me atravesó el corazón. Sentí una especie de asombro, no dolor ni miedo, sino sólo sorpresa cuando me vi atravesado, cuando noté que la espada se hundía en mi cuerpo.

Pero no me dolió, no me dolió en absoluto.

Las luces amarillas del andén surgieron en nuestro campo de visión y pasaron, primero con rapidez, luego lentamente, hasta que se detuvieron con una sacudida. Borrosas siluetas humanas iban de un lado para otro en el exterior.

-¡Euston! -gritó una voz.

-¿Quiere usted decir...?

-No sentí ningún dolor, ningún pinchazo ni escozor. Sólo asombro y una oscuridad que lo invadía todo. El rostro furioso y brutal que tenía ante mí, el rostro del hombre que me había matado parecía alejarse. Desapareció de la existencia...

-¡Euston! -clamaban las voces en el exterior-. ¡Euston!

La portezuela del vagón se abrió dando paso a una oleada de ruido y un mozo apareció ante nosotros. Los golpes de las puertas al cerrarse, el ruido de los cascos de los carruajes, *y* tras ellos el lejano *y* confuso rumor de los adoquines londinenses, llegaron hasta mis oídos. Bultos y farolas encendidas resplandecían a lo largo del andén.

-Una oscuridad, un torrente de oscuridad que se abrió, se extendió y borró todas las cosas.

-¿Equipaje, señor? -dijo el mozo.

-¿Y ése fue el final? -pregunté.

Pareció dudar. Después, en un tono casi inaudible, contestó:

-No.

-¿Cómo?

-No pude llegar hasta ella. Estaba allí, al otro lado del templo... y entonces...

-¿Y entonces? -insistí-. ¿Entonces?

-¡Pesadillas! -exclamó-. ¡Auténticas pesadillas! ¡Dios mío! ¡Aves enormes que combatían y destruían...